

A high-contrast, black and white close-up portrait of a man with a short beard and intense, dark eyes. He is looking slightly to the right of the camera. The lighting is dramatic, highlighting the texture of his skin and the intensity of his expression. He is wearing a dark jacket over a dark turtleneck sweater.

XAVIER BOSCH
EUFORIA

DESTINO

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

- [1. Una amenaza nada sutil](#)
- [2. Un abogado que sea mejor que el mío](#)
- [3. Un trago como Dios manda](#)
- [4. Todos querían uno](#)
- [5. Un Pulitzer, ¿sabes a cuánto va?](#)
- [6. Una melé a cinco](#)
- [7. El lugar perfecto](#)
- [8. Una conversación de las que duelen](#)
- [9. Como los trileros que despluman a los turistas](#)
- [10. El estrabismo de los directores](#)
- [11. Un cabello rubio entre dos hojas](#)
- [12. Que comprara, que gastara, que rezara](#)
- [13. De cero a cien en siete segundos](#)
- [14. Otro billete idéntico](#)
- [15. Con letra de médico](#)
- [16. Si no puedo ganarte, te compro](#)
- [17. ¿Es normal separarse y pintarse las uñas?](#)
- [18. Ganar a Inglaterra es un deber](#)
- [19. Te tatuaré el silencio](#)
- [20. Los desniveles del este de Utah](#)
- [21. Reventarás todas las audiencias](#)
- [22. Agresivo como un bulldog](#)
- [23. La última calada antes de la ejecución](#)
- [24. El demonio a veces lleva corbata](#)
- [25. Un pacto de fe](#)
- [26. El anuncio hablaba de seis ninfas](#)
- [27. El castigo para los bocazas](#)
- [28. En el vientre de la ballena](#)
- [29. Kia Kaha, Jonah](#)
- [30. ¿Dónde pone que está prohibido?](#)

- [31. El negocio del talento](#)
- [32. A todo o nada](#)
- [33. Los lobos han aullado toda la noche](#)
- [34. La coartada perfecta](#)
- [35. No sé de qué me hablas](#)
- [36. El efecto Barbra Streisand](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



SINOPSIS

¿Qué fue de Dani Santana? El periodista está enyesado de arriba abajo en un hospital tras un intento de asesinato. En la clínica traba amistad con el Gratu, un jugador de rugby juvenil que ha quedado en silla de ruedas. El Gratu, paciente inquieto y hacker compulsivo, arrastra a Santana a investigar ciertas prácticas que han llevado nuestro sistema sanitario a la ruina. Mientras tanto, llega a Barcelona uno de los hombres más ricos del mundo. El empresario mexicano Roberto M. Faura, líder de la telefonía móvil, negocia con el gobierno la instalación del parque temático más grande de Europa. Las protestas ciudadanas, el intento de saltarse la ley y las condiciones del poder harán tambalear un proyecto que parece vital para reflatar la economía del país. Pero no todo es como cuentan los periódicos.

Para Mònica y Aran, que me dan todo lo que le falta a Santana

Si un periodista llega al lugar del crimen antes que la policía, tiene un problema.

XAVIER VINADER

Una amenaza nada sutil

Siempre había pensado que mi asesino tendría barba.

Un hombre fuerte, con una barba espesa, negrísima, venía hacia mí, de frente, en una calle estrecha, y no me dejaba pasar. Debía de tener unos cincuenta años, me agarraba y no podía escapar. Cuando era pequeño soñaba muchas veces lo mismo. Y siempre acababa igual. Me despertaba muerto. Después, sudando de miedo, cruzaba el pasillo y me iba a dormir a la cama de mis padres. Estaréis pensando: ¿qué me cuenta ahora éste en su situación? La realidad es que mi historia, la que me sucedió el domingo 25 de marzo de 2012, poco tuvo que ver con premonición infantil alguna. Llevaba barba, sí. Y ya está. Quizá rondaba los cincuenta, pero no estoy seguro... Tal vez tenía cuarenta, o menos. Pero ni vino de frente ni era una calle estrecha. Me atacó por la espalda, a media tarde y en un garaje. En el parking público de la Gardunya. Los cobardes actúan en parkings y con la cara cubierta. Como los asesinos de Lluch. Como los secuestradores de Quini. En mi caso salió de detrás de una columna cuando estaba abriendo el coche, con la llave en la mano y con la tarjeta en la boca. Se me cayó todo al suelo. Al instante me lo encontré encima, estrangulándome por detrás con un brazo y colocándome un cuchillo en el cuello con la otra mano. Enseguida sentí que un chorro de sangre caliente me caía sobre el pecho. Me resistí, forcejeamos. Eché mi brazo hacia atrás tanto como pude, intenté quitarle el pasamontañas y fue entonces, cuando me tenía reducido y casi me estaba ahogando, que noté que su barba me rozaba el cuello. Era peor que en la pesadilla. Él era todo nervio y músculo y debía de ser un poco más bajo que yo. Me embestía con su mandíbula y yo volvía a sentir, una y otra vez, que su barba me rozaba. Su aliento era fuerte, apestoso, como de haber comido pepino. Y apenas recuerdo nada más, pero aquel olor me quedó grabado, aunque la policía diga que se trata de un detalle irrelevante.

No me sirvió de nada gritar. No había policías por ninguna parte. Y aún menos en domingo. ¿Dónde se meten cuando los necesitas? Esta pregunta,

que todo el mundo se hace, también me la estaba haciendo yo cuando, en pleno forcejeo, recibí un mamporro que me estampó contra el retrovisor de una furgoneta aparcada dos plazas más allá. Y en aquel preciso momento, a las cinco menos cuarto en punto, según escribió el conductor de la ambulancia, caí redondo y perdí el conocimiento. Cuando llegó el equipo de emergencias, mi asesino ya se había ido creyendo que ya había cumplido con el encargo, dejándome morir en el charco de mi propia sangre.

Y aquí estoy. Una semana más tarde, ya me veis. Inmovilizado de cervicales para abajo. Sin maquillar, pero con fuerzas suficientes para anunciar algo. —La cámara hizo un zoom lento, para cerrar el plano sobre su cara, con un ojo a la funerala que había quedado inexpresivo, sin vida—. Nadie me hará callar. Saldré de ésta y te encontraré. Tengo que anunciarte que te encontraré, y que descubriré quién se esconde detrás de ti, y que desde la tele o desde donde sea lo contaremos todo. Seas quien seas, no te saldrás con la tuya. Al final —se esforzó por esbozar la única media sonrisa de todo el vídeo—, al final, se sabrá todo.

—¿Stop?

—¿Qué tal?

—Impactante.

—¿No ha quedado demasiado...?

—¿Gore?

—¿Largo?

—No creo... —El Gratu, con sus dificultades de desplazamiento, miró por el visor—. Dos minutos y medio.

—¿Quién se para a ver un vídeo de dos minutos y medio en YouTube?

—Depende. Éste resulta bastante... Y más siendo tú quien habla. ¿Quieres repetirlo? Pero para mí tiene fuerza y espontaneidad.

Dani, escayolado de arriba abajo, ya había hecho suficiente esfuerzo incorporándose en la cama y forzando unas cuerdas vocales que, hasta hacía dos días, se habían quedado mudas a causa de un navajazo que tenía que ser mortal.

—¿Cuándo lo colgarás?

—En media hora lo tenemos. —El joven ayudante extrajo un USB de la cámara—. ¿Qué título le pongo?

—¿Tú qué opinas?

—*The mummy*.

—No me hagas reír, hostia...

—La momia, tercera parte.

—Venga ya...

No podía más. Con todos los huesos doloridos, cada respiración lo comprimía contra la coraza. Hay ocasiones —y en los hospitales abundan— en las que reír es una auténtica tortura.

Dani Santana, el presentador que se gustaba más en el plató que en la vida, tendría que pasar una temporada fuera de la pantalla. Nadie se atrevía a aventurar durante cuánto tiempo. No era por prescripción facultativa. Era un intento de asesinato. Una amenaza nada sutil. Una putada.

Un abogado que sea mejor que el mío

Como cada mañana, Aura alisó las sábanas y plegó el sofá cama de matrimonio para que su minúsculo apartamento de cincuenta y cinco metros cuadrados junto a la estación de Sant Andreu quedara un poco más espacioso. Vivía con Antonio, que, a aquella hora, cuando Basté, en la radio, lanzaba la filípica del faldón de las ocho, ya debía de llevar tres horas fresando en una fábrica de acero inoxidable de Sant No-sé-qué del Besòs, junto a las casas baratas. Estaba harto de tener el peor turno. Pero podía darse con un canto en los dientes pues apenas ocho años antes eran cuarenta y cinco trabajadores en la fábrica, tres turnos a pleno rendimiento y máquinas que no paraban de vomitar tornillos y tuercas día y noche. Había que aguantar como fuera, porque el trabajo es el trabajo, pintan bastos, la crisis es muy puta y podía darle gracias a Dios y al dueño de la compañía de que en aquella gélida nave aún quedaran él y nueve compañeros más que, entre bostezo y bostezo, ya solamente estampaban piezas especiales, por encargo y pagadas en el momento de hacer el pedido. Los tornillos estándar todo el mundo los compraba en China. Cuestión de precios.

A ella, en cambio, no le importaba oír, desde la niebla de los sueños, que su pareja se levantara, se duchara a lo lejos y se marchara sin ahorrarle ningún ruido. Con todo el colchón para despatarrarse, disfrutaba de esas dos horitas que le quedaban para que sonara el casio de la mesilla de noche.

Aura Barrera —veintipocos, pero todo el mundo le echaba algo más de treinta, quizá por aquello que decía su madre sobre «las hechuras»— encendió el primer cigarrillo del día. De reojo, frente al espejo del recibidor, se aseguró de que no se había pasado con el maquillaje. Echó el encendedor y el paquete de Camel en el bolso, cerró la puerta de golpe y salió de casa. No cerraba con llave. Si entran, da lo mismo, pensaba. Sabía que los ladrones no encontrarían nada allí dentro. Miseria, rutina resignada y cuatro sentimientos mal guisados. Y, eso sí, en el fregadero, una pila de platos sucios que habían sido motivo de discusión para decidir a quién le tocaba fregarlos. En caso de

duda, se habían quedado allí desde el sábado, el domingo, el lunes... Ya era martes.

Salió de casa con el pelo mojado. Tenía calculado que en diez paradas de metro, más el transbordo añadido que tanto odiaba por el fragor matinal de las catacumbas de la plaza Catalunya, le bastaba para llegar a su centro de trabajo con la melena seca. Se ponía el uniforme negro, a juego con su pelo, y ya estaba a punto para empezar la jornada. Si aquel martes era un día flojo, como todos los martes, sabía que lavaría cabezas, haría manicuras, algún masaje y, lo que le daba más pereza, cogería los alicates para cortar las uñas duras de los pies más resecos del barrio. Hacía ocho meses que Aura trabajaba en una peluquería selecta, sólo para hombres, en la parte más nueva de Sarrià, allí donde antiguamente había habido un campo de fútbol. Lo que Aura no podía imaginar, mientras hojeaba un periódico gratuito sentada en un vagón que iba de bote en bote, era que antes de la hora de comer su vida habría tomado un rumbo inesperado.

Después de dejar a las mellizas en el colegio, Javi Cardelús aprovechó el tiempo muerto de un semáforo para mirarse en el retrovisor. Le importaba muy poco que los conductores que tenía al lado, atraídos por un coche descapotable de gama alta, un Jaguar verde, lo vieran peinar las cejas y descubrieran la habilidad que tenía aquel hombre que rondaba los cincuenta. Con un solo dedo y con una gran pericia, se remetía los pelos de la nariz. Su mujer le había insistido, una mañana más, que en un día de reuniones importantes no podía ir con aquellos pelos que le salían de ambas fosas. Y menos ahora que ya empezaba a tener algún pelo blanco y aún se le veían más. Momo no entendía que su marido se vistiera como un figurín, que tuviera tan buen gusto para las americanas y las corbatas caras y, en cambio, se abandonara de esa forma en cosas tan básicas como la higiene personal. Y menos entonces que, como famoso hombre de negocios, Javier Cardelús tenía que empezar a aparecer en los medios para explicar el gran proyecto que iba a cambiar la fisonomía del país, dinamizar el territorio central y crear tantos miles de puestos de trabajo, tantos que incluso los periódicos, siempre tan rigurosos, se confundían a la hora de poner ceros a las cifras. (En lo único en que no se equivocaban nunca era en el precio, y en la fecha.) Y menos todavía aquel martes en que Momo sabía que Javi tenía que ir de noche al aeropuerto a recibir a don Roberto M. Faura, uno de los hombres más ricos

del mundo.

—Y menos ahora que...

Basta, Momo, no me toques los cojones, le había dicho Javi mientras la criada —ecuatoriana, con papeles y seguridad social— intentaba dar el desayuno a dos niñas de cinco años que no apartaban los ojos de la tela encastada en la pared de una cocina blanca, blanquísima, calcada de una revista de diseño. Tan pronto como se acababa el capítulo de los Dalton —nunca antes—, su padre las acompañaba al colegio y, de esa forma, era el momento sagrado del día en que las veía. Por el retrovisor.

Con tres movimientos de índice, sin apartar la mano del volante, Javi encontró el teléfono de su peluquería. Llamaba con el manos libres. Con el Jaguar en marcha, y abierto a los cuatro vientos, tenía que gritar para que le oyeran.

—¡Hola! ¡Soy Cardelús! Es sólo para saber si os va bien que vaya ahora para que me paséis la máquina.

—Ningún problema. ¿Oye? ¿Hola? ¡Que sí! ¡Que aquí te espero!

—Luego... Mierda, se corta... ¿Tendrías a alguien para que después me haga un buen masaje?

—Espera, que lo miro en la agenda. —No había nada que mirar, Ricardo, el peluquero que le daba nombre al local, sabía perfectamente que tenía a todas las chicas de brazos cruzados—. Puedo ofrecerte a Carla, a Sarita, a Anabel... ¿Conoces a Aura?

—¿A Laura? —No le sonaba de nada—. ¿Hola? Es que yo soy más de caras que de nombres.

—Te dará un buen masaje. Eh, ¿me oyes? Ven, primero cortamos y luego pasas con Aura. No te arrepentirás.

Cuántas veces, durante las semanas siguientes, Ricardo se tiraría de los pelos por haber pronunciado aquellas palabras que el director de comunicación, desde su coche, nunca llegó a oír.

Javi Cardelús hojeaba la prensa económica mientras Ricardo, reprimiéndose las ganas de comentar la actualidad política, le cortaba el pelo. Cogote y parietales con la maquinilla que enchufaba a la misma silla; el flequillo, con peine y tijeras. Le sirvieron un café mientras buscaba si en *Expansión* o en *Cinco Días* decían algo de la llegada de Bobby Faura, que era como le

conocían en Miami y como, familiarmente, los periódicos le habían abreviado el nombre de pila, por aquello de que el periodista no se cansara de tener que escribir cada vez Roberto Manuel Faura todo enterito. La excusa era que, en el momento de titular, Bobby siempre cabría mejor. Y más ahora, desde que se filtrase el macroproyecto a la prensa, en el que no pasaba un día en que no fuera el protagonista, como mínimo, de un breve o de una columna.

Ricardo le colocó un espejito para que pudiera verse la nuca aseada, recta como los setos de Versalles.

—¿Vale?

—Vale. Perfecto.

—¿Quieres un champú? —Ricardo tenía un punto exageradamente servicial—. Un lavado para sacar los pelillos que se hayan...

—No, no. Si ahora voy a ducharme...

—Tienes razón —le dijo el peluquero mientras le quitaba los pelos de la nuca con talco y un cepillo suave, antes de ayudarle a desembarazarse de la bata que llevaba estampado el logotipo de la peluquería.

Javi no se tomó el café, «se ha quedado frío», y enseguida le hicieron pasar al fondo, al vestuario. Aura lo acompañó con las toallas dobladas, un tanga de usar y tirar y las chancletas para la ducha.

—¿Tú eres Laura?

—Aura, Aura...

—¿Aura? Perdona, nunca lo había oído...

En cambio, para ella eran las palabras que seguramente más veces había oído pronunciar en su vida. Pero a aquellas alturas ya no estaba para dar explicaciones sobre la etimología de su nombre ni de por qué sus padres se lo pusieron como se lo pusieron cuando nació, a los ocho meses de gestación, en la Clínica del Pilar.

—Cuando termine, pasaremos a la primera cabina, ¿de acuerdo?

Cardelús conocía perfectamente el ritual. Frecuentaba el lugar desde hacía unos tres años. Descubrió la peluquería de Ricardo, cuando, al cambiar de coche, se dio cuenta de que al lado mismo del concesionario había un salón de belleza masculino. Entró allí por la sauna y, desde entonces, iba siempre que Momo le insistía para que se arreglara el pelo, cuando notaba que le hacía falta pegarse una buena sudada, para abrir los poros, o, sencillamente, cuando le apetecía una horita de masaje.

Después de la ducha se secó y, con la toalla grande anudada a la cintura, dio los ocho pasos que lo separaban de la cabina asignada. No se puso las

zapatillas. Prefería arriesgarse a coger algún hongo en la madera húmeda del plato de ducha que calzarse aquellas chancletas de plástico que vete a saber qué pies se las habían puesto antes. Se echó en la camilla y colocó la toallita seca, doblada, justo para que no se viera nada pero calculadamente para que, según y cómo, pudiera intuirse algo. El tanga de papel, como siempre, lo había dejado en la taquilla del vestuario.

Aura entró decidida, cerró la puerta, bajó el volumen del hilo musical y dejó el móvil que le servía de reloj y el bote de la crema entre las piernas del señor Cardelús. Después de recogerse el pelo en una cola de caballo, graduó la luz de la cabina hasta dejarla en penumbra. Entraba más luz por el pequeño ojo de buey que había en la parte superior de la puerta que la que daba la propia bombilla, que proporcionaba un ambiente anaranjado, tenue, relajante.

—El masaje, ¿le gusta fuerte?

Aura se frotó las manos, e incluso se las sopló, porque sabía que antes del primer masaje de la mañana siempre las tenía frías.

—Sí, fuertecito.

Ya lo sabía. Ella lo sabía todo sobre Cardelús. Carla, Sarita y Anabel le habían contado cómo las gastaba aquel hombre casado. Que tenía dos mellizas, que era educado, que no se ponía el tanga, que tenía un buen cuerpo comparado con los abuelos que tenían como clientes, que le gustaba exhibirse y que, al final, daba buenas propinas a pesar de que en el vestuario había un cartel en el que se pedía, en nombre de la ética profesional, que si se quería dejar alguna propina a las chicas se hiciera en la caja, en el momento de pagar.

Aura, con cuatro nociones de fisioterapia sacadas de una página de Internet, empezó por un pie y por los gemelos, después el otro pie y la pantorrilla hacia arriba. La información que le habían pasado era buena: tenía la musculatura muy dura, de tanto esquí y tanta bici de montaña. Por el altavoz sonaba, en bucle, la banda sonora de *La Misión* que Aura hacía muchas semanas que tenía aborrecida. Cuando los dedos de la masajista llegaron a los muslos y Javi sintió a Aura más cerca, abrió un ojo.

—No nos conocemos, ¿verdad?

—Sí, sí... Yo creo que alguna vez le he lavado la cabeza.

—¿Eres nueva?

—No, bueno. Pasado mañana hará nueve meses que trabajo aquí. Cómo pasa el...

A Javi Cardelús le molestaba el aliento a tabaco cada vez que Aura decía

algo. Pensaba que, igual que se lavan las manos, deberían cepillarse los dientes antes de entrar en una sala como aquella. Y enjuagarse la boca con Licor del Polo, por el amor de Dios. Algún día cogería a Ricardo por banda y se lo diría. Pero, pensándolo bien, Ricardo podría contestarle que allí los clientes tenían que ponerse el tanga, por el amor de Dios. Lo dejó correr. Intentó no obsesionarse y prefirió concentrarse en las manos de ella, sentir cómo masajeara los cuádriceps con fuerza, relajarse y no provocar que ella siguiera hablando. Para trabajar los abductores, para tener más espacio, Aura enrolló un poco más la toalla, a ras de la ingle.

—Uf, este uniforme da un calor...

—Pues quítatelo. —Rápido de reflejos, el señor Cardelús.

Aquello también se lo habían advertido.

—Sí, claro —sonrió, y siguió apretando la ingle, con fuerza y persistencia, para deshacer cualquier nudo de la pierna derecha, que le parecía que estaba más cargada que la otra.

Cuando Aura trabajaba los abductores de la izquierda, y después de tanto rato de pasar sus dedos junto a la zona peligrosa, Javi sintió que la toalla empezaría a levantarse. Primero ligeramente, de una manera casi imperceptible con tan poca luz. Luego, un poco. Mucho, a juzgar por la imaginación de Cardelús. Aura fingió que no se había percatado y continuó como si tal cosa. Pero a medida que aumentaba la erección, la toalla se iba elevando hasta que, de repente, sin que nadie hiciera nada para evitarlo, resbaló hasta caer de costado. Él no dijo nada. Esperaba. Con cierta excitación. Aura, con la naturalidad de quien está empanando pollo, volvió a doblar la toallita y la dejó en su sitio, sin prisas, sin hacer aspavientos pero aprovechando para comparar con la de Antonio, que siempre le decía que no vería otra como la suya.

—Estamos contentos, ¿eh? —Aura había hallado la forma de aparentar que no le daba importancia.

—Perdón. —Javi se hizo el vergonzoso.

—Tranquilo. Aquí vemos de todo.

—¿Ah, sí? —respondió él con un hilo de voz.

Aura le había quitado hierro a la situación. El aquí vemos de todo, en cambio, despertó la fantasía de Javi Cardelús, que en aquellos momentos ya estaba suficientemente excitada. ¿Qué habían visto aquellas chicas? ¿Qué se hacía en aquellas cabinas? ¿Por qué a él, allí, nadie le había tocado?

—Tienes un hijo, ¿no?

Qué cruel. Aura sabía cómo hacer que aquello volviera, de golpe, a la posición de reposo. Podría haber sido incluso más cáustica. Habría podido preguntar, ya que se tuteaban, de qué trabaja tu mujer. Pero no quiso empezar la tortura por la segunda fase.

—Dos niñas.

—Niñas, las dos...

—Mellizas: Mar y Sara.

Pero él se quedó con un concepto: que Aura, de repente, había pasado a tratarlo de tú. Después de haber exhibido las credenciales, ya había confianza. Y allí dentro había visto de todo.

—Mellizas. Qué monas.

—Sí. Mucho... —respondió maquinalmente.

—Ya puedes darte la vuelta.

Javi Cardelús apartó la toalla, la dejó caer al suelo y se tumbó boca abajo. Aura aprovechó para mirar la hora en el reloj. Cuando volvió a colocar las manos encima, lo tenía con el culo hacia arriba. Un culo peludo, tal como se lo habían descrito Carla, Sarita y Anabel. Le quedaban veinte minutos para trabajarle la espalda. Y así lo hicieron, en silencio. Lumbares, dorsales, cervicales y de nuevo hacia abajo. Ninguno de los dos volvió a hablar. Aura pensó incluso que el señor Cardelús se había quedado dormido.

A la hora en punto, sin regalar ni un minuto, Aura se metió el teléfono en el bolsillo de la bata.

—Bueno... ¿Qué tal?

—¿Ya está?

—Una horita. *C'est fini...*

Javi Cardelús se dio media vuelta con un movimiento torpe y volvió a quedarse boca arriba, tumbado en la camilla. Sin toalla.

—¿No hay nada más?

—¿Perdón? —Ella se hizo la ofendida...

Javi pensó que Aura conocía aquel sutil juego de sobrentendidos.

—¿No hay un poco de...?

—De...

—¿Final feliz? —dijo él, como un corderito, con la voz del niño que suplica más chocolate con el pan.

—Pero ¿qué dices? Te has equivocado de sitio.

Aura sabía que debería haber abierto la puerta y haberse largado. Pero, aún hoy no sabe por qué se quedó allí, de pie, al lado de la camilla, esperando

a que el señor Cardelús dejara de ser un señor y fuera poniéndose en ridículo.

—¿Cuánto quieres? ¿Cincuenta euros? ¿Cien?

—Pero tío, ¿no lo has entendido? No soy una puta...

Lo que no se podía imaginar es que, justo cuando iba a coger el bote de crema y salir de la cabina, él se incorporaría, de repente, para cogerle la mano.

—Tócame un poco.

—Pero ¿qué haces?

—Sóbame un poco, por aquí...

Y cuando ella quiso huir, no pudo. Javi la agarraba con fuerza por la muñeca y no podía zafarse de él.

—Suéltame ahora mismo o chillaré...

Javi, ofuscado, ni oía nada más ni dejaba de insistir aferrándola para que ella, con el puño cerrado con todas sus fuerzas, le pasara la mano por encima.

—Eh, hostia, daré un grito y vendrán todos... Suéltame.

Con la otra mano, y con toda su rabia, Aura le lanzó el bote de crema sobre la barriga. En un acto reflejo, Cardelús la soltó y ella aprovechó el momento para abrir la puerta de la cabina y salir como alma que lleva el diablo.

—Vete a la ducha y cáscatela tú, guarro. Que eres un guarro... —gritaba Aura desde el pasillo.

—No le digas nada a Ricardo... Te despedirá.

—Eso te crees tú... —dijo Aura alejándose, mientras alcanzaba la puerta que daba a la sección de peluquería.

Mala suerte, pensó Javi Cardelús mientras se enjabonaba. No tenía remordimientos de conciencia. Nunca los había tenido. Eran dos palabras que no había utilizado nunca en la misma frase. Decidió no volver a pensar en ello. Únicamente quería vestirse, abonar la cuenta y salir de allí con la misma dignidad con la que había entrado. Mientras se hacía el nudo de la corbata, Anabel abrió la puerta del vestuario para recoger las toallas y las chancletas.

—Vas a disculparte, ¿no?

Javi Cardelús la ignoró, como si no hubiera entrado nadie. Anabel no se rindió.

—Vas a decirle algo, supongo.

—¿A quién?

—A Aura.

—No sé de qué me hablas.

—Aura está fatal. Se lo ha contado a Ricardo.

Ella lo dijo con serenidad, sin levantar la voz. Y él imitó su tono.

—Es una desgraciada.

—Se lo ha dicho a Ricardo y ha llamado a la policía.

—No me lo creo. No puede ser tan cabrona... —dijo el señor Cardelús, con la corbata a medio anudar y aún descalzo.

Aura esperaba en la caja, flanqueada por Carla y por Sarita. Ricardo, el dueño, se había encerrado en su despachito, como siempre que se olía un problema con un cliente. Javi Cardelús dejó dos billetes de cincuenta sobre el mostrador, sin decir nada, sin levantar la vista. Aura le devolvió los veinte euros de cambio, también sin mirarlo.

—Anabel me ha dicho que has llamado a la p... Supongo que me estáis tomando el pelo, ¿no?

Aura sacó el teléfono de su bolsillo y le mostró la pantallita, con las llamadas recientes. La última, cuatro minutos antes, era al teléfono 112 de emergencias. De repente, Javi Cardelús estalló. Estuvo a punto de agarrar a Aura por el cuello, pero Carla y Sarita la socorrieron.

—Soltadme, no os creáis lo que dice...

Aura se echó a llorar. A esas alturas, Javi Cardelús ya se había embalado.

—No puedes decir nada, no puedes demostrar nada. Aquí no ha pasado nada. Es tu palabra contra la mía. A ti no te creerá nadie. Chica, te has metido en un buen lío. No tienes ninguna prueba. Esta tía está loca y se lo inventa todo —dijo mientras miraba durante un momento a las otras chicas, buscando una complicidad que no encontró—. Esto no saldrá en ninguna parte. Nunca más encontrarás trabajo en este país. Te cerraré todas las puertas. Todas. Ya puedes buscarte un abogado que sea mejor que el mío. Estás acabada.

3

Un trago como Dios manda

—Este periodismo amarillo no es de tu estilo.

Eva Bosch tenía suficiente confianza con Santana para decirle lo que pensaba.

—No sé qué ganas grabando un vídeo aquí en la clínica, escayolado de arriba abajo, y colgándolo en la red. ¿Desde cuándo el periodista tiene que ser la noticia?

—¿Desde que han intentado matarme? ¿Desde que han estado a punto de dejarme en una silla de ruedas? ¿Desde que voy a pasar unos meses sin poder trabajar? Acércame el vaso...

La habitación de Dani Santana, vacía, era de una asepsia total. Cuando llegas a un hotel, enseguida tienes prisa por montar tu tenderete, porque quieres que se parezca un poco a tu casa y deseas estar bien allí. Incluso corres a quitar el precinto higiénico del váter y a hacer un pis, para marcar territorio. En la habitación de un hospital, en cambio, esparces pocas cosas porque, desde el momento en que entras, tienes muchas ganas de marcharte de allí. A duras penas pones el cuerpo —a la fuerza— y un poco el alma, coaccionada por el dolor y por el diagnóstico de los médicos. Cada palabra suya toma una fuerza y una categoría imponentes y, entre esas cuatro paredes, se crea un pequeño mundo, místico y viciado. Solamente hay algo peor que el ansia por las palabras del médico. Sus silencios.

En un hospital, además, como en el caso de Dani Santana, si entras por urgencias y te llevan directamente a la habitación escayolado desde el pecho hasta la cadera, apenas puedes moverte para desordenar nada. En la 208 del Instituto Stoner, centro de referencia para las lesiones medulares, lo poco que tenía Dani Santana estaba guardado en el armario. A la vista, nada de nada. Cuando Raquel llegó escopeteada al saber la noticia, se había apresurado a guardar las pocas pertenencias que Dani llevaba encima en el momento de la agresión. En la mesilla de noche sólo había una caja de clínex y un vaso de duralex con dos dedos de agua y una pajita que Eva le acercó a los labios.

Santana sorbió levemente, lo justo para quitarse la sequedad de la boca después de tantas horas de no hablar con nadie. Tras tomarse su tiempo, más misterioso que jugueteón, le respondió:

—Una policía tan brillante como tú, ¿no ha pensado que el vídeo tiene un motivo? ¿No has pensado que seguramente lo he hecho con un propósito?

—¿Con cuál?

—Atraerlo, por ejemplo. Obligarle a que salga de su madriguera. Poner nervioso al que esté detrás de esto.

—Dani, ¿por qué no dejas que las investigaciones las llevemos nosotros?

—Porque ya no me fío de nadie. ¿Te sirve como explicación?

—No. Y tú sabes que juntos siempre nos ha ido... ¿Recuerdas si el hombre de la barba tenía algún tipo de acento?

—¿Quieres decir extranjero?

Eva Bosch enarcó las cejas en señal de asentimiento. Esperaba un indicio, una chispa, un punto de partida por el que empezar a rastrear.

—Eso es lo que le gustaría a tu consejero de Interior, ¿no? Que yo saliera ahora y dijera que el hombre que intentó matarme era rumano, o sudaca... Tendría la excusa perfecta para decir que los malos vienen de fuera. La excusa para otra raza contra la inmigración.

—¿Dijo algo? ¿Tenía algún acento o no?

—Del Clot, tenía acento del Clot, pero más bien de la zona de Fabra i Puig, por debajo de la Meridiana... Acento, acento... Me ponéis negro con los eufemismos... ¿De dónde era? Y yo que sé de dónde era, Eva, pero creo que era de aquí. —De repente, Dani sonrió por primera vez en tres días—. ¿Te has hecho algo? Te veo diferente.

Eva Bosch sintió que la habían pillado. E hizo lo mismo que hubiera hecho cualquiera de los chorizos a los que en su vida, por trabajo, le había tocado ponerle las esposas. Mentir.

—Será que voy de paisano...

Era verdad. Quizá sí, pensó Dani, que no había visto nunca a Eva Bosch sin el uniforme de intendenta de los Mossos d'Esquadra. El azul oficial le favorecía. En cambio, aquella trenca de color ala de mosca le entristecía las facciones.

—¿En qué lío te has metido, Dani?

—No lo sé.

—Dani...

—Francamente, no tengo ni idea.

Hacía ya años que Eva Bosch había tratado a fondo a Dani Santana, cuando era director del *Crònica*. En el periódico, Santana tenía un jefe de sección de Sociedad que había empezado a publicar primicias de impacto sobre la presencia de Al Qaeda en Barcelona. El periodista David Cid, conocido como Senza, parecía cada vez más metido en aquella trama y Eva Bosch, discreta y profesional, decidió hacer su trabajo desde dentro. Todavía se acordaba del asco que le daban los dientes amarillos de Senza cuando follaban en su piso de la plaza de la Revolució, en Gràcia. Ambos se habían liado en un mismo caso y a Dani había estado a punto de costarle el cargo. La policía y el periodista, dos solitarios, dos obsesivos de su trabajo, habían vuelto a necesitarse un tiempo más tarde. Dani Santana, sumergido en la investigación periodística del incendio del Liceu, se topó de nuevo con Eva Bosch a raíz de la muerte aparentemente accidental de dos testigos para el reportaje que preparaban para la televisión. En aquellos días convulsos, la llegada de Tuzza Talese a Barcelona acabó de complicarlo todo. La escritora siciliana, autora de un éxito mundial, había viajado para que Dani la entrevistara en su programa de TV10. Llegaba expresamente para promocionar su libro y para hablar de la mafia. Eva Bosch y toda la Comisaría General de Investigación Criminal, bajo su mando, cerraron de lo lindo durante semanas, pero no pudieron evitar que, al fin y a la postre, todos acabaran sufriendo las consecuencias.

Pero aquellas historias ya eran agua pasada, y tanto Dani Santana como Eva Bosch compartían la misma virtud que los políticos en campaña electoral: el pasado no contaba para nada.

Aquella mañana, en el Instituto Stoner, la intendenta temía que la ambición profesional de Santana volviera a sumergirlo en una historia policial que iría más allá de lo que parecía una irremisible tendencia autodestructiva del presentador. Dani Santana —él ya hacía tiempo que lo había aceptado— tenía mucha vida en la pantalla y muy poca fuera de ella.

—¿De quién sospechas?

—No lo sé.

—¿Alguien te había amenazado?

—Directamente no.

—¿Directamente?

—Soy periodista...

—¿Y?

—Todo el mundo intenta intimidar. *Coaccionar* es la palabra... Una llamada, un comentario... Pero lo de te mataré, si es eso lo que quieres saber, nadie. Ni un anónimo, ni...

—¿Y la vida privada?

—Yo nunca hago preguntas de ese tipo.

—Yo sí. —Eva, intuyendo el dedo gordo del pie de Dani bajo la sábana, lo apretó, en un gesto que desconcertó al enfermo—. ¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo, Santana? Que a los polis no nos interesa la vida privada de la gente, pero, por trabajo, nos pasamos la vida hurgando en ella. Y los periodistas fingís que no os interesa, pero os pasáis el día intentando meter la nariz en casa de todo el mundo...

—También es por trabajo.

—No te engañes, Dani, es por gusto.

Para Santana, convertido en un paciente cualquiera del final del pasillo de la segunda planta, Eva ya llevaba demasiado rato en la habitación, plantada como un poste a los pies de la cama. Los médicos le habían dicho que tendría que llevar aquella escayola hasta las axilas durante un par de semanas, por lo menos. Estaba molido, aún le dolía todo, no se sentía cómodo de ninguna manera y las sábanas, sobre las piernas, le estorbaban. Le molestaban mucho, pero no alcanzaba a apartarlas.

—¿Quieres más agua?

Dani dijo que no con los ojos. Bebía poco. Desde que había ingresado en la clínica, se resistía a echar un trago como Dios manda. Para mear no era autosuficiente. Y eso le jodía. Necesitaba dos cosas: el orinal de plástico, el que tenía forma de hígado hinchado, y la ayuda de una enfermera. Y él, por vanidad y por vergüenza, quería ahorrarse ese momento. Le parecía humillante que tuvieran que agarrarle con dos dedos el pene circuncidado, como quien coge con asco un insecto de laboratorio, y orientarlo hacia el gollete grande de un bacín en el que vete a saber quién había orinado antes. Eva insistió:

—En tu vida, fuera de la tele, ¿todo bien?

—No tengo vida fuera de la tele. Ahora la tendré. —Y dio unos golpecitos a la armadura de yeso—. A la fuerza.

—¿Te drogas?

—Eva, por favor...

—¿Juegas?

Santana resopló. No quería darle importancia a aquello.

—¿Tienes deudas?

—Tampoco, mujer. Lo siento.

—Pues tendrías que decirme en qué estabas trabajando ahora en la tele. Quizá por ahí encontraríamos una pista...

Hacía un buen rato que Dani se guardaba una baza para cuando le conviniera desviar la conversación.

—Ya lo sé. ¡Te has operado la nariz!

No pudo disimular, y Eva Bosch se ruborizó al instante. Pero aguantó el tipo.

—Con la pasta que me ha costado... —Se puso de perfil—. Es el regalo que me hice cuando cumplí los cuarenta.

—Mejor así. Pero no sabía que... —dudó si decirlo o no— las lesbianas también os hacíais la estética.

—Tú tan desagradable, tan misógino como siempre...

Protestó. Le llamó misógino, sí, y homófobo y unas cuantas cosas más. Pero se guardó para ella lo que en realidad pensaba. Creía, lisa y llanamente, que Santana, visto por la tele, podía parecer un seductor, pero que, en las distancias cortas, era un capullo de tomo y lomo.

—¿Lo ves, Santana? Sí que te interesa la vida privada de la gente.

—No me hagas reír, Eva... Ay, que me tira todo.

Todos querían uno

Cuando Roberto Manuel Faura llegaba a un nuevo país, siempre hacía la misma pregunta: «Aquí, ¿con quién hay que hablar?». Las leyes del país en que pensaba invertir no le interesaban en absoluto. Si las cumplía, bien, si no, tal día hará un año. Aquello no le quitaría ni media hora de sueño. Si se lo hubiera pensado mucho, si hubiera estado pendiente de reglamentos y de normas, estaba convencido de que no habría llegado a salir en La Lista. Y él, desde hacía unos meses, vivía obsesionado por aparecer en ella. La mañana en que Belita, la secretaria de su oficina en un rascacielos céntrico de Ciudad de México, entró en su despacho y le mostró la revista, le cambió la vida. Y el estado de ánimo. Su nombre y su foto aparecían, por fin, después de tantos esfuerzos, en la lista de la revista *Forbes* como uno de los hombres más ricos del mundo. El 74 y subiendo. Desde entonces, con la vanidad de los que pisan fuerte, con la ambición de los que han empezado muy abajo, llevaba siempre La Lista en el bolsillo de la americana para recordar permanentemente a quién tenía por delante. El objetivo era —si podía conseguirlo en dos años mejor que en tres— superar a los veinticuatro ricos del copón que lo precedían y que le impedían cumplir su sueño. Bobby Faura quería que se supiera que él, el hijo de un taxista de doce horas al volante durante años y años, era uno de los cincuenta hombres más ricos del mundo. Ése era su objetivo. El qué era lo único que le motivaba. El cómo no puede afirmarse que fuera lo de menos —sería injusto decirlo así—, pero era solamente un trámite, y más cuando se acercaba ya a los sesenta.

No fue un golpe de suerte. Fue una intuición. En 1997, Roberto Manuel Faura, que se ganaba la vida siendo gerente de una empresa de aduanas, pensó que los teléfonos móviles podían llegar a ser la tecnología más popular de la historia. A lo sumo, pensó, quizá llegaría un día en que habría un televisor por casa. Pero estaba convencido de que, por poco que se hicieran bien las cosas, acabaría habiendo un teléfono por persona. Para asegurarse de ello, Roberto Faura, hombre impulsivo donde los haya, quiso hacer un

experimento. Compró veinticuatro móviles de cuantas marcas distintas pudo encontrar en Ciudad de México, cogió un mantel, lo metió todo dentro de una maleta y se marchó, en clase turista, desde el aeropuerto de Benito Juárez hasta Lagos, Nigeria.

No pasó por el hotel ni para dejar las cosas. Se paseó durante más de dos horas por la segunda ciudad más poblada del continente africano hasta que consideró que, cerca de Tinubu Square, había encontrado el lugar ideal para montar el tenderete. Una esquina bastante tranquila, bastante discreta teniendo en cuenta el jaleo habitual, para poder abrir la maleta, tender el mantel y, uno junto a otro, colocar los ocho teléfonos a la vista de todo el mundo.

Se los quitaron de las manos en un santiamén. Vendió los ocho a las diez primeras personas que se acercaron. Daba igual que la conexión, en 1997, no estuviera garantizada. Tampoco parecía importarles, ni poco ni mucho, que aquel teléfono que acababan de comprar, en algunos casos, no les sirviera para hablar con nadie. Todos querían uno.

Corrió la voz de que aquel hombre blanco, con pinta de americano, vendía teléfonos móviles en una esquina cerca de Tinubu. Pero antes de que se formara una cola demasiado llamativa, él ya había doblado el mantel y, con la maleta en la mano, había desaparecido entre la multitud con la intención de cambiar de ubicación. En Ikoyi repitió la operación. Tenderete, mantel azul y una exposición de ocho móviles de distintas marcas y colores que llamaron la atención de todo el mundo. En media hora los había vendido todos y lo que más le horrorizaba era darse cuenta de que la gente podía llegar a pagar, por un teléfono personal, el salario entero de un mes. Cuando llegó al hotel a primera hora de la tarde, Roberto Manuel Faura sabía que, si actuaba rápido y apostaba fuerte, podía hacer el negocio de su vida.

Al día siguiente, mientras volaba hacia México, pensó que llamaría a su empresa Tinubu Corporation. En principio funcionaría como mayorista. Compraría, distribuiría y vendería teléfonos móviles en México y en el resto de América Latina. Pero enseguida se percató de que podía organizar una red de puntos de venta y reparación de móviles y de captación de vendedores de las operadoras. La obsesión de Bobby Faura era que su empresa tuviera relación con todos los fabricantes, sin distinciones ni exclusivas. De Motorola a Samsung. De Apple a Nokia, que no dejara a nadie fuera de la distribución de móviles. Tinubu Corporation vendería en todo el mundo (actualmente en sesenta y ocho países), pero mantendría su sede central en Ciudad de México,

tendría a su director tecnológico en Europa y a su director financiero en Chicago. «Cada cual a lo que sabe hacer», les decía siempre Roberto Manuel Faura a sus colaboradores. Y vender, eso sí, en todas partes. Había comprendido, definitivamente, la economía de escala.

Y también había descubierto que se ha diseñado una sociedad para consumir y no para pensar.

La facturación, que se contabilizaba en dólares, superó los seis mil millones diez años después de la fundación de la compañía y, de repente, cuando parecía que el mercado de distribución y venta de móviles ya estaba estancado, apareció una nueva necesidad: el *smartphone*. Y aquí fue cuando la Tinubu Corporation hizo definitivamente su agosto, cuando Bobby Faura se dio cuenta de que, de repente, la gente no quería dejar pasar la oportunidad de llevar Google encima o de recibir y responder a sus correos electrónicos en cualquier lugar y a cualquier hora. En el primer mundo, de nuevo, todos querían uno. El deseo de tenerlo ya no dependía de los ingresos de cada ciudadano. No pasó mucho tiempo antes de que el sesenta por ciento de los teléfonos que los norteamericanos llevaban en su bolsillo fueran inteligentes. En Europa ya se superaba esa cifra, y en América Latina, el principal mercado de Tinubu, la población con *smartphone* había pasado del veinticinco al cuarenta por ciento en solo un año. Crecían mucho, sí, pero aún tenían mucho camino por recorrer y por eso Roberto Manuel Faura creía que, durante los siguientes años, todavía tenía tiempo para ascender en La Lista.

A partir de la primera fortuna, todo fue más fácil. Invertir y hacer negocios. Diversificar para ganar. Sembrar y recoger, a manos llenas. De Wall Street a donde fuera. De rey Midas de la telefonía a propietario de la principal industria de alimentación en Sudamérica, a ser el gran tiburón de los parques temáticos como el que tenía planeado construir, a sesenta kilómetros de Barcelona, para convertirlo en el mayor de Europa. Si todo salía como lo tenía previsto, sería otra máquina de hacer millones. La moneda era lo de menos.

Sus compañeros de colegio se hacían cruces cuando veían el imperio que había levantado aquel chico tímido, silencioso, que cuando estaba sentado en el pupitre parecía uno más, otro bala perdida con cara de asco y con la autoestima a ras de suelo.

El joven Roberto, cuando nadie hubiera dicho nunca que de mayor tendría un índice de masa corporal que bascularía entre el sobrepeso y la obesidad, se había inventado un juego para cuando andaba solo por las calles

de la capital. Tendría once, doce, catorce o a lo sumo quince años... Cuando aún no había ido de la mano de chica alguna, pero sus padres ya le dejaban ir solo por la calle, Robertito se había inventado un juego que nunca le había contado a nadie. De cada persona que se cruzaba en su camino, se preguntaba si cambiaría su vida por la de ella. Y siempre solía decidir que sí. Era un sí sin envidia, inocente, sin compadecerse de sí mismo. Sencillamente, se habría cambiado por el otro porque le parecía más rico, o porque fumaba con estilo, o porque andaba con la prisa del que sabe a dónde va. Y él, todavía, en el momento del primer bozo, simplemente pisaba incertidumbres buscando, siempre, la acera de la sombra.

De mayor, en las pocas ocasiones en que Bobby caminaba solo, sin nadie a su lado que le hiciera la pelota, a veces aún practicaba el mismo juego de su adolescencia con los hombres y las mujeres que andaban en dirección opuesta a la suya. Y hacía ya muchos años que Roberto Manuel Faura no habría cambiado su vida por la de nadie.

Y menos entonces que salía en la revista *Forbes*, que ganaba en un solo día lo que ganaría su chófer en toda su vida y que tenía cinco aviones siempre a punto. Sólo le bastaba escoger con cuál de ellos le apetecía más viajar.

Bobby había hecho grabar sobre madera, en cada uno de sus *jets*, una frase de san Agustín que había oído en un funeral. Había mandado colgar la inscripción sobre la puerta de la cabina del comandante para ir viéndola, leyéndola e interpretándola entre cabezada y cabezada durante sus larguísimas horas de vuelo. «Si pensamos que sabemos qué es dios, es que no es Dios.» Antes de mandarlo grabar, había estado pensando un montón de horas si debía escribir *dios* con d mayúscula o minúscula. Y si había que distinguir entre el primer dios, el que crees que lo es pero en realidad no lo es, y el segundo, el que sí que es él mismo de todas todas. Por eso, finalmente, decidió encargarse el primero en minúscula y el segundo en mayúscula, tal como lucía ahora escrito en los cinco aviones. Pero a medida que viajaba, que se fijaba y que lo releía, no tenía muy claro si había acertado. Ni siquiera tenía la seguridad de saber si interpretaba bien aquella frase que había oído en el entierro de un político local, y entonces, según cómo, le parecía más un trabalenguas, un juego lingüístico para chiquillos, que una filosofada celestial. El mérito de la frase, según decía la tripulación de Bobby Faura, era que le hacía dudar. El resto de cosas, en la vida y en los negocios, parecía tenerlas todas muy claras.

Él era creyente, aunque más por egoísmo que por fe. Creía que, en caso

de necesidad, una plegaria en el momento adecuado podría cambiarle la suerte. Así pues, por intentarlo no perdería nada. Y era gratis. Tenía la religión como el que tiene una manguera en la escalera de casa y, en caso de incendio, puede romper el cristal, abrir el grifo y utilizarla. Roberto Manuel Faura creía en Dios, sí, pero no era ni de lejos un ciego devoto como su mujer, abnegada al sacrificio, entregada a la oración y con más ganas de descubrir la vida eterna que la propia herencia de su marido. En su casa, ya fuera en México, en Miami o en Londres, doña Elvira Herrero había mandado construir una capilla para que pudiera celebrarse misa a diario.

Antes de viajar a donde fuera, doña Elvira mandaba que le dijese en qué lugar y a qué horas podría ir a rezar, a celebrar la Eucaristía y a poner una vela bajo un crucifijo. Gracias a las veces en que había ido a Barcelona, sabía que prefería la intimidad de la iglesia del Pi que el templo de la Sagrada Familia, que en una de sus visitas habían abierto solo para ella, y que le pareció un churro y, por decirlo finamente, una ofensa al Altísimo. (Pronunciado con una A mayúscula desproporcionada. Ella, si de lo que se trataba era de ponerle méritos a Dios, no tenía dudas ni le escatimaba ninguno.)

En aquella ocasión, sin embargo, doña Elvira se había quedado en París. Días de museos. Aprovecharía para pasear por Saint-Honoré, para comprar ropa elegante y para poner cirios en Saint-Sulpice y en la Madeleine. Su marido, pues, viajaba a Barcelona como más le gustaba. Solo.

Antes de que Javi Cardelús, con su Jaguar limpio y la capota bajada, recogiera al magnate mexicano al pie de su avioneta en el aeropuerto del Prat para llevarlo hacia el Hotel 1898, Roberto Manuel Faura ya conocía la respuesta a la gran pregunta. Aquí, para que te abran las puertas, hay que hablar con Toni Mazorra, con el marido de la vicepresidenta del Gobierno. Bobby Faura y Toni Mazorra estaban hechos el uno para el otro.

Un Pulitzer, ¿sabes a cuánto va?

Recuperación. Rehabilitación. Y mucha fe. El gimnasio de la Stoner parecía un campamento. Gente a todas horas, cada uno con sus achaques, intentado hacer de tripas corazón. Mientras unos reforzaban los brazos, los accidentados más novatos aprendían a ejecutar la transferencia de una silla a otra. A otros pacientes, tumbados boca abajo en alguna de las siete camillas, los fisioterapeutas les daban un masaje en la espalda aunque hiciera meses que no la sintieran. Pero a la mayoría les parecía que aquellas manos tan bien colocadas —combinación equilibrada entre sabiduría y espiritualidad— les aliviaban el dolor.

La primera vez que Dani entró en el gimnasio de la clínica le recordó mucho, debido a los aparatos, al olor y a los malos ratos que había pasado allí, al gimnasio de su colegio. Había espalderas, barras paralelas y en el suelo unas delgadas colchonetas de color verde, sobre las cuales en aquel momento no podría dar una voltereta aunque quisiera. La dirección del centro, para mitigar el olor a orina, había instalado, en dos rincones de la sala, un par de vaporizadores eléctricos para que se respirase mejor. Y de vez en cuando, con una cadencia difícil de adivinar, el aparato escupía una vaharada de humo perfumado que se mezclaba con el sudor concentrado que se había ido acumulando, desde hacía años, en el parquet. Ni siquiera abriendo los dos ventanales, a primera hora de la mañana, podía renovarse el aire viciado de aquella sala. Dani había calculado que de un extremo a otro había, metro más metro menos, la misma distancia que en la terraza de su piso de Sant Cugat. La clínica, sin embargo, no tenía ni por asomo las mismas vistas sobre el Parc Central. En ella se colaba un jirón de luz natural que se adentraba hasta la mitad del gimnasio, allí donde estaban las siete cabinas individuales que quedaban separadas por un cortinaje que se podía correr hacia un lado o hacia otro según las necesidades. Aquella tela azul, del color corporativo de la clínica, hacía juego con la bata de los fisioterapeutas.

A primera hora de la mañana, cuando había menos gente, Dani Santana

y el Gratu coincidían en la sala. Les gustaba el trato de Èlia, que, además de ser la jefa del equipo de fisioterapeutas, tenía conocimientos, paciencia y siempre una sonrisa para todo el mundo. Estaba convencida de que su carácter positivo formaba parte de la terapia.

—¿Te gustan las perdices?

A Dani Santana, escayolado, le tocaba masaje. Le habían ayudado a echarse sobre la camilla, mirando al fluorescente, para que Èlia pudiera trabajar sus piernas y mantener el tono muscular.

—Francamente..., la caza no me dice nada. —Hablaban sin prisa, al ritmo de las manos de Èlia—. Quizá es que he visto demasiada. Mi padre era cazador. Y de pequeño, en casa, veía como llegaban, como mi padre sacaba las perdices del zurrón y mi abuela las desplumaba... Los perdigones, la sangre, los ojos, a mí todo aquello... ¿Por qué me lo preguntas?

—Nada, mi marido... Ha ido a cazar este fin de semana. Y siempre trae tantas perdices que nos salen por las orejas. Vaya, que ya no sé qué hacer con ellas.

Èlia agarraba una pierna de Dani por el tobillo y la doblaba hacia su cuerpo hasta que Dani, con una mueca, se quejaba. Para distraerle, no dejaba de charlar.

—He pensado que, si te gustan, le podría dar alguna a tu mujer... Que la guise y te la traiga en un táper. Mejor que la comida de aquí...

Dani tuvo que hacer memoria. Ya ni se acordaba de los años que hacía que se había separado. No sabía nada de Bet. Pero no le costó atar cabos.

—¿Te refieres a Raquel?

—Tu mujer...

Dani se echó a reír.

—Es mi ayudante. Mi asistente. —En voz alta, nunca sabía cómo definirla.

Entonces la que se echó a reír fue Èlia, por su metedura de pata.

—Perdona, hostia. Pues mira que estaba segura...

—No pasa nada.

—Como siempre está contigo en tu habitación y está tan pendiente para que no te falte nada... —Se acercó al oído de Dani—. Precisamente por eso tendría que haber adivinado que no era tu esposa. ¿Verdad?

Y entonces se echaron a reír los dos.

—Hace muchos años que trabajamos juntos. Me quiere mucho, sí. — Dani tardó en decir lo que Èlia estaba esperando—. Y yo a ella también,

claro.

—Ya. —La fisio supo decirlo con gracia.

—Sí, sí... desde luego.

—¿La quieres... o la necesitas? Porque ahora estás desvalido y mira, ya te va bien... Todos los hombres sois iguales...

A Dani no le gustaban las generalizaciones. Y, menos aún, que lo pillaran y que alguien le subyera su egoísmo adquirido. Para llegar a ser estrella de la tele no podía pensar en nadie más que en sí mismo. Pero sin embargo no le gustaba que los demás se dieran cuenta. Terminada la sesión, Èlia ayudó a Dani a ponerse el pantalón de chándal, ayudó al Gratu a subir a las barras paralelas y fue a lavarse las manos. Al final del día quizá lo repetía unas treinta veces.

—Me han dicho que a Santana, a Dani Santana, le encontraría aquí.

Un hombre a pie, sin silla y con una americana a cuadros, entró en el gimnasio. Tenía las manos fuertes y a primera vista se parecía a un actor. David Niven. Dani lo reconoció por su voz.

—Agus, estoy aquí.

Ya en la silla, Dani salió de detrás de la cortina azul. Muy teatral.

—Joder, Dani, no esperaba verte así...

Agus y Dani se abrazaron, con la incomodidad con la que lo hacen una persona de pie y otra sentada.

—Estábamos cenando y mi hijo me preguntó, ¿has visto a Santana en YouTube? No sabía si venir a verte o...

Y Santana contó a alguien más, una vez más, su intento de asesinato. Lo narraba con detalle para no tener que decir no tengo ni idea de quién hay detrás de esto. No le apetecía empezar a abrir vías y sospechas ni siquiera con amigos como Agus. Ni tenía ganas ni le convenía hacerlo. Pero a medida que iba hablando, con esfuerzo, se daba cuenta de que su visitante no estaba atento a la conversación.

—¿Qué te pasa, Agus? ¿Para qué has venido?

—No me pasa nada... para verte, coño.

El Gratu, de vez en cuando, resoplaba intentando que su esfuerzo fuera audible en toda la sala. Èlia empezaba el tratamiento a una mujer que había volado por los aires, con su moto, después de que una furgoneta se saltara un stop en un cruce de las intrincadas calles de Gràcia. Agus Maldonado, que

había coincidido con Dani en el diario *Crònica*, se interesó por el programa de televisión de Santana. Los médicos le aseguraron que ya podía olvidarse de la pantalla durante cuatro meses. De repente, Dani pudo ver que Agus, un hombre corpulento, de montaña, no podía reprimir una lágrima.

—¿Me lo vas a contar o tendré que adivinarlo?

—Treinta días por año trabajado. O lo tomas ahora o no te garantizamos nada de lo que pueda pasar dentro de dos meses. Ni condiciones de trabajo ni nada.

—¿Te han despedido?

—Sí, a mí y a otros doce. Nos lo dijeron el viernes. A todos los que pasamos de los cincuenta y cinco, el periódico nos pone de patitas en la calle. Redacción, administración y rotativa. Sin excepciones. Nos ha tocado a todos. A tomar por culo. Todos estos años, a tomar por culo.

Santana se percató de que su amigo hacía esfuerzos para que no se notara que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Vaya mierda, Agus. —Dani le puso la mano sobre la rodilla, una forma de pésame para parados que se estrenaban.

—Que conste que no quería decírtelo, ¿eh? Sólo he venido a verte...

—¿Y cómo lo llevas?

Agus ni siquiera pudo contestar.

—Venga, coño, tú eres fuerte. —Dani era consciente de que no lo decía por convicción, sino porque no sabía qué otra cosa decir.

—Sí, sí. Estaré bien.

Se dio impulso y se acercó con la silla de ruedas hasta la máquina que había junto a la puerta de la sala de rehabilitación. Sacó treinta céntimos del bolsillo, compró una botella de agua y se la llevó a Agus, que ya se había enjugado los ojos. Dani abrió la botella.

—Puedes beber así mismo. Yo no tengo manías —volvió a mentir. Y entonces hizo un silencio largo, voluntario, para que su amigo pudiera desahogarse. Era la misma estratagema que empleaba en algunas entrevistas cuando se daba cuenta de que el invitado quería hablar pero no se atrevía a soltarse.

—Son tiempos de mierda. Los medios no están aguantando. Es como lo de las fichas de dominó. Pim, pam, pum. Demasiada competencia. Competencia nueva, inesperada. —Agus hablaba con frases cortas, a trompicones. Más de un humorista se ganaba la vida parodiando su forma de hablar—. Los periodistas somos peleles. Hemos perdido la exclusiva de la

información. Ahora quieren dárnoslo todo hecho para que sólo tengamos que recalentarlo. Y luego un tuit por aquí, una foto de móvil por allá... Y para hacer eso vale cualquiera. Ahora bien, lo de currarte la exclusiva, ganarte a las fuentes... Ahora un político cuelga una chorrada en Facebook y todos hala, venga... Otro dice no sé qué en Twitter, y hala, todos le siguen... El más tonto tiene un blog y quiere dar lecciones a los que hace treinta años que estamos en la brecha. Un gilipollas hace una foto a un político de mierda almorzando en el Tramonti, la cuelga en la red y venga, eso es periodismo. Y entonces, ¿cuál es la noticia? ¿Que se está soplando una botella de vino de sesenta euros? Joder, pues no he visto yo a políticos pidiendo botellas de vino... y más caras aún. Imagínate si hubiera llegado al periódico y cuando me hubiesen preguntado: «¿Qué tienes?», yo hubiera respondido: «Pues que fulanito se ha atizado un Protos. Un reserva de Protos». Entonces sí que hubieran tenido que despedirme del periódico, pero con motivo. ¿Y ahora qué? Lo de ahora ¿es periodismo?

—...

—Pues ellos creen que sí. Y la gente también se lo cree. Y se lo traga. Y todos perdiendo el culo con el puto *trending topic* o como coño se llame, que si la botella de vino por aquí, que si la mierda por allá...

—Evidente, Agus, evidente.

—Y en los confidenciales, a esparcir mierda sin contrastar. Estos no llaman, no, no vaya a ser que se les estropee una noticia por falsa que sea. Y todos hala, venga, vamos, a hinchar el perro. Y tú dices hola qué tal, perdonad, ¿y la credibilidad? ¿Y el rigor? ¿Y esto quién lo avala? ¿Que quién lo avala? Hostia puta, que esta porquería nunca la firma nadie. Eso ahora ya no importa. Es lo de menos. Y los que estamos allí trabajando catorce horas como cabrones, arriba y abajo, haciendo equilibrios y aguantando presiones de todas partes... pero trabajando como es debido... y poniendo el nombre y el careto y apechugando con las consecuencias... ¿Y qué pasa? ¡Pues que nos ponen de patitas en la calle! ¡Están cerrando las empresas!

—Oye, que te comprendo, de verdad... Pero quizá te precipitas en tu juicio. Un poco. No sé...

—¡No, no, Dani! ¡Joder!

—A mí me da la impresión...

—¡Si incluso tú, que eres una vaca sagrada, has acabado saliendo por YouTube en un vídeo como si fueras un desgraciado!

—Bueno, yo...

—¡El negocio a tomar por culo, hostia, aunque tú no quieras verlo! Nuestra industria, el oficio, se ha ido a la mierda. Sobra gente por todas partes. Y de las universidades van saliendo periodistas como churros... y los que trabajan lo hacen por cuatro duros. ¡No entra ni un céntimo de publicidad! Esto se hunde. Los grandes periódicos se han convertido en torpes dinosaurios, que pesan mucho y cuestan de arrastrar. ¿Qué te voy a contar a ti, Dani? Hoy en día hay que montar una *start-up* sin encomendarte ni a Dios ni al diablo. Eso es barato. Montas una web, metes a cuatro becarios, recoges las informaciones de aquí y de allá, cortas, pegas, unos titulares con un poco de gracia y a correr. ¿Cuánto cobran? Da igual. ¿Qué pagas? Una mierda a fin de mes, contratos de tres meses, poquita gente para que no te monten un comité de empresa que te complique la vida... y oye... los chavales encantados y encima agradecidos porque tal como están las cosas tienen trabajo.

—¿Agradecidos? No tanto, quizá...

—No tienen ni puta idea, pero tienen adonde ir después de desayunar y SON PE-RIO-DIS-TAS. No se han chupado una puta guardia en su vida, no saben lo que es un *off the record*, apenas conocen el nombre de un ministro... pero el tinglado ya está montado así. Y siempre acaban encontrando un partido político que subvencione la web, en blanco o en negro, a cambio de esparcir la mierda que convenga. Los veteranos estorbamos y cobramos demasiado. A casita.

—¿Qué quieres que te diga, Agus? Estás apocalíptico y lo comprendo porque te ha tocado a ti, y lo siento mucho, pero los buenos siempre...

Santana intentó arreglar la metedura de pata.

—Perdona. Ya me has entendido. No quería decir que... Ya sabes que siempre te he valorado mucho.

—No te preocupes. —El patinazo de Dani sirvió para que Agus frenara. Por lo menos, rebajó el tono—. Ya no se puede vivir del periodismo.

—Insisto en que lo pintas demasiado... Oye, que es normal.

—Para ti es muy fácil, Dani. Ningún problema, perdona que te lo diga. Tu tele, tus negocios. Los que estáis arriba sois cuatro. Estáis satisfechos, no os falta de nada y siempre tenéis la claqué que os anima.

—Hoy lo ves todo negro, Agus. Habla con el abogado, acepta la indemnización y, yo qué sé, nunca se sabe.

—¿No se sabe qué? Joder, sí que se sabe. Tal como está el patio... Cada día cae alguien. Cada día. Cuando no cierra éste, cierra el otro. ERE de

veinticuatro tíos por aquí, a la calle los de... ¿Qué prefieres que te haga la lista por periódicos, por teles o por radios? No hace ni diez días que la hacíamos en la redacción pensando que a nosotros no nos tocaría, qué ilusos. Burros, hostia.

—Esto cambiará, hombre. —Ni siquiera Dani creía en lo que acababa de decir.

Agus tampoco se lo tragó. Ni el Gratu, que no sabía nada de ese mundo y que, de pie, entrenando fuerza de brazos en las barras paralelas, hacía como si no estuviera allí.

—Se ha acabado, Dani, y ya está. Admitámoslo. *No way out. Rien ne va plus.* A tomar por culo...

—No te rindas. El mundo digital tiene que ofrecer más oportunidades, a la fuerza.

—¿El mundo digital? ¿Es cachondeo o qué, Dani? ¡Si ya han matado a Fidel Castro tres veces antes de que se muera, coño! ¡Y no pasa nada!

—El periodismo es lo que es. Las nuevas tecnologías no pueden haber cambiado el periodismo...

—Dani, por favor, no me vengas con hostias. Tú no... ¿Ahora con qué me vas a salir... con que la culpa es nuestra? ¿Acaso hemos sido los periodistas los que nos hemos resistido a la realidad de los cambios? ¿En qué revista has leído eso?

—No jodas, Agus. Venga, ¿cuántos años tienes?

—Cincuenta y siete.

—Cincuenta y... Coño, tío, si estás a tiempo de reciclarte.

El Gratu, que lo oía todo sin escuchar, no pudo más. Tenía que meter baza.

—Dale una pastilla a tu amigo, de esas que nos dan a todos aquí.

Dani le hizo un gesto indefinido con los ojos para que no le hiciera caso.

—Lo que tiene es una depresión de caballo, ¿no lo ves? Dale un Prodemax.

—No te metas, Gratu, por favor, gracias.

—Eh, ¿qué pasa? Si yo a tu amigo le conozco...

—Vale Gratu, ya está bien, gracias.

A Dani le incomodaba que el joven se metiera donde no lo llamaban. En especial, porque se hacía cargo del trance por el que estaba pasando un buen amigo. Y también porque conocía bien los prontos que le daban a Agus y temía que, en cualquier momento, una chispa pudiera encender un castillo de

fuegos artificiales. El Gratu, cuando sintió que sus brazos estaban a punto de desfallecer, dejó caer su cuerpo sobre la silla acolchada. Soltó aire por la boca, se secó la frente y las manos con una toalla rasposa y lo dijo:

—Agustí Maldonado. Agus Maldon. ¿Sí o no? Cronista de básquet de toda la vida.

De repente, Agus y Dani se dieron media vuelta. Hasta aquel momento habían ignorado al Gratu a conciencia. Quizá sí que estuvieran absortos en su conversación, pero ambos, sin decirlo, por aquel sobrentendido de los buenos modales, consideraban que no era cuestión de ir mirando a alguien que está esforzándose con los ejercicios de recuperación. La mirada sobre el que sufre a menudo es ingrata. Sobre un discapacitado es compasión.

A Agus Maldon le encantó que, en aquel momento en que se quería tan poco a sí mismo, alguien le reconociera. De repente, aunque fuera sólo por unos instantes, se sintió respetado. Valorado. Sintió las mismas ínfulas que aquella noche en que los propietarios de un restaurante del Poblesec en el que entraba por primera vez le pidieron si podían hacerse una foto con él. Al cabo de unas semanas, cuando volvió allí, fascinado por las croquetas de cocido y agradecido por el trato, se encontró con su fotografía, en que agarraba al dueño y a la dueña por los hombros, colgada en la entrada del restaurante, junto al mostrador y a la máquina italiana de café. No le importó que no le gustara el marco. Imitaba a madera antigua pero se veía a la legua que era de plástico. Prefirió no decir nada. Ya era mucho que colocaran a un periodista deportivo como él en la galería de los famosos. Maldon al lado de otras fotos de los mismos dueños abrazados, con mayor o menor osadía, a Woody Allen, Pep Guardiola, Romina Power, Harrison Ford, el Mago Lari, Larry Bird y «la Bomba» Navarro. Se notaba que en aquel restaurante del Poble-sec, sin duda, entendían de básquet. Él, el Larry del año 92 y «la Bomba», por ese orden. Uno al lado del otro.

En la vida, cuando tienes una foto enmarcada y colgada en un restaurante, corres el riesgo de creer que eres alguien. Y Dani Santana, acostumbrado a la condena de la fama desde hacía años, había quedado inmortalizado en las paredes de toda Barcelona. En el Cesc de Diputació, en el Botafumeiro, en Can Culleretes, en el Salamanca del Port Olímpic y, con dedicataria incluida para Paco, en Can Pineda de Sant Joan de Malta, junto al nudo de las Glòries, un recodo de la ciudad que no había elegido aún si quería ser muestrario de arquitectura colorista o notario de un pasado modesto. Mientras lo decidía, una autopista de seis carriles lo atravesó por la

mitad.

Dani decidió integrar al Gratu en la conversación.

—No sabía que te gustaba el básquet.

—No especialmente. Pero durante tres años sólo he podido hacer una cosa. Leer.

Dani Santana pensaba en si llegaría el día en que también él soltaría aquellos exabruptos de parapléjico. Se preguntaba si, sentado en la silla, soltaría también su lengua viperina, concentrando todo su veneno, contra quien tuviera delante. ¿Esto se contagia? ¿La acidez viene de serie con la silla de ruedas? ¿Este resentimiento con el mundo tiene que salir, sí o sí, por la boca? Esperaba que en las semanas, quién sabe si meses, que le quedaban de silla no se le contagiara el sarcasmo hiriente contra quien menos culpa tenía. O, sencillamente, ¿era cosa del Gratu, que era así de cáustico?

Pero Agus, que ya se había arrancado, necesitaba seguir lamentándose.

—Me he pasado veinticinco años persiguiendo a deportistas. Veinticinco, ya pueden darme una placa. Y total, ¿para qué?

—Los del básquet tira que te va, que son buena gente. Pero los futbolistas...

—¿Por qué crees que no quise dedicarme al fútbol? Yo no estoy para soplar pollas ni para perseguir a gilipollas todo el día.

Hacía rato que Dani se había quedado sin argumentos. Hubiese querido convencerle de que el buen momento del periodismo volvería, de que aquél era solamente un momento de cambio, de que muy pronto, después de la debacle general, se recompondrían las cosas. Si no le doliera tanto la espalda, si no le cansara hablar, y si hubiera visto a Agus más receptivo, hubiera querido decirle que la crisis de la industria periodística era una cosa y que el oficio en sí era una necesidad social que volvería a tener horas importantes. Pero ni era el momento, ni tenía fuerzas para hacerlo. Y Agus seguía obsesionado con lo suyo.

—¿Sabes cuánto estaba cobrando por cada artículo en los últimos meses? La mitad que hace ocho años. La mitad. Dime: La voz más potente del periódico, dime, ¿quién es para ti? Dime una.

—Mirta Martino.

—Muy bien, Mirta Martino. Unas crónicas cojonudas, treinta años al pie del cañón, unas informaciones que nadie más da, un Pulitzer, ¿sabes a cuánto

va?

—A quinientos euros la pieza —respondió Dani, con la certeza de clavarla.

—No llega a trescientos. ¡No llega a trescientos! Tuvo una oferta de la competencia. ¿Sabes cuánto le pagaban?

Ya no se atrevió a hacer más pronósticos.

—Doscientos cincuenta por página entera, una página a la semana. Cuatro al mes, mil euros. Brutos. Así no volverá a haber periodismo del bueno, Dani... Así no se llega a fin de mes. Si no puedes mantener el nivel de vida, ¿qué? Es el pez que se muerde la... Cada vez te pagan menos, cada vez estás más en precario y cada día estás más pillado. Si tienes miedo a perder lo poco que tienes, o te vuelves un lameculos o eres un esclavo o te agarran por los huevos, que es como estamos ahora mismo. Y total, ¿para qué?

Dani Santana continuó regalando silencio ante esquemas fáciles.

—Que estamos traicionando el oficio y engañando a los lectores. Ése es el drama. Escribes, uno, para no tener problemas, y dos, para seguir calentando la silla. ¿Y qué ha pasado? Que por el camino has perdido la independencia.

—Eh, que tú sólo escribes de básquet, Maldon... —El Gratu no pudo continuar en segundo plano—. Y tal como hablas ahora, parece que hubieras descubierto el Watergate.

Y pasó lo que Dani se temía. Agus Maldon, irascible por naturaleza y sensible debido al momento, la emprendió contra la persona que le conocía de haberle leído.

—Tú estás así de una hostia, ¿verdad, chato?

—¿Cómo lo sabes? A lo mejor sí que eres un buen periodista...

—Menudo borde —rezongó Agus en voz baja.

—Santana, a éste tienes que ficharlo para tu equipo. Si vuelves a trabajar, claro, porque no veo que prograses mucho. ¿Cuántos días hace que no sales de la jaula?

Dani Santana, con un chándal rojo que le había comprado Raquel para ir a recuperación —en su opinión demasiado brillante, demasiado de líder centroamericano—, intentó poner paz. Le dijo al Gratu, sin rodeos, que no se metiera donde no lo llamaban y que tenía que aprender a callarse, a aguantar y a tener respeto por los demás. A Agus lo amansó con una mirada. De nuevo, la compasión mal entendida hacia los minusválidos que tantos reportajes sociales había llenado en los dominicales y en la televisión.

Llegada la calma, Santana hizo las presentaciones.

—Agustí Maldonado, amigo mío y uno de los periodistas más íntegros que he conocido. Gerard Grau, conocido como Gratu aún no sé por qué y un crack en ordenadores, internets y nubes.

—Uno de los que nos quitará el curro, vamos.

El veterano periodista le tendió una mano que parecía un pie. Fuerte, grande. El Gratu se la estrechó con la derecha.

—Estás de suerte, Maldon. Ahora puedo darte la mano. Durante tres años sólo habría podido ofrecer la nariz. O una oreja. ¿Qué hubieras preferido?

6

Una melé a cinco

Las ciudades solamente se quedan vacías a causa de un bombardeo o de un partido de fútbol. El Gratu, puro espíritu de contradicción, escogió el rugby.

Para llevar la contraria y porque, cuando era muy pequeño, le gustaba la forma de aquel balón que engañaba a las baldosas, con un bote siempre desconcertante, imposible de predecir. Sus padres —quieras que no— le habían apuntado, como al resto de niños de la clase, a jugar al fútbol. No querían que su único hijo fuera distinto. La tutora les había recomendado que, si no querían que Gerard se quedara colgado, marginado fue la palabra concreta que les hizo daño, sería bueno que lo inscribieran para que jugara al fútbol con los amigos de su clase. Además, durante aquel curso, primero, con siete años, ya empezarían a competir contra otros colegios y los chavales estaban muy ilusionados. La maestra —que al cabo de unos meses se enteraron de que cobraba una pequeña comisión, irrisoria, por cada niño que se apuntaba a una actividad extraescolar— les convenció de que era bueno que fuese a jugar a otros barrios, que pisara las aguas encharcadas de otros vestuarios y que viera otras realidades más allá de su burbuja biempensante. Y, por encima de todo, les dijo que era fundamental, para su plena formación educativa, inculcarle los valores del deporte infantil. Los padres de Gerard no se creyeron aquella falacia. Él, médico, ella, abogada, sabían perfectamente que el compañerismo, la solidaridad y el espíritu de equipo no nacerían espontáneamente, como una flor, gracias a las salidas que les tocaría hacer, cada quince días, todos juntos, cuando tuvieran que jugar los partidos fuera de casa. Sabían que, en la grada, con aquel puñado de padres vociferantes a los que sólo les interesaba ganar el partido y que su hijo jugara muchos minutos —y no necesariamente por ese orden—, no podía nacer gran cosa positiva. Sólo faltaba que aquellos energúmenos de la zona alta se pintaran la cara. Pero lo apuntaron de todos modos a causa de dos palabras concretas que había dicho la profesora. Colgado y marginado. Cayeron en la trampa emocional que, con toda la intención, les había preparado una tutora que

sabía más que Lepe.

A Gerard Grau, más que los partidos del sábado —en los que el entrenador apenas lo sacaba a jugar los minutos de la basura—, lo que le ponía de mal humor era tener que quedarse en el colegio para entrenar dos tardes por semana. Terminadas las clases y sin tener las más mínimas ganas, le tocaba ponerse la camiseta blanca y el pantalón azul y lanzarse a perseguir una pelota por un campo de fútbol sala que no tenía las medidas reglamentarias y que, además, estaba inclinado hacia una de las porterías. Algo completamente inútil.

Gerard envidiaba a Oriol Cortès, el bestia de octavo que siempre mascaba chicle, unos cuantos cursos mayor que él, que jugaba en el equipo infantil de rugby de la Santboiana. Aquello sí que era un deporte. Oriol Cortès, ¡quién fuera como él! Un animal africano.

Durante seis años, maquinalmente y sin refunfuñar demasiado, Gerard jugó al fútbol con el equipo del colegio. Durante todos aquellos cursos, llegó a marcar una decena de goles que, al cabo de un rato, ni siquiera recordaba cómo los había metido. No le interesaba en absoluto. Lo hacía, como tantas otras cosas en la vida, como quien se come un plato de sopa, con normalidad.

Su única manía, por no llamarla obsesión, eran las maquinillas. Las tenía todas y se dedicaba tanto a ellas que, al final, no sabía si eran más rápidos sus dedos o su cerebro. Había matado a tantos zombies, durante tantas horas, tantos años seguidos, que había dejado muchas veces los cementerios vacíos. Y el mundo, sin vida extraterrestre.

Pero, de la noche a la mañana, Gerard encontró una nueva distracción. Su cuerpo empezó a cambiar a partir de los doce años, a punto de cumplir los trece. Sus padres intuyeron que había empezado a cascársela. Se musculó, le creció pelo donde no lo había y, todo él, fue volviéndose cuadrado. Creció. Gerard había adquirido la costumbre, cuatro o cinco veces por semana, de encerrarse en el lavabo con el juego de cartas de mujeres desnudas que había ganado en la feria del barrio, tirando al blanco con una escopeta de balines. Con diez disparos, había logrado tirar seis bolitas y podía elegir entre una baraja entera de tías en pelotas, un Pluto de peluche y un coche teledirigido que se estropeaba con sólo mirarlo. Y, qué coño, ya se le había pasado la edad de jugar con coches. Escogió las cartas, las pidió con vergüenza y el feriante, mordisqueando un mondadientes plano, se las dio sin percatarse de

que se las estaba entregando a un menor. O quizá sí que pensó, por un instante, que le estaba haciendo un favor a un niño que, en pocos días, dejaría de serlo.

Gerard cogía el juego de cartas que escondía en su habitación, detrás del mamotreto del diccionario enciclopédico, se iba al lavabo pequeño y echaba el pestillo. Sentado en la taza, dejaba la caja vacía dentro del bidet y montaba el tenderete con las cincuenta y cuatro cartas en el suelo, frente a él, puestas en fila, como si fuera a hacer un solitario. Aquellas mujeres tenían que ser americanas, porque en Barcelona no se veía ninguna con aquellos peinados tan ensortijados, ni con los labios carnosos tan pintados.

Cada día escogía una. Las mejores tetas, el ocho de rombos.

Gerard supo esperar el momento. A los catorce años y con una buena estampa, ya estaba harto de jugar al fútbol y convenció a sus padres de que le dejaran apuntarse a rugby. En el colegio sacaba buenas notas, era un muchacho hecho y derecho y sus padres —él, médico con un cigarrillo entre los dedos, y ella, abogada—, no hallaron argumentos para decirle que no. Después de Oriol Cortès, Gerard Grau sería el segundo chico de su colegio que perseguiría el balón de bote incierto. Por primera vez se sintió importante. Intuía que aquel deporte cambiaría su vida.

Se presentó en el primer entrenamiento con las botas de tacos reglamentarias y la foto de carnet para que le hicieran la ficha federativa. Se inscribió en la Unió de Rugbi Tibidabo —camiseta con franjas horizontales verdes y amarillas y pantalón negro—, un club de barrio que fomentaba el rugby y que presidía, gestionaba y entrenaba, en todas las categorías, el mismo señor, un tipo con cara antigua, bigote erizado, pómulos marcados y cara de hambre perpetua. A Paco Arenal, un jugador de rugby retirado a causa de los golpes y de la edad, no se le caían los anillos por pintar las líneas del campo, plantar los banderines y transportar a los chicos arriba y abajo en una furgoneta los días de partido. El campo, que inicialmente había sido de césped y se había ido pelando con los años, los tacos y los entrenamientos, estaba en Vallvidrera, en un rincón ventoso sin vistas a ninguna parte. Ni al Vallès ni a la ciudad. El alquiler no era barato, pero había una mínima grada de piedra y se podía aparcar sin dificultades, que era lo que más le preocupaba a la madre de Gerard, que tenía que ir a llevarlo y a recogerlo todos los martes y jueves por la tarde.

En el primer entrenamiento, Paco Arenal, un tipo arrugado por el sol y que aparentaba los sesenta, ya se dio cuenta de que el Gratu tenía unos buenos hombros y unos pies bastante rápidos. No era una bala, no era el más veloz de su categoría, pero se movía bien, se escabullía con ligereza y tenía una salida bastante explosiva para su edad. Le contó cuatro reglas y cinco nociones tácticas de rugby, que Gerard ya traía aprendidas de casa, y lo colocó en la línea de tres cuartos. Era evidente que, por más que se hubiera robustecido, no tenía ni cuerpo ni peso suficiente para sacrificarlo en la delantera a contener a los búfalos embalados que le vendrían de frente.

A medida que fue haciéndose mayor, y todavía se estiró un poco más, el Gratu ganó en volumen, en potencia y en masa muscular. No era el más elegante de la UR Tibidabo pero tenía mucho coraje, capacidad de penetración y, en los partidos de competición, Arenal decidió ponerlo de talonador, a jugar de 2, una posición clave en el equipo.

—El rugby empieza en el uno y acaba en el tres —repetía siempre Arenal.

Y al Gratu lo habían puesto de 2, en la primera línea, para liderar la melé de su equipo. En aquella nueva situación, se sentía bien. Tanto le tocaba placar a un rival y buscar el choque como poner el balón en juego en la *touche* o talonear la melé. Siempre con criterio. El entrenador valoraba que el muchacho no se acobardara ante la primera línea contraria. El 2 siempre da la cara, le gritaba a menudo Arenal desde la banda. Y el entrenador apreciaba, incluso más, la fidelidad y las ganas que le echaba el Gratu, que en cuatro años no se había perdido ni un entrenamiento y no había faltado a un solo partido, en ninguna categoría, hasta que llegó al equipo juvenil. Y fue precisamente en aquel momento cuando el presidente-entrenador-gestor decidió premiarlo.

—Papá, mamá. Os he de comunicar algo. Soy el nuevo capitán del equipo.

Ambos le abrazaron orgullosos. No se lo dijeron, pero se notaba. Su madre corrió hacia la cocina para meter una botella de cava en la nevera. Era la primera vez que le oían decir, en voz alta, que algo le hacía mucha ilusión.

—Debutó el domingo por la mañana, en casa. Me gustaría que fuerais.

A la hora de la cena, brindaron —sin mirarse a los ojos— por la capitania de Gerard. Durante años, aquél fue el último momento de felicidad en casa de los Grau.

Aquel domingo de otoño parecía de primavera. Octubre había llegado suave, y en Vallvidrera, a las once de la mañana, no se veía ni una nube. La UR Tibidabo, con la camiseta amarilla y verde, dejó que los diablos del Ràcing Santfeliu, rojos de la cabeza a los pies, fuesen los primeros en saltar al campo.

Era una costumbre del equipo local para intentar intimidar. Aunque, en realidad, era una superstición de Paco Arenal que provenía de su época de jugador. Cuando el equipo visitante, fuesen mejores o peores, ya calentaba sobre el campo, los titulares del equipo del Tibidabo se ponían a saltar, todos a la vez, sobre las baldosas del pasillo que llevaba del vestuario al terreno de juego. Saltaban haciendo repicar los tacos, con ganas. *Croc, croc, croc, croc.* El eco de las botas, con unos saltos cada vez más rápidos, tenía algo de desafío, de amenaza y, también, de rito tribal. Y aún más si iban acompañados rítmicamente por aquellos sonidos guturales tan poco sofisticados.

—¿Cara o cruz? —El árbitro había sorteado el campo media hora antes del partido, en el vestuario, después de la revisión de tacos.

Pese a que se trataba de un partido de juveniles, el árbitro parecía de verdad. Iba bien planchado, tanto de ropa como de peinado, olía a linimento y, con la mano izquierda, sostenía un balón Gilbert, blanco, limpio, que parecía sin estrenar. Los capitanes se dieron la mano y también se la estrecharon al árbitro, que les dijo unas palabras —«jueguen limpio, disciplina y que podamos disfrutar todos»— a las que, en aquel momento, no les dieron ninguna importancia. Cuántas veces había soñado el Gratu con ser el protagonista de aquel ceremonial privado. Escogió cara. El capitán del Ràcing —del Sanfeta, que era como se conocía popularmente al equipo del Baix Llobregat— arrojó la moneda al aire y salió cruz sin que nadie, en aquel momento, pensara que podía ser un mal augurio.

—¡Coraje y cojones, chicos! —Fue la última consigna inteligente que les dio, desde la banda, un Paco Arenal al que ya se la había puesto cara de partido.

En las gradas de piedra se congregaban unas cincuenta personas, básicamente familiares de los jóvenes jugadores, que lanzaron cuatro gritos de ánimo apenas empezó a volar el balón oval. Los padres de Gerard habían llegado con los periódicos bajo el brazo, por si se aburrían.

El primer chut fue de la UR Tibidabo. Los diablos del Sanfeta recibieron más allá de la línea de veintidós e iniciaron su ataque. Eran buenos. Parecían

más hechos, más robustos que los jugadores verde-amarillos del Tibidabo, que mostraban ilusión y ganas sin que estas características parecieran, en el minuto uno de partido, dos virtudes. En un santiamén, los del Ràcing ya habían pasado de medio campo. Su juego de continuidad, de pases cortos y penetraciones, era prácticamente una coreografía mil veces ensayada. Era su forma de desgastar rápidamente, metro a metro, al equipo rival. En dos zancadas más ya se plantaban demasiado cerca de la línea de marca del Tibidabo. Paco Arenal, desesperado, viendo llegar la tormenta, no sabía qué decir para frenar a aquellos búfalos que les estaban pasando por encima.

A los cuatro minutos de juego, después de un ataque de los visitantes muy bien orquestado, el número 11 del Ràcing Sanfeta, un chico que llevaba los pantalones rojos tan altos que sólo se le veían piernas, dio comienzo a la ofensiva. Era una locomotora a toda máquina, que corría con las rodillas muy altas. Sin que nadie pudiera frenarlo, cruzó la línea de ensayo, pero, cuando ya estaba allí, sujetado dentro de la zona de marca, no pudo tirarse al suelo y plantar el balón. Arenal aplaudió el placaje de aquel jugador que, con su cuerpo, heroicamente, había impedido que el balón tocara el suelo.

El árbitro, al instante, hizo sonar su silbato para detener la jugada.

—Melé a cinco para los rojos —gritó mientras, con mucha práctica, soltaba el silbato de los labios y señalaba, con la mano derecha, el lugar exacto en el que debía reiniciarse el juego.

Se prepararon para la melé a cinco metros de la línea de ensayo. El Gratu, espoleando a sus compañeros como un sietemachos: «No entrarán en nuestra marca...». Primero se agarraron los ocho jugadores de cada equipo y luego esperaron a las dos primeras indicaciones del árbitro.

—Flexión.

Y se agacharon, ligeramente, a punto para el encontronazo. El Gratu en el medio, delante, agarrado a sus pilares, mirando a los ojos al talonador contrario.

—Tocar.

Todos los pilares tomaron la distancia reglamentaria con su brazo libre y lo retiraron para prepararse para el contacto inminente.

—¡Juego!

Al instante, los cuerpos de uno y otro equipo encajaron como un rompecabezas perfecto. Y la colisión se oyó desde las gradas.

El medio melé del Ràcing de Sant Feliu se agachó para introducir el balón. El Gratu, con la cabeza acoplada entre el pilar y el 2 del Sanfeta,

apretaba los dientes e intentaba empujar con el cuello y con la mandíbula.

—Por mis cojones que no pasan —se desgañitaba Paco Arenal, con poca fe y aún menos ganas de mirar una jugada a cinco metros de su línea de marca y con el balón para los rivales. Menudo domingo me espera, pensó. No sabía hasta qué punto.

Sin prisa aparente, el 9 del Ràcing, con más cuerpo de ciclista que de jugador de rugby, introdujo el óvalo en la melé con la incertidumbre de quien mete un suflé en el horno sin saber si subirá o no. El talonador rojo pudo echar el balón hacia atrás con un juego de pies muy estudiado. Con los tacos clavados en el suelo, los ocho delanteros de cada uno de los equipos intentaban avanzar con todas sus fuerzas mientras de la melé salía una nubecilla de polvo de tanto que pateaban unos y otros contra el suelo. Y en el preciso momento en el que el 8 del Ràcing estaba a punto de sacar el balón, la melé se hundió. Un iglú humano deconstruido. Los seis jugadores de primera línea se derrumbaron y fueron, todos a la vez, de cabeza al suelo. El árbitro pitó mientras los jugadores de la parte posterior de la melé seguían presionando, con fuerzas contrarias, como si fuera el enunciado de un problema de física. Los cuatro pilares y los dos talonadores, con el Gratu en medio de todos, se quedaron con el culo al aire, la cabeza en el suelo y la nuca doblada. Gerard sintió en aquel instante que una cervical le crujía más de lo normal. Se quedó de rodillas y ya no pudo ponerse de pie. A su alrededor, poco a poco, se fueron levantando el resto de los jugadores que se habían hundido con la melé. Los del Sanfeta se incorporaban con la ilusión de volver a intentar una marca que tenían muy cerca. Los del Tibidabo, con el orgullo de haber sabido defender el primer intento del rival. Pero el Gratu no se levantaba. Se había quedado solo en el suelo, tumbado. Sus padres se pusieron en pie precipitadamente. Sus compañeros pensaron que se incorporaría enseguida y que el capitán volvería a liderar la melé con uñas y dientes. El primero que se dio cuenta de que el Gratu no se movía fue Paco Arenal, que saltó al campo sin el permiso del árbitro. El dolor que sentía el joven era tremendo. El tiempo se había detenido y le parecía que no podía oír nada. A su alrededor, todo sucedía con sordina, lo percibía todo bajo una neblina, como si desde que la melé se había hundido todo ocurriera muy lejos de él...

—¿Dónde te duele?

—En todas partes... Duele mucho. —Prácticamente no tenía ni voz a causa del dolor.

—¿Dónde te duele?

Cuando quiso decir «aquí», el Gratu se dio cuenta de que no podía mover los brazos. Le pesaban mucho. Como si le hubieran metido las extremidades dentro de un bloque de cemento. En aquel mismo momento, cuando Arenal se echó las manos a la cabeza mirando hacia las gradas, el Gratu —no le preguntes por qué, quizá porque su padre era médico— intuyó lo que le sucedía.

Sus compañeros se acercaron para interesarse por lo que le pasaba y a decirle «vamos, Gratu, joder, ya verás como no será nada». El masajista del club también saltó al campo a ver si podía reanimarlo. La camilla, aunque les pareció que tardaba demasiado, no se hizo esperar mucho.

Su padre, médico, estuvo todo el tiempo a su lado pero no pudo hacer nada. Su madre, abogada, tampoco. Ninguno de los diablos le pidió disculpas porque la melé, simplemente, se había hundido. Nadie consideró que fuera culpa de nadie. Ni en el momento de la jugada, ni cuando el Gratu llevaba minutos en el suelo esperando a la ambulancia, ni durante los meses, durísimos, que llegaron después. El árbitro únicamente se limitó a reflejarlo en el acta del partido. Fue un accidente de juego. El deporte tiene estas cosas. Mala pata. Muy mala pata. Todos prefirieron no moverlo más. Ni siquiera Arenal, por más noches que pasara dándole vueltas, podía saber con certeza por qué la melé se había derrumbado de golpe y porrazo. Y mira que la imagen de la jugada le había pasado una y otra vez por la cabeza, desde que se había enterado del alcance de la lesión después de la primera operación de urgencia.

El Gratu se había quedado tetrapléjico.

Durante dos años sólo pudo mover la cabeza. Y llevar la contraria, eso sí.

El lugar perfecto

—Tendrías que ir un poco más deprisa.

Toni Mazorra, el secretario del Gobierno, había recibido un SMS desde el coche de atrás. Se lo mandaba Javi Cardelús, que estaba preocupado porque Roberto Manuel Faura, sentado a su lado, había mirado su reloj. La comitiva enfilaba rauda y veloz la C-17 en dirección a la Plana de Vic, pero aún les faltaba más de un cuarto de hora para llegar. Viajaban en dos furgonetas Mercedes, negras, que estaban tan limpias y querían parecer tan discretas que no pasaban desapercibidas. Cuatro en un vehículo, cinco en el otro, además de los dos conductores que iban vestidos de pompas fúnebres.

—Caña. Que le des un poco más. —Mazorra, con el imperativo siempre a punto, apremió un poco más al chófer.

No le importaba que tuvieran que adelantar a camiones y a tráileres.

—No quiero que se mareen. Entre el Figaró y Seva está mal peraltado.

Toni Mazorra, que había destacado en la política desde su militancia en las juventudes del partido, no recordaba si aquella carretera la habían hecho ellos. O si se habían construido cuando estaban en la oposición. Tenía claro que la autopista de Manresa había servido para financiar dos campañas electorales, pero la autovía de Vic... El conductor insistía.

—Si corro mucho más, el coche coleará. Esta carretera está mal hecha. No te recoge, te expulsa.

—Tú corre, calla y no me toques los cojones.

Cuando Roberto Manuel Faura puso el pie en tierra estaba como una sopa. Durante el trayecto, en lugar de mirar el paisaje, había aprovechado para despachar correos desde la BlackBerry y llegó a Malla, el lugar elegido, con unas náuseas tales que no habría sabido ni decir su apellido. Le ayudaron a ponerse el abrigo y echó a andar por los campos, chano chano, hacia ninguna parte. Cinco minutos larguísimos. Solo. Sin decir nada. Necesitaba tomar el

aire y rehacerse un poco, lentamente, hasta que se le pasara el mareo. En aquel momento, caminando por un campo de Osona, ni siquiera recordaba que aparecía en La Lista como uno de los hombres más ricos del mundo. Más bien se daba lástima a sí mismo de estar a punto de vomitar sobre la tierra en la que tenía que construir el mayor parque temático de Europa. Precisamente, la primera vez que la pisaba. Se nos hará de noche, pensaba Toni Mazorra. Y que no se nos eche la niebla encima, se temía también el representante del Gobierno. La comitiva —Toni Mazorra, Javi Cardelús, dos directores generales de Obras Públicas, tres subsecretarios de no-sé-qué y un fotógrafo oficial ataviado como para una boda— seguía a Faura a unos treinta pasos de distancia. Todos preocupados, pendientes de cualquier reacción del empresario mexicano. De repente, cuando se sintió con fuerzas, se dio media vuelta.

—Volveré en helicóptero.

Mazorra, pelotillero, fue el primero en desenfundar el móvil para que todo el mundo entendiera que todos tranquilos, que de este trámite ya me ocupo yo.

—¿Esto no es el culo del mundo?

—Es el lugar perfecto. A menos de una hora del aeropuerto. A menos de una hora de la terminal de cruceros del puerto. A menos de una hora del centro de Barcelona...

Mazorra le cantó los datos psicológicos. Era el 9,95 de los precios del supermercado. Y también una de las condiciones impuestas por la Tinubu Corporation a la hora de buscar terrenos. El empresario no estaba dispuesto a jugarse las pestañas si no estaba cerca de todas partes y con unas comunicaciones de primera. El Gobierno sabía que se la jugaba. Era una inversión clave para un país con la economía tambaleándose y, tal vez, si hacía falta, maquillarían las cifras y arreando que es gerundio. Los tiempos que le había cantado Mazorra, siempre por debajo de los sesenta minutos, sólo se podían conseguir en situaciones óptimas de tráfico: cronometrando el recorrido de madrugada, sin nadie en la carretera y yendo un poco más allá del límite de velocidad, lo justo para no disparar los flashes de los radares.

—¿Y en tren?

Aparte de buen olfato para los negocios, Bobby Faura tenía la virtud de siempre hacer la pregunta adecuada. Toni Mazorra se miró las puntas de los zapatos. Ya se había manchado de barro.

—Y en tren, ¿cuánto se tarda en llegar aquí? —insistió Faura—. A

Eurodisney, la mayoría de la gente va en tren. El parque tiene una estación propia en Marne-la-Vallée. Zas, directo desde París.

—Aquí... También habrá una.

—Pero ahora no hay tren hasta aquí, ¿no? —Faura se hacía el tonto.

—Sí, sí, claro. Pero habrá uno mucho más rápido. La infraestructura ya está presupuestada. En realidad, ya se está construyendo.

Un político difícilmente podía embaucar a Bobby Faura. Era un buen lector de Aldous Huxley y había aprendido a olfatear las tomaduras de pelo a la legua. «Cuanto más siniestros son los deseos de un político, más pomposa se vuelve la nobleza de su lenguaje.» Se había aprendido esta frase y, en alguna de las pocas ocasiones en que había concedido una entrevista, había querido decirlo viniera a cuento o no. Además notaba que aquel lugar olía un poco mal.

En mitad de la planicie en la que tenía que montarse el negocio del siglo, cerca de tres chopos solitarios que se habían confundido de paisaje, había un chico que lanzaba piedras. Se daba bastante maña. Y, por lo que observaba el séquito desde lejos, tenía una puntería extraordinaria. En los demás campos no se veía a nadie más. Cinco casas diseminadas aquí y allá, algún coche destartado delante de un par de masías, y el ladrido de un perro hambriento que se oía a lo lejos. A Bobby Faura le llamó la atención que el joven o bien lanzaba las piedras con el movimiento natural del brazo —como si quisiera hacerlas botar en un río imaginario— o bien lo hacía con un gesto más forzado, girando la muñeca y mandando la piedra plana con efecto, como quien juega con un *frisbee*. Con sus andares parsimoniosos, incómodo en aquel suelo blando, con barro y malas hierbas, se fue aproximando a él. Cardelús, el hombre de confianza de Bobby, hizo una señal, con la mano abierta hacia el suelo, para que nadie le siguiera.

—Eh.

El chico ni levantó la cabeza ni dejó de tirar piedras. Los chopos eran su diana. Cada lanzamiento a uno distinto. Y no fallaba ni uno. De cerca todavía parecía más joven. Cuando consideró que el hombre del abrigo se le acercaba demasiado, le lanzó una piedra a los pies. Bobby Faura se detuvo en seco.

—Eh, hola. ¿Eres de aquí?

—¿Y a ti qué se te ha perdido por aquí, vestido así?

Bobby aún seguía a quince pasos del chico y, a riesgo de que le tirara

otra piedra, dio tres pasos más hasta detenerse junto a un cartel de agua no potable.

—¿Eres de aquí?

—¿Y tú? ¿Buscáis petróleo, con esa pinta que lleváis todos...?

Había algo en el descaro del joven que atraía a Bobby Faura. No estaba acostumbrado a que le trataran con tan poco respeto. Visto de cerca, el joven tenía edad de estar en el colegio. Los pantalones vaqueros le iban cortos y enseñaba un buen trozo de calcetín blanco, de bailarín de rock de otra época. La chaqueta, también vaquera pero de un azul marino más vivo y menos raída que los pantalones, le tiraba de todas partes. Las mangas le llegaban a la mitad del brazo y, aunque hubiera querido, no habría podido abrochársela. Era de piel oscura y con el flequillo completamente echado hacia un lado, con un peinado demasiado estudiado para ser de un chico de la calle. La repentina imantación que Bobby Faura sintió por aquel chicho se debía a que le recordaba a él mismo cuando era joven. Quería pensar que era eso, pero experimentaba una sensación extraña. Nueva. De insólita atracción. Era una excitación inesperada. La fuerza de la gravedad.

—Roberto —le dijo el mexicano tendiéndole la mano abierta con una timidez desacostumbrada.

El joven no se la estrechó. Tres segundos después de aguantarle la mirada, le tiró una piedra, con suavidad. Le tocó los dedos y Bobby, abrumado por la fuerza del momento, retiró la mano.

—Si quieres que te la chupe, ven otro día sin todos esos.

Y se echó a reír. Bobby, disimulando el desconcierto, le vio unos cuantos dientes grandes, blancos, como la camiseta de cuello redondo que llevaba bajo la chaqueta vaquera. Hacía rato que le había visto una cadena con su nombre: Òscar.

Roberto M. Faura se quitó de en medio, dio media vuelta y volvió al grupo, reponiéndose, centrándose, sin acabar de entender lo que había pasado en aquel intenso minuto en un lugar en el que continuaba notando un olor reconcentrado a meados. Toni Mazorra —intranquilo por la conversación que no había podido oír— se dedicó a relatar, con todo lujo de detalles y con convencimiento, todas las bondades del proyecto. No habría ningún problema. El Gobierno lo tenía todo pensado y planificado. Los vecinos eran tema resuelto. Había pocos y se hallaría una solución satisfactoria para todos

ellos. Si era necesario, caso por caso. Todo el mundo quedaría contento para que no hubiera protestas. De la expropiación se ocupaba el Gobierno. Después, todas aquellas hectáreas limpias se las cedían —era el verbo que habían escogido para comunicárselo a la prensa— a Roberto M. Faura y a la Tinubu Corporation, o a la filial que él designara, para que pudieran construir el complejo de Historyland. El Ayuntamiento de Malla, que aún sabía poco sobre el proyecto, estaba encantado. Le saldría tan a cuenta que no pondría ninguna pega. Al contrario. Malla pasaría de ser la sala de espera de Vic a salir en el mapa con letras grandes, junto a Barcelona.

—Más o menos donde estamos ahora —evaluó Mazorra, asesorado al oído por un subsecretario que consultaba las planimetrías en su iPad— calculo que se ubicarán las rampas del parking y la entrada principal.

Desde allí se podría acceder, por unos tubos con cinta transportadora, a cada una de las cinco áreas temáticas dibujadas en el montón de folios y planos que el Gobierno le había pedido que presentara a la Tinubu Corporation antes de dar el visto bueno. A Bobby Faura, *in situ*, el terreno le parecía pequeño. No comprendía cómo podría montar en aquella llanura, prácticamente, cinco nuevas ciudades. Para erigir dos pirámides, que tenían que ser uno de los grandes atractivos del parque, necesitaba perspectiva. La foto tiene que poder hacerse de lejos, insistía. Preguntó dónde empezaba y dónde terminaba Malla. Y qué limitaciones le marcaban el paisaje y la carretera. El empresario, que por eso había hecho tanto dinero, no se rendía.

—¿Y más hacia allá?

—Imposible. Aquello ya es Vic. Osona. Capital de comarca. Un proyecto de este tipo tiene que estar cerca de una población importante que lo sustente, que le dé servicios, un lugar donde puedan vivir sus cuatro mil trabajadores, con un hospital con toda la tecnología...

—Cuatro mil ochocientos —precisó el propietario.

Javi Cardelús, conociendo la debilidad de la mujer de Faura, supo tocar la tecla adecuada.

—En Vic hay un seminario muy importante. Siete iglesias. La llaman la ciudad de los santos. A doña Elvira le encantará.

No se hable más.

Una conversación de las que duelen

Apesadumbrada, Aura metió la llave en la cerradura. En su casa, aunque fuese muy pequeña, siempre hacía frío. No sabía qué odiaba más: si el silencio, los gritos —cuando no eran los de su casa, eran los del patio de luces— o los ronquidos de su marido. A Antonio, doce años mayor que ella, le había conocido de madrugada en una discoteca del puerto del Masnou. A las dos horas se estaban devorando dentro de un Renault Clio demasiado pequeño para el volumen de sus dos cuerpos desnudos. En aquel momento, siete años antes, nada era un problema. Ahora, en cambio, ya no le apetecía mucho estar con él. No se había dado cuenta de ello de un día para otro. Al contrario, como en una canción de desamor que va repitiendo el estribillo, la rutina y la falta de ilusión habían derivado en tristeza. Y no se habían dado cuenta. Pero ni Aura ni Antonio habían hecho nada para poner remedio a ello. Instalados en el ir tirando, no echaban de menos ni las sorpresas ni los fuegos artificiales. Se habían acostumbrado a vivir con los platos sucios y el alma apagada.

—Ya he llegado.

Cuando Aura cerró la puerta y encendió la luz, Antonio abrió un ojo durante dos décimas de segundo. Y volvió a cerrarlo. Incluso aquel acto reflejo se había convertido en costumbre. Tutankamón dormía echado en el sofá. Como todas las tardes, de lunes a viernes. Antonio, que se había levantado a las cuatro de la mañana, llegaba rendido de la fábrica y, sin quitarse siquiera las botas, abría una lata de Estrella de la nevera, encendía la tele y, antes de que pudiera cambiar de canal, ya se había quedado sobado. Una hora, dos, tres... Hasta que Aura llegaba de la peluquería.

Si la hipoteca solamente les había dado para aquel pisito de Sant Andreu, el sofá, que tenía que ser a la medida de aquella caja de cerillas, quedaba raquítrico. Era de dos plazas y, cuando Antonio posaba su cogote en uno de los brazos y se tumbaba cuan largo era, las piernas le quedaban colgando por encima del otro. No debía de estar muy cómodo así, con las

rodillas más altas que la cabeza. Pero allí se quedaba, y dormía, y roncaba, y Aura —en un día bromista— le había puesto el sobrenombre de Tutankamón porque así inmóvil, mirando al techo y con los brazos doblados sobre el pecho, parecía una momia.

Aquel jueves, cuando Aura llegó a casa a la hora de siempre, sabía que estaba en falso. Pero, para hacer como cada día, pasó junto a Antonio y le revolvió el pelo a Tutankamón, que continuaba rendido en el sofá, con el mono de la fábrica puesto y aroma de grasa industrial. No era un gesto de afecto, hacía tiempo que había dejado de serlo, únicamente intentaba despertarlo mientras sacaba el pescado del congelador para cocerlo al vapor. Era una relación de patata y judía verde, como sus cenas.

En realidad, Aura agradecía una virtud de su marido. Antonio follaba mejor de lo que amaba. Pero hacer el amor, con lo cansados que iban... Quizá algún domingo si se levantaban tarde, si se duchaban juntos.

Fuera de casa, ella aún tenía vitalidad y alguna gracia, con sus facciones redondas, frescas, divertidas. Antonio, en cambio, a los cuarenta, ya había dimitido. Sabía que él nunca saldría en el periódico. Ni siquiera aspiraba a que apareciese su nombre completo —Antonio Mallenco Grandes— el día de la esquela, porque sabía positivamente que nadie en su familia tendría pasta suficiente para ponerlo allí, inmortalizado bajo una cruz, con una lista de primos y de parientes a los que veía una vez al año, una hora matinal y la dirección de un tanatorio al que no se invita de forma particular. Una vez había calculado que una esquela de las pequeñas, de las de *La Vanguardia*, equivalía a tres meses de su sueldo.

Con el ruido de la cocina, Tutankamón resucitó.

—Te he llamado al trabajo.

—¿Y qué querías?

—Ya no me acuerdo.

De repente, parecía extrañamente despierto. Muy despejado para una siesta tan larga.

—Me han dicho que no estabas.

—Claro que estaba... Debía de estar en una cabina, haciendo un masaje.

—Intentó que no le temblara la voz—. ¿Quién te lo ha dicho?

—No lo sé... Una chica.

—¿Quién?

—Una sudaca.

—Todas lo son.

—Me han dicho que no estabas...

Aura intuyó que Antonio sabía algo. Su manera retorcida de llegar donde quería le daba rabia.

—Cómo quieres que no estuviera...

La momia se incorporó bruscamente, puso los pies en el suelo, apartó la lata de cerveza y agarró a Aura por las dos muñecas, con fuerza.

—Dime de dónde vienes.

—Me haces daño... De la peluquería, de dónde quieres... Suéltame.

Antonio se dio cuenta de que la asía con fuerza, con demasiada rabia, y, antes de tener que arrepentirse de algo por culpa de un arrebato, la soltó. Ella supo, al instante, que aquélla sería una conversación de las que quedan, de las que duelen.

—Me han dicho que hace una semana que ya no trabajas allí.

—Toma —le pasó el móvil—, llama a Ricardo...

Antonio, todavía con una legaña, arrojó el aparato sobre el sofá.

—Ya has hablado con él, ¿no? —Aura se olió la estratagema de su marido.

Con una mirada —la convivencia perfecciona los códigos— llegaron al cabo de la calle. Ella se dejó caer en el sofá, sobre su propio móvil, hundida. Antonio, como un contrapeso, se levantó. No estaba para consolar a nadie.

—Antes de que te pongas a llorar, te exijo dos explicaciones. Una. ¿De dónde vienes? ¿Con quién has estado? Y dos. ¿Por qué te han echado de la peluquería? —Se lo pensó mejor—. Y tres. ¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Cómo quieres que te lo diga? ¿No ves cómo te pones?

—¿Cómo quieres que me lo tome, Aura? Ahora no podemos permitirnoslo...

Ella sacó un Camel del paquete que siempre guardaba entre los dos cojines del sofá y lo encendió. No sabía por dónde empezar y se sentía descubierta. Notaba que Antonio perdía la paciencia. Nuevamente, los malditos silencios de aquellos tabiques. Pero ahora era a él al que sacaban de quicio.

—¿Con quién has estado?

—Con nadie. Tonto. Con nadie. Salgo de casa, me voy, sí, me voy para que no me encuentres aquí cuando tú llegas. Y paseo, arriba y abajo. Cojo el autobús aquí delante y doy toda la vuelta hasta que calculo que ya es hora de

volver... ¿Te sirve la explicación? ¿Dónde coño quieres que vaya?

—¿No me la estás pegando con nadie?

—Eres un desgraciado...

—Eso no es ni un sí ni un no.

—Eres un hijo de puta. —Y, como estaba al borde de las lágrimas, se echó a llorar.

—Yo no soy un hijo de puta, guapa... Yo voy a trabajar, te llamo al curro, me dicen que ya no trabajas allí, me quedo flipando de cojones, llego aquí y no estás, luego entras como si nada, me dices que vienes del curro, te doy una oportunidad y me dices que sí que has estado allí... ¿Me sueltas todas las trolas seguidas y encima me insultas?

—No hay nadie más, imbécil.

Los sollozos le cortaban las sílabas, que ya de por sí se desmochan mal.

—Ya te he dicho que vengo de la calle, de hacer tiempo, de pasear, hostia, ya...

—¿Hasta cuándo habría durado esta comedia? ¿Cuándo te habrías dignado a decirme que, a partir de ahora, hemos de pasar con setecientos euros menos?

—Y dale con los euros, Antonio... ¿Qué tiene eso que ver?

Aura no entendía nada. No creía que la conversación pudiera ponerse tan agria. Pensaba que conocía bien al hombre con el que vivía desde hacía siete años, pero, de golpe, aún podía sorprenderla. Que el gran problema de aquella noche fueran los setecientos euros de su sueldo, no le cabía en la cabeza. La cifra le retumbó en la cabeza durante mucho rato. ¿Que a qué esperaba para contárselo? Eso sí que lo tenía claro: a encontrar el momento y a conseguir otro trabajo. Pero el interrogatorio aún no había terminado.

—Estoy esperando una respuesta... ¿Por qué te han echado?

—¿No te lo ha dicho Ricardo?

—No...

—¿No ha querido?

—Me ha dicho que sería mejor que me lo contaras tú. Dime de una puta vez por qué te han echado a la calle.

Aura sabía que, cuando se lo contara, la cuerda se tensaría todavía más. No era el momento. Prefería preparar la cena y, en la mesa, con más tranquilidad, recuperar el hilo de lo que había pasado en la cabina de masaje la mañana en que Javi Cardelús, en pelota picada, tumbado en la camilla, le había cogido la mano y la había obligado, quieras o no, a tocarlo.

—¡Eso es una violación! —Antonio, tenía la sentencia a punto.

—No fue una violación. Me forzó, sí, pero no lo fue...

—Y tú le diste pie a... ¿De alguna manera?

La ofensa hundió a Aura.

—Lo último que podía imaginar es que te pusieras de su lado.

—Yo...

—Eres un machista asqueroso.

Y se levantó de la mesa. Antonio se dio cuenta de que se había pasado y le pidió perdón, una palabra que, cuando salió de su boca, consiguió que él mismo se sorprendiera. No le sonaba haberla dicho nunca antes. Por lo menos desde que tenía uso de razón y controlaba su lenguaje.

—Solamente quería saber... Hay algo que no me cuadra. Ese señor te coge la mano y te despiden a ti, no lo entiendo.

—Es muy buen cliente.

—¿Y?

—Es Javi Cardelús, a lo mejor algún día lo has visto en la tele... Sale con el proyecto de hacer... No sé qué quieren hacer aquí, un parque gigante de no sé qué...

—No sé quién es.

—Yo tampoco. Pero es muy importante y es un buen cliente y ya sabes cómo es el amo...

—¿Ricardo? Un cagado es lo que es. Un mierda.

—Dice que yo me equivoqué, que llamé a la policía, que he metido a la peluquería en un compromiso, que Cardelús ha tenido que...

—¿Llamaste a la policía?

—Sí.

—¿Que qué? ¿Que tú llamaste a la policía?

—¿Qué pasa? Sí. Estaba muy cabreada. —No entendía la enorme sorpresa que mostraba su marido—. ¿Cómo estarías tú?

—No tenías que haber llamado a la policía, Aura, hostia. A la policía, no. Tenías que haberme llamado a mí.

Y asestó un puñetazo sobre la mesa que hizo saltar cuchillos y tenedores.

Aura no había visto nunca a Antonio con aquellos ojos rojos, inflamados de odio. De repente, el hombre del mono azul y las botas negras que se levantaba a las cuatro de la mañana para entrar en el primer turno de la fábrica de tornillos de acero inoxidable dio un grito que se oyó en todo Sant

Andreu y halló un motivo para vivir. Él mismo pensó, con lo frenético que estaba, que quizá sí que, algún día, acabaría saliendo en el periódico.

Como los trileros que despluman a los turistas

El Gratu solía pasarse las tardes en el ordenador. En cuanto encendía el portátil, entraba en un mundo que sentía que era el suyo. Navegaba, entraba y salía, viajaba para ver como hacían surf en directo en las playas de Sídney o se embobaba en YouTube, buscando las mejores jugadas del Cinco Naciones. Consideraba que con la entrada de Italia —y lo había escrito en algún chat—, el Seis Naciones había perdido autenticidad. Él, cuyo primer empleo había sido en una pizzería y que sentía fascinación por todo lo que sonaba a italiano, creía, en cambio, que era una herejía permitir que jugaran a rugby junto a irlandeses, galeses o a los propios franceses, que con sólo mirarlos ya se veía que tenían un cogote modelado especialmente para jugar al rugby. El Gratu se informaba, escribía, opinaba y entraba en lugares prohibidos de la red y de la vida. Le gustaba no tener que pedir permiso, ni tener que dar explicaciones. En realidad, cuando se encontraba en aquellos lugares peligrosos, sentía un escozor en algún punto indeterminado de su cuerpo. Si no fuera porque sabía que aquello era imposible, él mismo habría jurado que notaba algún movimiento en sus piernas de corcho. La autonomía que hallaba en Internet —la palabra es *libertad*— no la tenía en su silla aunque llevara un pequeño motor y pudiera conducirla, sin esfuerzo, con una sola mano. En todo el hospital sólo había otra silla como la suya. Y en cuanto tenía una hora para él, sin rehabilitaciones ni otros líos, el Gratu se acercaba a la mesilla de la habitación donde tenía enchufado el Toshiba negro que le habían regalado sus padres cuando recuperó la movilidad de las manos. De tetrapléjico a parapléjico. Jamás media palabra había cambiado tanto las cosas. Jamás cuatro letras habían costado tanto. Después de tres años de esfuerzos, de operaciones y de médicos, fue como volver a nacer. Ferran Grau, el padre de Gerard, en una entrevista a la revista del Colegio de Abogados, afirmó que quien se atreviera a llamar milagro a la recuperación de su hijo, cometería una falta de respeto por el sufrimiento, la abnegación y la perseverancia, día tras día, milímetro a milímetro, para recuperar una movilidad mínima.

En el interior del Toshiba estaba todo.

•••••

Después de introducir el *password*, al Gratu no se le resistía nada. En aquel momento, cuando el puntero en forma de pincel atado a la cabeza ya era una pesadilla más en su biografía, el Gratu se adentraba en la pantalla y no volvía hasta que la enfermera de la noche, la que se pintaba los labios, le llevaba la bandeja con la cena. Los lunes, sopa y pescado. Los martes, sopa y hamburguesa vegetal. Los miércoles, verdura y pescado. El jueves... Tras tres años en el centro, se sabía el menú de memoria y lo había aborrecido. Comía poco y sin hambre.

—¿Qué lleva el Prodemax?

—¿Te toca ahora?

—Me toca siempre.

—¿Qué pasa? ¿No quieres tomártelo?

—Solamente pregunto qué lleva.

—¿Te encuentras mal?

La enfermera de los labios pintados lo sacaba de quicio. Ir a destajo, servir bandejas durante una hora, de siete a ocho, y escuchar a los pacientes, no eran cosas que estuvieran reñidas entre sí. El Gratu cogió el vasito, con el blíster de la pastilla recortado, le dio la vuelta como hacen los trileros que despluman a los turistas en la Rambla y se lo puso en la mano.

—Esto, ¿qué lleva?

—Nada. Es... un calmante.

—¿Para calmar qué exactamente?

—Un poco de ansiolítico. Para dormir mejor, supongo...

—Aquí se lo dais a todo quisqui...

—No, hombre... Vuelvo a recogerlo dentro de media hora.

La enfermera que se pintaba los labios, que respondía al nombre de Immaculada, le dijo «eso se lo tienes que preguntar al médico», mientras cambiaba los interruptores y le ajustaba la puerta con un gesto mecánico, que hacía ciento veintinueve veces al día. En una ocasión las había contado.

El Gratu ya se lo había preguntado al médico. Gerard Grau, en realidad, antes de preguntárselo al doctor Robles, ya había iniciado su propia investigación intentando no levantar sospechas.

Durante la última semana había aprovechado el mediodía, después de comer, para entrar en todas las habitaciones de la planta baja y en todas las que pudo del primer piso. Llamaba a la puerta. Y, si no respondía nadie,

entraba. Muchas habitaciones estaban vacías porque era la hora en que muchos de los ingresados estaban en el jardín terapéutico, salían a echar el cigarrillo frente a la puerta de la calle o se iban a la sala de la televisión a ver las noticias y la serie para dar una cabezada. ¿Por qué los hospitales dan tanto sueño?

El Gratu entraba en las habitaciones, disimulando, y revolvía la mesilla de noche por si encontraba algún indicio de restos de Prodemax. Si no había nadie, la escena tenía la emoción de estar hurgando dentro de otra habitación y revolviendo la bolsa de plástico de la papelería para intentar encontrar el blíster vacío de una monodosis. Tenía que actuar rápido, en silencio e intentando que nadie le viera entrar ni salir, como quien se encuentra con el amante en un hotel. Si llamaba a la puerta con los nudillos y respondía alguien, entonces entraba y saludaba y, como era tan seductor, se hacía el simpático y daba un poco de conversación hasta que miraba si, sobre la mesilla de noche, o en el cajón de los medicamentos de cada paciente, había Prodemax. Al cabo de unas cuantas habitaciones, decidió aparcar las tácticas detectivescas y, fingiendo desinterés para no levantar la liebre, lo decía abiertamente.

—El Prodemax me va de coña. No sé si a ti te lo dan.

Los resultados confirmaron su hipótesis con creces. Ricard, con la médula seccionada por un accidente de moto, sí. Xavi, que había chocado con la máquina de nieve artificial en una pista de esquí, sí. La Carrau —no sabía si era nombre o apellido, aunque hacía medio año que coincidían en el hospital—, también. Sergi, no. Sergi, que cada cinco minutos sentía dos punzadas que lo doblaban, se tomaba todo lo que le daban para aliviar el dolor, pero Prodemax no. Pero, positivo por naturaleza, decía que no descartaba probarlo. Alfredo, que se tiró a la piscina con poca agua, sí. Dolores, una abuela a la que habían atropellado en la esquina de Modolell con Via Augusta y que esperaba que el juicio le diera la razón y que no hubiera ningún testigo que la hubiera visto cruzar con el semáforo en rojo, sí. La que siempre gritaba de noche, sí. Àngel, el guardia de seguridad que recibió un golpe en un atraco, sí. El escalador que se despeñó en Montserrat, sí. La farmacéutica, no.

¿Por qué a la farmacéutica no? ¿Porque ella podía interpretar qué significaba aquel antidepresivo de última generación? Agomelatina 25 mg DCI; al Gratu, le sonaba a chino. Pero, al mismo tiempo, le pareció altamente sospechoso que a la farmacéutica no se lo dieran.

Cuando salía de la guardia, el doctor Robles no estaba para mandangas. Cada noche que trabajaba en urgencias era una semana menos de vida. Para lo que le pagaban, no le salía a cuenta, pero le gustaba el trabajo, tenía vocación y cada vez que llegaba una camilla con un tío a pedazos se activaba en una carrera contra reloj para salvarle la piel.

—¿Qué es la agomelatina?

—Ahora no me toquez loz huevoz, Gratu...

—Es sólo una pregunta.

—Zalgo del quirófano. Ziete horaz. ¿Te paza algo?

—No. Quería saber por qué el Prodemax...

—Gratu, cariño... Me voy a caza, a zobar hazta mañana. ¿Ok?

El día del trompazo, cuando los conductores de la ambulancia bajaron al Gratu aún vestido de las franjas verdes y amarillas de la Unión de Rugby Tibidabo, el primero que lo recibió fue un tal doctor Robles, unos cuantos años más joven que ahora, con menos bolsas en los ojos y con una bata blanca a la que todavía se le podían abrochar los botones. La madre del Gratu siempre le había dicho que el doctor Robles le había salvado la vida, y el chico le estaba agradecido, pero, en el fondo, el doctor, su bata y su ceceo, formaban parte del repertorio de personajes de su pesadilla, de los días en que quizá hubiera preferido morir.

—¡Gratu!

Fran Lasorda lo llamó desde el otro lado del pasillo.

—Ven. —El director médico del Instituto Stoner hizo un ademán inequívoco para que se acercara.

El pasillo se iba iluminando —el sistema de ahorro de energía era sofisticado y sostenible— a medida que la silla del Gratu se aproximaba a aquel hombre de orden que tenía un secreto mal escondido. Al doctor Lasorda se le conocían dos amantes oficiales. Una por las mañanas, una psicóloga clínica que redactaba informes sobre los pacientes, y, de siete a ocho de la tarde, una anestésista que entraba a trabajar cuando, extrañamente, ya no había operaciones programadas. Fran Lasorda, como director médico que establecía turnos y horarios, se las había ingeniado para que coincidieran una hora al día y pudieran trabajar en el despacho. Nadie sabía si la psicóloga conocía la existencia de la anestésista ni si la anestésista sabía qué relación tenía la psicóloga con Fran, ni siquiera nadie sabía si su mujer —a la que todo el mundo en la clínica se moría de ganas por conocer— se olía por qué su marido llegaba a casa, justo a la hora de la cena, de tan buen humor y con

el día arreglado.

—Mira, Gratu, te enseño una cosa.

El doctor Lasorda le volvió la silla hacia la ventana del final del pasillo.

—¿Ves esto que parece una lámpara? No es una lámpara. Dentro hay una cámara. Una cámara pequeña, una cámara fija que filma todo lo que pasa en este pasillo.

—¿Y?

—Que me han avisado que vas entrando en las habitaciones y tenemos que saber por qué.

El Gratu agachó la cabeza. Podía negarlo todo, pero sabía que las imágenes del circuito cerrado de televisión lo desmentirían. Lasorda, con un gesto paternal que sorprendió al Gratu, le puso la mano en el hombro.

—¿Qué es lo que estás buscando?

—Nada.

—Mira... De momento, nadie ha echado en falta ni un reloj, ni un euro ni nada. Nadie se ha quejado de nada...

—Solamente paseo, ¿qué pasa? Hace tres años que vivo en esta jaula, me conozco cada rincón e intento descubrir nuevos espacios...

—Gratu, lo siento, pero no cuela.

—No lo sé. Lo siento, ¿qué quieres que te diga?

—No vuelvas a las andadas, ¿me oyes? Ya sabes que aquí todo el mundo te quiere mucho, pero no entres en las habitaciones. Prohibido, ¿lo entiendes? No nos metas en un problema. ¿De acuerdo?

El Gratu asintió sin mirarle. Faltaban cinco minutos para las siete y a Francesc Lasorda, puntual y ordenado, le esperaba mucho trabajo. Gerard Grau volvió a su habitación, a cenar un poquito y a continuar navegando con el Toshiba portátil.

A la mañana siguiente, en el gimnasio, el Gratu también quería preguntarle a Èlia, la fisioterapeuta que trabajaba tanto con los codos como con las manos, si sabía por qué, en el hospital, el Prodemax corría como el agua. Pero en aquel momento llamaron por el altavoz de la sala a la jefa de fisioterapia, pidiéndole que se presentara con urgencia en la recepción principal.

Dani Santana y el Gratu se miraron, sorprendidos, sin dejar de hacer sus ejercicios de recuperación. En la puerta del hospital, dos policías uniformadas con cara de no haber roto nunca un plato esperaban a Èlia.

El estrabismo de los directores

En cuanto las ruedas traseras cruzaron la puerta, el botones de las cejas perfiladas le hizo una seña.

—Se lo aparco yo mismo, por favor. Si quiere, puede dejarlo aquí —dijo abriendo la puerta del coche.

—Prefiero hacerlo yo, gracias. —Javi Cardelús, cerrándola de nuevo para explicitar sus intenciones.

Si no era cuestión de vida o muerte, no dejaba que nadie tocara su Jaguar. Ni siquiera en un restaurante donde le conocían bien y en el que hasta los aparcacoches parecían refinados y prudentes como los chóferes de pompas fúnebres. A media maniobra, sonó el teléfono del coche. No lo cogió. Casi nunca contestaba a los números ocultos. No tenía costumbre.

Para la comida con los directores de los medios de comunicación había elegido el Àbac, en la parte baja de la avenida del Tibidabo, justo enfrente de donde los turistas hacen apuestas sobre si el tranvía azul frenará, o no, cuando el destartalado vagón desemboque al final de su trayecto. A Cardelús le encantaba el contraste de una calle tan señorial, con caserones modernistas tan bien conservados a ambos lados, y la arquitectura del Àbac, tan cuadrada y tan japonesa. Le fascinaba el minimalismo de la construcción, con cristal por todas partes y madera clara, espacios abiertos y un bambú, aquí y otro allí, calculadamente puesto y cuidado.

Llegó el primero para asegurarse de que todo estaba tal y como lo había encargado. El menú degustación para siete, las carpetas para seis y, cuando fuera necesario, el ordenador y la pantalla para proyectar el PowerPoint de su presentación.

Juan Dalmau, director del *Crònica* del Grupo Blanco, fue el primero en llegar al restaurante. Ventajas de tener chófer. Enseguida apareció Quique Fornos, el director de *La Tribuna*, el periodista que se jactaba de no haberse puesto nunca corbata, y Fermí Ardèvol, director fundador del periódico nacionalista que había conseguido tener más influencia que lectores. A la

hora en punto, llegó Alfred Gordó, Fredy para los redactores de *L'Observador*. Estaba sudado y tenía una barba exageradamente larga y espesa, de compositor ruso del XIX, que pretendía ocultar su infelicidad. El director del *Dies d'avui*, Xavier Homs, llegó en taxi en el mismo momento en que la directora de TV10 se presentaba ante Cardelús. A Anaïs Motta — párpados azules, labios rojos discretos—, la profesión le había colgado las medallas que le había quitado la vida.

Entre los seis, durante los dos últimos años, habían despedido a sesenta y ocho personas, habían amortizado treinta y dos plazas más de trabajadores, que se habían jubilado entre rotativas, redacción y personal de administración, y habían bajado el sueldo de sus periodistas una media del catorce por ciento. También se había visto reducido su salario de directores, euro más, euro menos, en la misma proporción, pero habían sabido compensarlo con dietas disimuladas y unos bonos que cobraban por unos objetivos que nunca llegaban a cumplir. Pero de todo esto, durante el almuerzo, nadie dijo nada. Aquel soleado mediodía, en el reservado del Tibidabo solamente les interesaba sacar el máximo de información sobre Historyland. Y el objetivo de Javi Cardelús era, precisamente, arrojar luz sobre las muchas sombras que leía cada día a todas horas.

Desde hacía semanas los medios, en su marcaje de reojo, entre unos y otros, se habían apuntado a la espiral de las críticas al proyecto de la Tinubu Corporation. Buscando información a tientas, no comprendían el secretismo del Gobierno, ni compartían el porqué de aquella gigantesca operación, ni tampoco conocían su emplazamiento. Además, iba tomando fuerza la idea de que el parque temático dedicado a la Historia era la excusa perfecta para construir un nuevo complejo urbanístico que no tenía ningún sentido, ni económico ni medioambiental, dada la cantidad de pisos vacíos que había en todo el país. Por si fuera poco, se rumoreaba que el empresario mexicano Roberto Manuel Faura no era trigo limpio. Y, sin saber gran cosa y sin tener a nadie con quien contrastarlo, los medios se habían entretenido —como en tantas ocasiones— en hacer lo más fácil y lo más popular: cotilleos y garrotazos.

Javi Cardelús, director de comunicación del promotor del proyecto, sabía que la comida supondría un tercer grado. Con cordialidad, eso sí, con la actitud cortés que exhiben los directores de periódicos cuando hay más gente delante. Por eso no había querido convocarlos por separado. Sabía por experiencia que, de uno en uno, el ego se les dispara, crece el mal genio y

todo el mundo amenaza, en la medida de sus posibilidades, para obtener una primicia que le salve la portada del día siguiente. Cuando les sirvieron el primer aperitivo, fue Dalmau, del *Crònica*, el que abrió fuego.

—Hablemos de Faura. Tiene fama de saltarse las normas.

Cardelús sonrió. Estaba preparado para que atacaran por ese flanco.

—Eso no es así. —Se tragó el filete de anchoa con trufa negra y un toque de parmesano—. Digamos que es un luchador, un hombre que no se conforma, que nunca está a la defensiva, que cuando se le mete una idea entre ceja y ceja va hasta el fondo... Le conozco bien y os puedo decir que hay algo que no soporta: que le digan «esto se ha hecho siempre así».

—En México que haga lo que quiera, pero aquí la ley es la ley.

—Estad tranquilos, la cumplirá.

Cardelús no tenía demasiado interés en meterse en ese jardín. Y dejó que fueran discutiendo entre ellos.

—No cumplirá la ley. Ya se ve que harán las normas a su medida, que no es lo mismo.

—Pero la culpa no será suya —*La Tribuna*, de izquierdas—, sino del Gobierno que lo permite.

—Y será un escándalo. No se puede crear una ley a medida de un tío por más que venga aquí con pasta.

—Aquí, con la creación de puestos de trabajo, todos pican. Como cebo está bien, pero no todo vale. —A Fredy, el de la barba espesa, ya le habían servido dos veces pan.

—El problema de todo esto es el agravio comparativo. Es el ponerle la alfombra roja a uno de fuera. Si un empresario de aquí solicitara invertir con las mismas condiciones, que le regalaran las hectáreas, que expropiaran a los vecinos, ventajas fiscales, menos impuestos, más juego, las plazas hoteleras que le salga de los huevos... Hostia, así cualquiera.

Acabada la tertulia de casino, Anaïs Motta volvió a centrar el interrogatorio.

—¿Se podrá fumar?

Cardelús recibió una nueva llamada insistente de un número oculto. Lo apagó mientras le respondía a Anaïs Motta, que se sentaba a su lado.

—Intentaremos que en algún lugar muy concreto, sí.

—Pero... —Iban a arrojarle sobre él como lobos.

—Ya os digo que en algún lugar muy concreto, sí. ¿Queréis la verdad o...?

—Según me han dicho, habrá casinos...

—Un casino. Es verdad. Dos, como mucho. En el área de Roma, seguro. El segundo, lo estamos negociando... Pero aún no tengo la respuesta.

—¿Qué porcentaje del negocio supondrán los casinos?

—Poco, un ocho o un diez por ciento del total.

—A mí me han asegurado que sería sobre un treinta por ciento del total de la facturación.

—No. En ningún caso. El casino, o los casinos, sólo representarán un tres por ciento de la superficie total de los cinco ámbitos temáticos del conjunto de todo el parque y, según el plan de negocio, no llegará al diez por ciento de su volumen.

Los seis directores, como si hubiera sonado la campana que anunciaba que podían comenzar, se pusieron a tomar notas. Todos a la vez, no fuera que se les pasara por alto un porcentaje que luego vieran publicado al día siguiente por la competencia.

—¿Qué sentido tiene, qué coherencia tiene, vincular turismo familiar, niños y casinos?

—No es eso ni tampoco tienes que verlo así. Habrá ocio para todo el mundo. Ocio diferenciado, pero para cada uno.

—Habrá putas.

—Con vales gratis para los periodistas.

Se echaron a reír.

—Sólo para los directores —remachó Homs, el que tenía más pinta de ser un asiduo.

Rieron más aún. Menos Anaïs Motta, directora de TV10, que hizo como que no lo oía. Cardelús tenía previsto entregar las seis carpetas con el proyecto a la hora del postre, pero, en aquel momento, ante la desorientación de los directores, decidió revelar las grandes áreas del parque temático. Antes de leer el dossier, Juan Dalmau sacó unas pequeñas gafas del bolsillo de la americana. Se desabrochó un botón de la camisa, por debajo del pecho, y limpió los cristales frotándolos con la tela, con un movimiento ensayado, del dedo pulgar y el anular.

La entrada a Historyland será Egipto. Un paseo impactante hacia uno de los grandes reclamos del parque: la pirámide. Construida a una escala tan grande como lo permitiera el terreno, en su interior se hallaría el mayor laberinto de Europa, que permitiría, a los visitantes más perspicaces, llegar hasta la tumba del faraón. Roma se había previsto como el espacio más

femenino. Con variedad de spas y zonas de aguas cubiertas que permitirían realizar cualquier tipo de tratamiento en cualquier época del año. Del casino, en la carpeta que entregaron a los directores de periódico, no se decía ni media palabra. En la zona del Renacimiento era en la que el proyecto quería concentrar los grandes espectáculos, con dos auditorios que podían funcionar al mismo tiempo a pleno rendimiento. En la de la Revolución francesa es donde habían previsto plantar las atracciones para los más arriesgados, con *loopings*, caída libre y una montaña rusa en la que los visitantes irían más tiempo del revés que del derecho, para que sintieran que la sangre les bajaba a la cabeza. La parte dedicada a la Segunda Guerra Mundial, como área de salida, la habían enfocado como un canto a la paz. Aquella era la zona preferida de Bobby Faura, en la que podría exhibir, por fin, su gran colección de jeeps y ambulancias de guerra que, con el tiempo, había ido adquiriendo y que mandaba restaurar a un mecánico cercano a Liverpool. En cada una de las cinco zonas, Historyland pretendía construir un hotel temático y tres restaurantes: el económico, el familiar y el de lujo.

Después de conocer las áreas temáticas de la historia que iban a formar parte del parque, más que las gafas, lo que tenían que frotarse eran los ojos.

—¿Quién está detrás de la Tinubu Corporation?

—Nadie.

—Imposible.

—Podéis estar seguros, nadie —enfaticó mientras se ponía serio—. Ya lo sabéis, está el empresario mexicano Roberto Manuel Faura, el rey de la telefonía, uno de los hombres más ricos del mundo. Me encantaría presentároslo en la próxima ocasión.

—Vale, de acuerdo, Faura... Pero ¿quién está detrás de Faura?

El periodismo, cuando no puede investigar, levanta sospechas. Con dos preguntas se monta un rumor. Con tres, una teoría conspirativa.

—Detrás de Roberto Manuel Faura está Roberto Manuel Faura...

—Pero ¿quién paga todo esto? Sabes aquello de Josep Pla cuando llegó en barco de noche a Manhattan y vio todas aquellas luces encendidas... Dijo: «¿Y todo esto quién lo paga?». ¿Hay algún banco detrás?

—Trabajaremos con algún banco, eso seguro, pero él lo financia todo. Estamos hablando de Bobby Faura, señores. Perdón, y señora. Quiere hacerlo. Quiere hacerlo aquí, está convencido de que será un buen negocio para todos, cuatro mil puestos de trabajo directos a partir de la inauguración, y le hace mucha ilusión.

—Cuando dices que quiere hacerlo aquí. ¿Dónde, exactamente? Porque en la carpeta no veo que...

—Nosotros publicamos que podía ser cerca de Vic...

El resto de los directores estaban en falso. Sus medios, los cinco, se habían apresurado a publicar que Historyland podría construirse en las cercanías de Vic, sin citar la fuente de *La Tribuna* que los había inspirado.

—Existe un pacto de confidencialidad con los ayuntamientos con los que estamos tratando.

—¿En Malla quizá?

—Quizá. Es una opción, no os quiero mentir. Hay tres opciones, todas a menos de una hora de Barcelona.

Y todos sin perder tiempo a apuntar el nombre de Malla en la libreta.

—¿El Gobierno os regala los terrenos?

—No. Solamente los cede.

—¿Durante cuántos años?

Cardelús sabía que el eufemismo no colaría fácilmente. Las instrucciones de Mazorra, el secretario del Gobierno, eran que, dijera lo que dijera la prensa, ellos debían continuar conjugando el verbo ceder hasta las últimas consecuencias.

—Estamos acabando de perfilarlo. Los años de la cesión también dependerán de cuál sea la ubicación final.

—¿Nos habéis hecho venir aquí para no contar nada? —Dalmau, del *Crònica*, era el más duro de roer de todos, abrochándose el botón de la americana, como si quisiera marcharse—. Es increíble. Una pirámide, en Vic... Estáis chiflados.

Javi Cardelús carraspeó y desenfundó las dotes que lo habían convertido en un relaciones públicas de 200.000 euros al año.

—Nos hemos reunido aquí para conocernos, para que sepáis cómo están las cosas, para despejar dudas, para disipar temores, para que sepáis que el señor Faura está dispuesto a hacer una inversión que será fundamental para el país y para el turismo. Fundamental. El Gobierno se juega mucho en ello. Os he dado la carpeta con los cinco...

No les convenció. Los directores sabían que en ese tipo de reuniones no sacarían exclusiva alguna, pero esperaban algo más. Todos hubieran preferido una entrevista por separado, a solas, o que los de la Tinubu hubieran tenido la deferencia de mandarles un dossier en primicia para publicar y no aquella comida que les hacía sentir, a unos más y a otros

menos, cómplices de un secreto.

—Decías, Cardelús, algo de un proyecto fundamental, o no sé qué para el turismo... Aquí ha fracasado todo el mundo. Terra Mítica en Benidorm, la Isla Mágica en Sevilla, el parque Warner en Madrid...

—Pero ha funcionado Port Aventura. Y funciona Disney en París. Y, sobre todo, los que mejor funcionan, ¿sabéis cuáles son? Los parques supertematizados. ¿Habéis estado en Futuroscope alguna vez?

Nadie. Cero de seis.

—O un ejemplo aún mejor. Astérix. El parque de Astérix, en Plailly... ¿Habéis estado? Tiene un éxito acojonante.

—Pero no es lo mismo.

—No es lo mismo, tienes razón. El nuestro es mucho mejor. Astérix es un cómic. El nuestro es de verdad, Historia de la buena; aquí vendrán los niños con sus padres para aprender historia. Del Renacimiento, de Egipto, de Roma, de la Segunda Guer...

—¿En qué quedamos? ¿Un parque de atracciones para niños con un casino?

—Ése es un modelo de ocio muy americano —remachó Fredy.

—Atracciones para los niños, *shopping* para las mujeres, ocio para los mayores. ¿Eso es un modelo americano? Eso, si quieres verlo así, es un modelo global. Vendrá gente de aquí, gente de América, japoneses, árabes, rusos, de todas partes...

—¿Y la contestación social? ¿Sabéis que hay gente que está en contra del proyecto? Todavía no se sabe exactamente dónde se ubicará y todos ya hemos publicado fotos de manifestaciones en contra.

—Lo sabemos perfectamente. Y es verdad, sería mejor que no existieran esas reticencias de una minoría que, por otro lado, es la mar de normal. Por todas partes, en todo el mundo, siempre hay gente que dice que no por sistema. De entrada, no. Sobre cualquier cosa, en cualquier lugar, aunque sea una encuesta, si tú les preguntas algo a los lectores de tu periódico, sea lo que sea, siempre hay un siete por ciento que está en contra. Por sistema. ¿Sí o no?

—Pero en este caso, Cardelús, ¿la oposición es sólo de un siete por ciento? ¿No crees que estás engañándote a ti mismo?

—Puro espíritu de contradicción, eso está demostradísimo. No os pido que os lo creáis, solamente os digo que ya lo veréis. Sólo os digo: «Ya lo veréis y confiad en nosotros». Y por eso es tan importante que tengamos reuniones como la de hoy y que los medios cuenten el proyecto de

Historyland bien, eso sí que me atrevo a pedíroslo. Explicad bien este proyecto para que la gente no vea en él fantasmas, para que el Gobierno no se eche atrás y, sobre todo, para que la gente sepa que será un parque fantástico, con todas las letras, para la zona, para el territorio y para el país.

Y entonces, tras el segundo café, Javi Cardelús, como quien no quiere la cosa, se levantó de la mesa, se subió los pantalones hasta el ombligo y soltó la única frase que había ido a decir y para la que había montado aquella comida en un salón privado del restaurante Àbac y había invitado al menú degustación a los directores de los seis medios de comunicación más influyentes del país.

—Si el proyecto sale adelante, y confiamos en que así sea, no es necesario que os diga que tenemos muchos millones para invertir en publicidad en los medios, durante los próximos... —fingió que lo estaba calculando—, durante los próximos diez años.

Los comensales percibieron como había silabeado «muchos millones». Apelaba directamente al estrabismo de los directores de periódico. Siempre con un ojo en la portada y el otro en la cuenta de resultados.

Un cabello rubio entre dos hojas

—El coche está a mi nombre, sí. Pero las escopetas...

—¿Y qué hace su coche, en el parking del aeropuerto, con tres escopetas en el maletero?

—Mi marido es cazador. De hecho, estos tres días se ha ido...

—¿Y se va de caza sin las escopetas? ¿Tiene las llaves del coche?

—Creo que tengo una copia... Pero mi marido está cazando más allá de la Franja... Tiene que haber una confusión.

La policía que llevaba la voz cantante sacó su móvil del bolsillo y miró la pantalla.

—Su matrícula... ¿La sabe?

—8256 GSW. —Èlia, haciendo un esfuerzo de memoria—. Un Volvo negro.

—¿Éste?

Le mostró la foto de su coche, aparcado en el aeropuerto. Y Èlia, por primera vez, tuvo la seguridad de que no se trataba de una confusión. Pero seguía sin atar cabos.

—Es de hace una hora.

—No lo entiendo.

—Se ha dejado la bandeja del maletero abierta y, desde fuera, se ven tres escopetas, cajas de cartuchos y dos zurroneos. Nos ha avisado seguridad del aeropuerto.

—Acompáñenos, por favor —le dijo la policía que, hasta aquel momento, no había abierto la boca.

Èlia dijo un momento, se quitó la bata, pasó por el vestuario a coger el abrigo y el bolso y para asegurarse de que su copia de la llave del Volvo estaba dentro. De camino al aeropuerto, sentada por primera vez en su vida en la parte de atrás de un coche azul de policía, preguntó si podía hacer una llamada. La policía que llevaba la voz cantante le dijo «sin problemas» y se miraron de reojo con su compañera. Y Èlia, sí, llamó a su marido, intentando

que su tono fuera el de siempre. Más o menos.

—Ignasi, soy yo. ¿Cómo va? ¿Dónde estás?... ¿Ah, sí? ¿Habéis cazado muchas?

Las policías —reprimiéndose las ganas de meterse donde no las llamaban— no quisieron decirle que su marido había volado a Roma el día anterior. Vueling, clase turista. Volvía el domingo. Lo habían comprobado cuando habían visto a quién pertenecía el coche, quién era el marido de la propietaria del Volvo y si aquel tal Ignasi Sicília había volado, en los últimos días, desde el aeropuerto de Barcelona. En la filmación de entrada al parking, se veía que no iba solo. Conducía él, lo acompañaba una mujer con gafas de sol.

El domingo por la noche, cuando Ignasi fue a recoger el coche al parking del aeropuerto, tuvo una gran sorpresa al descubrir que no estaba allí. Primero creyó que se había equivocado de planta. Ignasi y su acompañante —que ya no llevaba gafas de sol porque ya no hacía sol— fueron arriba y abajo, y acabaron volviendo a donde estaban seguros de que habían aparcado el coche. En la planta 1, plaza 524, no había ningún Volvo. Lo que había era un Fiat pequeño, rojo. Fue entonces cuando pensó que se lo habían robado y, al instante, le dio un beso a su acompañante, le dijo que fuera a coger un taxi y ya hablaremos. Y, cuando ya estaba solo, intuyendo que había algo que no iba bien, marcó el teléfono de Èlia. Ella, con los triunfos en la mano, estaba esperando la llamada.

—No te lo han robado. El coche está en casa. Si es por eso, no te preocupes.

—Èlia, yo...

—Te espero y lo hablamos.

Colgó y dejó a su marido con la palabra en la boca y pensando mierda, mierda y treinta veces mierda.

Metió la llave en la cerradura de su casa con pesadumbre. En el taxi que lo había llevado desde el aeropuerto hasta su piso de la calle Sepúlveda, junto a una bodega que se había convertido en un restaurante de platillos donde siempre había cola para pillar una mesa, Ignasi había tramado una explicación que resultara convincente. Sabía qué recibimiento le esperaba y que sus argumentos no serían muy consistentes. La verdad, toda la verdad, no

conviene contarla nunca del todo, si lo que se quiere es salvar el matrimonio.

Èlia, ofendida, distante y con cara de pocos amigos, de entrada no aceptó su beso. Con toda la intención, había dejado las escopetas, los cartuchos, los zurroneos y la ironía encima de la mesa del comedor.

—¿Tres días a cazar y te has dejado las armas? Qué raro, ¿no?

—He estado de viaje...

—Eso ya lo sé...

—En Roma.

En Roma, pensó Èlia enseguida. Por lo menos nunca hemos estado allí juntos. Le hubiera sabido mal que...

—Había un congreso en Roma.

—¿Con quién?

—De psiquiatría.

—¿Te vas a un congreso y tienes que contarme que te vas de caza? ¿Y montas el numerito de pedirme el coche y llevarte las escopetas...? ¿Para engañar a quién, Ignasi? ¿Dónde pensabas comprar las perdices para que te las desplumara? Chico, el crimen perfecto te ha fallado por todas partes.

—Lo siento.

—Más lo siento yo.

Toda la firmeza que Èlia había exhibido hasta aquel momento se fue al garete. Y le tembló el labio cuando tuvo que hacerle la pregunta cuya respuesta más temía.

—¿Cómo se llama?

Ignasi había pensado en qué iba a decir cuando llegara aquel momento que, indefectiblemente, tenía que llegar. Sin ninguna conclusión clara, escogió la peor de las opciones. Dudar, resoplar y sonreír.

—¿De qué te ríes, imbécil? ¿Que cómo se llama?

—No... —Se le borró la sonrisa estúpida. Lo llevaba escrito en la cara —. No la conoces.

—Y una mierda. ¿También es médico? ¿Es de aquí?

—Más o menos. Da igual.

—No da igual. ¿También es psiquiatra?

—Lo siento, Èlia, yo...

—¿Cuántos años hace que dura esta broma?

—No, no, qué va... Te prometo que es la primera vez. Pero ya está, ya se ha...

—¿Cómo se llama?

—Es francesa. Laurence. La conocí cuando vino aquí a la presentación de un nuevo...

Èlia sacó la rabia.

—¿Sabes qué es lo que piensas cuando dos policías van al trabajo a buscarte?

—...

—No te oigo.

—¿Que he muerto? —respondió él muy bajito.

—¿Y sabes lo que pienso ahora?

—...

Èlia no quiso decirlo. Pero hubiera preferido que Ignasi Sicília se hubiera muerto, sí, en un accidente de caza. Por lo menos le habría quedado un buen recuerdo de él. Su marido, que en paz descanse, pobrecillo. Una bala furtiva y mira... Lo confundieron con un jabalí. Ahora no. Cuando llega la policía y te pregunta qué hace tu coche en la terminal del aeropuerto con unas escopetas y munición en el maletero, ¿qué cara pones? ¿Qué piensas cuando tú, tonta de ti, estás convencida de que está de cacería en Aragón, con sus dos amigos de siempre? Perdices, liebres y conejos, dijo. Conejos, sí. De hijo de puta para arriba. Un traidor, un mal nacido, que cómo ha podido hacerme esto a mí si siempre me decía que no podía vivir sin mis tetas. Se contuvo, por prudencia, por educación, porque si sacaba toda la rabia que había ido acumulando en las últimas veinticuatro horas, los relámpagos habrían bajado del revés.

Èlia, en el fondo, vivía del tacto. En su trabajo era básico saber encontrar contracturas, deshacer los nudos y notar, en cada punto de la musculatura del paciente, el milímetro preciso que tenía dolorido. En la escuela de fisioterapia de Barcelona, Èlia había conseguido ser la mejor de la clase en un ejercicio en que, aquella mañana en que el profesor lo explicó, pensó que nunca podría hacerlo bien. Nunca en la vida. Ni en pintura. Tenían que arrancarse un cabello, lo más largo posible, y ponerlo entre dos folios. Luego un compañero les vendaba los ojos y, sólo con el tacto de las yemas de los dedos, tenían que localizar el pelo y seguir su recorrido de punta a punta. Al cabo de pocos días, cuando ya casi toda la clase sabía hacerlo, el ejercicio se complicaba un poco más. Èlia tenía que arrancarse otro cabello —largo, rubio, de su cola de caballo— y ponerlo entre cuatro folios, dos a cada lado. Con paciencia y muchas horas de entrenamiento también lo logró. Al final, más difícil todavía, con tres hojas por cada lado. Y lo acabó consiguiendo. E incluso, en

un campeonato que organizaron en el bar de la facultad, fue la única que supo encontrar su propio cabello oculto incluso en medio de cuatro hojas. Aquel día, mientras sus compañeros de promoción la manteaban, lanzándola más arriba de lo que hubiera deseado, intuyó que con la fisioterapia podría ganarse la vida. Meses más tarde, cuando consiguió la beca para cursar la especialidad de paraplejia en el Dent Neurological Institute de Buffalo, en Nueva York, tuvo la certeza. Se había pasado dos años en Estados Unidos, que se escribe muy pronto pero pasan muy lentamente. Y, quince años después, de todas las experiencias americanas, le quedaban los conocimientos médicos, cinco recuerdos y un álbum de fotos. De los tres años de casada con Ignasi Sicília, se preguntaba qué acabaría quedando con el tiempo. Estaba convencida de que, como se llamaba Èlia Sardà Nueno, de los cuernos, de las escopetas y de aquella conversación hiriente —de las que dejan cicatrices— no se olvidaría nunca. Y ahora se moría de rabia porque él, con la maleta del viaje todavía por deshacer, quisiera presentarse como un corderito. Los hombres, en según qué tipo de discusiones, suelen ser ridículos. Si pone ojitos de yo no quería, rozan el patetismo. Si además están en falso, entonces ya se convierten en una parodia de sí mismos.

—¿Sabes qué es lo que no soporto? Que venga la policía a mi trabajo, que me cuente que el coche está en el aeropuerto, que yo te llame, que te pregunte dónde estás y, con dos cojones, me digas que estás cazando en los Monegros. La trola del siglo...

—Ya te he dicho que lo siento...

—El doctor y la doctora en Roma, jugando a médicos y a enfermeras. Qué romántico... Una francesa. —Crispó el tono—. ¿Sabes qué?

—...

—Lo llevo como el culo.

Ignasi, con el cuidado del que no se atreve, pero con tanta naturalidad como supo, le puso una mano en el muslo, encima de los vaqueros.

—Yo sólo...

—Mira, déjame en paz. —Èlia, levantándose del sofá, soliviantada—. No sé qué me sulfuran más, los cuernos o las mentiras.

Cuando se le despejó un poco la cabeza, después de horas de lágrimas en solitario, Èlia supo que podría llegar a perdonar la infidelidad, pero la mentira no. En ningún caso. Era un traición, quién sabe si una traición continuada —por un lado, tenía la necesidad de saberlo todo, fechas y detalles; por el otro, prefería no hurgar demasiado—. Se daba cuenta de que

la confianza se había ido al garete para siempre. Y de la desconfianza al infierno, en un matrimonio, sólo hay un paso.

Tres días y dos conversaciones más tarde, decidieron separarse. Temporalmente.

Que comprara, que gastara, que rezara

—¿Ahora?

—No es tan tarde... —No le hacía falta mirar el reloj para saber que eran las diez menos cuarto.

—Para ir a ver unos terrenos, sí. —Y, con voz maternal, se lo quiso quitar de la cabeza—. A esta hora no verá nada.

—En cuarenta minutos estoy allí. Quiero ir, y se acabó.

Bobby Faura no era hombre de dar explicaciones. Y menos aún a Belita, la eficiente secretaria de la oficina de México que le acompañaba por todo el mundo. Estaba convencido de que si en la vida y en los negocios hubiera dado demasiadas explicaciones, no habría llegado a salir en La Lista. Creía que si hubiera consultado demasiado, si se hubiera rodeado de sabelotodos que le hubieran dicho Roberto tira por aquí, o señor Faura yo eso no lo haría, o más bien lo habría montado de otra manera, no habría construido el imperio Tinubu de telefonía. Su criterio era el bueno. Y, si no lo era, como mínimo se equivocaba con sus propias ideas. No había nada que se perdonara menos que equivocarse por seguir el criterio de los demás. Por el mismo precio, mear con la suya. Aquella noche, después de cenar deprisa y corriendo, recluido en su suite colonial del Hotel 1898, despachando llamadas y gestiones con Belita, decidió ir a Malla, para verlo de noche, sin luz. El ambiente era dulce, la noche era suave y daba gusto tomar el aire.

—¿Aviso a Cardelús para que le acompañe?

—No.

—¿Quiere que vaya yo?

—No.

—O Toni Mazorra. Le llamo y le digo si...

—Quiero ir solo. Quiero un coche y un chófer del hotel. ¿Entendidos?

Bobby se encerró en el lavabo y, cinco minutos más tarde, salió de allí Roberto Manuel Faura. Se había hecho el nudo inglés de la corbata y se había puesto la americana. No dejaba que nadie le viera sin ella. Le parecía que,

con el botón de arriba abrochado, ocultaba la papada, se sentía más seguro y se le disipaban los dilemas morales. Se miró los dientes en el espejo. Sólo le queda un pedacito de pollo de la ensalada y se lo quitó con la uña. Con el vaporizador de colonia, cortesía del hotel, se roció las manos y se las pasó por la cara y por el pelo.

—En cinco minutos tiene el coche a punto.

Belita había aprovechado para ordenar los papeles y recoger la mesa para el día siguiente.

—Muy bien. —Era la forma más efusiva que tenía Bobby de dar las gracias.

—¿Le espero despierta?

—Volveré tarde. No hace falta. —Le pellizcó la mejilla, con un hábito adquirido de cuando estaban solos, de viaje—. Ve a dar una vuelta por la calle esta de aquí...

—¿La Rambla? He leído que de noche es mejor no rondar mucho por ahí...

Roberto M. Faura sonrió.

—¿Venimos de Ciudad de México y no puedes salir de noche por Barcelona? Haz lo que quieras.

—De camino, llame a su esposa...

—Eso es cosa mía, Belita, guapa.

Le dio rabia que una mujer que tenía a sueldo le recordara sus obligaciones como marido. Que de vez en cuando durmieran juntos no le daba derecho a meterse donde no la llamaban. Y qué sabía ella, la escuálida Belita, si había escrito o hablado con su esposa durante el día. Y si doña Elvira estaba en París, que lo pasara bien, que paseara, que tomara el fresco, que bebiera un Ricard con un pseudopintorcillo de la Place du Tertre antes de comprarle una acuarela de las azoteas vistas desde Montmartre. Si doña Elvira estaba en París —que le encantaba—, que comprara, que gastara, que rezara, que hiciera lo que le diera la gana. Él pensaba hacer lo mismo.

En la larga recta de la planicie, cuando las luces anaranjadas de Vic quedaban en el punto de fuga, Roberto M. Faura decidió hacerle una pregunta al chófer.

—¿Malla? ¿Es esto?

—A la izquierda, sí.

—Gire por aquí y vaya despacio...

Teniendo en cuenta lo oscuro que estaba, con un hilillo de luna jorobada a levante, y habiendo estado allí una sola vez, se orientaba bastante bien. Lo guiaba el deseo. Enseguida le pareció que reconocía los tres árboles donde se había encontrado a Óscar.

—Tire por ahí.

No. Aquél no era el sitio. Bajó la ventanilla para ver mejor. En una bifurcación leyó CAN POCOLI en un letrero casero de madera.

—¿Qué es canpocoli?

—... —El chófer había aprendido que si no sabía algo era mejor callarse que inventar una respuesta.

—¿Qué es canpocoli?

—Una casa, supongo... —Pero si el cliente insistía, podía especular. Con prudencia, con matices y dando opciones, para no pillarse los dedos—. O un restaurante, no lo sé.

—Tire por aquí.

Por el camino de tierra, el Mercedes del hotel se iba tragando el polvo que él mismo levantaba. Con lo limpio que lo llevaba, me cago en todo. El chófer probó si yendo más lentamente no se ensuciaba tanto. Y aquel hombre con la ventanilla abierta, con aquel tufo apestoso que volvía a notarse... Después de una curva a mano derecha, al fondo apareció un caserón. Faura tuvo un presentimiento.

—Pare aquí y espéreme. —Abrió la puerta y bajó—. No apague las luces, hostia, que no veré nada...

Roberto Manuel Faura se recompuso la americana y se echó a andar, decidido, con el mismo aire que George Bush hijo, cuando bajaba del helicóptero. Con empuje, marcando el paso, el cuello enhiesto, la mirada hacia delante y a buen ritmo, caminando con un brazo más rígido que el otro, que columpiaba acompasándolo marcialmente. No es que por casualidad se pareciera a George Bush cuando bajaba del avión, es que lo había calcado a conciencia. Le gustaba el brío de aquellos pasos que, a su entender, demostraban valentía, coraje, fortaleza, mala leche, masculinidad y algunas características más que Bobby Faura vinculaba a virtudes imprescindibles que ha de tener un hombre de la cabeza a los pies.

Cuando las largas del coche ya se habían desvanecido y su perfil no proyectaba sombra alguna hacia delante, pudo empezar a guiarse por las luces de la masía. A medida que la distancia iba perfilando cuerpos y formas, parecía que en el porche quizá había una persona sentada. Las macetas del

suelo, que por poco no hacen tropezar a Bobby, marcaban la linde de Can Pocoli. Pero hizo como si nada y continuó, pim pam, como habría hecho George frente a un obstáculo. Òscar, en una mecedora, apuraba un cigarrillo mirando al vacío. Hacía rato que había visto que se detenía un coche, que bajaba alguien y que, con prisas, se acercaba, que no paseaba, sino que hacía el cambio de guardia.

—*Ciao*. —A Faura, con los nervios, le salió así.

—Te has corrido con sólo pensarlo, ¿eh?

Faura miró a su alrededor, con miedo de que alguien pudiera oírles.

—¿Es tu casa?

—Hasta que un hijo de puta la expropie, sí. De mi padre.

Y Bobby, quizá porque ya había salido caliente del hotel de la Rambla de Barcelona, aún lo encontró más guapo. Òscar iba bien peinado, como si esperara a alguien. Con aquel simpático flequillo echado hacia un lado. Llevaba la misma chaqueta vaquera del primer día, sin abrochar, y unos pantalones que parecían rojizos. Claro que la luz del porche, que parecía un torpe remiendo para aparcar motos y que estropeaba el aspecto de la masía, podía distorsionar la realidad.

—Llévame a Barcelona

—Aquí no podemos...

—En casa está mi hermano tirándose a la panadera de los melones. — Hizo el gesto del volumen, con las dos manos—. Si usted se quiere añadir...

Mientras desandaban el camino, de la masía al coche, Òscar continuó dándole hilo a la cometa. La realidad era otra. En casa sólo estaba su padre, reventado, dando cabezadas delante de la tele. El hombre se había quedado viudo a los cincuenta y, sin miramientos y sin sentimiento alguno de heroicidad edulcorada, había subido a sus tres hijos con menos compasión de lo que lo hubiera hecho cualquier padre. El mayor, su heredero, sabía que se lo quedaría todo, pero, a cambio, había tenido que aprender a segar, a llevar a los mulos por la era, a meterles el brazo en el culo cuando era necesario y, peor aún, a decir amén a todas las órdenes de su padre. A obedecer mucho y a quejarse poco. El del medio, un quiero y no puedo, como pasa en tantas familias. Y él era el pequeño. El pinta. Dispuesto a todo. Y más incluso por los seis mil del ala que le habían prometido si todo salía como tenía que salir.

El chófer bajó a abrirle la puerta al señor Faura. Òscar —«*ciao*», le dijo al conductor, cachondeándose— la abrió solito.

Enseguida se reencontraron con el asfalto y, en un santiamén, dejaban

atrás Can Pocoli, Malla y la inmensa recta de la llanura de Osona.

En el kilómetro cuatro, y sin dejar de mirar la carretera que tenían delante, Òscar le puso la mano en el paquete. Lo suficiente para cerciorarse de que el mexicano no se la retiraba y para notar que, allí debajo, en un momento empezaría a moverse algo.

Roberto M. Faura tampoco dejó de mirar en el sentido de la marcha, atónito. Más ilusionado que asustado. El chaval, con maña, intentó meter los dedos por dentro del pantalón, pero entre la barriga y la hebilla grande del cinturón de Faura —tan mexicana— no había espacio y sus cuatro dedos no llegaron a ninguna parte.

—¿Quién cree que vendrá hasta aquí, a un parque de atracciones?

—No es un parque de atracciones. —Suspiró—. Es un temático...

El chófer, que no había abierto la boca en todo el viaje de ida, pensaba hacerlo menos aún en el de vuelta. Oía lo que decían el señor Faura y Òscar, pero no ataba cabos. Era imposible que por el retrovisor viera algo que no tendría que ver. La carretera era demasiado retorcida para distraerse mirando donde no debía. Y no es que hubiera poca circulación para la hora que era. Veía los coches que lo deslumbraban por el cristal de atrás y, si miraba por el retrovisor, veía las siluetas de los rostros, el del joven, que estaba sentado detrás de él, y la oreja de su cliente. Sólo si se hubiera dado media vuelta de repente...

—Dicen que habrá casinos, ¿no?

Òscar cambió de táctica. Intentó otro atajo.

—Alguno.

Lentamente, para no hacer nada de ruido, le bajó la bragueta. Faura echó la barriga hacia dentro para que le resultara más fácil.

—Para entrar, tendré que esperar a cumplir los dieciocho...

Y metió la mano.

—Estoy seguro de que usted me dará una invitación especial.

Dejó que los dedos se metieran por debajo de los calzoncillos. Notó mucho pelo, esponjado.

—No... Aquí todo será... —uf— legal.

Primero, como pudo, le pasó tres dedos por los huevos.

—Yo, del cole recuerdo poca cosa de historia...

Enseguida, intentando hacer sitio dentro de los calzoncillos, como quien

cava un pequeño hoyo en la arena, le cogió el pene. Al instante, agradecido, presentó armas.

—El Tigris y el Éufrates: dos hermanos, creo...

Y Òscar, con la misma cara de póquer, empezó a meneársela. Y a menear. Sin dejar de hablar.

—Siempre los pintaban bajo una loba con muchas tetas.

Faura miró por la ventanilla lateral, como si la conversación no fuera con ellos.

—¿Estarán ésos en el parque?

—Rómulo...

—Rómulo y Remo. Sí, señor, es usted un crack.

Los cristales eran tintados. Se aseguró de que tampoco podía verlos nadie desde fuera. Ninguno de los camioneros a los que iban adelantando, por más que se hubieran fijado, hubiera podido ver nada de nada. No había ángulo de visión suficiente. Y el juego de manos de Òscar era auténtica magia.

—No estarán...

A Roberto M. Faura le salía la voz aspirada.

—Habrás... una de esas... de Egipto.

De miedo, de nervios, de susto, de excitación.

—Una pirámide. Te encantará...

Metía la barriga hacia dentro, una y otra vez, para que la mano derecha de Òscar pudiera moverse con más comodidad. Suavemente, con tacto, pasando los dedos arriba y abajo.

—A mí me gustan más las cosas como de guerra.

O, de vez en cuando, apretándole rítmicamente, como quien bombea un aparato de farmacia para medir la presión arterial.

—Tienes que venir a la primera piedra.

A veces cerraba los ojos, unos segundos. Para sentir toda la excitación que no podía expresar ni con gestos ni con palabras. Tuvo que ahogar algún jadeo, algún gemido que, en otra situación, no habría reprimido. El placer que le daba la mano caliente de Òscar era mucho mayor del que se había podido imaginar mientras iba hacia Malla y pensaba en si lo encontraría y si quizá...

Al entrar en Barcelona, y al parar en el primer semáforo, Faura agarró la muñeca de Òscar para que entendiera que tenía que retirar la mano. El chico la sacó y, marrano a más no poder, se olió las yemas de los dedos.

—Ha estado bien este viaje. Se me ha hecho corto...

El corazón de Bobby todavía iba a cien. Simuló un ataque de tos para abrocharse la bragueta y asegurarse de que el chófer no se enterase de nada.

—Hemos llegado rápido, sí.

Si el trayecto hubiera durado tres minutos más, se habría manchado de arriba abajo.

—¿Al hotel, señor? —dijo el mudo.

—Yo sí... Él...

—No se preocupen por mí. Tengo amigos en todas partes. ¿Esto qué es? ¿Balmes?

El Mercedes del hotel se detuvo en la esquina de Consell de Cent, junto a la reja nueva del seminario. El chico y el empresario se bajaron del coche, cada uno por su lado. Fuera, de pie, mantuvieron las distancias. El mexicano estaba sofocado. Ahora que podía verlo bien, y de cerca, le parecía incluso más irresistible. Se moría de ganas de subírselo a la habitación, pero Belita, el chófer... Podía verlos demasiada gente.

—Ya nos veremos, Òscar. ¿De acuerdo?

—Con la cara de asco que ponía usted, creía que yo no le gustaba...

—Nos veremos. Pero sobre todo discreción. ¿Entendido?

El muchacho, con naturalidad, sacó el móvil del calcetín. Un buen lugar para guardarlo.

—Cánteme su número y le hago una perdida.

El rey de la telefonía de Latinoamérica y de medio mundo, entre avergonzado y excitado, recitó su número.

—Usted se llama...

—¿No sabes quién soy?

—El del parque de atracciones. ¿Tendría que saber su nombre?

—Supongo que no. Roberto. —Y le tendió la mano para estrechársela. Òscar se olió los dedos de nuevo, mirándole a los ojos. Fijamente.

Roberto M. Faura, claro que lo sabía. El encargo había sido muy preciso. Sólo le bailaba la M del nombre. No tenía claro si M punto era de Miguel o de Manuel... O de Melchor. Seguro que se lo habían dicho, pero no se acordaba. Decidió que sería la M de marica.

De cero a cien en siete segundos

—No pienso ir con el carrito de la compra...

—Pues no lo cojas y ya está. No pasa nada.

—Cómo podías pensar que... —Dani, con el chándal de líder bolivariano, se puso en pie despacio, como le había explicado el doctor—. Dame las muletas.

—Como los andadores no te iban bien... ¿Qué quieres que te diga? He pensado que con este carro con ruedas, agarrado así con las dos manos, te iría mejor, chico.

—Que no, hostia. Las muletas.

A Raquel aún le sentaba mal cómo le decía las cosas Dani. Pocas veces lo había mandado a freír espárragos. Tres muy sonadas. Ambos las recordaban muy bien. Pero Santana no intuía la cantidad de ocasiones en que su ayudante, su confidente y su amante de algunos viernes sin otro plan mejor, en lugar de mandarlo a paseo había preferido callar y continuar a su lado. Raquel comprendió que en aquella ocasión, con la vulnerable estrella de la tele, no era el momento de montarle un pollo. Solícita, le tendió los dos bastones y, eso sí, hizo patente su disgusto con una mueca.

—Así te costará más.

—¿Sabes qué me dijo Èlia? —Dani, paternal, puso su mano sobre el hombro de Raquel—. Que creía que tú eras mi mujer. Tú, mi mujer. ¿Y quieres que te diga una cosa? A veces lo pareces.

Cuando Raquel aún no había tenido tiempo de decidir si aquello era bueno o malo, Dani la sacó de dudas.

—O sea que no me toques los cojones, ¿vale?

—Así me gusta, que no pierdas el sentido del humor.

Raquel, dolida, le apartó la mano y, levantándolo por debajo de las axilas, le ayudó a incorporarse. No sabía si Dani estaba de peor humor cuando le quitaron el yeso o cuando pasó de la silla de ruedas a intentar caminar. Por mucho que le quisiera, aquellos chascos no entraban en el

sueldo. Palabras que dolían.

—Hasta la sala de espera y volvemos, venga.

—De cero a cien en siete segundos. Ya verás...

Como quien dice, Dani estaba aprendiendo a caminar de nuevo. Le daba vergüenza que le viera alguien, desvalido, intentado clavar las conteras de plástico en el suelo y, acompasadamente, dando pasos rasantes como un anciano que arrastra los pies por un pasillo que creía que no se acababa nunca.

—¿Cuánto tardaba en hacer este recorrido con la silla? Nada. Y ahora...

Raquel caminaba a su lado, con la atención de una madre que ayuda a su hijo a aprender a ir en bicicleta y le da miedo que se caiga hacia un lado u hacia otro. La auténtica muleta —Santana lo sabía, pero nunca lo reconocería en público— era Raquel. Siempre a mano, en el trabajo y en la vida. Al llegar a la ventana que daba a la pista de baloncesto, Dani, con la sensación de haberse esforzado como nunca, dio media vuelta. Estiró la espalda forzando el cuerpo hacia atrás y descansó unos segundos antes de volver a arrancar.

—¿Has visto al Gratu?

—¿Yo? —Raquel, sin dejar de mirarle los pies—. No...

—Hace dos días que no baja ni al gimnasio.

—No puede andar muy lejos...

—Es raro.

—¿Has ido a verlo?

—¿A su habitación? Quizá me acerque...

—Si sales hoy, llegarás mañana.

Raquel sonrió, sin ganas. Ambos estaban de mal humor. Demasiados días de cama de clínica, de médicos, de ambiente viciado, de pocas alegrías, de echar de menos los focos y el gusanillo del directo y de tener la sensación de no avanzar. La investigación tampoco progresaba. Eva Bosch, la intendenta de la policía, se había presentado en el Instituto, a primera hora de la mañana, para mostrarle unas imágenes de posibles sospechosos, y Santana no había reconocido a ninguno. A ninguno de los tres. Los tres tipos llevaban barba, sí. Los tres rondaban los cuarenta, seguramente. Los tres hombres habían estado cazados por las cámaras de seguridad de establecimientos cercanos al parking de la Gardunya aquel mismo domingo después de la hora de comer, pero ni por la vestimenta ni por la fisonomía podía reconocer a un hombre que le atacó por detrás hasta dejarle inconsciente. Y en las imágenes no podía oler cuál de aquellos hombres había comido pepino.

—¿Has pensado en quién te quiere fuera de la circulación, Santana?

—Ya hace años que no conduzco. —Había querido vacilarle a Eva Bosch—. ¿Te refieres a quién quiso matarme?

La intendenta sospechaba que Dani le ocultaba algo. En ningún momento había querido darle lo que le pedía desde hacía semanas. Una lista de quién podía querer vengarse de él. Le decía que pensara en si había algún afectado por alguna noticia que él hubiera dado, alguien que se sintiera investigado por el equipo del programa de Santana, un marido cornudo, una deuda no satisfecha, algún tema de drogas, de juego... Eva Bosch sabía, por estadística y por años de profesión, cuáles eran las motivaciones que llevan a querer matar a alguien. Y raramente algún caso se alejaba de aquel patrón.

—Ya te dije que ni juego ni me drogo ni trafico con nada de eso.

—Pero nadie querría matarte porque no le guste tu programa... Tiene que haber una explicación.

—¿Sabes lo que es una noticia?

La policía levantó las cejas, como diciendo a ver con qué me sale éste ahora.

—Una noticia es algo que alguien quiere que no se publique.

Y de aquí no le sacabas. Y la policía sospechaba de aquel hermetismo de Santana. Parecía saber más cosas que se guardaba para sí o, peor incluso, había decidido que no quería colaborar en la investigación. ¿Por qué puede haber alguien que no esté interesado en saber quién ha querido sacarlo de circulación, quiero decir, asesinarlo? A no ser que quiera descubrirlo por su cuenta, pensaba Eva Bosch mientras fruncía la nariz, cuando volvía a subir al coche camino de la comisaría con la sensación del trabajo inútil.

La discreta Raquel, presente en la conversación sin abrir la boca, creía, según cómo, que su obligación sería coger a Eva Bosch por banda y contarle el favor que le había pedido Dani Santana. Pero, por fidelidad, no lo hizo. Y nunca lo haría. En realidad, Raquel tampoco tenía la seguridad de que aquello tuviera nada que ver con el caso.

Una tarde, a última hora, Dani había vuelto trastornado a la redacción y le había pedido que al día siguiente, sin falta, se encargara de hacer una cosa. El periodista sacó un lápiz de memoria, que era como un pequeño robot verde de Lego, y lo dejó sobre la mesa. Mientras lo miraba fijamente, pensaba en la estrategia. Aquella noche lo dejaría en el despacho entre cintas de vídeo, devedés y papeles, y al día siguiente, sin mirarlo (eso Dani ya lo daba por descontado), tenía que cogerlo, ir a una entidad bancaria, abrir una caja de

seguridad a su nombre, Raquel Ruiz Coders, y depositarlo en ella.

—Y nunca me cuentes nada más, ¿entiendes? Ni en qué banco, ni en qué lugar, ni con qué código. Nada de nada, ¿comprendes?

—Ajá.

Dani no podía haber sido más taxativo. Y Raquel, muy profesional, tampoco pareció alarmarse por el anverso de las instrucciones.

—Yo no sé nada. Y a ti no te importa. Y prométeme que sólo lo abrirás si alguna vez... si alguna vez me matan, ¿ok? Solamente si me matan.

—Dani, por favor...

Santana se levantó y le dio un beso en los labios, seguro de sí mismo.

—Es muy importante, Raquel. Si la palmo así, de muerte natural, dejas que el lápiz se pudra allí dentro. Sólo si me matan podrás verlo. ¿Lo has entendido?

Al día siguiente, y con su traje chaqueta más elegante, Raquel fue a las torres negras. Sabía que en las profundidades de la torre más pequeña, en una sala bunkerizada, se alquilaban cajas de seguridad. Escogió el tamaño pequeño, como de caja de zapatos. De botas, más bien. Le hicieron firmar un documento en el que se decía que no guardaría droga ni dinero en metálico y le dieron una pequeña llave que sólo tendría ella, única en el mundo, sin copia. La avisaron de que, si la perdía o se le rompía, la caja fuerte de seguridad sólo podría abrirla un cerrajero y ella tendría que pagar los costes.

—¿Quién más podrá abrir la caja?

—Únicamente usted.

—¿Y qué pasará si yo me muero? —Raquel había tenido en cuenta que, lo más tarde posible, ella podría irse al otro barrio antes que Dani Santana.

—Que tendrán que venir aquí sus herederos con el testamento y con un notario y que un cerrajero abrirá la caja fuerte.

—Aquí, por lo que veo, el negocio lo hace el cerrajero.

El empleado del banco, que parecía a punto de jubilarse, no le rio la gracia.

—Venga, que la acompañaremos al sótano.

El ascensor, estrecho y sin ningún lujo, bajó durante muchos segundos. Muy abajo. La acompañaban el empleado a punto de retirarse que había hecho el trámite y un vigilante de seguridad que parecía poco de fiar. Cuando se abrió el ascensor, a Raquel se le apareció, ante ella, un escenario que sólo había visto en las películas. Parecía de atrezo, pero era real. Una puerta enorme, blindadísima, de acero inoxidable, reluciente, con una especie de

timón que hacía las veces de cerradura. Si Raquel hubiera tenido suficientes ojos, habría contado hasta cinco cámaras, a diferentes alturas, enfocando hacia la puerta blindada.

—Aquí, me pregunto, no sé...

—¿Si es lo suficientemente seguro?

—Excavando desde la calle, desde el metro, ¿no se pueden reventar las cajas por debajo o por detrás?

—Estamos suspendidos en el vacío. Es una estructura fijada al edificio sólo por arriba... al propio edificio. Son las cajas más seguras de toda Barcelona.

El prejubilado pasó un dedo al lado de la puerta para que le reconociera la huella dactilar. Después de unos sonidos, como de submarino acorazado, el hombre giró el timón y abrió una puerta que era tres veces más ancha que él. El vigilante de seguridad se quedó fuera, junto al ascensor. Mejor. A Raquel, aquel tipo no...

Dentro había dos salas enormes, con unas grandes lámparas que ya estaban encendidas y, algunas esculturas dispersas sobre sus respectivos pedestales, para hacer más agradable el lugar. Pero la vista de Raquel se fue directa a los miles y miles de pequeñas cajas fuertes que cubrían las cuatro paredes de cada sala.

—La 2321, ésta es la suya. ¿Le explico cómo funciona? Raquel simulaba que todo aquello no le impresionaba, pero el corazón le iba a mil por hora, como si estuviera haciendo algo prohibido. Su caja les quedaba a la altura de los ojos.

—Podrá ver que en la cerradura hay espacio para dos llaves pequeñas. La mía y la suya. Y sólo se abre si se introducen las dos. Primero la mía —la metió y la hizo girar— y ahora me retiraré. Me iré a la otra sala durante dos minutos y usted podrá introducir su llave y tendrá tiempo para meter y sacar lo que le convenga. Y cuando haya terminado me avisa, vuelvo y la cerramos, ¿de acuerdo?

Lo había entendido bien y actuó rápido. Metió el llavín de la 2321 y abrió la portezuela de la caja de seguridad. De su interior sacó una caja roja, hecha de material ignífugo. Bruscamente, como si la persiguieran, con sensación de estar haciendo algo que traería cola, sacó el lápiz de memoria del bolsillo de la chaqueta, lo metió dentro de la caja roja y cerró la caja de seguridad con su llave...

—¡Oiga! ¿Señor? Ya he terminado.

El empleado del banco, que se había retirado discretamente, volvió, metió su llave y se aseguró de que la 2321 quedaba bien cerrada. Raquel esperaba que fuera para siempre.

Por fidelidad a Dani no se lo dijo a nadie. Y no se lo diría nunca ni a Eva Bosch ni a nadie, a no ser que se cargaran a su jefe. Y aquel domingo en la Gardunya, con el hombre de la barba, le había faltado poco, pero Dani estaba vivo y recién empezaba a andar chano chano, con muletas, tambaleándose, con la sensación de que lo adelantaban hasta las arañas. Incluso así, cansado por el esfuerzo y con las manos doloridas de agarrarse a las muletas, había llegado hasta la habitación del Gratu.

Dormía. No le había oído entrar. De hecho, tenía un sueño muy profundo a una hora que no tocaba. Retiró como pudo la silla de ruedas del Gratu, que había quedado aparcada demasiado lejos de la cama, se le acercó y le tocó el hombro que quedaba al descubierto por encima de la sábana. Tampoco así.

—Eh, Gratu. —Volvió a tocarlo—. ¿Gratu, qué pasa?

Dani, extrañado, le cogió la mandíbula con la mano y lo zarandó levemente. El joven abrió los ojos en un acto reflejo y como le pesaban tanto volvió a cerrarlos. Tenía los labios muy secos. Volvió a abrir un ojo a medias...

—Gratu, hola. ¿Me oyes?

—Santana, eh...

—¿Me oyes?

—Mmm... —Parecía como si quisiera, pero no podía.

Dani dejó las muletas aparcadas en la cama y se aguantó de pie clavando las rodillas en la cama del joven, que estaba tan ofuscado que parecía estar en las últimas. Mojó un pañuelo de papel en los dos dedos de agua que quedaban en el vaso de la mesilla de noche y se lo pasó al Gratu por los labios. Luego, lentamente, por la frente repitiendo su nombre, una y otra vez, hasta que se despertó.

—¿Qué te pasa, Gratu?

—¿Qué día es hoy?

—Jueves...

Estaba muy atontado. Confuso.

—¿Qué quiere decir jueves?

—Hace dos días que no se te veía el pelo.

—¿Dos días? Me han sedado, Dani... No lo entiendo.

—¿Qué quieres decir?

—Que alguien me ha dado algo. Me inyectaron...

—No estarías fino...

—¿Y no han avisado a mis padres?

Buena deducción, pensó Dani, pero acostumbrado a entrevistar a políticos, dijo justamente lo contrario.

—No hombre, no, Gratu.

—Lo que yo te diga, Santana. Aquí ha pasado algo...

Una muleta cayó al suelo. Raquel, que esperaba en la puerta, reconoció el ruido, pensó que Dani no podría agacharse y entró para recogerla.

Otro billete idéntico

—¿Y qué quiere que hagamos ahora, señor Cardelús?

Lo pensó un momento.

—Nada.

—Nada, pero...

—¿Tienes su nombre?

—Antonio Mallenco. Lo ha dejado él. —Carmen miró el pósito en el que lo había anotado—. Mallenco Grandes. O Grande, ha dicho.

—¿Os dice algo ese nombre?

Ninguna de las cuatro chicas respondió.

—¿Y a usted?

—Tampoco.

Las oficinas de Javi Cardelús tenían un buen recibidor, amplio, con una moqueta granatosa y una ristra de ojos de buey que daban mucha luz. En un gabinete de comunicación, el escaparate es muy importante. La primera impresión. O seduces o no captas a un cliente. De entrada, fachada, imagen, nada nuevo en el sector. En la recepción, junto al rótulo de Cardelús Comunicación Integral, alrededor del mostrador principal, ante la puerta automática de cristal que daba a los dos ascensores, se habían congregado el agente de seguridad del edificio, que parecía superado por el caso, las tres chicas de la empresa de asesoría en comunicación que Javi Cardelús había fundado quince años atrás y Carmen, la recepcionista de toda la vida, que cuando vio entrar a aquel hombre, que tenía unas manos y unos pies enormes, como un pantocrátor, estaba confrontando facturas y atendiendo al teléfono.

Desde sus despachos, todas las chicas —dos periodistas y una licenciada en marketing— habían oído, que de repente, un vozarrón gritaba te vas a cagar encima, Cardelús, te vas a cagar encima... Pero la palabra gruesa sólo la había oído Carmen. Violador no era un insulto dicho al tuntún. No era un porque sí. En realidad, no era un insulto. Era una definición que Antonio Mallenco Grandes (o Grande) había dicho con toda la intención, pero en un

tono mucho más bajo. Pero ninguna de las tres chicas conocía aquella parte del incidente. La *palabra* —para decirlo en cursiva— únicamente había podido oírla Carmen, y había decidido guardársela para ella. A Cardelús, nada. Menos problemas. Como si nunca hubiera existido aquel episodio ni nunca hubiera oído aquella *palabra*. No le haría ningún comentario, ni nunca lo utilizaría en su contra. Le bastaba saber que él sí que debía de haberla oído, porque Carmen, siguiendo unas instrucciones de seguridad muy claras que le habían dado el primer día, había pinchado el intercomunicador del despacho del jefe para que éste pudiera enterarse de lo que estaba ocurriendo.

Aquella tarde de jueves, que parecía bastante normal, había terminado de la peor forma. Un pelma se había presentado en Cardelús Comunicació Integral y había solicitado hablar con el propietario, sin avisar ni cita previa ni nada, y todo había derivado en unas amenazas y en una acusación terrible por parte de un tal Mallenco que nadie sabía de dónde había salido. Después de dos horas largas de espera, después de haber solicitado ver al señor Cardelús por un tema personal, después de que le dijeran que era imposible, después de que él respondiera que le daba igual, lo esperaré aquí hasta que salga, después de que insistieran en que no podría verlo en todo el día, después de decir no importa lo esperaré aquí sentado, después de que perdiera la paciencia, de que se marchara y de que, cinco minutos más tarde, apareciera de nuevo por la puerta del ascensor con un paquete de pañales en la mano, Antonio Mallenco perdió los estribos.

—Te vas a cagar encima, Cardelús, te vas a cagar encima.

Y entonces, más bajito, dijo aquello del violador que a Carmen le sonó muy gordo pero que a Cardelús, resguardado en su búnker, le sirvió para atar cabos. En aquel preciso momento intuyó el motivo de la visita.

—¿Javier Cardelús? ¿Es usted? Nos han llamado de un salón de belleza masculina. ¿Ha estado en una peluquería de Sarrià, esta mañana? ¿Sabe de qué se trata? ¿Ha ido hoy para darse un masaje? ¿Conoce a la señora —el policía más veterano miró el papel— Barrera? ¿Sabe quién es Aura Barrera? ¿Ha intentado usted abusar de ella? ¿Qué versión da usted de los hechos? Tendrá que acompañarnos.

—No iré a ninguna parte. Y no sé de qué me hablan. —Abrió la cartera y sacó un billete de quinientos euros.

—No lo complique más, señor Cardelús.

—Si no los aceptáis vosotros, los aceptará el juez. —Repitió el gesto y sacó otro billete idéntico. Uno para cada uno—. No me habéis encontrado ni

nadie os ha llamado.

—En el coche... —el policía, convencido de que Cardelús cazaría la alusión—, hay otro compañero.

Javi volvió a abrir la cartera. Y cuando se la guardó en la americana no se acordó más de aquel episodio con Aura, que no quiso hacerle una paja después de un masaje. Y ahora, un puñado de días más tarde, en la recepción de su empresa tenía a un tipo gritando y arrojando pañales como si fuera confeti.

Antonio había rasgado el paquete con dos zarpazos y, con el plástico desgarrado, había empezado a sacar pañales a puñados y a lanzarlos al aire, como un loco.

—Te vas a cagar encima, Cardelús, te vas cagar encima...

Gritaba fuerte para asegurarse de que pudiera oírle, cualquiera que fuera el despacho en que Javi Cardelús se hubiera refugiado. La telefonista intentó llamar a los de seguridad de la puerta principal del edificio para que subieran a auxiliarla y a echar a aquel energúmeno. Pero Antonio, con sus manos acostumbradas a trabajar en la fábrica, le arrebató el auricular, colgó el teléfono y dio un golpe en el mostrador mientras lanzaba su última amenaza. Y fue entonces cuando Carmen oyó la *palabra*.

—Decidle al violador del señor Cardelús que le encontraré. Por mis cojones.

Con letra de médico

Sílvia Molina, con su mejor vestido, desenvolvió el paquete con cuidado para no destrozarse el papel. De un vistazo, calculó que sobre las dos larguísimas mesas que tenía delante, dispuestas como para una boda, habría quizá un centenar de bultos idénticos al suyo. Uno para cada invitado. Aquel estuche rectangular —quizá un bolígrafo; como mucho, un reloj— lo habían colocado simétricamente, a medio camino entre los platos y las copas, envuelto en papel negro, satinado, de tienda cara.

—Mira qué bien, qué detalle.

No había solamente un bolígrafo.

—Caramba.

Era el juego completo, con pluma estilográfica y lápiz portaminas.

—Hemos encargado grabar el nombre de cada uno...

—Está bien... Para que no nos lo manguen. —Liberó el boli de la goma que lo sujetaba—. En la consulta, todo vuela.

Lo probó, escribiendo en el anverso del papel de regalo, el único que tenía a mano. Prodemax, una al día, con la cena. Sílvía Molina lo escribió con letra de médico. Era su oficio, desde hacía diecisiete años, como psiquiatra clínica.

—Azul. Perfecto. Los Montblanc escriben de cine...

—Hemos escogido un juego de color granatoso para las mujeres y uno negro para los hombres.

Hugo Serra Calcavecchia, delgado debido a los nervios del vendedor, se ocupaba de todos los detalles, empezando por la copa de champán de bienvenida para recibir al más de un centenar de psiquiatras y neurólogos de Barcelona que él mismo, en persona, había conseguido llevar hasta París. Se había ocupado en ir a buscarlos uno por uno, y en perseguirlos, y en fijar la fecha, y en comprar y repartir los billetes y toda la pesca, pero no le había costado mucho convencerlos. Quien más quien menos, ya conocía a Hugo Serra Calcavecchia como un insistente visitador de XAK Farma, una de las

diez multinacionales farmacéuticas con más facturación.

—¿Quieres ir a París? Celebraremos una cena de gala para presentar los adelantos científicos de un antidepresivo de última generación.

París hacía que abrieran los ojos. Hacerlo en nombre de la ciencia era la excusa perfecta.

—Habrá una conferencia del doctor Palau del Pozo, ya sabes... La eminencia. El catedrático que acaba de volver del Massachusetts Mierda Seca Institute.

Todo el mundo le reía la gracia. En caso de titubeo, de no arrancar el sí enseguida, Hugo Serra desenvainaba las palabras mágicas.

—Con todos los gastos pagados.

En XAK Farma estaban encantados con Hugo Serra. Era uno de los cuarenta delegados comerciales que, en los últimos dos años, se encargaba de los antidepresivos. Era tan avisado que con treinta y tres años había conseguido controlar el área de la gran Barcelona —cuatro millones y medio de chiflados potenciales— y había convencido a la empresa para montar algo sonado, «que los médicos se acordarán de ello para siempre», les había asegurado. Para aquella expedición tenía presupuesto para invitar a doscientos médicos, había conseguido convocar a más de ciento cincuenta y, a la hora de la verdad, ciento cuarenta y tantos tomaron el avión del viernes por la tarde para volver el domingo a Barcelona, en el último vuelo nocturno. Un éxito de entrada. Lo que no tenía que pasar era lo que le había ocurrido en un trabajo anterior, en otra empresa de la industria farmacéutica, cuando había invitado a tutiplén a una docena de médicos a Ámsterdam a un congreso europeo sobre hipertensión y, una vez allí, no apareció ningún médico por el pabellón ninguno de los días de la reunión. La última mañana, eso sí, los recogió con pinzas en el hall del hotel para facturarlos en el avión y, follados y desfogados, devolverlos a casa. Hugo Serra se aseguró de que, esta vez, no le pasaría lo mismo.

Los buenos hoteles, en París, tienen un olor característico. Una mezcla imprecisa de perfume de vestíbulo, moqueta y *croque-monsieur*. En el Café de la Paix, en los bajos del hotel Intercontinental, se puede apreciar además el de crema de leche, trufa y ternura. Hugo Serra había alquilado —en nombre de XAK Farma— el salón privado más grande del restaurante, en el primer piso, con unas pequeñas ventanas de arco de medio punto, muy francesas,

que daban sobre el teatro de la ópera mejor ubicado para las fotos, en la parte alta de la avenida que nace en el Palais Royal y que muere en el Palais Garnier. A medida que los doctores y las doctoras, tanto de la sanidad pública como de la privada, de todas las edades y nacionalidades, iban entrando en el comedor del banquete, tres camareros les ofrecían, en cucharas de plata, una cata de caviar iraní. Luego, cada uno buscaba su sitio en la mesa y antes de sentarse a comer un *foie poêlé* y otros pecados, desenvolvía el juego de lápiz, boli y pluma con su nombre.

Hugo Serra, con una leve joroba de asmático, no era la primera vez que montaba un festival en París. Sabía que a una hora y media de avión, con los encantos de la ciudad y su gastronomía, los doctores le tenían una querencia especial. París siempre apetece. Tres o cuatro veces al año llevaba a unos cuantos médicos, en pequeños grupos, de un hospital o de una clínica concreta, pero nunca había montado una presentación tan a lo grande como la del Prodemax.

La depresión es la enfermedad mental más frecuente del planeta y, en España, XAK Farma calculaba que había unos cuatro millones de depresiones diagnosticadas. El director de la compañía, un suizo que masticaba muchos idiomas pero que no hablaba bien ninguno de ellos, les había advertido a todos los trabajadores que XAK se jugaba mucho con un nuevo medicamento ético, que tenían la patente para diez años y que tenían que aprovecharlo. Durante ese tiempo vivirían sin la competencia de un equivalente genérico más barato y eso tendría que servir para amortizar todo lo que llevaban invertido en investigación, desarrollo, marketing y, sobre todo, para hacer negocio, que de eso se trataba. Hablaba mal, pero las ideas las tenía claras.

El doctor Palau Mierda Seca del Pozo sí que hablaba bien. Era un comunicador crónico. Nadie discutía sus éxitos académicos. Y lo que era tanto o más relevante era que todo el mundo se rendía a su capacidad —entrenada— para transmitir conocimientos. Cuando él hablaba, todo el mundo le escuchaba. Desde Sílvia Molina a Ignasi Sicília y el resto de psiquiatras y neurólogos que, tres horas después de haber llegado a París, se sentían tratados a cuerpo de rey. Hugo Serra, que se sabía el nombre de cada uno y el centro en el que trabajaba, ya fuera en la pública como en la privada,

ya fueran nacionales, extranjeros o argentinos como su madre, le había pedido al ponente que la exposición no se alargara más de veinte minutos. Ahíto y bebido, intuía que la atención de sus invitados, a aquellas horas, no daba para mucho más. La jugada era clara. El doctor Palau del Pozo hacía un bonito el discurso y él pasaba el rastrillo. No era difícil. Con elegancia, verborrea, un poco de literatura médica y un talonario a punto, era fácil convencer a los médicos para que recetaran su medicamento, a pacientes, claro está, que lo necesitaran.

Hugo Serra sabía que su padre, vendedor de enciclopedias a domicilio durante toda su vida, lo había tenido más complicado. Infinitamente más. Rellano a rellano, a puerta fría, era muy difícil endosarle la *Encyclopædia Britannica* a un montón de gente que, a mediados de los ochenta, ni siquiera sabía inglés. Era de un mérito enorme, sólo a la altura de charlatanes con una capacidad de seducción notable. Y su padre, Pedro Serra, era uno de ellos, ya que a final de mes ganaba mucho más en comisiones por cada enciclopedia que vendía que lo que suponía su propio sueldo. Serra padre era muy vivo y Hugo había aprendido a ser tan lenguaraz como él, provisto de una desvergüenza casi infantil. Limpio y aseado, llamaba al timbre y sabía que, si conseguía pasar del felpudo y poner un pie en el recibidor, la venta estaba asegurada. Tardaría más o menos, pero no se le escaparía. Tenía un truco, entrenado con los años de oficio, que no fallaba casi nunca. Cada vez que le atendía una mujer que estaba sola en casa y acababa diciéndole «me parece muy bien, me interesa mucho, pero tengo que consultarlo con mi marido», él tenía ya la artillería a punto: «No puede ser que usted, a fines del siglo xx, todavía tenga que pedirle permiso a su marido para poder comprar unos libros». Muchas mujeres se levantaban de repente, abrían un cajón pequeño del secreter, sacaban el talonario y zas, le firmaban un cheque allí mismo. A los hombres que estaban solos, Pedro Serra también sabía cómo acorralarlos. Cuando el marido, después de oír toda la explicación, no acababa de decidir si comprar o no la enciclopedia, y pensando que se quitaría de encima a aquel pesado, ponía la excusa de siempre («quiero consultarlo con mi mujer y en cualquier caso ya le llamaremos»), el padre de Hugo olía la sangre y se arrojaba a la yugular. Cerraba la maleta de vendedor y, haciendo ademán de marcharse, le espetaba despectivamente: «O sea que usted es también un calzonazos, uno de esos que no puede tomar decisiones sin el permiso de su mujer. No lo hubiera dicho nunca». El orgullo del macho quedaba tan herido que aquel hombre, al instante, hacía un gesto resuelto con la cartera y, allí

mismo, visto y no visto, compraba los treinta y dos volúmenes de una enciclopedia que no abriría nunca y que ni siquiera sabría dónde coño meter.

Hugo Serra Calcavecchia, que se había matriculado en farmacia pero que no había terminado la carrera, como tampoco había terminado nunca un libro pero le bastaba picotear aquí y allá para saber de qué iba, había aprendido mucho de su padre. Pero, ciertamente, en las conversaciones de sobremesa con la familia, admitía que él lo tenía mucho más fácil. No tenía que vender nada. Y el médico tampoco tenía que comprar nada, ni siquiera desembolsar un solo euro. Al contrario, todos podían ganarse unos cuantos. Un win-win, lo llamaba él. Se trata únicamente de darle a cada paciente lo que necesita y, para según qué tipo de depresión, los investigadores de XAK Farma habían descubierto que no había nada como el Prodemax, veinticinco miligramos todas las noches, durante seis u ocho semanas de forma continuada. Así lo había asegurado a la hora del café, desde el atril, el eminente doctor Palau del Pozo, el psiquiatra mediático que, por seis mil euros (mitad en blanco, mitad en negro), presentó el medicamento como si lo hubiera probado. Su PowerPoint científico lo dejaba muy claro. El Prodemax es un antidepresivo de última generación, el medicamento más evolucionado de su gama porque es el más eficaz y el que tiene menos efectos secundarios. La agomelatina 25 mg DCI es agonista de los receptores de melatonina y antagonista de los receptores serotoninérgicos. Favorece la liberación de dopamina y de noradrenalina y, a diferencia de los inhibidores selectivos de recaptación de serotonina, no afecta a la concentración de serotonina extracelular. Lo que también hace, y eso es muy importante, es resintonizar o regular los ciclos circadianos, como por ejemplo los del sueño. En resumen —la última pantalla del PowerPoint lo dejaba muy claro—, tiene una toxicidad baja, no crea adicción, no provoca somnolencia, no reseca la boca. «Y, para entendernos —les dijo Mierda Seca—, lo que os estáis preguntando todos: el Prodemax no hace disminuir el deseo sexual.» Y entonces se produjo el primer aplauso ebrio por parte del centenar largo de comensales que le escuchaban después de degustar champanes, burdeos y coñacs de calidad.

Terminada la cena, a Hugo Serra Calcavecchia le tocaba trabajar de lo lindo. Tenía que multiplicarse —o dividirse, según cómo se mire— para llegar a todas partes en su labor de relaciones públicas con los que querían continuar con la fiesta. Los negocios los dejaba para Barcelona. En París sólo tenían que pasárselo requetebién. Se llevaba de copas a los que todavía

querían ir de copas, y volvía al Intercontinental a recoger a otro grupo con necesidades sexuales más evidentes y los conducía a un local, al bulevar de los Capuchinos, donde por cincuenta euros por cabeza se aseguraban un gin-tonic y un polvo. Él, con la Visa de XAK Farma, pagaba por todos. A última hora, acompañó incluso a tres psiquiatras homosexuales a un lugar singular que creyó que les podría gustar. Era un bar con una ducha en el mismo centro del local en el que, a cualquier hora del día, había siempre algún cliente que se desnudaba, se duchaba, se enjabonaba y se aclaraba ante la mirada, febril o insulsa, del resto de parroquianos.

Si no puedo ganarte, te compro

Para no tentar a la suerte, le pidió a Javi Cardelús que saliera de la habitación y que lo dejara solo con Bobby Faura. Toni Mazorra, secretario del Gobierno y hombre encargado de que todo el proyecto de Historyland saliera adelante, se olía que al magnate mexicano se le estaban empezando a hinchar las narices y que, en cualquier momento, podía levantarse del sofá de su suite del Hotel 1898, pared por pared con la iglesia de Betlem, y decir que la reunión se había terminado, que estaba harto de tanto negociar y no avanzar en nada y que el parque temático se lo pintaran al óleo; que en lugar de Osona, en el corazón de Cataluña, el macrocomplejo, el casino y toda la pesca se los llevaba al Algarve, donde seguro que lo tratarían mejor y podría jugar al golf en un campo distinto cada día. Mazorra, que negociaba con más maña de lo que enrollaba los espaguetis (todos tenemos alguna habilidad, y la del secretario del Gobierno era ésa), decidió aplicar uno de sus principios políticos. Si no puedo ganarte, te compro. Si no lo arreglaba él solo, en un *tête-à-tête* con Bobby Faura, adiós a las termas romanas, al ambiente del Renacimiento, a la atracción de la guillotina gigante de la Bastilla y a todos los hoteles que iban a llevar a tantos millones de visitantes y de turistas a una zona en la que, hoy por hoy, había muy pocos guiris. Por eso invitó a Javier Cardelús, director de comunicación de Tinubu, a que bajara a fumarse un cigarrillo a la Rambla.

—Pero...

Javi Cardelús, ofendido, quería replicar. Había comprendido que Mazorra se lo quitaba de encima, que le molestaba para poder hablar claro y mostrar todas las cartas. Cardelús creía —no diremos que de buena fe— que, como buen director que se da importancia, él tenía que estar en la reunión porque, hasta aquel momento, estaba en el ajo de todo. Y, por su trabajo, consideraba que convenía que siguiera estándolo. Pero le bastó una mirada de Roberto M. Faura para comprender que sí, que debía coger el tabaco, el zippo y los pies fríos y ahuecar el ala. Hasta aquel momento había sido testigo

silencioso del enojo progresivo del propietario de la Tinubu Corporation. En la suite de luxe de Bobby Faura, el ambiente se había ido cargando.

—Construiré el macrocomplejo temático más grande de Europa. Daré trabajo a constructores, albañiles, fontaneros, ingenieros y a todo dios... Los cinco parques temáticos, todos los hoteles, el museo de la paz de la Segunda Guerra Mundial, todo se construirá con gente de aquí. ¿Qué más quieren? En menos de dos años habrá cuatro mil ochocientas personas de aquí que cobrarán cada fin de mes. ¿Qué más quieren? Tres millones de turistas. ¿Qué más? Les garantizo tres millones cada año. Me he comprometido a hacer todo eso. Y no pido que me aplaudan con los pies, pero tampoco me merezco esto. —Le arrojó un montón de recortes de fotocopias de noticias de prensa—. Palos por todas partes.

—La prensa le va tratando cada vez mejor —dijo Cardelús, sin amilanarse por el tono del amo de la telefonía.

—La prensa me está tratando como a un delincuente. Y yo no he dado nunca ningún motivo, ni aquí ni en ninguna parte. Mire, mire —revolvía las fotocopias del dossier de prensa que habían grapado en el despacho de Cardelús, como si se lo supiera de memoria. Odiaba las grapas, como Churchill—. En la calle, manifestaciones. Y en la prensa, hostias. ¿Es que ustedes no controlan nada? Creía que negociaba con un Gobierno serio.

—Lo somos. Le garantizo que...

—¡Si no pueden ni con los ecologistas! Por el amor de Dios. ¿Dónde se ha visto que cuatro colgados tengan tanto poder?

—Deje que se desahoguen. No pintan nada.

Mazorra lo sabía bien. En sus inicios políticos, tan remotos que ni aparecían en su entrada de la Wikipedia, se había encadenado a la central de Ascó para exigir el cierre de la planta nuclear. Aunque se habían hecho fotos, con las greñas, la barba, la pancarta y las camisetas para la ocasión, ni un solo periódico había publicado nada de nada. De nada. Fue la manera cruel de darse cuenta de que la prensa estaba demasiado pendiente de las instituciones y demasiado poco de los ciudadanos. De repente, había abierto los ojos a la inutilidad de algunos gestos y al poder de los medios. Por lo que publican, pero, sobre todo, por lo que callan. Una lección que había aprendido para siempre.

—Y hablando de los *ecolós* —prosiguió Bobby Faura, a la francesa—.

¿Cómo piensan solucionar la peste a mierda del sitio ese?

—¿Qué peste? —Mazorra, haciéndose el sueco.

—¿A quién quieren engañar? La peste a purines.

—No hay para tanto.

—Según cómo sopla el viento... Según el día. —Cardelús, desde el nacimiento de sus mellizas, siempre tenía la nariz tapada. En casa se iban pasando los catarrros de unos a otros. A falta de amor, resfriados. Siempre hay algo para compartir.

—Oigan, seamos serios. Hagamos una valoración real. Yo he encargado este estudio.

De su cartera grande, de piel y con las iniciales grabadas, que estaba a los pies del sofá, Bobby Faura sacó un dossier. Unas cien páginas, tapa de cartón, encuadernado con la espiral que tanto cuesta colocar si no eres un profesional. Cogió el estudio y lo abrió por la página de las conclusiones. Belita ya sabía que para el señor Faura siempre tenían que ponerlas al principio de todo para ahorrarle tener que tragarse toda la documentación.

—Los purines de los cerdos contaminan el ochenta por ciento de las aguas subterráneas de la zona de Osona. Cada año se genera un excedente de ochocientos mil metros cúbicos de residuos con los que no se sabe qué hacer. —Levantó la vista por encima de las gafas de ver de cerca—. Bueno, sí, elaboran abonos para los campos y por eso todo echa ese pestazo. Y en las zonas de menor altitud, como son Gurb o Malla, o como el llano en que está previsto construir Historyland, la contaminación es mayor y el hedor también. ¿Ustedes creen que puedo montar una pirámide de tamaño natural y que las momias resuciten, el primer día, cuando huelan esos aires de meados de cerdo? Yo lo sé todo. Yo soy Dios. Lo he mirado y lo hemos estudiado. Dígame usted qué piensa hacer el Gobierno. ¿Qué solución tienen?

—Bobby, me satisface poder decirle que el Departamento de Medio Ambiente de nuestro Gobierno tiene un plan integral de gestión de residuos que contempla todo esto.

—¿Un plan integral de blablablá? —Bobby sonreía pocas veces al día, pero cuando lo conseguía se le relajaban las facciones, tan duras—. En México decimos: si quieres tirar los pesos, encarga una encuesta; si quieres tapar un asunto, monta una comisión de investigación; si quieres ganar tiempo, redacta un plan integral.

Mazorra se rio por cortesía. Cardelús, por lameculos.

—Aquí los planes integrales se ejecutan. —El secretario del Gobierno aportaba los argumentos que podía—. Ya existen tres plantas de tratamiento de purines en la comarca. Y le puedo adelantar que vamos a construir dos más, expresamente para el parque. Si ahora tuviera el plan aquí, se lo mostraría, lo siento... Pero le aseguro que muerto el perro se acabó la rabia. Nadie notará hedor alguno y nadie se quejará de nada.

Roberto M. Faura miró su reloj. Cogió una manzana encerada del centro de frutas que el hotel, como cortesía, le dejaba cada día sobre la mesilla. La dentellada que le asestó no presagiaba nada bueno.

—Mire, Mazorra —acabó de masticar, desmenuzando la manzana—, me han convencido de que Tinubu desembarque aquí para montar el macrocomplejo que tiene que solucionarles la economía. ¿Y me proponen un lugar en que el agua no es potable? ¿Ubicaremos el parque en un lugar donde hay más cerdos que personas? Pero ¿dónde me he metido, señores míos? Lo tengo por aquí. —Volvió a colocarse las lentes de ver de cerca—. Osona, ciento cincuenta mil personas, un millón de cerdos. —Y siguió leyendo—. Un millón de cerdos, y sólo saben hacer longanizas, no hacen jamones.

—¡Pero qué longanizas! —Cardelús intentó rebajar el enfado de Bobby Faura.

Mazorra miró a Cardelús, conmovido por una realidad que le sorprendió. ¿No hacemos jamones? Nunca lo había pensado. Había acudido a la reunión preparado para hacer la vista gorda con la ley antitabaco y que en las salas de juego de Historyland se pudiera fumar, tenía un as en la manga para concederle, si era necesario, el permiso para abrir un segundo casino dentro del parque, pero lo que no se hubiera imaginado jamás en la vida era que la salvación económica del país pasara por negociar sobre los purines, los jamones y las longanizas de Vic.

—Maten a todos los cerdos.

—¿Qué?

Toni Mazorra, por primera vez, se alarmó. Cardelús, que conocía las decisiones drásticas de Roberto M. Faura, reprimió una sonrisa. Aquella salida no se la esperaba ni siquiera él. El mexicano insistió.

—Maten a todos los cerdos.

—No mataremos a los cerdos. Es la fuerza económica de la zona.

—Escojan. Cerdos o turistas.

—Eso, permítame que se lo diga, no tiene pies ni cabeza.

Cardelús se peinaba las cejas con los dedos, y empezaba a divertirse.

—Maten a los cerdos. O llévenselos a todos a cien kilómetros más al norte o más al sur, tanto me da. Pero la única manera de eliminar esta peste de mierda en descomposición es que no queden ni cerdos ni abonos.

Toni Mazorra pensó en lo que haría su mujer ante aquella invectiva. ¿Cómo saldría de aquel aprieto Maria Romero, la vicepresidenta? Había cursado la carrera de derecho acumulando matrículas de honor y, con la inercia, se había pulido los estudios de ciencias políticas y de económicas mientras redactaba la tesis doctoral sobre el censo enfitéutico: devengo y cálculo. Con Mazorra se habían conocido en las juventudes del partido y en circunstancias que, en principio, no eran propicias para el enamoramiento. Ambos se habían presentado, uno contra el otro, como candidatos a secretario general de las juventudes. Y había ganado ella, no hubo color, porque presentaba una propuesta económicamente más liberal, socialmente ambiciosa e ideológicamente trabajada. El programa de Toni Mazorra — cogiendo de aquí, cortando de allá, auténtico rapiñador de ideas al vuelo— no presentaba la solidez necesaria para liderar las juventudes de un partido conservador con vocación de gobierno. La misma noche de la derrota, en el bar Mediterráneo de la calle Balmes, tras horas de copas para celebrar que habían sacado más votos de los que se esperaban, Mazorra cruzó una apuesta con los tres amigos de la candidatura mientras mojaban el dedo en la sal del fondo del bol de las palomitas.

—¿Qué os apostáis a que me caso con ésa?

—¿Con la Romero? ¿Con ese culo?

—Un buen pandero, ¿qué pasa? Quien a buen árbol se arrima, buena... Quien se arrima al buen árbol...

Iba tan pasado de cervezas que no supo acabar el refrán. Como quiera que fuese, la jugada le había salido redonda. Ganó la apuesta y, cobijado a la sombra de Maria Romero, siempre le había ido bien, políticamente hablando. Hacia arriba, siempre hacia arriba. En la vida de partido solamente hay dos opciones, trepar o desaparecer.

Roberto M. Faura se había acabado la manzana y se había limpiado los dedos con una pequeña servilleta de hilo. Sin disimular, se la pasó por las encías y continuó deshaciendo la madeja.

—Si no les gustan los casinos, uno y gracias, si no saben ni expropiar

los terrenos sobre los cuales ya deberíamos estar construyendo, si todo son pegas, si ni siquiera puede recibirme el presidente...

—Es un tema de discreción. Yo soy el secretario del Gobierno y prefieren que yo lo coordine todo. Tengo todos los poderes para negociar con usted. Todos.

—Y al Ser Superior —remachó Cardelús— sólo lo sacarán para el acto de la primera piedra. Comunicativamente es una buena...

—A este paso, no habrá primera piedra.

Toni Mazorra sabía que aquello era una fanfarronada. Nadie rompe una negociación sin levantarse e irse.

—¡Belita! —El mexicano llamó a su secretaria, que estaba en la sala contigua—. Belita, por favor. Que me preparen el avión, que dentro de dos horas nos vamos.

—El piloto me preguntará hacia dónde, señor Faura.

Se lo pensó un momento.

—Hacia París, a recoger a mi esposa.

A quien menos ganas tenía de ver Bobby Faura era a doña Elvira. Y a quien más era a Óscar. Se habían escrito por SMS y habían quedado para el día siguiente. Aunque no había entendido por qué el joven le había dicho que ya tenía la gillette y el gel de afeitarse a punto, si, en las dos ocasiones en que lo había visto, siempre iba bien rasurado. Se moría de ganas de verlo y qué cojones iba a marcharse de Barcelona en aquel momento si lo único que estaba deseando era que llegara el día siguiente.

Fue justo cuando en el campanario de la iglesia de Betlem tocaron las siete de la tarde que Mazorra, preocupado, pensando que todo se iba al garete si Faura se levantaba y se marchaba a París, invitó a Javi Cardelús a salir a fumar a la calle. Si no puedo ganarte, te compro. Pero sabía que esta máxima política, una apuesta segura, hay que aplicarla siempre a solas, sin testigos. Toni Mazorra, secretario del Gobierno, marido de la vicepresidenta Romero —ahora separados, pero mientras no lo descubriesen los medios mantendrían públicamente las apariencias—, sabía cómo hallar la manera para que le dieran el visto bueno a todas las necesidades que tenía la Tinubu Corporation para sacar adelante el macrocomplejo de Historyland. Sabía que, en su partido, siempre había una manera para que las cosas se desatascan. La manera.

Pero matar a un millón de cerdos... No, de ninguna manera. En Osona no ganarían unas elecciones nunca más en la vida.

¿Es normal separarse y pintarse las uñas?

—Me arrepiento de haberle lavado los calzoncillos durante todo este tiempo. Y de haberle planchado la ropa y habérsela doblado y guardado en el cajón como si viviera en un hotel, el tío. Mejor que en un hotel. Vaya, no he visto ningún hotel que... Pagando sí, te la lavan y te la planchan, pero no te la encuentras en el cajón bien guardadita, como a ti te gusta. Cogemos aire, muy bien, y fuera todo... Planchar es lo que más me jode. De todo lo de la casa, planchar y tocar el piano es lo que llevo peor. No sabes lo que es tocar el piano, ¿verdad? Lo decía mi abuela... Fregar platos. Quiero decir fregar platos, fregarlos a mano. «Me paso el día cocinando y tocando el piano», decía. «Cuando tengo limpios los del almuerzo, venga, ponte a preparar la cena». Me parece que la estoy oyendo. Ahora esto va a dolerte un poco, pero tenemos que ir estirándolo. Poco a poco. A mí, planchar aún me gusta menos que fregar platos. Coge aire y lo vamos sacando... Ya me paso todo el día, aquí, de pie, dale que te pego, para después llegar a casa, sacar la tabla de planchar y venga... En estos años, ¿cuántas veces crees que he visto planchar a Ignasi? Parece que la cicatriz no hará queloide. Al final te quedará bastante bien. Me arrepiento de haber hecho obras en el piso. Nos podíamos haber ahorrado tanta pasta, ¿total, para qué? Me arrepiento de haber hecho un álbum de fotos para cada año. Eso sí que me da rabia, mira. Cuando te separas, ¿qué haces con las fotos? No lo había pensado nunca, pero ¿qué coño haces? ¿Las recortas? Cogemos aire y lo vamos sacando... ¿Las repartes? ¿Éstas para ti, éstas para mí? ¿O se las queda todas uno y el otro no las ve nunca más? ¿O las tiras? Total, ¿para qué quieres el recuerdo, si ya no te sirve para nada? Inspiramos, y fuera todo... ¿Te has fijado en que sólo nos hacemos fotos en los momentos felices? Coges un álbum, uno cualquiera, y ves una foto, sonrientes en el Ponte Vecchio, la boda de Patrícia en Valencia, oh qué guapos y qué morenitos que estábamos, una foto de Nochevieja... Todo el mundo ríe, todo el mundo es feliz, todo el mundo dice patata. No te haces la foto cuando te separas, o cuando bajas a tirar la basura, o cuando

tienes un día chungo, o cuando sales del tanatorio de darle el pésame a quien sea... ¿No lo habías pensado nunca?

—¿Francamente?

Dani Santana lo escuchaba todo, boca abajo, tumbado en la camilla y con la cara embutida en un orificio, de las cejas a la barbilla, que sólo le permitía ver tres baldosas del suelo —mal fregado— y, de vez en cuando, las puntas de los dedos del pie de Èlia cuando trabajaba sus cervicales. Llevaba las uñas de los pies pintadas de un rojo endiablado.

—Qué burra. Ahora me arrepiento de tantas cosas...

—¿Es normal separarse y pintarse las uñas?

—Es normal separarse y cagar. Hombre, Dani, ¿qué tendrá que ver?

Se echaron a reír.

Dani hablaba poco porque el dolor era intenso, porque se daba cuenta de que Èlia necesitaba vomitar todo el daño que le había hecho Ignasi Sicília sin que la interrumpieran y porque —no era un motivo menor—, como estaba tumbado, notaba que los mocos le bajaban hacia la cabeza, se le iban acumulando en la frente y en la nariz, y sufría porque de golpe y porrazo una candela pudiera caer sobre las baldosas. O, peor incluso, sobre los pies de Èlia Sardà, la jefa de fisioterapia del Instituto Stoner. Dani se tenía tan estudiado a sí mismo que, cuando se le tapaba la nariz, consideraba que se le ponía una voz de pato, sorda, nasal, y no se gustaba en absoluto. Prefería callar y resistir la terapia conyugal y, hasta donde pudiera, la fuerza de los dedos y de los codos de su terapeuta.

—Pues, mira, Dani, un poco de razón sí que tienes. Me he pintado las uñas para darme alegría, para que no parezca que estoy de luto y, qué coño, porque Ignasi no soportaba que me las pintara. ¿Te gustan?

Le puso el pie justo debajo del trozo de cara que asomaba por el agujero redondo de la camilla y movió los dedos, con gracia.

—Aún no soy tu marido.

—¿Qué quiere decir, aún?

—No hablaré de tus uñas sin la presencia de mi abogado.

—Entendido. Tampoco te gustan. Ole. Pues a mí sí. Y me arrepiento de ello. De haber hecho siempre lo que quería él. Me arrepiento de haber tenido que pedir siempre permiso para todo. Echa el aire, Dani. No te lo quedes, respira. Toda la vida teniendo que pedir permiso para todo. Ya estaba harta. Permiso para comprarme un vestido. Permiso para cambiar de canal. «No, Ignasi, si hoy no te va bien, ya lo cambio de día.» Como si fuera la criada que

pedía un día de fiesta. Y, encima, «¿a qué hora volverás?». Me preguntaba a qué hora volvería. A mí. A los treinta y ocho, y teniendo que dar explicaciones como si fuera una adolescente. No lo sé, a qué hora volveré, salgo a cenar con las amigas, haré lo que me dé la gana, no te jode. Todo esto es lo que tenía que haberle dicho. Y él en Roma, con una francesa. Hostia, qué tonta. ¿Permiso para pintarme las uñas? Qué va. No hacía falta. Yo no lo hacía porque sabía que no le gustaba. Ni me pintaba las uñas, ni salía tan a menudo como me apetecía... Viajes. ¿Sabes la de viajes que hemos dejado de hacer porque a él le daba pereza? Me gustaría ir a la India. No. A Australia. Demasiado lejos. A Senegal, a Costa de Marfil. Demasiado pobres. Es que no hemos ido ni a Marrakech. Pues, no señor, me he quedado con las ganas. El señor Sicília era así, si no era primer mundo, si no podía saber qué era lo que comía, no se movía de casa. ¿Y sabes cuántas veces hemos ido a París, a Londres, a Nueva York?

—¿A Roma?

—¡Dani! ¿Te gusta pinchar, eh, Santana? Mira que estás en mis manos.

—Ay. No me pellizques.

—Por si acaso me denuncias, ¿no? Venga, cuelga un vídeo en YouTube para contarlo.

—Cómo te pasas conmigo. —Ambos sintieron que aquella conversación empezaba a almibararse—. Era psiquiatra, ¿no?

—Es lo que ponía en la placa de la consulta, sí. Ignasi Sicília, el psiquiatra con menos mano izquierda del mundo.

—¿Por qué te casaste con él?

—¿Por qué me casé con él? Ésta sí que es buena. —Por una vez, quien cogió aire y lo sacó fue Èlia—. ¿Tú sabes lo que es el amor, o este tema los de la tele no lo tocáis?

—Es verdad. Nosotros nos la pelamos pensando en nosotros mismos. Por eso necesito que estos brazos funcionen pronto...

—Me casé por lo mismo que se casa todo el mundo. —Se secó las manos con la toalla—. Porque nos han hecho creer que la felicidad es vivir en pareja. Pero buscando la felicidad, pierdes la libertad. Es el pez que se muerde la cola.

—Así que tengo razón. Mejor solo que mal acompañado.

—O no. —Èlia secó la espalda a Santana con la misma toalla rasposa—. ¿Sabes lo que hizo mi padre cuando se quedó viudo? Mi madre murió cuando él estaba a punto de cumplir los sesenta. Y a los cuatro años conoció a una

gallega de su edad (aún no he aclarado cómo se conocieron), y no tardaron en casarse. Nada que decir. Es verdad que es extraño ver a tu padre con otra mujer, pero no hay nada que decir, es su vida. Pasado un tiempo, mi hermana y yo veíamos a mi padre conformado, tranquilo, sin ilusiones, no muy enamorado, pero tampoco estaba mal. Se había instalado en una rutina, para entendernos, que ya le funcionaba. Sin ilusiones, pero sin altibajos. Y un día mi hermana y yo lo cogimos por banda, nos lo llevamos a un restaurante del puerto olímpico a comer y le preguntamos: «¿Por qué te has casado, papá?». Y recuerdo su respuesta como si fuera ahora mismo. «Porque no me gustaba llegar a casa y tener que encender la luz.»

—Fantástico.

—Fantástico, no sé. Pero sincero, sí. Y sumamente práctico.

—Cada uno se lo monta como quiere.

—Como quiere, no. Como puede. —Èlia, con dos dedos, golpeó el muslo de Dani como quien sacude la ceniza de un cigarrillo—. Ahora te vas dando la vuelta, muy lentamente, y, sin hacer fuerza, te tumbas boca arriba. Yo te ayudo.

Los huesos de Dani, después de tantos días anquilosados, crepitaban con cada movimiento.

—¿Perdone, puede ayudarme?

Èlia, a través de la pequeña abertura de la cortina que tenía la costumbre de dejar para controlar los movimientos en el gimnasio, había visto que entraba la bata blanca del doctor Lasorda, la mejor planchada de toda la clínica. El director médico del Stoner —cada cana en su sitio— se acercó a la camilla como si se tratase de una urgencia. Èlia agarró a Santana por debajo de una axila, Fran Lasorda la imitó por debajo de la otra y, en un abrir y cerrar de ojos, consiguieron levantar a Santana sin que él se quejara. Lentamente, lo tumbaron de nuevo en la camilla, de cara a los fluorescentes.

—¿Cómo va la campaña?

—Perdiendo batallas para ganar la guerra, espero.

El doctor Lasorda había respondido con la prudencia de los sabios. Santana, en fuera de juego, no sabía de qué iba la conversación entre Èlia y el doctor. Pero poco a poco fue atando cabos y decidió que el tema no le interesaba lo más mínimo. Dani se enteró de que se acercaban las elecciones en el Instituto Stoner y que el doctor Lasorda se presentaba como candidato

para repetir en el cargo. No sabía quién era el otro candidato, o si había más de uno, pero seguramente, si él hubiera tenido voto, habría cogido la papeleta con el nombre de su oponente. Le parecía que el doctor Fran Lasorda era un camándulas, un hipócrita con tres caras. Una, afable con los pacientes, otra más arisca con los médicos y una tercera de cretino lameculos con los poderosos. A Dani le sacaba de quicio que le hubiera tocado la versión más bobalicona de Lasorda.

—Sólo venía a ver si nuestro paciente más famoso estaba bien.

—Pues mire, doctor, diría que estoy —cogió la mano de Èlia como no lo había hecho nunca— en buenas manos.

Èlia no comentó nada a nadie, pero le gustó la seguridad con que la manaza de Dani Santana, el hombre al que acababa de confiar su rabia y sus sentimientos, le apretaba los dedos. Las uñas de las manos no se las había pintado. Por higiene profesional.

Ganar a Inglaterra es un deber

La idea fue del Gratu. Habían terminado de comer una sopa aburrida, pescado y una manzana del menú que se sabían de memoria cuando el Gratu sorprendió a Dani Santana con la manía de montar, juntos, un periódico digital. El comedor del Instituto Stoner era muy ruidoso, no tenía personalidad y podía haber sido el de cualquier otro hospital si no fuera porque allí prácticamente no había sillas.

—¿Un periódico? Estás loco. ¿Un periódico para hacer qué?

—Para publicar lo que nadie más publica.

—¿Tías en bolas?

—Investigación de verdad.

—Gratu, ¿sabes cuánta gente se necesita para hacer un periódico?

—No pienses en lo que se ha hecho siempre, Dani. Olvídate de los patrones de antes. Olvídate de lo que se ha hecho toda la vida, es un modelo anticuado. Yo te hablo de un periódico para investigar y publicar lo que nadie se atreve a decir.

—Bravo. Una gran idea, Gratu. Un parapléjico y un presentador de la tele lisiado al que se han intentado cargar y que no sabe cuánto tiempo le queda. La foto es bonita para un reportaje, pero para salir de aquí y hacer de detectives lo tenemos crudo.

El Gratu, decepcionado, apartó la bandeja de la comida y se apartó ligeramente de la mesa. Cogió la pelotita de espuma que tenía sobre las piernas, una pequeña pelota de rugby, y empezó a apretarla con la mano izquierda. Apretar y soltar. Le habían recomendado que lo hiciera cien veces al día, para ganar fuerza en la musculatura flexora y poder hacer mejor la pinza para coger las cosas con la mano. Santana no se dejó ablandar por el gesto rebelde del Gratu.

—Sinceramente, chico, yo ya tengo suficientes quebraderos de cabeza. Haz un blog. Tú escribes lo que te apetezca y lo cuelgas.

—Yo no soy nadie. Tú tienes un nombre y credibilidad. La fuerza la

tienes tú.

—¿Y para investigar qué?

—Lo que he ido descubriendo.

A Dani le daba mucha pereza, después de comer, tener que escuchar las pesquisas de tres al cuarto del Gratu. E incluso le jodía más tener que decirle que no para quitárselo de encima.

—Entre los platos, la tele, el jaleo... Aquí hay mucho ruido.

—En eso tienes razón. —Dejó de apretar la pelotita—. ¿Salimos a estirar las piernas?

Los dos esbozaron una sonrisa.

—¿Algún día me explicarás eso del humor negro de los discapacitados?

—Si yo fuera Stevie Wonder, te diría que esta pregunta ya la veía venir.

—El Gratu le guiñó el ojo—. Te echo una carrera, venga...

El Gratu conducía su silla de ruedas a motor con una sola mano y, en un periquete, dejó muy atrás a Santana, que aún iba a trancas y barrancas, ayudándose con las muletas y cagándose de dolor a cada paso.

Cuando llegaron al jardín terapéutico, Dani Santana volvió a hacerle la pregunta:

—¿Investigar qué?

—La pastilla de la euforia. El Prodemax. La están recetando a diestro y siniestro.

—¿Y qué? Déjalo correr, Gratu. La gente está muy mal.

—El tinglado es muy importante, Dani, lo que yo te diga. Si todavía llevaras el programa de reportajes, esto no se te escaparía. Estoy seguro de que lo tratarías.

—Ahora no estoy para Watergates, precisamente.

—Esta paliza te la han pegado porque estabas metiendo la nariz en algún lugar donde no querían que la metieras. A mí no me engañas. Tú siempre estás a punto para destapar algún chanchullo.

—¿Pero ahora, aquí? ¿Tú y yo, solos? ¿Qué quieres que hagamos?

—Tienes a tu amigo del básquet en paro. Agus Maldon.

—¿Conoces a Agus?

—Yo estaba en el gimnasio el día que vino a decirte que lo habían puesto de patitas en la calle. No sé si lo recuerdas, que él y yo no...

—Sí, hombre, claro. El día que os dijisteis de todo. Y él destrozó el periodismo digital. No quiere ni oír hablar de ello. Supongo que eso también lo recuerdas, ¿no?

—Pero también dijo que tenía cincuenta y siete años y que se quedaba sin trabajo. Está colgado, Dani. ¿No has pensado que es hora de que ayudes a algún amigo, no has pensado que alguna vez estaría bien que hicieras algo por los demás y dejaras de mirarte el ombligo lleno de algodón de presentador de televisión?

—No te pases, Gratu, ni un pelo más...

Dani Santana notaba que se estaba metiendo en un jardín. El Gratu, con el ímpetu de la edad, no se rendía.

—¿Has contado cuántos amigos tienes en la vida? Además de Agus y Raquel, ¿cuánta gente ha venido a verte?

La pregunta le hizo daño. Y prefirió responder rápido a ponerse a contar. Así terminaría antes.

—Tengo doscientos veinte mil *followers* en Twitter.

—Oh, sí, qué fuerte... Yo hablo de amigos. ¿Cuántos tienes? Amigos de verdad.

Agustí Maldonado bajó del taxi deprisa y corriendo y entró en el Instituto Stoner sin saber por qué carajo Raquel lo había llamado con tanta prisa. Temía que... Enseguida se dio cuenta de que incluso podía tratarse de una buena noticia. Dani Santana y el Gratu le esperaban en el jardín terapéutico, a la sombra de un tilo donde les daba el resol y el poco de fresco que muchos pacientes del centro buscaban a la hora de la siesta.

A la pregunta de Dani Santana de si estaba dispuesto a trabajar, Agus Maldon dijo que sí. A la pregunta de si estaba dispuesto a investigar sobre la industria farmacéutica, Agus dijo que sí, aunque admitía que era un mundo que desconocía por completo. A la pregunta de si se veía capaz de trabajar en un medio digital, de alcance limitado, que crearía y financiaría el propio Santana, Agus frunció el ceño. A los cincuenta y siete años, anclado en el papel y aferrado a los medios tradicionales, no le hacía ninguna gracia tener que reinventarse. Todavía le daba más rabia tragarse sus principios. Ante la duda de Agus Maldon de si aquello significaba rebajarse, el Gratu lo tuvo claro.

—No te engañes. Los periodistas seréis, cada vez más, los clics que tengáis. ¿Cuánta gente entra a leer tu información o tu columna? Cuantos más clics, más vales. Se han acabado las redacciones en las que todo el mundo cobra lo mismo a fin de mes, tanto si publica una noticia breve de agencia

como si se trata dos exclusivas curradas. Esto ya ha pasado a la historia y os tenéis que poner al día. Hasta ahora el editor estaba perdido, iba a ciegas. Vendía un diario, sí, pero no sabía qué páginas interesaban más a los lectores. Podía intuir cuáles se leían más y cuáles se pasaban por alto, pero podía equivocarse. Ahora, el editor, el director o como lo llaméis, sabe cuáles son sus periodistas más leídos y cuáles no. ¿Y qué querrá? Gente que le aporte volumen, periodistas que atraigan lectores, poder decir «a este lo leen mil, a este lo leen cuatro, fuera». Si yo soy un anunciante, ¿dónde pondré el *banner*? ¿Donde lo leen mil o donde lo leen cuatro? Por lo tanto, desde fuera lo veo muy claro: se han acabado las redacciones. Buenas noches. Igual que se acabó el fumar en ellas y las tertulias de bar de madrugada. Os guste o no. Lo entendáis o no. Es así. Tenéis que dejar la nostalgia, eso es para las películas. O los periódicos se suben al tren y los periodistas os ponéis al día, o tenéis los días contados.

Agus Maldon se ponía de mala leche cuando oía a un joven darle lecciones. Las profecías de un sabelotodo sin oficio ni beneficio le sacaban de sus casillas. Dani estaba sorprendido por el magnetismo del Gratu. Él estaba a punto de poner un dinero, a regañadientes, para montar un proyecto en el que no creía en absoluto. Y se daba cuenta de que Agus, un hombre cien por cien de papel, parecía dispuesto a dar un salto y pasar al otro lado de la brecha digital. Raquel, que hasta ese momento se había mantenido en silencio peinando y despeinando con los dedos los pelos del brazo de Dani, y que veía demasiado inquietos a los dos veteranos, decidió cambiar el rumbo antes de que alguien explotara.

—Nunca nos has contado por qué te llaman Gratu. Vendrá de Grau, supongo.

No era por llevar la contraria, pero su sobrenombre no tenía nada que ver con llamarse Gerard Grau. De Grau a Gratu era un juego de palabras fácil que habría tenido algún sentido. Durante el verano anterior a su accidente de rugby —dejémoslo en accidente—, Gerard había querido ganarse un dinerillo para comprarse un ordenador nuevo. Después de repartir currículums como quien arroja pétalos de rosa a los novios, había encontrado trabajo en el Maremágnun. La Bella Napoli era una pizzería regentada desde hacía muchas generaciones por unos sicilianos, los Fenoglio, que, huyendo de una extorsión nunca contada, se instalaron en Barcelona. Los hermanos Giancarlo y Bruno Fenoglio —maradonianos hasta los tuétanos— alquilaron un local en el primer piso de un centro comercial y de ocio que cada noche se llenaba

hasta los topes. En cambio, al mediodía, sueño y bostezos. Para el trabajo que había entre la cocina, la sala y las ocho mesas de la terraza, se apañaban los dos hermanos, sus mujeres y una mujer rechoncha, la *zia* Guglielma, que había ido a vivir con ellos y que se ocupaba de que la pasta que salía de la cocina estuviera siempre al dente y con la salsa justa. De noche, y en verano, como acababan haciendo dos y hasta tres turnos de cenas por mesa, habían decidido contratar a un joven aprendiz que haría de camarero y que cobraría, a la hora del cierre, con el dinero de la caja. Gerard Grau empezó poniendo y quitando mesas. En cada turno, tenía que colocar un mantel limpio sobre el que acababa de utilizarse. Así, al final sabían cuántos turnos había tenido cada una de las mesas. Al cabo de una semana, con lo espabilado que era Gerard, ya servía los platos y pidió que le dejaran rallar el queso sobre la pasta. Sobre la que requería parmesano, claro. En la Bella Napoli, rallar el queso era un ritual. Tenían la costumbre de poner un platito con un rallador y un trozo de parmesano para que cada uno se echara, al momento, tanto reggiano o grana padano como quisiera. Con lo meticulosos que eran, los Fenoglio creían que el queso no se podía servir ya rallado desde la cocina, ni se podía llevar tampoco a la mesa en un azucarero con una cucharilla, porque era poco higiénico, perdía cualidades, se secaba y acababan tirando demasiado queso. Por todos aquellos motivos, nada banales en una estirpe italiana, como la suya, aunque más Bruno que Giancarlo, que se ocupaba del horno y de meter y sacar las pizzas, se encargaban de *grattugiare* el parmesano al gusto del cliente y según convenía a cada tipo de pasta. Porque no todas llevaban queso y Gerard no conocía aquel detalle capital. Hasta que lo aprendió el día en que la *zia* Guglielma vio que el joven estaba a punto de rallar el parmesano sobre unos *spaghetti alle vongole*. La señora, bramando, salió de la cocina como una bala —*sacrilegio, sacrilegio*— y le quitó de las manos el instrumento y el queso. A partir de aquella noche y durante todo el verano, los hermanos Fenoglio bautizaron a Gerard Grau como Grattugiatore. Y de Grattugiatore a Gratu sólo hubo un paso. Cuestión de comodidad. De economía del lenguaje. Y a él le gustó.

Agus Maldon, que se había quitado la americana granatosa que se había comprado en Bloomingdale's cuando había ido a cubrir un All Stars de la NBA en el Madison Square Garden, había tenido tiempo para pensar en la respuesta. Y le salió un mitin.

—El alcohol y el humo y las tertulias que te hacen tanta gracia no eran porque sí. No eran solamente para generar un poco de ambiente creativo y para que pareciéramos más caóticos. A los periodistas aquella atmósfera nos recordaba nuestra condición de marginales. El periodista es un obrero y lo olvida. Se nos olvida demasiado a menudo. Cada vez tiene menos conciencia de obrero. Frecuentas el poder, comes con el poder, tomas copas con el poder, te rozas con el poder; hablas con él, sí, pero no eres el poder. Y ésta ha sido nuestra perdición. Este roce se nos ha vuelto en contra, porque el poder se ha dado cuenta, nos ha perdido el respeto y a los periodistas nos tienen como si fuéramos sus escribas de turno. Nos manipulan, nos utilizan y nosotros, como somos burros, nos limitamos a reproducir la versión oficial del poder, los periódicos pierden interés y el pueblo sigue engañado.

—En esto, Agus tiene razón —saltó Raquel, arrastrada por la indignación—. En la tele, a los que hacen preguntas incómodas y tocan temas peligrosos, si ven que no pueden llevarlos hacia donde les interesa, los aparcen, los despiden o los neutralizan. Ahora no me saldrá, pero tengo el nombre en la punta de la... ¿Cómo se llamaba aquélla de la noche que los pinchaba tanto?

—O fíjate en Oprah Winfrey, que hasta que ha tenido su propio canal no ha podido decir lo que quería. —Dani Santana le puso a Raquel la mano en el hombro—. Quizá sí que tendríamos que crear nuestra propia cadena.

—No. Yo hablaba de aquí, de la tele de aquí... —Raquel a lo suyo, todavía rumiando.

—Por eso digo —el Gratu volvió a coger el hilo— que el periodismo, si no es incómodo, mala señal. Y ahora nosotros tenemos una oportunidad de oro en el mundo digital.

—¿Pero tú, chato, con quién has empatado?

El Gratu, como el buen 2 que hubiera sido en el rugby, aguantaba las embestidas sin recular.

—Digamos que he tenido mucho tiempo para leer, Agus.

—Y que te gusta tocar los cojones, también es evidente. —Santana no pudo aguantarse—. Escuchadme. No lo veo muy claro. Pero si vosotros queréis, os puedo ayudar, yo estoy dispuesto a jugármela. Los cuatro montaremos una pequeña unidad. Si os parece, sólo seremos nosotros cuatro. Sin decírselo a nadie y sin hacer publicidad alguna. No será un periódico digital, no sé cómo hemos de llamarlo, empezaremos a asomar la nariz cuando estemos preparados. Hurgaremos y le tocaremos los cojones a quien

sea, pero sólo si estamos seguros de que vosotros, Agus y el Gratu, lográis entenderos. Si no, Raquel y yo tenemos muchas otras cosas que hacer.

—Por mí que no quede. —El Gratu le tendió la mano a Agus Maldon. Aunque de mal humor, el veterano periodista se la estrechó.

—Pero que conste que pasarte horas en Google a ver qué encuentras, y un poco de aquí y otro poco de allá, recorto y pego y ya tengo un artículo, eso, para que lo sepas, no es investigar.

—He entrado en lugares mucho más interesantes. En lugares en los que quizá no debería haber entrado. Desde el Toshiba de la habitación y con paciencia, no hay servidor que se me resista. Lo tengo todo guardado y ordenado. —Y, en ese preciso momento, en el jardín terapéutico, sentado en su inseparable silla a motor y rodeado de Santana, Agus Maldon y Raquel, el Gratu dijo—. Permitidme que os diga que estoy muy contento. Por primera vez en no sé cuantos años siento que puedo ser feliz. Hoy empieza mi nueva vida.

Raquel le besó en la mejilla. Ninguno de los tres hombres se emocionó. Nadie les había dado nunca permiso para dejar que afloraran sus sentimientos. En aquello, por lo menos, coincidían los tres. El Gratu, que buscaba complicidades y se esforzaba por quitarle trascendencia al momento, le arrojó la a Santana la pelotita de rugby.

—¿Sabéis lo que se dicen galeses y escoceses?

—...

—Ganar a Inglaterra es un deber. Ganar a Francia es un placer.

Dani la cogió al vuelo.

—Será un deber y un placer, claro que sí. Pero entre uno que no ha hecho nunca de sabueso, uno que tiene que reciclarse y yo, que estoy fuera de juego, tú, Raquel, tendrás que multiplicarte.

—Como siempre. Seremos un buen equipo y el objetivo lo merece. Yo también estoy contenta. En tiempos de crisis, la gente quiere denuncias.

—O cuentos de hadas, para evadirse. —Santana, por más que se esforzaba, no conseguía sentir el gusanillo del entusiasmo por un nuevo proyecto.

—Eso nosotros no lo tocamos, pero todo es ponerse. —Agus Maldon, con trabajo en perspectiva, había rebajado el tono—. Y ahora tenemos que buscar un nombre, supongo...

—Yo...

El Gratu no sabía cómo decirlo.

—Yo... Si no tenéis uno mejor, he reservado un dominio. «Sólo los hechos.» Sololoshechos.com.

Te tatuaré el silencio

Desnudo, uno de los hombres más ricos del mundo a punto de cumplir los sesenta es como cualquier otro hombre. La diferencia la marca la ropa. La americana disimula la tripa. La corbata, la papada. Un chico de dieciséis años, sin ropa, es como cualquier muchacho de su edad: un regalo del cielo para un hombre a punto de cumplir los sesenta. Abrazar el cuerpo de Òscar, moreno y musculado, era un placer irreprimible, una sensación nueva y un deseo que se había convertido en obsesión para Roberto M. Faura. Y había llegado el día, a la hora de la siesta, de que se encontraran. Dos animales.

La Gran Via —siete carriles en una dirección, sólo dos en la otra— era una avenida más para descongestionar la ciudad que para pasear por ella. El Avenida Palace, situado en uno de los lugares más céntricos y ruidosos de Barcelona, era un hotel de cuatro estrellas que si hubiera redecorado la recepción y las salas principales quince años atrás quizá hubiera obtenido la quinta. El chaleco del personal, las frías columnas y un exceso de dorados en las barandas gastadas del vestíbulo le conferían una apariencia de lujo antiguo. De otra época, menos democrática. La habitación en la que esperaba Bobby a primera hora de la tarde, en cambio, era más moderna. El empresario mexicano, impaciente, tenía más dudas sobre si el joven de Malla se presentaría a la cita que sobre lo que estaba a punto de hacer, esperaba sentado en la cama, hecho un brazo de mar, con una botella de champán en la cubitera y dos copas heladas.

Cuando oyó que llamaban a la puerta, ya ardía. Òscar, con su chaqueta y sus pantalones vaqueros de talla pequeña y su flequillo negro echado totalmente a un lado, estaba irresistible. Lucía la misma sonrisa tentadora del primer día, cuando le vio arrojando piedras contra el árbol.

Roberto M. Faura tenía el recibimiento muy bien pensado.

—Tenemos un motivo para brindar.

Al primer morreo, Bobby sintió que Òscar tenía una boca fresca, agradecida.

—¿Por este encuentro?

—Por Historyland. Ya tenemos fecha para poner la primera piedra del gran parque temático. El 19 de mayo. ¡Ya lo tenemos!

Bobby Faura levantó la copa. Mirándole a los ojos, Òscar le desabrochó con una sola mano la enorme hebilla con una cabeza de águila del cinturón, se arrodilló delante de él, le desabrochó la bragueta, le mojó el pene — todavía ganchudo— en la copa y, de un trago largo, se la bebió toda. Cuando terminó, se dedicó a su erección. Bobby, que quería verlo todo pero sólo podía cerrar los ojos y agarrarse a la cabeza de Òscar con las dos manos, no tardó ni cuarenta segundos en contraerse espasmódicamente. A la tercera sacudida, llegó al paraíso. Gustosamente. Largamente.

El recibimiento lo tenía muy pensado, sí, pero Òscar había mejorado y acelerado el guion. Hechas las presentaciones, se desnudaron con dos movimientos rápidos. Su cuerpo blancuzco, con un pelo hirsuto por delante y por detrás, abrazado al torso firme, tostado y todavía perfecto del joven, le parecía una ofrenda de los dioses.

Bobby Faura aún no había recuperado el aliento cuando Òscar, decidido, como en todos sus gestos, se levantó de la cama. Había dejado su chaqueta vaquera colgando de una lámpara de pie apagada que estaba junto al somier.

—Tenemos algo pendiente.

Faura no entendió qué estaba haciendo ni por qué lo decía. Y, de golpe y porrazo, se encontró metido en aquello. De un bolsillo de su chaqueta Levi's, Òscar sacó un pequeño bote de espuma de afeitar; del otro, una maquinilla de usar y tirar aún por estrenar. El mexicano no entendía para qué iba a servir todo aquello si ambos iban bien afeitados. Viendo a Òscar de pie, ante él, se dio cuenta de que, aparte de dos pequeños tatuajes en el brazo, el joven llevaba una gran serpiente en el hombro y otro grabado, de muestra, junto a las lumbares. Él nunca se habría hecho un tatuaje, pero le gustaban en el cuerpo de los demás. Seguro que cada uno escondía una historia.

—Ponte de rodillas. —Òscar fue imperativo—. A cuatro patas, venga.

Uno de los hombres más ricos del mundo obedeció, sin pensarlo. Òscar ya se había echado crema de afeitar en una mano. Y, antes de que Faura pudiera pensar si *dios* se escribía con *d* mayúscula o con minúscula, ya le habían untado el culo. Hasta el mismo ano.

—Pero...

—Chist.

La dominación era absoluta. Empezó a rasurarlo con la gillette. Sólo pensar en el siguiente acto, Roberto M. Faura se sorprendió con otra erección. Òscar, sin prisa, y como era muy pillo, se entretuvo en dibujarle dos círculos. Entre uno y otro le dejó un círculo de pelo, para que si la mujer de Faura volvía a mirarle el culo alguna vez, el rey de la telefonía móvil, el factótum de Historyland y la Biblia en verso, tuviera que dar explicaciones de aquella diana concéntrica tan bien perfilada.

De entrada, la sensación de tener a un hombre dentro no le pareció desagradable. Después, abandonado y con el vaivén reiterado, cadencioso, intentó relajarse, pero, lejos de descubrir un nuevo cosquilleo, a cada sacudida le hacía más daño. De tanto dolor, acabó por encontrar placer.

Cuando se despertó de la siesta, Òscar le estaba esperando con una pregunta.

—¿Quiénes son éstos?

Òscar señaló un montón de fotos que había sobre el cabezal de la cama.

—¿De verdad que no lo sabes?

—Sé leer, sí. —Òscar señaló el tambor de la batería de una de las fotos —. Los Beatles.

—¿No sabes quiénes son los Beatles?

—Me suena que a mi hermano le gustan. Al mayor.

—Muy buenos. *Yellow submarine*, *Help*, seguro que los has oído mil...

Bobby Faura cogió el teléfono de la mesilla de noche con la intención de que Òscar oyera una canción.

—Pero ¿qué coño hacemos en esta habitación con fotos de estos tíos por todas partes? ¿Y esta guitarra, colgada ahí? Da un poco de...

—Es un bajo, creo. Mira, un bajo eléctrico que tocó Paul McCartney. — Bobby, liberado, sin vergüenza de enseñar el culo y la tripa, se levantó de la cama y fue a leer la explicación—. Ahora lo entiendo. Aquí pone que los Beatles vinieron a tocar aquí, a Barcelona. Una sola vez. En julio del 65. Actuaron en una plaza de toros y durmieron aquí, en este hotel.

—¿Hemos venido a follar o al museo del rock?

—Fuiste tú, por SMS, el que dijiste que este hotel te iba bien.

—Porque tengo el tren aquí mismo, en el paseo de Gràcia, pero no sabía que habría este festival...

—Sólo quedaba esta habitación. No me dijeron que fuera temática.

Bobby Faura volvió a tumbarse en la cama, un poco asustado. No sabía con qué más iba a sorprenderle el joven Òscar. Se había metido en la cama con mucha gente, pero nunca había tenido aquella sensación de dominación, de no controlar el momento ni la circunstancia. La seguridad del chico le impresionaba.

Habían decorado la Beatles suite en blanco y negro. Desde los cortinajes y la colcha, al tapizado de las butacas, todo respondía a aquel juego elegante, fácil pero efectivo. Excepto las lamparillas de las mesillas de noche, de un modernismo recargado que no pegaba, la habitación iba algunas décadas por delante del hotel. Pero no quedaba nada de cuando los Beatles estuvieron allí. Para compensar, y para que los fans y los turistas salieran satisfechos, sobre el cabezal de la cama habían colocado quince fotografías pequeñas, también en blanco y negro, de su concierto en las Arenas y de los dos días que pasaron en Barcelona. En la pared opuesta a las dos ventanas que daban a la Gran Via, habían colgado las noticias de la prensa de aquel día y el bajo de Paul McCartney; vamos, el que decían que había sido de Paul.

—¿Eran cuatro y durmieron todos en una sola habitación?

Señaló el puñado de fotos de la pared.

—Supongo que no...

—Y entonces, ¿por qué sólo hay una Beatles suite?

Las preguntas de adolescente, sin respuesta, inquietaban a Faura. Le hacían bajar de las nubes y que se diera cuenta de con quién se había metido en la cama. Prefería no pensar en ello.

—¿Te gusta la música o no?

—La música es el lenguaje que empleamos para hablar con nuestra gente cuando ya no está aquí.

Esa frase, en cambio, conmovió a Bobby Faura. Pero, por la manera en que Òscar la había dicho, de una tirada, sin titubeos, parecía aprendida.

—¿Se ha muerto alguien cercano a ti?

—Mi madre.

—Lo siento mucho.

—Más lo siento yo. —Le pellizcó un pezón con fuerza—. ¿Te parece suficientemente cercano?

—Enterrar a los padres es ley de vida.

—¿A los cuarenta y dos? Imagínate cómo eras tú a los cuarenta y dos. Y

ahora imagínate que te hubieras muerto entonces. ¿Qué, te impresiona?

Viendo la cara de dolor de Faura, dejó de apretar.

—No hay más cojones. Aguantar y seguir adelante. Todos arrastramos nuestras pérdidas.

—Oh, sí —se mofó, y se puso teatral—. La vida nos tatúa con una tinta invisible.

—Me desconciertas, Òscar. —Le habría pasado un dedo sobre el tatuaje de la serpiente del hombro, pero reprimió cualquier gesto sensible—. No sabes quiénes son los Beatles, el otro día en el coche no sabías quiénes eran Rómulo y Remo y, de repente, me sueltas sentencias de ésas de mierda que no quieren decir nada. La vida nos tatúa con una tinta invisible. La música es... no sé qué. ¿Tú quién eres? Tu seguridad, tu forma de decir las cosas. Me recuerdas mucho a mí cuando era joven.

—¿También chupabas pollas?

—No. —Faura, sorprendido, se justificó—. Ya se ve que tú lo haces mejor.

—¿Cuándo descubriste que eras marica?

—No lo soy. —Dejó su dedo quieto, para pensar en la respuesta—. Pero no hemos venido aquí para hablar...

—Ya. Ahora me dirás que nunca te habías comido una piruleta y que has flipado. Por la cara que ponían los Beatles, mirándote desde ahí arriba, has flipado.

—No hace falta que te diga que esto nunca debe saberlo nadie. ¿Lo entiendes, verdad, guapito? Eso te lo grabas en la piel, que es un secreto... O te lo tatuaré yo. Te tatuaré el silencio.

En aquel momento sonó a broma. A Òscar, aquel «guapito», condescendiente, le había sonado peor que la amenaza, pero no le dio importancia. Boca abajo, se limitó a emitir un sonido gutural que Bobby Faura interpretó como un asentimiento pero que, en realidad, no era ni una cosa ni otra.

—¿Y tú, por qué lo haces? —le preguntó Faura, que seguía en el limbo con su pie entre las pantorrillas calientes del joven.

—¿Yo? —Òscar sonrió—. ¿Tú qué crees?

Levantó la cabeza, giró el torso para mirar al mexicano a la cara y le mostró los dientes, blanquísimos. Con sus ojos pícaros decidió asustar a Roberto Manuel Faura, uno de los cincuenta hombres más ricos del mundo —a quien acababa de darse el gusto de dibujarle una diana en el culo con la

gillette— y el hombre que al borde de los sesenta no había podido resistir una debilidad de la carne.

—Yo, como tú, lo hago todo por dinero. Sólo por dinero.

Los desniveles del este de Utah

DE: PALAU
A: HUGO SERRA
TEMA: BIG BOY

Señor Serra,

Le comunicamos que en un establecimiento de Bremen hemos localizado una locomotora Märklin 37911 «Big Boy» como la que nos pidió.

Tal como le informamos en la tienda, ésta es una pieza de coleccionista, toda ella de metal. Nos aseguran que está en perfecto estado. Con el estuche de madera incluido, su precio es de 750 euros, más gastos de envío. Díganos, lo antes posible, si sigue interesado en ella.

Gracias.

Palau, en la calle Pelayo, había sido, durante unos años, su tienda favorita. A los ocho o nueve años ya iba con sus padres, cuando bajaban de Rubí a Barcelona para visitar al médico del asma. El doctor Forns, alergólogo con tres generaciones de médicos a la espalda, tenía su consulta en la ronda Sant Antoni, encima de un bazar de transistores y calculadoras en el que habían vendido, según decían aunque sin aportar ninguna prueba fehaciente, el primer ordenador personal de la ciudad. Antes de volver a coger el tren hacia casa, si el doctor Forns no había dado buenas noticias —y con el asma del niño no solía darlas—, se iban los tres a Palau a mirar juguetes. Hugo suspiraba por el Scalextric. Tenía uno en casa, que le habían regalado para su primera comunión, y se moría de ganas de que llegara Semana Santa. Sólo durante aquellos diez días de vacaciones escolares le permitían montar la pista en el suelo, en medio del pasillo, desde la puerta de su habitación hasta la del lavabo pequeño. Pero solamente tenía dos coches. El azul y el rojo, dos modelos muy simples que venían de serie, con la caja. Aquella tarde en que el doctor Forns, con la voz grave, le dijo a Hugo Serra Calcavecchia que tendría que llevar toda la vida el Ventolín en el bolsillo, a sus padres les sentó peor que al niño. Les dio tanta pena el pequeño Hugo que decidieron que irían a Palau, la tienda que le fascinaba, y le comprarían el coche de

Scalextric que él quisiera. Pero Hugo tenía que comprender que, a partir de aquel día, en cuanto sintiera que se ahogaba, él solo tenía que hacer tres inhalaciones de Ventolín. Hacía días que Hugo ya tenía decidido cuál escogería. El Tyrrell Ford azul con el número 3. El que conducía Jody Scheckter. El que anunciaban por la tele. El del adhesivo de Elf sobre el alerón, igual que en el coche de Fórmula 1.

Hugo Serra, siempre con visión comercial, pensaba que si él fuera alcalde haría que la calle Pelai fuera zona peatonal y prohibiría totalmente la circulación de coches. La carga y descarga de mercancías, como había visto en las tiendas londinenses de Oxford Street, tendrían que llevarse a cabo sólo de madrugada. Por deformación profesional, Hugo Serra clasificaba las calles y las aceras en función del potencial comercial que él preveía. El tema de las farmacias, lo tenía muy estudiado. Ésta, junto a de un Centro de Atención Primaria, un nueve. Esta otra, delante de una boca de metro, un ocho. Esta farmacia de barrio, en un pasaje al que hay que ir ex profeso, un cuatro. El vendedor, el comercial de verdad y que lo lleva en la sangre, lo es todo el día y no lo puede evitar. La calle Pelai, que empieza en la plaza Universitat y que desemboca en la plaza Catalunya y en el nacimiento de la Rambla, le parecía una vía de una potencialidad gigantesca, pero no se le sacaba suficiente partido. Hugo Serra consideraba que la acera del lado de mar era un diez. Pero, en cambio, había observado que muy poca gente —ni turistas ni autóctonos— cruzaba la calle para mirar los escaparates del lado de montaña. Esa parte no superaba el siete. Y estaba convencido de que podía ser de diez. Por lo menos de nueve. Él consideraba que, si se eliminaba la calzada para los coches, la calle Pelai sería una zona peatonal, mejor incluso que el Portal de l'Àngel. Y cuando decía mejor se refería, siempre, a volumen de negocio. Había leído que el del cruce entre plaza Catalunya y el Portal de l'Àngel es el semáforo, de toda Europa, por el que pasa más gente al cabo del día. Un sábado por la tarde, pocos días antes de Navidad, Hugo Serra Calcavecchia había ido hasta allí para levantar acta, con un cronómetro y un bloc.

Quizá no había vuelto a visitar Palau desde aquella tarde en que el Ventolín quedó incorporado a su vida para siempre. Por lo menos no lo recordaba con la misma precisión que aquel día en que fue con sus padres. Pero allí, en unos bajos de una calle bastante gris y bastante fea, seguía estando la tienda Palau. Pelai, 34. Desde 1935. Si él fuera el propietario de

casa Palau seguramente se habría inventado este eslogan: Pelai 34, desde el 35.

—Hemos oído hablar de esto que usted pide, pero no lo hemos tenido nunca. Piense que hay muy pocos. ¿No quiere otro tren? Le puedo mostrar todas estas locomotoras de la Märklin.

El dependiente estaba dispuesto a bajar media docena de cajas. Hugo Serra recordaba la desacostumbrada amabilidad de los vendedores de aquella tienda. Cuando era pequeño, le trataban a cuerpo de rey. Y veía, para su sorpresa, que tantísimos años después seguían atendiéndolo con una atención que ya no es habitual. Cuando te topas con un dependiente amable, le abrazarías.

—No saque nada más, por favor. No es para mí. Tengo que hacerle un regalo a una persona que ya tiene trenes y vías y estaciones y me parece que lo único que le falta es la «Big Boy».

—Una buena elección. Pero no se encuentra fácilmente.

Técnica perfecta de vendedor. Hugo Serra lo detectó al instante. Hay que poner dificultades de entrada para que, al final, el cliente le dé más valor a haber podido encontrar aquello que buscaba.

—¿Qué tiene de especial esa «Big Boy»?

—Pues no estoy seguro. Sé que era una locomotora americana, de la Union Pacific Railroad. Y me parece que la fabricaron durante la Segunda Guerra Mundial.

El dependiente, enfundado en una bata azul como si fuera a mancharse de grasa, tecleó en el ordenador. Miraba fijamente la pantalla cerrando los ojos ligeramente, para enfocar. Como James Dean.

—Aquí lo tengo. Sólo se fabricaron veinticinco, entre 1941 y 1945. Las fabricó la American Locomotive Company, para la Union Pacific.

—O sea que sólo hay veinticinco en todo el mundo.

—De locomotoras a escala no. No sé cuántas réplicas habrá. Fabricaron veinticinco locomotoras originales, aquí lo pone, básicamente porque necesitaban una locomotora de tracción sostenida para salvar los desniveles del este de Utah, en las montañas de Wasatch. Por eso le pusieron una caldera más larga y cuatro ruedas motrices más pequeñas, alimentadas con carbón.

—¿Podríamos encontrar alguna?

—Lo intentaremos. Märklin dice que su modelo es igual, pero a escala, con las ruedas pequeñas, completamente de metal, todo igual... Es un gran modelo. ¿Quiere ver la foto?

El James Dean de sonrisa perenne volvió ligeramente la pantalla para que Hugo Serra pudiera mirar la locomotora anhelada.

—El ordenador dice que Märklin ya no sirve este modelo. Pero, si me deja unos días, podemos intentar localizárselo en alguna parte.

Hugo Serra dejó su dirección de correo electrónico, le dio la mano al James Dean de la tienda, miró el mostrador de los coches de Scalextric (qué pasada el Ferrari de Fernando Alonso) y se perdió en el rumor de Pelai pensando en sus padres —él tan vital, ella tan resignada—, que en gloria estén. La añoranza, como las olas gigantes, vuelve a golpes. Cuando menos te lo esperas, te da un revolcón y se te lleva, un rato, más allá de la pena.

DE: HUGO SERRA
A: PALAU
TEMA: BIG BOY

Respondiendo a su mail, les confirmo que sí que me gustaría comprar la locomotora «Big Boy» de Märklin lo antes posible.

Ya me dirán cuándo puedo pasar a recogerla. Gracias.

Nunca sabes cuál es la debilidad de un médico, pero Hugo Serra Calcavecchia estaba convencido de que también él, como todo el mundo, tenía un precio. Gracias a su experiencia de años en la industria farmacéutica, su índice de persuasión rondaba el cincuenta por ciento. De cada dos médicos, uno pirata. Como delegado bregado en el cuerpo a cuerpo desde hacía años, sabía que podía tardar dos visitas, tres, cuatro como máximo, y que luego, en un momento dado, el médico, como quien no quiere la cosa, cogía el cheque al portador que él había dejado sobre la mesa, lo doblaba y, sin aspavientos, se lo metía en el bolsillo. En aquel instante, de excitación disimulada, Hugo Serra sabía que se había asegurado treinta tratamientos. Mil euros a cambio de treinta tratamientos de Prodemax. Ése era el pacto.

Pero con el doctor Fran Lasorda no había manera. El director médico del Instituto Stoner, psiquiatra clínico, le había escuchado, había aceptado la literatura médica sobre el nuevo fármaco, se la había estudiado, pero no parecía dispuesto a pedir nada a cambio. Si hacía falta recetar el Prodemax, lo recetaría. Si no, le recomendaría a su paciente que siguiera otro tratamiento, siempre el más adecuado posible, para liberarlo de sus angustias o para sacarlo del callejón sin salida. Pero Hugo Serra intuía que la honestidad del doctor Lasorda no era a prueba de bombas. Él se olía que tras aquella

aparición de honestidad se adivinaban los ojos de la tentación. Aparte de dos amantes, la de la mañana y la de la tarde, escondía algo más. Hacía falta tocar la tecla y, de momento, Hugo Serra no la hallaba.

Una caja de bombones para una enfermera le proporcionó la pista.

—¿Sabes si Lasorda tiene alguna afición? ¿Sabes si caza o si juega al golf o...?

Hugo Serra les había regalado un montón de *putts* y de *drives* a médicos que estaban enganchados al golf.

—¿Lasorda? Es un chalado de los trenes eléctricos. Un día invitó a todo el equipo a su casa para que viéramos el montaje. Tendrías que verlo. Como un museo.

Coleccionaba trenes. Los hacía funcionar en una pista que había montado en la buhardilla de su casa y, cuando tenía diez minutos, se encerraba allí arriba, con música de jazz para no oír la salmodia de su mujer y ponía en marcha los trenes que daban vueltas, sin descarrilar nunca, por un laberinto de pasos a nivel, puentes y túneles que había ido comprando y construyendo con sus propias manos.

Hugo Serra se documentó mínimamente, y un día, en el bar del hospital, le entró por ahí. Hablaba de trenes y de locomotoras en miniatura como si dominara el tema. Y Fran Lasorda, que hasta entonces parecía un sobre lacrado, empezó a cogerle confianza a Hugo Serra y no paraba de charlar de anchos de vía, de catenarias, y no tardó en explicarle su sueño. Siempre había querido tener una «Big Boy», la locomotora de vapor que el 21 de julio de 1959 arrastró su último tren. Era, precisamente, el día de su nacimiento, y por eso le hacía tanta ilusión. Como si él tuviera que ser la reencarnación de la «Big Boy».

DE: HUGO SERRA

A: DR. FRAN LASORDA

TEMA: UN TREN QUE SÓLO PASA UNA VEZ

Estimado doctor Lasorda,

Me complace mucho poder decirle que tengo una sorpresa para usted.

Me gustaría que me dijera qué día puedo pasar por su consulta del Instituto Stoner y hablamos, sin ningún compromiso, naturalmente.

Ya me dirá. Quedo a su disposición. Gracias.

—¿De dónde has sacado estos mails? —le preguntó Raquel, con ingenuidad.

—¿Los has pirateado?

El Gratu pensaba que a Agus y a Raquel les gustaría leer aquellos tres correos electrónicos pero luego se dio cuenta de que se alarmaban.

—¿Crees que a Santana le gustará saber que espías las conversaciones privadas de la gente?

—¿Espiar? ¿Yo? En absoluto.

—Y esto... —El Gratu blandió los tres papeles.

—Siempre podré decir que alguien me lo ha dejado en un sobre a la puerta de mi habitación.

—Pero eso no es verdad.

—¿Por qué no? ¿Alguien podría demostrar lo contrario?

Agus —personaje siempre medio en penumbra— se hacía cruces. Su libro de estilo era completamente distinto. Qué coño, ese chaval no era periodista, y a un tipo curtido como él le molestaban las lecciones, las extravagancias y las temeridades. A Raquel, una mujer de formas calmadas, le preocupaba más lo que diría Santana cuando se enterara que sus propias dudas éticas. Después de soltarse el cabello y volver a recogerlo con la gracia que sólo las mujeres tienen, se metió en la piel de Dani.

—Pero ¿qué nos importa lo que diga esa gente, y si compra un tren en miniatura o no sé qué, si no sabemos quién es Hugo Serra? Por cierto, ¿quién es?

No era el alcalde de Barcelona. Ni tampoco el dueño de Palau.

—Es un perverso médico.

—Quiere decir un prescriptor médico —apuntó Agus.

El Gratu cerró el Toshiba que tenía sobre las piernas.

—Y pronto será nuestro anzuelo.

Reventarás todas las audiencias

Cuando hallaba una pista, Eva Bosch no se andaba con chiquitas. Se presentó en el Instituto Stoner vestida de uniforme, con el iPad bajo el brazo, y buscó a Dani Santana hasta que le encontró en el jardín terapéutico leyendo la última novela de John Verdon.

—*¿Sé lo que estás pensando?*

—Muy buena.

—Me la cepillé en un fin de semana.

—¿Los policías leen libros sobre policías? No lo sabía.

—Como criminóloga, sí. Éste es interesante. Piensa un número del uno al mil.

—...

—Dímelo.

—Cuatrocientos cuarenta y siete.

—¿Es tu pin del Barclays Bank?

—Es la fecha de nacimiento de mi tía. Lo siento. Abril del 47.

Santana metió el punto en el libro y lo cerró. No le gustaba que la policía supiera dónde tenía su cuenta corriente y que la intendenta hiciera aquella demostración tan a la brava.

—*What's up?*

—Hemos estado revisando todos los rastros de los quince días anteriores a tu agresión.

—Al intento de asesinato. Sí. —Para Santana, el matiz no era fútil—. ¿Y?

—Quiero que veas esto.

Eva Bosch sacó el iPad de su funda de piel y lo abrió. A Dani siempre le habían llamado la atención las cuidadas manos de Eva Bosch. Al instante, aparecieron las imágenes que la intendenta de la policía llevaba preparadas.

—Es un cajero del Barclays, en la Diagonal. Trece días antes de que te atacaran en el parking.

—Ya lo veo.

—No es tu oficina.

—Ya sé dónde es, gracias. Ya sé reconocerme.

—Sí, ya lo entiendo. La pregunta es ¿quién es ese chico que te acompaña?

—Mi sobrino.

—Dani... Lo hemos comprobado. Eres hijo único, no estás casado. Tú no tienes sobrinos. ¿Por qué sacas dinero y se lo das? ¿Te estaba atracando? ¿Iba contigo? ¿De qué conoces a este chico?

—Si quieres que te sea franco, no le conozco de nada.

—¿Y le das mil euros? En la cadena de su brazo pone Òscar. ¿Òscar qué más?

—No lo sé. Te juro que no lo sé.

Santana no sabía cómo salir del apuro. Habían intentado matarlo a él y era él, con aquel interrogatorio, el que se sentía culpable. Dani pulsó el stop y la pantalla volvió al negro. Decidió apostar fuerte.

—Mira, Eva, mi vida sexual no te importa, ¿de acuerdo?

Eva, en el camino desde la comisaría al Instituto Stoner, ya se había oído que tenía que ser algo así.

—Pero te aseguro, Eva —prosiguió Santana aguantándole la mirada a la policía—, que no tiene nada que ver con este caso.

—Tu vida sexual no me importa, tienes razón. Ni tampoco que una tarde te cueste ese pastón. —Tragó saliva—. No me importa nada, a no ser que sea con un menor de edad.

Santana, impertérrito, prefirió liarlo un poco más en lugar de decir la verdad.

—¿Y si te digo que tiene más de dieciséis años? ¿Y que fue consentido?

—Querido Dani, en mi trabajo he visto de todo. Ya no me escandaliza nada, pero, por los años que hace que nos conocemos, déjame decirte algo: de ti no me lo esperaba. De ti, no.

La policía no pudo disimular su pesar. El periodista se encogió de hombros, resignado.

—Borra esas imágenes, Eva. No me gustaría verlas en el telediario.

Su encuentro con Òscar, que ni quería ni podía explicar, había empezado de la manera más normal. Pasa tres mil veces al día en cualquier lugar del

mundo: un desconocido aborda a un famoso por la calle.

—Perdona, ¿puedes firmarme un autógrafo?

Dani Santana no tenía un no para nadie. Pero le molestaba tener que entretenerse, allí de pie, a buscar un bolígrafo por algún bolsillo y escribir «Suerte», con admiraciones, y firmar. Aquel joven que lo esperaba a la salida del gimnasio, además, andaba con exigencias.

—Pon «Para Òscar».

—Por favor —dijo Santana en voz baja.

A Dani no le costaba nada hacer feliz a un chaval al que ni siquiera había mirado de reojo. Lo que le jodía era la mala educación. Mientras él destapaba el boli, el chico lo pilló desprevenido.

—¿Quieres información buenísima sobre Historyland?

El instinto periodístico de Santana se activó al instante. Y entonces sí que miró al joven que le había parado. Flequillo negro hacia un lado, delgado, moreno. Otro friqui, pensó, y se lo tomó a broma.

—¿Tienes información, tú?

—Buenísima, ya te lo he dicho. ¿Sabes lo que significa la M de Roberto M. Faura?

«Para Òscar. ¡Suerte! Dani Santana.»

—Toma. —Y tapó el bolígrafo—. Roberto María, supongo.

—Es la M de marica.

—Ya. Y tú lo sabes seguro.

—Yo me lo he tirado.

—¿A Faura? ¿Tú? No jodas.

Òscar sacó un lápiz de memoria de un bolsillo, en forma de pequeño robot de Lego, y se lo puso en la mano.

—¿Y esto?

—Las pruebas.

—¿Las pruebas de qué?

—De que me lo he tirado del derecho y del revés.

—Venga, chaval.

—¿Tengo cara de inventármelo?

Dani volvió a mirarlo con severidad. De repente, empezó a darle credibilidad.

—¿Son fotos?

—Grabado en vídeo. —Òscar, muy seguro de sí mismo, parecía no tener dudas.

—Tú has visto muchas películas, chico.

—Con esto reventarás todas las audiencias.

—Depende de lo que haya...

—¿Te va bien el culo en pompa de uno de los hombres más ricos del mundo, a punto de ser sodomizado?

—Por favor... —Le preocupaba que alguien que pasara por allí oyera aquella conversación—. Si es lo que dices, no puede emitirse.

—Hay muchas formas de conseguir que circule.

—¿Sabes lo que es la intimidad, tú? ¿La privacidad? ¿La ética? ¿Te suena la palabra ética?

—¿Y tú sabes lo que es poder destruir al hombre que quiere cargarse el país?

—¿A costa de qué? ¿De mostrar un vídeo en el que sales tú, un menor de edad desnudo? Aún me las cargaría yo...

—¿Quién dice que salgo yo? Te crees que soy...

—Como chantajista, no llegarás muy lejos. —Santana le interrumpió sin contemplaciones—. ¿Has pensado que este hombre puede machacarte?

—¿Tú sólo haces buenas preguntas cuando vas maquillado, Santana?

El chaval sabía hacer daño. Allí, de pie, sin focos, sin guion y sin saber por qué, Dani empezó a entrevistar al muchacho misterioso.

—¿Quién te envía? Es evidente que esto no lo haces solo...

—¿Por qué no?

—¿Cuántos años tienes?

—No los suficientes. Podemos empujar al manito para siempre.

—¿Y tú qué ganas con esto?

—¿Qué ganó la gorda que se tiró a Strauss-Khan?

—Aquello fue un montaje para hacer caer al director del Fondo Monetario, un hombre que iba directo a ser presidente de Francia.

—¿Un montaje? Quizá sí. Pero se la tiró. En siete minutos se tiró a la señora de la limpieza del Novotel y fuera...

—¿Y a ti cuánto te hizo falta?

—Dos horas largas y esconder los dientes. —Òscar vio palidecer a Santana. El momento requería una precisión técnica—. Para no hacerle daño.

—Mira, chaval, todo esto me da mucho asco. Empezando por ti.

—¿Un periodista al que le dan la noticia del año y no la quiere? Felicidades, Santana, esperaba algo más de ti.

Òscar hizo ademán de marcharse, arrancándole a Dani el lápiz de

memoria de la mano. Santana, instintivamente, cerró el puño. Ambos intuyeron, con aquel gesto reflejo, que podía haber un punto de interés mutuo.

—¿Cómo puedo saber que no me estás tomando el pelo?

—¿Quieres saber qué día se colocará la primera piedra de Historyland?

—No te pases de listo. —La mano nervuda de Dani había retenido el pequeño robot verde de Lego—. Todo el mundo sabe que todavía no hay fecha.

—El 19 de mayo. He brindado con Faura por eso. ¿Qué más quieres saber?

Santana buscaba contradicciones, algún titubeo en el joven misterioso.

—Y, dime, ¿por qué yo? ¿Por qué me lo pasas a mí?

—Porque le he preguntado a mi padre cuál era el periodista menos imbécil de todos.

Dani Santana no soportaba que le dieran coba. No había nada que le sacara más de quicio que el falso elogio. Hizo un silencio largo. Sabía que, como cualquier entrevistado, el chico seguiría charlando antes o después. Y Òscar, por más pillo, más fachendoso y más altivo que fuera, que lo era, tampoco era una excepción.

—Me han contado que tú haces programas atrevidos. Te he visto alguna vez en *Crònica 10*. ¿Qué día es?

—Los domingos. Todos los domingos por la noche.

—Por eso lo veo poco. Normalmente estoy follando.

Santana simuló que no había oído la fantasmada. Ciertamente, el tono y la desenvoltura del muchacho estaban fuera de cualquier parámetro.

—Lo veo todo muy raro. ¿Tú qué quieres sacar de todo esto?

—Si me lo compras y me lo pagas, ya tengo bastante.

Entonces Dani sí que soltó el robot de memoria.

—Conmigo te has confundido, guapo. Aún tienes que crecer mucho para entender cómo funciona esto.

A Òscar le dio mucha rabia que otro hombre mayor que él, para perdonarle la vida, volviera a llamarle «guapo». Qué rabia.

—Por dos mil euros es tuyo.

—Venga, hombre... Dos mil euros.

—Por la mitad.

—¿Él sabe que lo has filmado?

—¿Tengo cara de tonto?

—Acompáñame al cajero. Hay uno aquí al lado.

Aquella noche, a última hora, Dani volvió a la redacción trastornado. Se encerró en su despacho, vio las imágenes en el ordenador y le bastaron pocos segundos. A Faura, a cuatro patas, se le reconocía perfectamente. Ni si quiera se fijó en que, con la depilación concéntrica, un trozo sí otro no, parecía el culo de una cebra. Pulsó el stop. Hizo pasar a Raquel al despacho y, completamente lanzado, le pidió que al día siguiente, sin falta, se encargara de hacer una cosa. Extrajo el pendrive del ordenador y lo dejó sobre la mesa.

—Qué mono —soltó Raquel al ver aquel robot pequeño de color verde—. Puedo usarlo de llavero.

—Ni hablar. Ni lo abrirás ni verás lo que hay dentro. Prométeme que nunca lo harás.

El encargo fue preciso. Tenía que coger el lápiz e ir a depositarlo en una caja de seguridad a nombre de ella en una entidad bancaria. Él no quería saber ni siquiera en qué banco iba a guardarlo.

—Y nunca más vuelvas a mencionármelo, ¿comprendes?

Las instrucciones de Dani continuaban. Claras, taxativas. De una rotundidad desacostumbrada. Tal vez para suavizar lo que iba a decir, quizá para que ella no se preocupara, se levantó y le dio un beso en los labios.

—Es muy importante, Raquel. Si la palmo así, de muerte natural, dejas que el lápiz se pudra allí dentro. Sólo si me matan podrás verlo. ¿Lo has entendido?

Raquel, preocupada, ni se enteró del beso. Dicho y hecho. Al día siguiente, disimulando el trastorno, se puso su traje chaqueta más elegante y se fue a las torres negras y alquiló una caja de seguridad. Escogió el tamaño pequeño, como de caja de zapatos. Le sobraba espacio por todas partes. Más o menos, pensó, como en su propia vida.

Agresivo como un bulldog

En cuanto subió al autobús con su mono azul y con sus botas negras, Antonio soltó los tres estornudos de cada día. Durante las ocho horas en la fábrica, entre cubetas, máquinas y ácidos, no había estornudado ni una sola vez. En cambio, en el momento en que se sentaba en el único sitio del autobús en el que tenía calculado que le cabían las piernas, tenía que sonarse con estrépito. Aura siempre le había dicho que fuera al CAP, que tenía que ser una alergia y que valdría la pena saber qué era lo que le producía aquel picor irrefrenable en la nariz. De Sant Adrià a Sant Andreu apenas había cuatro paradas y, cuando bajaba, ya no volvía a estornudar hasta el día siguiente. Antonio, a las tres menos cuarto del mediodía, no tenía ninguna prisa por llegar a casa. Desde que Aura se había quedado sin trabajo y se pasaba tantas horas en el piso, le parecía que su mujer se había vuelto una quejica, irascible, y que lloraba enseguida por cualquier bagatela. Como de costumbre, se paró en la bodega de la esquina a tomarse una Estrella bien tirada, con poca espuma y con la copa helada. En tres tragos la había dejado seca.

Le pareció extraño tener que dar dos vueltas a la llave de la puerta de casa. Y aún le sorprendió más, al entrar, tener que buscar a tientas el interruptor porque todas las luces estaban apagadas y la persiana —del único ventanal— bajada.

—¿Hola? —gritó, por si acaso Aura estaba metida en el lavabo.

No respondió nadie. Era como si un duendecillo trabajador se hubiera pasado por allí a limpiar a fondo y hubiera tirado la mitad de las cosas. Pero la casa no sólo estaba ordenada. Aura había dejado una carta encima de la mesa. Para que Antonio la viera a primera vista, había dejado el sobre apoyado en el frutero, que hacía las veces de caballete. Antonio, que enseguida ató cabos, se bloqueó y empezaba a quedarse sin aire. «Esto no puede estar pasándome a mí.» Se sentó en el sofá con el sobre en la mano, respiró hondo y se metió de cabeza en la sorpresa que Aura le había preparado.

Una carta, escrita a su manera. Con palabras sencillas, con ganas de pinchar y con frases que como querían decir tantas cosas no acababan de entenderse del todo. Antonio también la leyó a su manera. Con dificultad, poco a poco. Y cagándose en Dios. Y en Aura. Con el sobre hecho jirones sobre las piernas y con la carta en la mano. Más o menos entendió lo que le decía.

Antonio, no puedo más. Me marchó. Me voy. Me vuelvo con mi madre. A los veintiocho años es humillante tener que volver a casa, pero con ella estaré mejor que contigo. Nunca te perdonaré, nunca, que me pusieras la mano encima. Te había avisado. Y no me digas que no. Cada vez que bebías más de la cuenta, o que directamente ibas borracho, y me levantabas la mano, yo te decía que si alguna vez me pegabas, me largaría de casa. Pues ya lo tienes. Adiós. Y ahora me das tanto miedo que ni siquiera he podido decírtelo a la cara. Estoy segura de lo mal que vas a tomártelo, y no quiero volver a verte colérico como en las últimas semanas, ni agresivo como un bulldog. Y por eso te escribo esta carta. Para despedirme, para que te des por enterado y para decirte que ya no te soporto más. No soporto más tus costumbres prehistóricas ni tu vida. Dormir y roncar. Las cervezas y los pedos. O gruñes o refunfuñas. Y encima tengo que hacerlo todo yo porque tú siempre estás muy cansado, porque tú trabajas mucho y porque tienes cuarenta años. ¿Cómo estarás, pues, a los sesenta? Afortunadamente, yo ya no lo veré. Antonio, desengáñate, no es una cuestión de edad. Si no das ni golpe es porque tienes un morro que te lo pisas.

Pero hay algo que sí admito. Tal vez no todo ha sido culpa tuya. Yo me equivoqué en una cosa. Jamás debería haberte contado lo que pasó con el cliente del masaje. Si las cosas entre nosotros dos ya no iban bien, porque aquí en casa ya no iban ni bien ni mal, a partir de aquel día aún fueron peor. Siempre peor. Él me forzó y tú dudaste de mí, y me dijiste cosas muy fuertes. Y eso no te lo perdono. Por culpa de Cardelús me echaron del trabajo y tú, en lugar de ponerte de mi lado, solamente pensabas en cómo te afectaba eso a ti. Siempre tú. Eres, te has vuelto, un egoísta. Un egoísta sin ambición. Un sinvergüenza. Y deja en paz a Cardelús, que te has obsesionado con ese hombre. Lo que fuiste a hacer a su despacho es de tarados. Haces el ridículo, das pena y eres patético. Y yo ya no quiero estar con alguien así. Soy demasiado joven para marchitarme a tu lado.

Antonio, te aviso. Si me buscas, si vas a buscarme, te denunciaré. El día que me dejaste el ojo morado, lo fotografíe con el móvil. Con una vez ya he tenido suficiente. Yo quizá tenga muchos defectos, pero la mano encima no me la pone nadie. Tú, a mí, no vuelves a atizarme. Maltrata a quien quieras, pero a mí no. Si mi padre estuviera vivo. Si no he dicho nada a la policía hasta ahora es porque supongo que, en el fondo, soy demasiado buena tía, o demasiado tonta, y no quiero perjudicarte. En el fondo, en estos siete años, hemos tenido cosas buenas, faltaría más, como todas las parejas, y, a nuestra manera, nos hemos querido. Ahora hace demasiado tiempo que ya no. Querer, ahora incluso me da asco escribir esta palabra relacionada con nosotros. No me tocas, ni ganas, y mejor que sea así. Yo también he terminado el sexo contigo, y quizá era lo que... Ahora no. ¿Cuántos domingos hacía ya que no follábamos? Ni ganas. El día que me dijiste que mi culo celulítico te daba asco, tal cual, te hubiera matado. Y me juré que no volverías a follar nunca más conmigo. Y al día siguiente negaste que lo habías dicho. Como siempre. Siempre que bebes, haces las peores barbaridades y luego dices que no te acuerdas de nada. Quizá algún día tendré un buen recuerdo de ti, y de nosotros como pareja. Ahora mismo, no. No puede ser. Tengo que tomar distancia. Ahora te parecerá, estoy segura, que me necesitas y que me echas mucho de menos. No te engañes. Tú sólo echas de menos las

cervezas cuando la nevera está vacía y las borracheras del viernes por la noche. No hace falta que me llames. Ni que me mandes mensajes. Ayer cambié de móvil y de número. Ya verás que he recogido toda mi ropa. El resto de cosas iré a recogerlas cuando estés trabajando. Lo siento, pero tú te lo has buscado. Pero quiero que te quede claro que no te deseo ningún mal.

Encima... faltaría más.

De una patada, con las recias botas de la fábrica, Antonio reventó la fórmica del mueble de la cocina. Y maldijo a Aura. La insultó. A ella, a su madre y se cagó en todos sus muertos. Se cagó en los años que había perdido a su lado y, como cuando era un niño que destrozaba los juguetes para ver cómo eran por dentro, se dejó caer al suelo, derramando rabia a bramidos. Con la cabeza entre las piernas y con las manos sobre los cabellos sucios, se compadeció de sí mismo y de lo que quedaba de su carcomida alma. ¿Cómo coño pagaré el alquiler de esta mierda? ¿Y ahora qué coño voy a hacer? Me ha dejado tirado, la muy hija... Y los bulldogs no son agresivos, imbécil. Nunca has tenido ni idea de animales, y menos de perros.

Desde el suelo, rabioso, le pegó un par de coces más al armario reventado. El juego de café —tacitas y platitos de cuando se fueron a vivir al cuchitril de Sant Andreu— quedó hecho puré.

Al cabo de mucho tiempo, cuando Antonio Mallenco hubo recuperado la respiración y se hubo jurado por sus huevos que no se le escaparía ni una sola lágrima más, se levantó, abrió la nevera, sacó tres cervezas y se dejó caer en el sofá. Por un día no puso la tele. La fantasía crecía a cada trago. Y cuando ideó la venganza, él mismo se asustó.

La última calada antes de la ejecución

Pensó que Dani Santana, a primera hora, todavía estaría en su habitación terminando de afeitarse. Pero en la 208 no había nadie. Sólo quedaba la conductora del programa de las mañanas de la tele hablando sola. Estaba contando, con la ayuda de una infografía, cuáles eran las distintas hipótesis que la policía barajaba sobre la explosión de dos artefactos en la recta de meta del maratón de Boston. Dos muertos. Inocentes. Otra matanza americana. Lo decía el rótulo de la pantalla.

Bajó a la cafetería del Instituto Stoner pensando que quizá lo encontraría leyendo la crítica de televisión del *Ara*. Durante la hora punta de los desayunos se generaba un barullo molesto, la máquina de café rezongaba sin parar y el olor a pan tostado no conseguía tapar el hedor del producto de fregar las baldosas del suelo mezclado con el de un mocho que hacía demasiados días que debería haberse jubilado. Raquel salió a la terraza del bar, pero allí tampoco encontró a Dani. Sólo había cuatro enfermeras que apuraban de pie sus cigarrillos como si se tratara de la última calada de su vida antes de la ejecución.

¿Y en el gimnasio? A Raquel no le constaba que Dani tuviera recuperación, ni tampoco fisioterapia con Èlia. Pero fue igualmente, por si acaso. Aquella mañana tenía muchas ganas de encontrar a Santana y contarle que ya había conseguido todo lo que él y el Gratu le habían pedido. El dominio sololoshechos.com ya era suyo, ya tenían la empresa creada y el señor Montero, su gestor de toda la vida, le había redactado un contrato a Agus Maldon para que no estuviera en falso.

Entró con respeto. Sin hacer ruido. Tal como se pedía en una notita mecanografiada al lado del interruptor, acompañó la puerta para que no golpease al cerrarse. En la sala, con la luz apagada, sólo entraba la luz de los ventanales. Al fondo, en una de las camillas de masaje, pudo oír la tos

matutina de Santana, que estaba hablando con una mujer. El cortinaje azul, corrido, los aislaba visualmente del resto del gimnasio. Raquel iba a dar los buenos días, en voz alta para que supieran que estaba allí y para no incomodar. Pero un sexto sentido la detuvo y se quedó cerca de la puerta, plantada como un poste, sin decir nada.

Dani y Èlia se reían. Se pinchaban. Charlaban sobre unas banalidades que Raquel consideró que no eran propias de él.

—Un vilano, ¿lo has visto? ¿Soplo?

—Siempre que veo uno volando así, como un angelito, pienso que oculta a un personaje encantado. Sopla, sopla...

—¿A ti te visitaba el angelito cuando se te caía un diente?

Hablaba con un tono cursi que no solía usar. Ni con ella ni con nadie.

—Yo era más del Ratoncito. —Se echaron a reír—. ¿Sabías que la historia del Ratoncito Pérez sale de un cuento?

—Ni idea.

—Es un cuento de Luis Coloma. Lo escribió ex profeso para el rey Alfonso XIII cuando tenía ocho años y se le debían de caer los dientes.

Ridículo, pensó Raquel.

—A mí me gusta más como lo hacen en Francia. Los niños ponen los dientes bajo la almohada y les viene a ver la *petite souris*, un hada convertida en ratón.

No era él. No parecía el Santana que conocían los espectadores, con su gesto serio, rígido, encorbatado, al que le bastaba arquear una ceja para asustar a los entrevistados. Por lo que oía Raquel al otro lado de la cortina (y la verdad es que hubiera preferido no oírlo), Dani y Èlia eran como dos adolescentes en la playa que, con el agua hasta las rodillas, juegan a salpicarse. Era el cándido chapoteo de minutos antes del primer beso. O quizá tenían la alegría juguetona de después de dárselo tras muchos días de haberlo deseado.

—Tienes el cuerpo lleno de pequitas...

—Estoy lleno de sorpresas. ¿A que me hacen más interesante?

—Te hacen más viejo.

—Más experto.

El silencio fue el preludio de la tempestad. Èlia, resudada, le hizo la pregunta a Dani en el instante más inoportuno.

—¿Te acuerdas de cuando yo creía que estabas casado con Raquel?

—No entiendo cómo pudiste confundirte... —Y en aquel jodido

momento de la mañana, de la boca pastosa de Dani Santana, empalagosa por el azúcar que rezumaba la conversación, salieron las siete palabras que más tendría que haberse ahorrado en su vida—. No será ella la que me cace.

Raquel, petrificada, no podía creérselo. «No será ella la que me cace.» Qué ofensa. Qué injusticia. Le dolió más que si le hubieran pegado una paliza. Y la sobona de Èlia, más allá de la cortina, venga a reír. Y Dani, como un memo, riéndose de aquella forma tímida que él tiene, que, si no le ves la cara, no sabes si ríe o si llora. Raquel no sabía si dar media vuelta y marcharse soltando un buen taco para que supieran que les había oído, o arrancar la cortina de un manotazo y decirles no seré yo la que te cace, de acuerdo, ni ganas, pero esta masajista de hospital, a la que acaba de dejarla el marido y que lo único que quiere de ti es un polvo con un famoso para resarcirse de los cuernos que lleva, tampoco será ella la que te atrape. Ni ella, ni nadie, porque tú, Dani Santana, no puedes estar con ninguna mujer. ¿Y sabes por qué? Porque sólo te quieres a ti mismo. Sólo piensas en ti mismo. Sólo te importas tú. El resto, los hombres, las mujeres, los cámaras, los regidores, los guionistas, somos todos mozos de cuerda a tu servicio. Tú eres el abecedario, con letras brillantes, pulidas, perfectas, y nosotros solamente somos los signos de puntuación. De vez en cuando te conviene una coma, de tarde en tarde un signo de admiración. Oh, qué bien, has dejado que sea durante unas horas un signo de exclamación en tu vida. Gracias, Dani, a tus pies. Como cuando llegas a casa los viernes por la noche porque no tienes a nadie más con quien estar. Y encima tenemos que agradecerte que nos dejes ser un punto y coma. Y todos nos tragamos el anzuelo. Eres tan bueno engatusando, Dani... Sabes seducir tan bien cuando quieres, como cuando miras a la cámara con esos ojillos de ahora vais a ver lo bueno que soy. ¿Sabes por qué sólo te importas tú? ¿Sabes por qué? Porque en realidad a Dani no le conoce nadie; ni siquiera tú, porque no existe. Tú eres solamente Santana. Un personaje triste que no se gusta a sí mismo, que no se aguanta, que tuvo que practicar horas y horas ante el espejo para aguantar la mirada de la vergüenza que le da verse a sí mismo. Pero si a Èlia le gustas así, adelante, no tengo nada que objetar. Vaya, ya se dará cuenta. Y si queréis echar un polvo, eso sí, no lo hagáis aquí en el gimnasio, por favor, que puede entrar gente y os dará vergüenza salir de ahí con la toalla rígida. Y, sobre todo, si queréis echar un polvo, id con cuidado, que no creo que la columna vertebral de Santana esté para muchos trotes. Que no tengan que volver a escayolarte. Lo que tendrían que escayolarte una temporada es la polla...

Pero Raquel ni echó a correr ni descubrió su presencia. Tampoco les montó un pollo, aunque se muriera de ganas de soltarle todos aquellos reproches, uno tras otro. No movió ni una pestaña y, como una espía involuntaria, siguió escuchando la conversación entre Èlia y Dani hasta que tuvo la seguridad absoluta de que no era el primer día que se entregaban el uno al otro. Ya no la sorprendía nada acerca del comportamiento de su jefe con las mujeres, pero, en aquella ocasión, no esperaba que volviera a liarse.

Èlia le contó que, cuando te separas, las cosas cambian de un día para otro. Las certidumbres que creías que eran para siempre dejan de serlo; cambian las seguridades y los límites. Sin pedir disculpas, Èlia hacía inventario de cómo varían las rutinas, los rituales y las costumbres. Dejas de comentarlo todo con aquella persona y, al final del día, te ocurren muchas cosas y no tienes a nadie con quien decidir si blanco o negro, si churras o merinas.

Raquel pensaba que entonces Dani le diría que él también estaba separado, que lo dejaron con Bet hace mucho tiempo, cuando él, en un acto de sinceridad insólito, a medio camino entre el egoísmo y el miedo, le confesó que no se atrevía a tener hijos. Pero, no. Él callaba y dejaba que Èlia continuara con pelos y señales su relato de una nueva vida que le había llegado de repente y a la que tenía que irse acostumbrando. Era un duelo, tal como le habían advertido todas sus amigas hasta la saciedad. Un duelo, sí, y una barrabasada económica. Desde la separación de Ignasi Sicília tenía que prescindir de muchas cosas. Ya no era sólo haberse quedado sin coche y tener que pagar la mensualidad entera de la hipoteca del piso de la calle Sepúlveda, que era un pico muy importante. Era muy distinto ir a medias que tener que pagarlo todo tú, de tu bolsillo. Con los dos sueldos, el de ella, jefa de fisioterapia del Instituto Stoner, y el de Ignasi, psiquiatra clínico, incluso podían ahorrar algo. Además, Èlia, que se embalaba contando detalles que no eran necesarios, le confesó que su marido casi cada mes llegaba a casa con más dinero de la cuenta. Sumando las comisiones que le daban por recetar según qué productos, prácticamente doblaba el sueldo.

De repente, a Santana empezó a interesarle aquel monólogo.

—¿Qué quiere decir que duplicaba el sueldo?

—Que si cobraba dos mil quinientos, llegaba a casa casi con cinco mil. Pues duplicar...

—Pero ¿cómo le pagaban?

—Ay, Dani, yo qué sé. Con cheques, supongo...

—¿Recuerdas el nombre?

—¿De qué?

—Del medicamento. O del laboratorio...

—No lo sé. Es que había más de uno. Todo el mundo quiere que recetes sus pastillas.

—¿Y tu marido qué hacía?

—Cobraba de todos, me parece. No lo sé, no contaba muchas cosas.

—¿Te suena el Prodemax?

—Yo para los nombres... Y todos esos medicamentos tienen unos...

—¿XAK Farma? Son unos laboratorios.

—No lo sé, Dani. Pero podría ser...

Fran Lasorda entró en el gimnasio. Y al abrir la puerta iba tan decidido que asustó a Raquel.

—¡Buenos días! —dijo el doctor en voz alta mientras encendía mecánicamente los fluorescentes.

—¡Buenos días! —respondió Èlia con la misma energía desde la otra punta del gimnasio, más allá del cortinaje.

Cuando la puerta aún no se había cerrado, Raquel ya había salido, deprisa y corriendo, como si no hubiera oído nada, como si aquella conversación nunca hubiera existido. Como si no se hubiera percatado de que Dani ya se debía de estar tirando a su fisioterapeuta. Como si no le sentase mal. Haría de tripas corazón y lo superaría, como había hecho otras veces. Pero aquel «no será ella la que me cace» le martilleaba en la cabeza.

El demonio a veces lleva corbata

Lo había discutido en algunas ocasiones con doña Elvira. El infierno, según Roberto M. Faura, no era más que una engañifa infantil, una forma de asustar, una amenaza para obligarte a hacer lo políticamente correcto, lo que estaba convenido socialmente o lo que estaba católicamente establecido como el Bien. El infierno, sentenció, es el gran chantaje que se ha sacado de la manga la religión.

—Si no sabes ni qué es Dios, ¿cómo quieres saber lo que es el infierno?
—le había soltado su esposa.

Bobby Faura, que como gran empresario de la tecnología era poco dado a vivir en las nubes, podía llegar a creer en un ser superior, creador del Universo y de la vida, o en un Dios que había puesto en marcha el gran motor o, incluso, estaba dispuesto a creer en un Dios que determinaba el destino de todas las personas («Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»). Pero no podía imaginarse, de ninguna manera, que unos diablos con cola fueran cociendo el destino maligno de las personas.

No hay que confundir al demonio con un mentiroso compulsivo, decía. No hay que confundir al demonio con un ladrón de cobre. No hay que confundir al demonio con alguien que se desvive por el ojo por ojo. No hay que confundir al demonio con un camello, que tal vez se ha dedicado a vender droga porque no ha tenido más remedio. El demonio a veces lleva corbata, a veces lleva un delantal del cocinero, a veces es una señora que los fines de semana da cambio en una cabina de peaje y, cuando sale de su jaula y llega a casa, maltrata a su madre. A veces el demonio es una estrella de la BBC, como Jimmy Savile, que durante años y años habría abusado de por lo menos unas trescientas niñas que iban a concursar a su programa. ¿Qué me dices de Jimmy Savile? Algunas tenían ocho años. Como si tienen diez o doce. O catorce. Da lo mismo. ¿El monstruo lo es menos según cuál sea la edad de la víctima?

—¿Dónde estaba tu Dios cuando Jimmy Savile abusaba de todas

aquellas niñas? —La pregunta de Bobby Faura, hecha sin dejar de leer el periódico, no halló respuesta en doña Elvira Herrero.

«*There is a devil loose*» era una frase que, de vez en cuando, como un latigazo, le venía a Bobby a la cabeza. Era una máxima que le había oído decir a Geraldo Smith y que se le había quedado grabada para siempre.

Una noche, en la casa de Miami, una villa neoclásica con un jardín afrancesado que llegaba en plácida pendiente hasta el océano, doña Elvira y su marido, cada uno en su butaca alta, miraban la televisión y compartían un whisky en una copa de balón, con agua y sin hielo. Ella tenía puesto un canal que conocía bien: a cualquier hora del día y de la noche aparecía un telepredicador u otro difundiendo la palabra de Dios y pasando el platillo mediante un teléfono gratuito que aparecía repetidamente en la pantalla. Aquella noche le tocaba a un pastor latino, fornido y grueso, con una americana de botones cruzada. Tenía el don de la oratoria: entonación, fluidez, gesticulación y sentido de las pausas. Geraldo Smith sabía poner el énfasis donde tocaba, lucía un vocabulario rico y, por encima de todo, poseía lo más esencial para comunicar, el dominio de los silencios. Después de escucharlo durante muchas horas, doña Elvira le conocía bien. Le gustaba lo que decía, cómo actuaba y su raya en el pelo repeinado. Mofletudo y con una papada de sapo, el predicador deambulaba por el escenario y o bien hablaba con una señora del público —participativo, entregadísimo a la causa— o bien se plantaba ante Jesucristo clavado en la cruz y, mirándole a los ojos de forma retadora, soltaba una plegaria que inflamaba a todos los espectadores hasta que se ponían en pie. Aquellos hombres y mujeres de todas las edades y de todos los colores que llenaban la platea acababan aplaudiendo acompasadamente, y se ponían a bailar delante de sus sillas, con los brazos caídos y los ojos cerrados, talmente como zombis. O como si se hubieran fumado tres porros y ya no pudieran con su alma anestesiada.

—*There is a devil loose.*

Lo decía y lo repetía con una sonrisa creíble y los dientes muy blancos. De cada tres frases de Geraldo Smith, dos eran en inglés, la otra en español. Pasaba de una lengua a otra con la facilidad de quien respira. Pero «*there is a devil loose*» lo decía siempre en inglés. Soltaba su advertencia y luego lo argumentaba. El demonio puede ser una tentación, decía. El demonio son los cantos de sirena que Ulises no quería escuchar. Del demonio al calvario sólo hay dos escalones. Hay un demonio que ronda. Nadie sabe dónde está. «*There is a devil loose.*» Nadie sabe cuándo aparecerá. Si el diablo hubiera

asomado la nariz en aquel momento, doña Elvira no lo hubiera visto porque hacía rato que daba cabezadas. La salmodia de Geraldo Smith había podido con ella. Roberto M. Faura, que se había mantenido despierto intentando averiguar por qué mecanismos del cerebro la gente pasaba de ver el programa a llamar y a hacer una donación para aquel charlatán de feria, llegó a pensar, antes de su segundo encuentro, que quizá Òscar fuera el demonio errante que va, arriba y abajo, esparciendo el mal. La información —y las fotografías— que le había pasado Javi Cardelús no le había gustado nada. Pero igualmente se moría de ganas de verle, de repetir las guarradas del primer día y, al terminar, mirarle a la cara y oír la mentira que le diría. A menos que tuviera una explicación convincente.

Bobby Faura le esperaba en la habitación del hotel, en una suite normal, sin la *memorabilia* de los Beatles. Tampoco sentía los nervios del primer día. Ya sabía a lo que iba y, más o menos, con lo que iba a encontrarse. Òscar ya no podría sorprenderle mucho más y él, a diferencia del primer encuentro, tenía que llevar las riendas de la situación. Y, además, Bobby se guardaba un as en la manga.

La entrada de Òscar en la habitación del Avenida Palace volvió a ser desbocada. A los cinco minutos, aún vestidos, ya habían manchado la moqueta. A la media hora, y sin condón, ya habían registrado todo el activo y todo el pasivo. Al cabo de una hora, Òscar ya no tenía por dónde ordeñarlo. Bobby, seco, descansó un rato para pensar en cómo una de las primeras fortunas del mundo y un gigoló menor de edad tenían que iniciar aquella conversación. Se levantó de la cama y, antes de ir a lavarse las manos y la cara con la puerta del lavabo abierta, se puso los calzoncillos.

—Vistámonos. Tengo prisa.

—Vete tú. Yo puedo quedarme aquí un rato más, ¿no?

Òscar, desnudo sobre las sábanas, no tenía intención alguna de levantarse. Mirando al techo, se daba cuenta de que Bobby Faura se iba abrochando los botones de la camisa ante un espejo de medio cuerpo. Se subió la cremallera con la decisión de un hombre satisfecho de sí mismo. Para llegar a abrocharse los zapatos, en cambio, tuvo que sentarse a los pies de la cama.

—Tú, Òscar, ¿sabes quién es Dani Santana?

—¿Quién?

—Santana, me han dicho. Dani Santana.

Òscar, que siempre tenía algo que decir, dudó dos segundos antes de responder. Dos segundos que le parecieron cuarenta.

—Es uno que tiene un programa en la tele.

—¿Le conoces?

Òscar empezó a temerse que aquel interrogatorio no era casual. Bobby quería jugar sus cartas guardándose el triunfo, si convenía, para el final de la partida. En aquel momento, la tripa le impedía atarse con facilidad los cordones. A duras penas llegaba a los zapatos.

—Poco. Algún domingo, si no echan nada mejor, a veces lo ve mi padre.

—Me han invitado a su programa. Cardelús me ha dicho que tendría que ir...

—¿Quién es Cardelús?

—Mi director de comunicación. Santana quiere hablar de Historyland.

—No vayas. Te destrozarás.

—¿A mí?

Bobby Faura se echó a reír como Òscar nunca le había oído hacerlo.

—Mi padre dice que es bueno entrevistando, que no tiene compasión...

—Yo tampoco tengo compasión.

—No lo sé. Yo no entiendo de eso. A lo mejor se ensaña más con los políticos. —Y entonces, sin saber por dónde caería el chaparrón, pero sintiendo que estaba a punto de descargar, Òscar decidió tomar la iniciativa—. Me hace gracia que me preguntes por él. ¿Sabes por qué? Porque antes de ayer me lo encontré por la calle.

—¿A quién?

—Al Santana ese.

El rictus de Roberto M. Faura había dejado de ser amable. Se sentó en la cama, con su cara a dos palmos de la de Òscar, que no parecía asustado.

—No lo he entendido bien. —Y pasó a remarcar mucho las sílabas—. ¿Te lo encontraste o fuiste a buscarle?

—¿Has hecho que me sigan?

—¿Quizá tengo que sentirme mal?

—¿Has hecho que me sigan, marica de mierda?

—¿Tú te crees que me acostaría con alguien sin tomar precauciones? ¿Tú te crees que yo dejaría que me la chupara un chaval y no querría saber quién era? ¿Te crees que me jugaría la carrera, el prestigio y los negocios para pasar dos horas contigo?

—Yo qué sé. Me lo encontré por la calle.

—Los cojones. —Bobby apretó los dientes. Y, sin abrir la boca, repitió —: Los cojones. ¿Qué le contaste de mí?

—Nada. Lo que hablamos él y yo no te importa.

«*There is a devil loose.*» Maldito Gerald Smith.

—¿Que qué le contaste de mí? —Hizo el ademán de estrujarle los huevos.

—Nada de nada. —Òscar, ágil, se escapó saltando de la cama.

—¿Qué le diste? ¿Qué había en aquel lápiz de memoria? ¿Quieres que te enseñe las fotos?

—Hostia, tío. Déjame en paz.

—¿No quieres verlas?

—Vaya control. ¿Así es como has llegado a ser uno de los hombres más ricos del mundo?

Y de un sobre de burbujas, que llevaba entre los periódicos doblados, sacó dos fotos. Le arrojó una sobre la cama. Se veía a Òscar dándole a Santana un lápiz de memoria de color verde. La foto estaba tomada de tan lejos que no llegaba a apreciarse que se trataba de un pequeño robot de Lego. Santana, presumido, siempre pendiente de su imagen, no se hubiera gustado. Había salido con los ojos cerrados.

—Ah, ¿así que era esto lo que te preocupaba? —Òscar esbozó una sonrisa nerviosa—. Unos cuentos. He escrito unos relatos y quería que los leyera para que me diera su opinión.

—¿Tú?, ¿a tu edad? ¿A quién quieres engañar, guapo?

—Te lo prometo. Son historias inspiradas en un periodista como él y le pedí que las leyera y me dijera si creía que podría publicarlas. No podía llevarle ciento veinte folios impresos y pensé que con el documento de Word le sería más fácil...

Bobby Faura, como si oyera llover, arrojó la otra foto sobre la cama.

—¿Y le gustó tanto la historia que te la compró al momento? ¿Tú te crees que me chupo el dedo? —Señaló la segunda fotografía—. ¿Por qué os fuisteis al banco a sacar dinero? ¿Qué información le has pasado?

—¿Qué información le voy a pasar si no tengo ninguna? Te lo juro por mi madre que le pasé mis relatos. ¿Quieres saber cómo se titulan?

—No.

—Va de... De cómo los taxistas reparten droga a domicilio y un periodista que los tiene bien puestos, como Santana, lo investiga. Cada relato

es la historia de un taxista diferente. Pero todos trabajan para la misma organización.

—Muy interesante. —Bobby, ya con la americana puesta, recogió el sobre, las fotos y los periódicos—. No venderás ni uno, Òscar.

—Si quieres, el próximo día que quedemos los traigo. Sin problemas.

—Sí que hay un problema, Òscar, ¿no lo has entendido todavía? Escucha bien lo que voy a decirte porque sólo te lo diré una vez: no habrá próxima vez.

Un pacto de fe

Tenemos médicos piratas; tenemos médicos que llevan un ritmo de vida muy por encima de lo que les correspondería por su sueldo; tenemos delegados médicos de los laboratorios farmacéuticos, o visitantes o llamados como os dé la gana, que están dispuestos a comprar una locomotora eléctrica de coleccionista en Alemania para convencer a un médico de este centro para que recete Prodemax; y tenemos que aquí le recetan Prodemax al más pintado.

El Gratu, con el ordenador sobre las piernas, leía el inventario de los indicios y de las informaciones que habían ido recopilando de aquí y de allá.

—O sea, que no tenemos nada. —Agus Maldon le dio al equipo un baño de sinceridad.

—Somos «sololoshechos», pero, de momento, más bien tenemos pocos hechos. —A Raquel, de talante positivo, hacía unos días que le había cambiado el humor. Ver a Santana encaprichado de Èlia, darse cuenta de que ponía aquellos ojitos de cordero degollado, la jodía hasta llegar a límites que ella nunca había explorado.

Dani, preocupado, no había prestado atención a ninguno de los socios de su equipo. Algo le rondaba por la cabeza.

—Eh, tengo una pregunta. Supongamos que un visitador unta a un médico para que recete aspirinas azules. Le paga mil euros para que recete aspirinas azules... Muy bien. La pregunta es: ¿cómo puede asegurar el visitador que después ese médico, en la soledad de su consulta, receta efectivamente aspirinas azules? ¿Y cómo sabe que, cuando el médico ya ha cobrado el cheque, no se pone a recetar aspirinas verdes, porque sabe que a su paciente le irán mejor, o porque el visitador de las verdes le ha pagado más que el de las azules?

Se quedaron mudos. Ni Raquel, ni el Gratu, ni Agus supieron responder a la pregunta de Santana.

—Como no tenemos acceso a ningún visitador, quizá podríamos

preguntárselo, qué sé yo, a un farmacéutico —pensó Raquel en voz alta.

—¿Y qué quieres que nos digan?

A Raquel le dio mucha rabia que Dani la subestimara.

—Yo tengo un compañero de colegio, de toda la vida, que es farmacéutico. —Agus, acostumbrado a escribir las crónicas deportivas contra reloj, era rápido de reflejos—. Puedo acercarme a ver qué saco.

—Por edad, al que más le corresponde ir a la farmacia es a ti, sí.

Parecía que la distracción preferida del Gratu era pinchar al periodista veterano. Recordarle, constantemente, que su vida ya iba de capa caída.

—¿Compañeros de clase? Han pasado ya tantos años que a lo mejor ni se acuerdan de ti...

En realidad, no eran únicamente compañeros de clase. Maldonado y Martínez, por el azar del alfabeto, fueron amigos inseparables de pupitre durante un montón de bups. Adrover, Bascuñana, Blanco, Brescó, Busquets, Campabadal, Capellades, Catafal, Cortès, Costas, Deulofeu, Esteve, Farré, Faura, Faus, García, Gubau, Guimerà, Ibáñez, Maldonado, Martínez... A Agus Maldon le salió, de memoria, toda la lista que había oído, durante muchos años, todas las mañanas, como una especie de mantra ritual. Fidel Martínez se hizo farmacéutico. Alguna vez le había visto detrás del mostrador, despachando en una farmacia de la izquierda del Eixample que llevaba su nombre, allí donde los edificios necesitarían, todos, una limpieza de cara. Por el letrero de la farmacia se había dado cuenta de que su titular era Fidel Martínez y había entrado a saludarle y a charlar un rato.

La mujer del tiempo había vuelto a curarse en salud. Es decir, la había cagado de nuevo. Aquella mañana, con un paraguas en vano, Agus se presentó en la farmacia de su viejo amigo con un objetivo: tirarle de la lengua todo lo posible. Fidel Martínez —cejas demasiado negras para un pelo tan blanco— le recibió con el ruidoso abrazo de los desacomplejados. Era de los que golpeaba fuerte, con la palma de la mano, en la espalda.

—¿A qué se debe este honor?

—Tengo que comprar algo. —Dudó, como quien intenta recordar un nombre complicado—. Prodemax.

—¿Prodemax? ¿Para ti?

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Me han dicho que me tome uno cada noche.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué te lo han recetado?

—Me han echado del trabajo. Supongo que tengo un poco... —Agus nunca había tenido facilidad para el teatro— de depresión.

—A ver, Maldonado, que hace años que nos conocemos. ¿Estás cabreado o tienes una depresión? ¿Eso te lo ha dicho un médico?

Hacía demasiados años que se habían visto la minga como para poder tomarle el pelo a Martínez.

—Te lo digo porque si solamente estás triste, si es cuestión de moral y te doy esto, te puede salir el tiro por la culata.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes aquello de matar moscas a cañonazos?

—¿Esto no puede tomarlo todo el mundo, como si fuera una aspirina?

Martínez no estaba cómodo con la tienda llena de clientes. Agus se había dado cuenta de que las dos auxiliares de farmacia, como quien no quiere la cosa, estaban pendientes de la conversación. Se entendieron con una mirada. Había que buscar un lugar más reservado para poder hablar con la discreción necesaria. Agus pensó que podían salir a tomar un café. Cuando iba a proponerlo, el farmacéutico Martínez, con una bata de solapas pequeñas, como las de Lenin embalsamado, se le adelantó.

—Ven, que te tomaré la presión.

Y lo hizo pasar a la trastienda.

—¿Así que ya no hablas de básquet?

—Pues, no. He tenido que dejarlo. A la fuerza.

—Ya te decía yo que era un deporte de patio de cárcel. —Martínez se echó a reír recordando la frase con que, los compañeros de La Salle, pinchaban a Maldonado, que se pasaba el día botando una pelota naranja—. Dame el brazo.

—Estoy bien de presión.

—Ahora lo veremos. Yo era más de fútbol, pero cuando jugaba a básquet era un buen triplista, ¿no me dirás que no?

—Pero ¿qué dices? Si cuando íbamos al cole todavía no existía la línea de tres puntos. Tardaron la tira de años en ponerla...

—Dieciséis siete. Un poco alta. La máxima, un poco alta.

Como si oyera llover. A Agus, su hipertensión no le interesaba lo más mínimo. La tenía asumida. Como su soltería. Como el hijo que había tenido de rebote. Como el juanete que le deformaba siempre un zapato. Como las

cucarachas que aparecían, cada dos por tres, en su piso de Gràcia, un segundo, vacío y triste, de la calle Mozart.

—¿Qué vale el Prodemax?

—Sesenta con diez. Una caja de veintiocho comprimidos. Uno al día, durante cuatro semanas, que es lo que recomiendan para empezar.

—¿Sesenta euros y diez céntimos? Menudo atraco.

—Para ti, lo dejaríamos... en sesenta, venga.

Se rieron con ganas. Agus se reencontró con el humor de fogueo de cuando Fidel Martínez iba con bata de botones. No pocas veces les habían expulsado del aula por un ataque de risa. O por cachondearse del hermano de turno.

—¿Y cuántas cajas vendes al mes de esto?

Martínez, sin levantarse del taburete con ruedas, se desplazó hasta el ordenador que tenía en la otra punta de la mesa. Tecleó algo y enseguida obtuvo la respuesta.

—Aquí, exactamente, estamos vendiendo veinticinco cajas al mes.

—Veinticinco al mes. —Agus lo anotó en la ficha que le habían dado para apuntar la presión—. ¿Es mucho o es poco?

—Una caja al día, tú mismo... Multiplica los días que abrimos al cabo del año por las farmacias que hay en el país y ve calculando...

—¿Cuántas farmacias hay en el país?

—Demasiadas. Sobran tiendas. Y cada vez nos cuesta más llegar a...

No le dejó terminar.

—Venga, va, que ya nos gustaría a muchos tener ese problema. Una pregunta, Fidel. De esos veinticinco Prodemax que vendes al mes, ¿cuántos son recetas de la Seguridad Social?

El farmacéutico Martínez volvió a teclear. Él también tenía curiosidad por saberlo.

—Todo esto es confidencial, ¿eh? Un noventa a diez. Noventa por ciento de la Seguridad Social, diez por ciento de pacientes de la privada que pagan más de sesenta euros por la caja. O sea, el noventa por ciento lo pagamos entre todos. El otro diez por ciento, entra, pide y se lo paga de su bolsillo.

—Y contentos.

—Contentos, no lo sé. Me parece que con este precio no mucho, pero lo compran confiados en que les ayudará y que les irá bien. No escribas tanto, hombre. No hace mucho leí un estudio... A ver si lo encuentro... —Revolvió

dosieres, carpetas y folios que se amontonaban sobre la mesa—. Si lo encuentro, te lo daré. Un estudio de una chica, creo que era de Navarra, que se había ido a la Universidad de Michigan a hacer un estudio científico sobre el efecto placebo y pretendía demostrar el fraude de los antidepresivos. Y en un punto decía que, cuanto más caro es un medicamento, más efecto hace en el paciente. Es cojonudo pero es así. Aquí está.

Encontró el estudio de la doctora Marta Peciña y se lo dio a Agus. Las conclusiones científicas venían a decir, con palabras demasiado técnicas, que la gente está profundamente influida por el significado cultural, por el contexto biomédico y por el entorno científico de la salud. A Agus le interesaban más los ejemplos prácticos que las pajas teóricas. Le consternaba ver lo que había pasado en un experimento realizado con miles de personas en un hospital de Estados Unidos. A cada paciente se le administraba un placebo sin actividad farmacológica. Vamos, que se le daban pastillas vacías de contenido, para decirlo de forma que nos entendamos. Y concluían:

La gente experimenta mejoras por el sólo hecho de ser atendida.

Tomar una pastilla grande hace más efecto que tomar una pequeña.

Tomar diversas pastillas hace más efecto que tomar sólo una.

Una píldora es más eficaz que una pastilla.

Una inyección es más efectiva que una píldora.

Una pastilla que cueste 1,50 es más efectiva que una que cueste 0,10.

Una pastilla en una caja de colores hace más efecto que una pastilla en una caja sin marca.

—Joder. El envase de Prodemax es llamativo de cojones.

—Tú dirás... Agus, la industria sabe, perfectamente, que cuanto más medicalizado, más científico y más invasivo sea el contexto, mejor será la respuesta del placebo.

—Pero ¿no estaréis vendiendo agua azucarada a conciencia?

—No, no es agua azu... Ojo. Los medicamentos funcionan, tienen unos principios activos y han sido aprobados por la Agencia Europea del Medicamento. Pero lo que dice esta chica es que la forma en que nos los tomamos, lo sensibilizados que estemos, por sí misma ayuda a mejorar el estado del paciente. El tema es otro. Para mí el tema es si se receta demasiado, o no. Si se le da este medicamento, y tantos otros, a más gente de la que lo necesita.

—Y la respuesta es que sí, ¿supongo?

—¿A ti qué te parece?

Agus valoró si debía soltar lo que pensaba.

—Que, dicho así, amigo mío, los farmacéuticos también sois cómplices.

En la expresión de Fidel percibió que le había sentado mal.

—Mira, la farmacia es nuestro comercio. Es nuestro negocio privado, ¿sí? Cada uno vela por sus intereses y nosotros velamos por los nuestros, ¿sí?

—Agus iba asintiendo levemente, con las cejas, para no interrumpir el argumento—. Aquí, a la farmacia, me viene doña Pepita, buenos días. Alguien, saltándose el código de buenas prácticas, le ha recetado, para sus dolores, tres cajas del fármaco de última generación más caro del mercado. A cuarenta y cinco euros la caja. Aquí las tiene. ¿Quiere que se las envuelva? Adelante, sin problemas, que usted lo pase bien, doña Pepita, y que tenga un buen día y esperamos volver a verla pronto. Para los dolores de doña Pepita le podían dar un paracetamol de un gramo, a tres euros, o una caja de un medicamento nuevo, de última generación, a cuarenta y cinco euros. ¿Y qué le han recetado?

—¿Esto ocurre?

—Cada día. Un genérico de Prozac no llega a tres euros. Pero el Prozac se sigue recetando. Ya han caducado los años de la patente y de la exclusividad, ya han podido salir los genéricos. De hecho, ya han salido y hay unos cuantos, pero los medicamentos caros continúan recetándose. Ocurre cada día. —Fidel Martínez, para ser honesto en su explicación, levantó un dedo para introducir un matiz—. Ocurre menos que antes, eso es cierto. Con los códigos de buenas prácticas y los protocolos sanitarios y la pera en bicicleta todo esto se ha ido frenando. Pero, aquí y en todas partes, sigue ocurriendo cada día. Ahora bien, si lo que quieres es describir el panorama del fraude a la Seguridad Social y cuáles son las verdaderas causas para haber llegado a donde hemos llegado, aquí hay muchos culpables.

La farmacia se había ido llenando. El amo, con unas crocs rojas muy cantonas, se levantó a cerrar la puerta corredera para que, desde fuera, no le vieran de tertulia. Que nadie creyera que se daba cuenta de la cola y que no quería salir a despachar. Fidel Martínez, que hacía treinta años que había heredado la farmacia de su padre, había meditado mucho sobre el negocio. Y lo decía todo con pesar, como si estuviera desvelando un gran secreto. Negaría haberle contado nada de todo aquello a su compañero de pupitre.

—El cataclismo sanitario no es un muerto que se tenga que cargar a los

farmacéuticos. Ni es sólo responsabilidad de los médicos. Ni siquiera es culpa, únicamente, de la industria y de los laboratorios. Los usuarios, que quede claro, los usuarios, en mi opinión, también tienen su parte de responsabilidad.

—Culpar a los usuarios sería impopular.

—Pero también sería una parte de la verdad. Durante muchos años cuando el abuelo iba al médico a buscar recetas, toda la familia le hacía el pedido de lo que necesitaban. ¿Sí o no? «Pide Frenadol, abuelo, pide Oraldine.» «Un Farnatón para mí.» En la época de las vacas gordas, el abuelo, el pensionista, iba con su bastón al médico y volvía con todas las recetas. ¿Sí o no?

—Sí. ¿Quién no lo ha hecho?

—Y el Estado venga a pagar medicamentos, y la gente venga a aprovecharse y a acumular cajas que luego se quedaban en el botiquín, y cuando necesitabas tomar una pastillita, va y está caducada. ¿Sí o no?

—Hostia, Fidel, al final tendré que tomarme la pastilla esa para la depresión...

Agus Maldon iba pensando que volvería al Stoner con información de la buena. Seguramente, conocida y asumida por todo el sector, pero absolutamente nueva para ellos, que apenas empezaban a introducirse en aquella realidad oculta.

—¿No tiene genérico el Prodemax?

—No. Hace sólo unos tres años que está en el mercado. Todavía les quedan siete años para ir recogiendo beneficios sólo para ellos. Caja, cobre por favor. Ahora bien... ¿podríamos encontrar equivalentes o similares, que tuvieran un efecto razonablemente parecido y que fueran mucho más baratos? Claro que sí.

Agus no paraba de tomar notas, con una letra diminuta. Recordó que había ido a ver a su amigo farmacéutico para hacerle una pregunta concreta.

—Olvídate del Prodemax y hablemos en general. Pongamos que un visitador le paga mil euros a un médico para que recete aspirinas azules. La pregunta es cómo se asegura el visitador de que ese médico les está recetando las aspirinas azules a sus pacientes. Ésa es la cuestión.

Fidel Martínez resopló.

—Por un pacto de fe.

Mientras tanto rumiaba: a ver cómo se lo cuento yo ahora a éste...

—Joder, Agus, chato, en La Salle no hacías estas preguntitas... Déjame

pensar cómo lo hago bien fácil para que me entiendas.

La respuesta debía de ser realmente complicada, porque el farmacéutico Martínez se quedó inmóvil durante casi un minuto, colgado como un ordenador esperando reiniciarse. Finalmente, pareció atreverse.

—Los visitantes de los laboratorios farmacéuticos no sólo van a ver a los médicos. También nos visitan a nosotros. De vez en cuando, nos mandan una caja de vino. Un vino de cojones. De vez en cuando también vienen y nos hacen una pregunta. Dejan caer una pregunta como quien no quiere la cosa. ¿Qué médicos del barrio están recetando la aspirina azul? Y nosotros, que no podemos dar información confidencial, ni tampoco estamos aquí para delatar a los médicos, podemos decir los nombres o no decirlos. O los mismos visitantes, a veces, nos van soltando nombres de médicos y nosotros hacemos muecas para que entiendan que este doctor sí, éste poco, éste no mucho, éste no me suena de nada...

—Vaya, que también os compran...

—A otro precio. No tiene nada que ver.

—Pero igualmente es un sistema muy poco preciso. El visitante se va sin saber si el doctor Pagès ha recetado catorce aspirinas y el doctor Conejero nueve.

—No lo sabe, es cierto. Por eso te digo que es un pacto de fe. Los visitantes preguntan, nosotros damos una orientación muy vaga y, a partir de ahí, que ellos hagan sus cálculos.

Fidel Martínez, que no había roto un plato en su vida, pensaba a ver si ahora yo quedaré como un chorizo que me he vendido por seis botellas de Vall Llach.

—Los farmacéuticos despachamos lo que nos piden. Nunca le venderíamos una caja de cuarenta y cinco euros a gente que no lo necesita. En cualquier caso, déjame que te diga que todo esto está regulado, y que hay inspecciones, y que alguna vez han pillado a algún médico que le estaba colocando unas pastillas a todo quisqui, que han podido demostrar que eran médicos sobornados por el laboratorio y que se sacaban un sobresuelo que triplicaba sus ingresos habituales, y los han echado de todas partes.

Agus Maldon, que anotaba todo lo que el farmacéutico iba contando de mala gana, había llenado tres fichas de presión por delante y por detrás.

—A mí no me líes, ¿eh?

—No, no... —Mientras seguía tomando notas.

—Me pones nervioso con tanta escritura. Vamos a hacer una cosa...

Fidel Martínez cogió las fichas en las que Agus había estado tomando apuntes con letra diminuta y las rompió.

—Pero...

—Yo ya te lo he contado. Ahora tú haz lo que te dé la gana, pero yo no he hablado contigo.

El periodista no osó protestar.

—Y ahora, Agus —se levantó—, tengo la tienda llena de gente. Lo siento.

Aún desorientado por haberse quedado sin sus notas, captó la indirecta.

—No faltaba más, discúlpame por tu tiempo.

Tapó el bolígrafo y también se levantó.

—O sea, que si alguien que no fuera yo, alguien que entra de la calle y al que no conoces de nada, te hubiera pedido un Prodemax, ¿qué habrías hecho?

—Toma, pues dárselo.

Agus le tendió la mano, para que Fidel Martínez le chocara la palma. Como en el básquet. Como hacían en el colegio.

—Me lo ha pedido, ¿no? Pues se lo doy.

El farmacéutico le chocó la mano, con la complicidad que sólo tienen los que han compartido muchas horas de clase durante muchos años. Un extraño vínculo para toda la vida.

El anuncio hablaba de seis ninfas

El verbo preciso era convencer. Seducir. Insistir. Persuadir. Inducir. Conseguir. Había sinónimos, sí. Y un montón de eufemismos y de sobrentendidos que utilizaba a conveniencia en cada caso concreto. Hugo Serra Calcavecchia había hecho de todo para convencer a los médicos para que recetaran el medicamento que él intentaba potenciar en el mercado. Pero nunca los compraba, ni los untaba, ni los corrompía, ni los sobornaba. En el cursillo que dieron al ejército de visitantes en XAK Farma, nunca les dijeron aquellas palabras.

En algunos casos, para convencer a un médico, había pagado el apartamento de vacaciones —julio y agosto en Calafell, junto al mar— para la familia mientras el doctor estaba de rodríguez en Barcelona. Había pagado billetes de avión a Nueva York, safaris fotográficos en Tanzania, viajes a Playa Bávaro y cruceros por los fiordos, por el Mediterráneo o por el Báltico en un barco con la orquesta de San Petersburgo, que amenizaba todo el viaje y tocaba piezas de compositores rusos. Había llevado a médicos a ver partidos del Barça —fútbol en mayúsculas—, al palco privado que su empresa farmacéutica tenía en el Camp Nou. Otras veces los había llevado al Bernabéu —otro tipo de espectáculo—, porque XAK Farma también tenía allí, tras una jaula de cristal, un palco sólo para sus clientes más selectos. Había convencido a médicos de buen diente en las mesas de los mejores restaurantes con estrella Michelin. Les había invitado al Can Fabes de Sant Celoni, al Bulli de Ferran Adrià o al Sant Pau de Sant Pol.

Un día, en el *summum* de su trabajo, un palillo como Hugo Serra Calcavecchia comió en el restaurante de Carne Ruscalleda con un grupo de médicos que se fueron muy convencidos y volvió allí para cenar con otro grupo. El primero se levantó de la sobremesa a las cinco y media, y a las ocho y media, Hugo Serra volvía a sentarse en la misma mesa del mismo restaurante con otros cuatro médicos. La Ruscalleda, profesional —combinación perfecta de clase, discreción y *savoir faire*—, le trató como si

no le hubiera visto nunca y fuera la primera vez que pisaba su restaurante.

El doctor Duran, en cambio, era un hueso duro de roer. No había forma de convencerle. Ni Messi, ni Ferran Adrià, ni el catálogo de la ruta del Transiberiano: no había nada que le hiciera ilusión. Hasta que el doctor Duran, sentado en su consulta, le dio una sorpresa. Abrió el primer cajón de su mesa, sacó *La Vanguardia* y la dejó, con displicencia, sobre el teclado del ordenador. Tenía el periódico doblado por la página de los clasificados y, con un marcador amarillo, trazó un círculo sobre un anuncio.

—Cualquier mediodía, de tres a cuatro. A las cuatro y media abro la consulta.

—¿Puedo llevármelo?

—Coge todo el periódico, ya sé lo que pone.

Era un anuncio por palabras:

TOP STANDING BONANOVA
6 NINFAS. AMBIENTE DE LUJO.
TOTAL DISCRECIÓN
JACUZZI, TRÍOS, CHAMPÁN FRANCÉS.

A Hugo Serra le habían pedido de todo, pero hasta aquel momento nadie le había sugerido que pagara un *ménage à trois*, de tres a cuatro en un día laborable, con chicas que estuvieran buenas y que, preferiblemente, fueran extranjeras. ¿Y por qué Duran no iba directamente, pagaba él mismo y luego ya ajustarían cuentas? El doctor Duran, sin dar muchas explicaciones, prefería que el visitador de XAK Farma, el pelma del Prodemax, le allanara el terreno.

Hacía muchos años que Hugo Serra no iba de putas.

Sus fantasías eran otras.

En la entrada de Vilanova i la Geltrú hay un McDonald's. Allí, en el camino desde el mar a Vilanova, donde las rotondas, han plantificado naves, polígonos y almacenes rodeados de malas hierbas y persianas bajadas, hay otra franquicia de McDonald's. Allí sí que hay movimiento a todas horas. Lo que más le gusta en el mundo, a Hugo Serra Calcavecchia —él, que tiene la vida rankingizada—, es conocer a una mujer, ligársela y, una tarde de invierno, salir de Barcelona con su coche, recorrer las costas del Garraf, llevarla al McAuto de Vilanova, pedir dos hamburguesas por la ventanilla, unas cuantas bolsitas de ketchup, una Coca-Cola y comérselo todo, dentro del

coche, en la playa del faro. Allí, aparcados ante la puesta de sol, tiene el ritual muy preciso: se desabrocha el cinturón, se baja la bragueta y, mientras se come la hamburguesa al son de las gaviotas, ella va lamiendo el ketchup que le chorrea por encima. Hugo cierra los ojos y, si la chica es hábil, él toca el cielo con el último bocado de la hamburguesa.

En alguna ocasión también se había echado mostaza, pero las chicas se atragantaban y mandaban toda la ilusión de Hugo a tomar por saco. No valía la pena forzar la situación y para él, al fin y al cabo, el placer era el mismo con mostaza o sin ella. El vicio completo, y el reto, eso sí, era hacerlo todo sin bajar del coche en ningún momento, desde que salían de Barcelona hasta que volvían a la ciudad después de digerir la merienda-cena.

Hugo Serra se camufló bajo unas gafas de sol para llamar al timbre de un edificio de cuatro plantas, de ladrillo visto, en el paseo de la Bonanova, junto a la plaza de Sarrià. El Top Standing Bonanova estaba en el entresuelo y subió los escalones de dos en dos. En la puerta no había ningún cartel, pero él llamó decidido. Le abrió la que suponía que era la madama. Iba despeinada como si se hubiera levantado a toda prisa de la siesta. No era ni sexy, ni sofisticada, ni *top standing*. Llevaba una camiseta verde con una corbata negra dibujada y unos vaqueros casi blancos de tantos lavados.

—He visto en el anuncio del periódico que aquí se podían hacer tríos.

—Sí, señor...

Ella esperaba algún nombre. Y él fue rápido de reflejos.

—Arturo —dijo sin dudarle. Convencido, desde aquel momento, de que ése era su nombre porque así lo bautizaron sus padres.

—¿Alguna chica en concreto?

—No, no las conozco.

—Ahora las haré pasar. —La madama, cuando hablaba, mostraba unas muelas amarillentas—. ¿Sabe qué servicio quiere?

Arturo se encogió de hombros, esperando que le cantaran el menú. La madama, que parecía cualquier cosa menos una madama de altos vuelos, lo entendió.

—Un manual, media hora, setenta. Tres cuartos de hora, cien. Una hora, ciento veinte. Francés, doscientos. Completo, una hora, trescientos.

La Ruscallea, pensó Arturo, cuando canta los platos fuera de carta, no va tan deprisa. Y le pone más corazón, más pasión, para vender el producto.

Con tanta información, dicha como una metralleta, se había perdido y sin ningún énfasis, como si a aquella mujer le diera lo mismo una cosa que otra. Pero a Arturo le daba vergüenza preguntar, perdone, ¿el francés cuánto rato es, y a qué precio, y es a pelo o con goma?

—¿Eso con dos chicas?

—No, no... Eso es el precio de una. A cuatro manos, el doble.

Ella lo llamaba a cuatro manos; Arturo Hugo Serra pensaba en dos lenguas.

—Vale, pues... —Se ponía nervioso porque parecía que la madama tenía prisa—. Un completo.

—Muy bien, ya verá como le gustará. Espérese aquí, que ahora irán pasando las chicas. Hay dos que están trabajando, le mostraré a las otras tres.

Más que escoger, tenía que descartar. Francamente, Hugo Serra se imaginaba que, en aquel piso del paseo de la Bonanova, habría mucho más donde elegir. El anuncio hablaba de seis ninfas. Si quería dos y sólo tenían tres... Esperó con la puerta ajustada mientras, al fondo, oía a la madama cuchichear con las chicas, como si estuvieran decidiendo quién tenía que desfilarse primero. La habitación tenía muchos menos lujos de los que él esperaba. La cama de matrimonio, con unas sábanas de color pistacho, estaba arrinconada contra dos paredes. Junto a ella, un enorme espejo hacía que la habitación pareciera más espaciosa. En la cabecera de la cama, dos enormes cojines cuadrados, de terciopelo, raídos por el lado de la cremallera, parecía que molestaban más que otra cosa. En la mesilla de noche —modelo Trysil de Ikea, que reconoció de un vistazo—, había una cestita con preservativos envasados al vacío, un paquete de clínex, dos toallas dobladas, un peine y una botella de aceite que parecía rellena. A los pies de la cama, un jacuzzi en forma de abanico para acoger a una persona y media. O una sobre la otra, que tal vez se trataba de eso. La luz, mínima, que quería ser íntima, le daba un aire rancio, de posguerra. Lo que más le extrañaba a Arturo Hugo es que no hubiera ventana alguna, ninguna ventilación.

Se abrió la puerta y entró una muchacha mulata, con una gran melena oscura y unos ojos de gata que tiraban de espaldas. Se acercó a Hugo y le dio dos besos.

—Hola. Chulita.

—Hola, ¿qué tal?

Y salió tal como había entrado. Si de frente lo único que había podido mirarle eran los ojos, cuando se iba aprovechó para darle un repaso. La bata

rosa, exageradamente corta y estrecha, le dejaba las nalgas a la vista. Un buen pandero. Pero no tenía tiempo para pensar porque el desfile continuaba.

—Hola. Maite. —Y dos besos más.

—Hola, Maite.

Por delante, por detrás, su peinado, su tipo, su acento. Todo muy normal. De ninfa, nada de nada. Nunca hubiera dicho que en un lugar como aquél, dispuesta a hacer un completo con cualquiera que pagara, pudiera encontrar a una mujer que podría haber sido su hermana vestida con una diminuta bata rosa y un tanga de hilo. El casting se acabó enseguida.

—Hola. Me llamo Daviana.

—Arturo, mucho gusto.

El doctor, por discreción, prefería que fuesen extranjeras. Eso se lo había dejado claro. Él —hombre casado— salía mucho por la tele, era una eminencia médica del país y, cada dos por tres, o le hacían una entrevista o aparecía en una noticia, o llevaban un equipo a su casa para grabarlo opinando sobre cualquier incidente en que un psiquiatra pudiera decir algo. Era, por decirlo claro, una cara conocida y creía que era más difícil que, en un ambiente como aquél, le reconociera una chica de fuera que una de aquí. En cuanto a la fisonomía de las chicas, le había dicho a Hugo Serra que, si el lugar era limpio, le daba todo bastante igual, que estuvieran buenas y que, por el mismo precio... La madama entró de nuevo en la habitación.

—¿Ya lo sabe, Arturo?

—Sí —quiso decir bien los nombres, para no equivocarse—, Chulita y Daviana.

—Muy buena elección. Una brasileña y una rusa.

—¿Ah, sí? Parecerá un anuncio de Benetton.

A la madama no le hizo ninguna gracia. Ella iba a lo suyo.

—Seiscientos, Arturo.

Hugo Serra Calcavecchia, por si acaso, había cogido mil euros. Sacó el fajo del bolsillo del Ventolín y contó doce billetes de cincuenta. La madama, sin mirarlos siquiera, se los metió en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Si quiere, puede ir duchándose.

—No, no... No nos hemos entendido. Es que no es para mí.

—¿Perdón?

—Es que yo no soy el que... —Arturo desgañitándose—. Es para un amigo. Un regalo. He venido a pagar por él, que vendrá a las tres en punto. Si las chicas pueden estar preparadas a las tres, Chulita y Daviana, por favor. Yo

ya he pagado, de acuerdo, y él vendrá y que pasen una hora entera los tres juntos.

La madama le perdonó la vida con la mirada.

—¿Y si a esa hora tengo a las chicas ocupadas?

Hugo Serra Calcavecchia, Arturo para los prostíbulos, se echó mano al bolsillo y, como quien no quiere la cosa y con una habilidad que parecía ensayada, extrajo un solo billete de cincuenta y lo enrolló sobre la palma de la madama.

—Ya procurará usted que estén libres, ¿no es así?

En su diccionario de visitador médico con muchos años de experiencia, a esto lo llamaba convencer. Con argumentos.

El castigo para los bocazas

El domingo por la mañana, el tiempo se detiene. Las ciudades se atemperan, los ruidos son más apagados, reina la quietud y nos despertamos lentamente, con una especie de cansancio infinito, sin prisa. Malo cuando un domingo, antes de las nueve, suena el móvil de Eva Bosch.

—Buenos días. ¿Qué pasa? —Apoyó los pies en el frío suelo—. Mándame la localización. Voy enseguida.

Sin duchar, sin el uniforme y sin tener que conectar la sirena porque no había nadie en las calles, en media hora llegó a la zona cero, un bosque de pinos en Collserola, a la espalda de Barcelona. La policía había utilizado los mismos árboles para tender la cinta plástica del «No pasar» en un perímetro de unos cincuenta metros.

Cuando llegó, con el pelo recogido en la nuca, Eva Bosch no dijo ni buenos días. Porque no lo eran. Y se dirigió inmediatamente al punto en que se encontraba el cuerpo.

—¿Alguien lo ha tocado?

—Nadie.

Antes de retirar la manta que tapaba el cadáver, le advirtieron:

—Es una brutalidad. Es un pobre chaval.

—Puah, qué peste. —Eva lo miró cinco segundos y, con la mano, hizo un gesto para que lo cubrieran de nuevo.

—Está aquí, como mínimo, desde ayer a esta hora.

—¿Quién lo ha encontrado?

El policía, sin dejar de hacerle fotos a la zona de pinaza que rodeaba el cadáver descuartizado, le señaló a una mujer vestida de corredora, como mínimo, para el maratón de Nueva York: un top naranja, fosforescente, unas mallas negras, ceñidas, hasta la pantorrilla, y unas Asics en los pies. Los de la ambulancia le habían colocado una manta térmica sobre los hombros para

que no se enfriara. Como si hubiera llegado a la meta, en Central Park.

—Buenos días, soy la intendenta Eva Bosch. ¿Es usted quien nos ha avisado?

La corredora, Cristina C., temblaba. De frío. O por el hecho de haberse encontrado, hacía poco más de una hora, a un hombre destripado en medio del bosque.

—Esté tranquila y cuénteme cómo ha ido todo, por favor.

Cristina C. —decidieron mantener el apellido en el anonimato para que los medios no la molestaran— corría diez kilómetros día sí día no. Era una costumbre. Corría para mantenerse en forma a partir de los cuarenta, para ordenar su vida (decía que, cuanto más cansada estaba, mejor pensaba) y, también, para entrenarse para hacer un buen crono en la carrera de San Silvestre. Salía de casa a las siete y cuarto de la mañana, aunque fuera domingo, y se iba a correr por la carretera de Cerdanyola hasta la altura del sincrotrón Alba y, allí, más o menos, según lo cansada que estuviese, daba media vuelta y volvía a casa. Durante todo el recorrido, escuchaba música.

De entrada, Eva Bosch se había dado cuenta de que Cristina C. llevaba el iPod atado al brazo, con velcro. Para hablar con la intendenta se había quitado los pequeños auriculares que se le habían quedado enredados en el cuello. La música que estuviera escuchando cuando se encontró al chico, a la policía le daba igual. En realidad, los Dire Straits estaban muy pasados de moda. Lo que sí le interesó, un poco más, fue que dijera que no tenía demasiado alto el volumen para poder oír a los coches cuando cruzaba la carretera. En todo el tramo paralelo al Parc Tecnològic del Vallès se había construido un carril bici de doble sentido, amplio y cómodo, que era muy apreciado no sólo por los ciclistas, sino también por la gente que corre, que camina —para no desgastar tanto las rodillas— o que, simplemente, sale a tomar el aire mientras pasea al perro. Los días de diario aquélla era una carretera muy transitada por camiones, y era prudente, como hacía Cristina C., poder oír si se acercaban antes de cruzar y seguir la ruta.

El sábado por la noche, Cristina C., madre soltera, había dejado a su hija a dormir en casa de sus abuelos y había salido hasta tarde con las amigas del colegio. Cenaban juntas dos noches al año, la medida justa para seguir siendo amigas. Y había bebido mucho más de lo que solía hacer. Entre la cena —cerveza y vino— y el gin-tonic de después —uno y medio, de Seagram's, para ser exactos—, le había pasado algo insólito. Nunca antes, mientras corría, le habían cogido unas ganas locas de hacer pis. Cuando no pudo más,

cuando se aseguró de que no tendría tiempo de llegar a casa porque la prisa era irrefrenable, se desvió de su camino, salió del carril bici y tomó un sendero, hacia el interior del bosque, para encontrar un rincón discreto. Un domingo por la mañana, a las ocho y en aquel lugar, difícilmente se encontraría a nadie. Como mucho, un jabalí. Una vez aliviada, y cuando volvía a subirse las mallas, le pareció ver en el suelo, a tres pasos de donde se había agachado, un par de zapatos. Enseguida se dio cuenta —el susto fue enorme— de que de aquellos zapatos salían las piernas de un cuerpo destrozado. Desfigurado. Muerto. Brutalmente asesinado. Con la garganta abierta.

Cristina C. corrió el esprint de su vida. Salió a la carretera de Cerdanyola chillando como una loca. Gesticulaba y gritaba y se echaba las manos a la cabeza y lloraba, todo a la vez. Los primeros en pasar fueron un grupo de ciclistas domingueros. Ella, arrojándose sobre el manillar del que iba segundo, hizo que se detuvieran y, fuera de sí, les preguntó si llevaban un teléfono. Después de comprender, más o menos, lo que había pasado, el más veterano de la cuadrilla sacó su móvil de la riñonera y llamó al 112. Cristina C., sollozando durante muchos minutos, no habría podido ni hablar. «Quédense donde están y que nadie se acerque al hombre.» Las dos órdenes, desde el otro lado del teléfono, fueron muy precisas. Siete minutos de cronómetro después, llegaba el primer coche de policía. Y, cuando vieron aquel panorama escalofriante decidieron avisar a Eva Bosch.

—Madre mía. Quien haya hecho esto no es la primera vez que hace un trabajo así.

—Es la matanza del cerdo. Un gran corte bajo el cuello, de lado a lado, y empieza a chorrear a base de bien.

—¿Qué sabemos?

—Poca cosa. Creemos que no lo han liquidado aquí. Si fuera así, tendría que haber un charco de sangre, aquí, con lo que le han hecho...

—¿Tú crees que lo han torturado en otro lado y lo han arrastrado hasta aquí?

—No lo sé. Hemos de empezar a buscar huellas y roderas, pero si lo hubieran matado por aquí es cierto que habría mucha más sangre. Me juego mis huevos.

—¿Sabemos quién es?

—Ni idea. No va identificado. Lleva una cadena en la muñeca que pone Òscar.

—Sí, ya me he fijado. Òscar no sabemos qué más.

A Eva Bosch le sonaba aquella cara, pero no acertaba a saber de qué. Diría que lo había visto, no hacía mucho, en alguna parte. O quizá no. Estaba confusa y se había quedado tan impresionada por la corbata colombiana que el shock la había desconcertado. Le habían abierto la garganta, de un lado a otro, y le habían sacado la lengua por el nuevo orificio que quedaba por debajo de la mandíbula. La lengua había quedado colgando, como si fuera una corbata. Es el castigo para los bocazas. La venganza para los traidores, para los que hablan más de la cuenta.

—A lo mejor aquí encontramos más pistas.

El policía, con guantes, había encontrado el teléfono móvil de Òscar y lo había metido en una bolsa de plástico.

—Esto es cojonudo. ¿Dónde estaba?

—Metido en un calcetín. —Eva Bosch y el resto de policías lo miraron extrañados—. Sí, sí. Dentro del calcetín.

—Veremos qué dice la autopsia. Bravo, muchachos.

Eva Bosch no tuvo tiempo para nada más. Recorrió diez pasos en dirección al bosque, alejándose del cuerpo de Òscar, de Cristina C. y del grupo de ciclistas que rondaban por el perímetro decidiendo si aún tenían tiempo de ir a tomar el aperitivo o si, aquel domingo, habiendo visto lo que habían visto, lo dejaban para otro día. La intendenta caminaba con decisión, como si hubiera visto algo relevante para resolver el caso. De repente, apoyó una mano en la corteza de un pino, abrió las piernas, inclinó el cuerpo hacia delante y vomitó.

En el vientre de la ballena

El panel mostró su número. El trescientos veinticuatro. Después de dos horas y media esperando, de pie, había llegado su turno.

—¿Usted se llama?

—Antonio Mallenco.

—Y de segundo...

—Grandes.

—¿Edad?

—Cuarenta.

—¿Ha trabajado alguna vez como camarero?

—Sí, mucho tiempo.

—¿Qué experiencia tiene?

—Estuve cuatro años en el Tropeziens.

—¿Es un restaurante?

—Sí. Cafetería-bar-pizzería-restaurante, en el paseo de Gràcia.

—¿Era usted el encargado?

—No. —¿Cómo quería que fuera el encargado?—. Yo era muy joven.

—¿Qué es lo que hacía?

—De camarero. Servía mesas. Empecé con los zumos, las bebidas y los postres. También servía biquinis. Tenían fama de ser los mejores de Barcelona.

—¿Dónde dice que está?

—¿El Tropeziens? Hace años que lo chaparon. Estaba en el paseo de Gràcia.

—¿Trabaja como camarero ahora?

—No. Hago tornillos. Nada que se pueda comer.

El entrevistador, por primera vez, levantó los ojos y lo miró por encima de las bifocales. Aquí estamos trabajando, ¿entiende? Usted lleva horas de cola, pero yo llevo días detrás de este mostrador, o sea que ahora no venga a vacilarme. Antonio, que comprendió aquella mirada, temió por un momento

que su bromita pudiera mandar al traste su estrategia y se dio prisa en deshacer el entuerto.

—Hacemos tornillos de acero inoxidable. Tornillos y arandelas, piezas especiales. Trabajo en una fábrica.

—¿En las oficinas o en la fábrica?

—No, no... En la fábrica. A pie de máquina.

—A ver las uñas.

Antonio tendió sus diez dedazos, con las dos manos muy abiertas, ante las gafas de aquel tipo escuchimizado que, ante un formulario que seguía punto por punto, parecía el hombre más poderoso del mundo. No le mostraba las manos de aquella manera a nadie, ni a Aura, desde que su padre, treinta años atrás, les pasaba revista día sí, día no. El señor Mallenco estaba obsesionado con las uñas sucias. Por suerte, desde entonces le había quedado la costumbre de llevar siempre unas manos aseadas.

—A ver los dientes.

—¿Es importante para hacer de camarero?

—La higiene, sí. Es para un cóctel de pie.

—¿Y habrá que sonreír?

El hombrecillo no estaba para hostias.

—¿Puede abrir la boca, por favor?

Y Antonio la abrió, a su pesar.

—Un poco más.

El entrevistador —repeinado como un beato— se levantó del taburete alto que lo elevaba detrás del mostrador. Se acercó mucho a la cara de Antonio y se fijó mucho, como quien busca a Pinocho en el vientre de la ballena y no lo encuentra.

—Le falta una muela.

—*Jí* —dijo Antonio con la boca todavía abierta—. *Pro uy atrás.*

—Cierre, gracias.

—Es muy atrás. No se ve nada. Mire, puedo sonreír, y no se ve nada. — Hizo dos muecas, con los pómulos tan arriba como pudo, y se esforzó por mostrar sus ojos más risueños. Pero la boca, cerrada.

—Ya.

—¿Puedo preguntarle algo, sin ánimo de ofender? ¿Por qué los camareros tienen que sonreír?

—Porque es una celebración. Y la gente tiene que estar contenta. No habrá mesas. Es la colocación de la primera piedra de un parque temático y

habrá que sacar bandejas y más bandejas de canapés, de pinchos de mejillones, de lo que sea, y hay que tener habilidad para pasar entre centenares de personas y también amabilidad para servir a todas. Y sonreír. Quieren que en Historyland todo el mundo sonría desde el primer día. Y todo tiene que ser impecable. ¿Sabe usted lo que es Historyland?

—Sí, señor. El nuevo parque que quieren poner al lado de Vic.

—Terminemos. —El hombrecillo seguía, punto por punto, las instrucciones—. ¿Por qué quiere este trabajo para un solo día?

—Por dinero.

—¿Conoce las condiciones?

—Cincuenta euros por una jornada, me han dicho. Lo ponía en el anuncio...

—¿Sabe qué día es?

—No.

—El 19 de mayo. Es un sábado. A las cuatro, el autocar recoge a todos los camareros en Barcelona, en el paseo de Sant Joan, y los lleva hasta la carpa de celebración en Osona. Allí se cambian, se preparan, les dan las instrucciones finales y, cuando se acaba la fiesta y la música, entre las dos y las tres de la madrugada, el mismo autocar vuelve a traerles aquí.

—Me parece cojonudo. ¿Cuántos camareros necesitan?

—Muchos.

—¿Muchos?

El hombrecillo quería acabar con Antonio y comenzar el cuestionario con el siguiente. El del mostrador que a más gente entrevistara al cabo del día tendría una gratificación. En aquel momento creía que, si no iba el primero, por lo menos estaría en segundo o tercer puesto.

—Más de trescientos. Esté atento al teléfono, que ya le llamaremos.

—Eso quiere decir que sí.

—Quiere decir que ya le llamaremos.

Antonio quiso tenderle la mano por encima del mostrador. El hombrecillo ya había pulsado el botón. En la pantalla ya aparecía el trescientos veintiocho.

Kia Kaha, Jonah

—Perdón. No quería interrumpir —se disculpó.

Con una rueda de su silla, el Gratu había empujado la puerta de la habitación de Santana, que apenas estaba ajustada. Dentro, sentados en la cama, Dani y Èlia se mordían los labios con la pasión de los primeros días. La fisioterapeuta se puso de pie en un acto reflejo, y disimuló su vergüenza. Santana no, porque no tenía vergüenza.

—¿Qué pasa, chaval?

—Tu plan ha funcionado. Creo que nuestro hombre colaborará.

—Bravo, Gratu.

—¿Cómo era eso que dices siempre? Todo el mundo tiene un titular...

—Todo el mundo tiene un titular a cinco columnas que puede hundirle la vida. —Santana, levantando una ceja, dudó si revelar o no el secreto—. Es muy bueno, pero no es mío. Lo decía Riera, un maestro que tuve. Ayer me escribió desde Dubái. Tengo que devolverle el SMS.

Narcís Riera, con setenta años, se había instalado en un hotel de lujo de la capital de los Emiratos, como epicentro de sus operaciones, para escribir un largo reportaje —quién sabe si un libro— sobre las convulsiones en el mundo árabe. Riera siempre había sabido estar donde tocaba y leer los partidos de la geopolítica antes de que se jugaran. Y, cuando ya estaba allí, observar, averiguar y tejer un tapiz con todos los matices del lugar, de la época y del contexto. En la esfera internacional, parecía que supiera qué iba a suceder antes de que sucediera. Pero ahora Santana se había quedado boquiabierto de que su viejo amigo hubiera iniciado una cuenta de Twitter. E incluso más de que la utilizara. Siempre por trabajo. Ni un sólo tuit banal. @nriera apuntaba valoraciones e interpretaciones de la actualidad en mensajes de ciento cuarenta caracteres, y cada mensaje en sí mismo era ya una lección de periodismo.

—Os dejo solos. —Èlia se aseguró de que llevaba la bata bien puesta, y abrochada, y salió de la habitación.

El olor a sopa de fideos ya se percibía por el pasillo. Las enfermeras habían empezado a servir la comida —rutina de cada mediodía— empezando por las habitaciones del punto de fuga.

El Gratu se lo había tenido que currar en dos sesiones. Se había esforzado, lo había peleado y había protagonizado la actuación de su vida, pero, cuando entró en la habitación de Santana, estaba convencido de que lo había conseguido. Y Agus Maldon le había dado la idea para hallar la forma de afrontarlo. Él, un hombre siempre alerta, había observado que, en la vida, siempre hay un caradura que aparca en las plazas para los minusválidos. En los hipermercados, de cuatro plazas reservadas, siempre hay una que es para la señora que piensa que, en el fondo, no molesta a nadie. Y, al fin y al cabo, ella tiene más prisa que nadie y sólo serán cinco minutos. En el aeropuerto, de cada seis plazas para discapacitados, siempre hay un jeta que se ha fotocopiado el cartel para poder aparcar, con toda comodidad, donde le dé la gana. Sin ningún remordimiento, deja el coche en primera fila, delante de los ascensores, y no tiene que dar vueltas y más vueltas buscando una plaza libre. En el parking del Instituto Stoner se habían curado en salud. En principio, no tenía que haber problema de aparcamiento, porque habían pintado veinticuatro plazas para discapacitados dado que muchos de los pacientes que volvían al centro a visitarse ya llevaban un coche adaptado a sus necesidades.

El Gratu, desde la ventana de su habitación, había observado que Hugo Serra Calcavecchia, sin ninguna minusvalía conocida, cada vez que se acercaba al Stoner aparcaba su Audi A3, blanco, en una plaza reservada a personas discapacitadas. Aquel martes, el Gratu decidió ir a saludarlo con un plan preconcebido. Quería hacer la visita que hacía días que se moría por hacer. Salió del Instituto por la larga rampa de pendiente amable y, conduciendo su silla motorizada, se acercó hasta el parking. Las vistas que tenía el aparcamiento, colgado sobre la ciudad, con el mar como telón de fondo que se iba difuminando hacia el horizonte, no se disfrutaban desde las habitaciones del Stoner. Detuvo la silla muy cerca de la puerta del conductor para que, cuando éste quisiera subir, no pudiera abrirla. Y, allí, con paciencia y con las mejillas heladas, lo esperó para provocarlo.

Media hora larga más tarde, cuando vio que Hugo Serra —americana gris, corbata azul— salía del Stoner armado con su maletín, el Gratu se arrellanó en su silla y se plantó en el suelo, como cuando podía apoyar los

pies en una melé. De debajo del coche salió un gato asustado que quizá llevaba horas incubando su pereza con el calorcillo del motor. Cuando el Gratu tuvo al hombre suficientemente cerca, le saludó con naturalidad estudiada, desde el otro lado del A3.

—Buenos días.

—Hola. —Hugo Serra pensó «ya te apartarás, chaval».

—Un buen coche.

—Sí, gracias.

—¿Eres médico?

—No, es de la empresa.

—¿Es automático?

—No, no. —Hugo Serra Calcavecchia abrió la puerta de atrás para dejar el maletín y la americana. Tanta preguntita que no venía a cuento le incomodaba.

—Si alguna vez salgo de aquí, mis padres me comprarán un coche automático y adaptado.

—Claro que saldrás de aquí, hombre.

—¿A ti te falta algún dedo o alguna pierna?

La situación empezaba a mosquearlo. Hugo Serra, como si tuviera prisa, meneó la cabeza con un «ahora tú no me marees».

—¿Tienes alguna minusvalía, tú? Como has aparcado aquí... —Le señaló, con falsa candidez, el letrero de plaza reservada. Si le estaba buscando las cosquillas, se las encontró.

—Mira, chico. Tienes razón, lo siento. Tenía mucha prisa.

—¿No eres médico y tenías prisa? —El Gratu, siguiendo el guion pactado con Agus y Santana, no perdía los estribos—. ¿A qué te dedicas?

Empezó a pensar qué ganas que tiene éste ahora de tocarme los cojones con las manos heladas.

—Soy comercial. No lo volveré a hacer, ¿de acuerdo? No volveré a aparcar aquí. ¿Vale? Ya está.

—¿Comercial de qué?

—De farmacia.

—O sea que el Audi es de la empresa, ¿no?

—Digamos que... sí. —Hugo no se atrevía a tocar la silla del chico, pero se moría de ganas de apartarlo, poner el coche en marcha y salir huyendo—.

¿Me dejas subir, por favor?

—¿El coche es de XAK Farma?

El Gratu lo dijo como quien no quiere la cosa, y sin intención alguna de moverse ni un pelo ni de dejarle abrir la puerta del conductor. De golpe y porrazo, Hugo Serra se agachó hasta quedar a la altura de los ojos del chico y le mostró su cara más seca. Fin de la broma.

—¿Tú quién eres?

Desde su silla de ruedas, el joven, sin perder la calma, le tendió la mano.

—Todos me llaman Gratu.

—Hugo. —Se la estrechó, desconcertado por lo que le estaba sucediendo.

—Yo ya sabía que te llamas Hugo. —Sobraba la risilla de suficiencia—. Hugo Serra Calcavecchia, tu madre es argentina. Tu vida ya no es tuya. En las redes está todo tu rastro. Y el mío. Y el de casi todo el mundo. Mira. De mí, ¿qué podrían saber? Que me llamo Gerard Grau, que todos me llaman Gratu, que jugaba al rugby en la Unió de Rugby Tibidabo, que tuve un accidente a la salida de una melé. Qué mala suerte, ¿eh? Aquí en el Stoner todo el mundo está por una castaña en moto o un accidente de coche. Yo me lo hice jugando al rugby. Todo esto está en la red. Y también hay muchas fotos mías, tetrapléjico, soplando las velas del cumpleaños, y fotos de los años en que he estado aquí en el Stoner, la celebración de cuando empecé a recuperar la movilidad de las manos. Hay incluso fotos colgadas que las hice yo. La gente puede saber de mí que tengo un padre médico y una madre abogada. Y que mi jugador preferido, de todos los tiempos, es Lomu. Jonah Lomu, ¿te suena?

—No, no... —Hugo Serra ponía unos ojos como platos.

—Casi dos metros, más de ciento veinte kilos. Una bestia. Era la estrella de los All Blacks y ahora han tenido que trasplantarle el hígado. Y sus compañeros de equipo se han presentado en el hospital y le han cantado «Kia Kaha, Jonah». Sé fuerte, en maorí. El vídeo también está en YouTube. Todo esto, y mucho más, lo puede saber cualquiera de mí si se entretiene un rato navegando. Fácil, ¿verdad? Y de ti, Hugo Serra Calcavecchia, sabemos que eres asmático. ¿Qué sabemos de ti gracias a Facebook y a Twitter? Que trabajas en XAK Farma, que has montado fiestas en París con no sé cuántos médicos, psiquiatras y neurólogos de Barcelona y que has acabado la noche en un antro para gais en el que hay una ducha en medio de la sala y siempre hay algún cliente que se desnuda y se remoja.

—Yo no he colgado nada de eso...

—Tú quizá no. Pero tú apareces, y hablan de ti.

—Sólo fui a acompañar a unos amigos.

—Eh, que a mí no me importa. Es a ti a quien tendría que preocuparle qué imagen hay de ti en la red.

—Ya te digo, chaval, que a mí los hombres no... Que yo en aquel bar... No importa, no sé qué coño te estoy contando si ni a ti, ni a nadie, le importa nada de nada.

—Pero te llevas a un ejército de médicos a París, eso está más que documentado. Y una tal Sílvia Molina, una doctora, no sé si la recuerdas, porque erais tantos, hizo fotos con el móvil y las colgó en su muro de Facebook, y allí estás tú, de anfitrión con centenares de médicos de Barcelona. Y todos agradecidos con el bolígrafo y la pluma Montblanc que les regalaste. También hay una foto. ¿A cambio de qué? ¿De recetar el Prodemax? Hay más pistas tuyas en la red que de Muhammad Atta en Salou.

—Y a mí ¿qué me importa todo eso? No hay nada malo en ello. ¿Es pecado? ¿Es delito? No tengo que esconderme de nada.

—Por cierto, Fran Lasorda, el director del Instituto Stoner, ¿fue también a París?

—Al doctor Lasorda acabo de verlo ahora, aquí. Le he felicitado por su reelección.

—¿Y ya le has traído la «Big Boy»?

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes. La locomotora de coleccionista que tanta ilusión le hacía.

—Eso te lo ha contado él. —Se relajó, por unos instantes—. Saber eso no tiene ningún mérito.

—Él no puede saber cuánto habéis pagado por la «Big Boy». —El Gratu dejó de parecer un joven inocente—. Y yo sí. Setecientos cincuenta euros.

Hugo Serra Calcavecchia se dio cuenta de que no se las tenía con un pardillo. Ni una pizca de inocencia aquel chaval. No decía nada al tuntún. Tenía alguna información que no sabía de dónde cojones podía haberla sacado. Y estaba demasiado confundido y demasiado aturdido para poder pensar en ello.

—No sé qué quieres, ni lo que pretendes. Pero a mí no me hundirás la carrera.

—Mira, Hugo: todo el mundo tiene un titular a página entera que le puede echar a perder la vida.

—Tú has visto muchas películas.

—¿Quizá tendría que tomarme un Prodemax para calmarme?

—Eres un... —Sólo se frenó porque se trataba de un sillómano.

—Vamos, dile a Lasorda que me lo recete. Un Prodemax todas las noches, cuatro semanas seguidas. ¿Es ése es el truco?

El Gratu sabía cómo pincharle. Se había entrenado durante muchos años. Con su costumbre de llevar la contraria, había sacado de quicio a sus padres, a los médicos, a las enfermeras y al resto de pacientes que habían intimado con él en el gimnasio o en la sala de transferencias.

—Todo eso que insinúas no tiene ni pies ni cabeza. Existen unos códigos de buenas prácticas que han firmado todas las farmacéuticas. Y un código deontológico para los médicos. Todo eso ya no sucede. Ya no se compra a los médicos.

—No, no poco. También existe un código no escrito de cómo tenéis montado el tinglado. Eso es lo que quiero: que me cuentes cómo funciona, que me expliques tu trabajo. Con detalle.

—¿A ti? No hay nada que contar. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque todo lo que sé de ti y del Prodemax se lo puedo contar a Dani Santana, el periodista. ¿Sabes quién es? Todo el mundo sabe quién es Dani Santana. Si tuviera una información así, él haría dos programas especiales. ¿Sabías que lo tenemos ingresado aquí dentro?

Hugo Serra respiró hondo, sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la americana y le ofreció un cigarrillo al Gratu. «Paso», le dijo éste con un ademán. El visitador se alejó unos pasos del aparcamiento, mientras fumaba. De repente parecía no tener prisa. El Gratu se fijaba en la doble vida de un asmático que daba una calada con calma y, al cabo de unos segundos, echaba el humo por la nariz, como un búfalo. Hugo Serra tenía la ciudad a sus pies pero no la veía. Por su cabeza perturbada le pasaban mil ideas a toda velocidad. Y ni una buena. El mal humor no le dejaba razonar. Tiró la colilla al suelo y, maquinalmente, se cercioró de apagarla con la suela del zapato.

—Déjame salir. Déjame sacar el coche y mañana te digo algo.

—¿Y mañana aparcarás en el lugar correcto?

—Mira... No me toques más los cojones.

El Gratu, con su motor, se apartó y cogió impulso para subir las rampas. Aún no le había dado tiempo a saludar al guardia de seguridad del Instituto Stoner y Hugo Serra Calcavecchia ya había dado marcha atrás con su Audi, había dado gas y, derrapando aunque no fuese necesario, había desaparecido del mapa.

¿Dónde pone que está prohibido?

Como intendenta de la policía y como comisaria general de Investigación Criminal, Eva Bosch las había visto de todos los colores. Con Dani Santana —tanto cuando era director del diario *Crònica* como cuando era presentador de *Punt de vista* en TV10— habían compartido algunos casos truculentos y no pocas peripecias sobre las que alguien falto de imaginación podría escribir algún bestseller.

Mientras tomaba las curvas de la carretera, de camino al Instituto Stoner, se imaginaba la escena que tendría que vivir unos minutos más tarde. Adelantarse a la jugada, pensar en qué diré cuando él me diga, era una estrategia que siempre la había ayudado. Tenía la costumbre de imaginarse el terreno de juego, como aquellas gimnastas chinas que, tres años antes de los Juegos Olímpicos, ya se entrenaban en unas condiciones de sonido, de luz y de temperatura prácticamente idénticas a las que tendrían el día de su actuación olímpica en un pabellón abarrotado. Así, el día que les tocara la barra fija o el ejercicio de suelo podrían centrarse en arrojar el aro hacia arriba y en volver a cogerlo, sin estar pendientes de un contexto nuevo que las pudiera poner nerviosas.

En realidad, Eva Bosch sabía que lo que le esperaba con Dani Santana no sería agradable. Tenía el presentimiento de que, de todas las conversaciones que había mantenido con él en su vida, la que iba a tener lugar aquel martes —una tarde de cielo despejado con alguna nubecilla que parecía pintada— sería la más dura.

La intendenta llamó a la puerta de la habitación 208.

—¡Adelante!

Dani Santana estaba en la butaca leyendo el correo electrónico que le había mandado el Gratu. Le costaba entender cómo funcionaban los *bricks*, el sistema de medida a partir de encuestas que utilizaban las empresas farmacéuticas para saber en qué lugares se está vendiendo más su medicamento, y en cuáles menos. De reojo, por el uniforme, se dio cuenta de

quién había ido a visitarle. Cerró el iPad, lo dejó encima de la cama y miró a la intendenta con los ojitos seductores que reservaba para la televisión.

—¿Sabes lo que me gusta de ti, aparte de tu nueva nariz?

—... —Le dejó soltar el despropósito.

—Que eres la única mujer que siempre se presenta sin cita previa.

—Eres un fantasma.

—No, no. De verdad. Estoy haciendo cualquier cosa y, zas, apareces por sorpresa. ¿Quieres que te diga algo? —El valor de la pausa—. Me gusta.

—Tú estás muy de coña, hoy.

—Acaban de decírmelo. En diez días para casa. Ya casi lo tengo.

—Felicidades. —Eva Bosch no compartía el estado de ánimo de Santana y para que el periodista se diera cuenta se puso tremendamente seria—. Pues sentiría mucho estropearte el día.

—¿Qué pasa? ¿Vienes a detenerme?

—Aún no.

Santana se echó a reír. Y se quedó con la mueca congelada cuando vio que Eva no estaba para guasas.

—¿Qué pasa?

Eva Bosch había tardado unas horas en atar cabos. El domingo, después de levantar el cadáver del chico que llevaba la cadena con el nombre de Óscar en la muñeca y al que le habían sacado la lengua por la garganta antes de arrastrarlo hasta el bosque, se fue a comisaría. Se sentó en su despacho con la luz apagada y, con la frente sobre la mesa, la nariz enfocada hacia el suelo y los ojos mirando los zapatos, intentó recordar dónde había visto aquella cara antes. Una de sus virtudes, desde pequeña, era ser fisonomista por naturaleza. Con los años, la experiencia y la profesión, aún había aprendido a relacionar más fácilmente una cara y un nombre. Pero, al fin y al cabo, como había visto tantos caretos en su vida —muertos, vivos, de aquí, de allá, buenos y malos— pensaba que quizá llegaría un momento en que el embrollo de facciones sería tan enorme que su cerebro llegaría al máximo de su rendimiento y ya no daría más de sí. En lugar de abstraerse y pensar dónde había visto, antes de que le desfiguraran la cara, a ese Óscar tan guapito, se colapsaba más y más y no lo lograba. Era un pez que se muerde la cola. Cuanto más se angustiaba pensando que en su cabeza habría confusión por los siglos de los siglos, menos podía concentrarse en la búsqueda en el interior de su memoria. Y si no podía recordar quién era quién, sería fatal para su trabajo. Se pasó más de media hora con la cabeza gacha. Primero lo intentó con los ojos cerrados,

luego volvió a abrirlos y, de nuevo, se miró los zapatos. Tenía una de las imágenes pero le faltaba la otra. Veía a Òscar muerto en el bosque de Cerdanyola y no veía a Òscar vivo en ninguna otra parte. Alguien se acercó a su despacho.

—Voy al cajero. Que hoy es domingo y, con las prisas, he salido sin un duro.

—¿Perdón? —Un sargento, compañero de comisaría, había interrumpido la meditación de Eva Bosch.

—Que bajo y ahora vuelvo, ¿ok? —El sargento, de pie, con una mano en el marco de la puerta—. Por cierto, ¿estás bien?

—Sí, sí. Un poco de dolor de cabeza. —Se justificó por una postura tan poco habitual. Y nada profesional.

De repente, como un latigazo, se le apareció en la cabeza la imagen de Òscar vivo. Ya lo tenía. Se incorporó y tecleó en el ordenador para recuperar la secuencia en movimiento. Se veía borrosa, pero, pese a no tener la mejor definición del mundo, era clarísimamente la misma persona. No le cabía ninguna duda.

Antes de ir a visitar a Dani Santana, Eva Bosch esperó a recopilar más información. Con el resultado de la autopsia, el análisis del forense y el informe que le había preparado la policía científica del rastro que habían hallado en el bosque, y con el teléfono móvil del chico, se fue al Instituto Stoner. Cuando Santana, viendo la cara de gravedad de Eva Bosch, le preguntó que qué pasaba, la intendenta de la policía abrió la carpeta y le dejó una foto sobre las piernas. Era Òscar, degollado. Quería ver cómo reaccionaba.

—Hostia. Dios mío. Qué desastre.

Esperó treinta segundos, que se hicieron eternos.

—¿Lo sabías?

—¿El qué? —Respondía sin poder dejar de mirar la foto.

—¿Que lo habían matado?

—No, no, ni idea... Me dejas... Pobre chaval. Madre mía. ¿Y esto? — Señaló la lengua que colgaba.

—La corbata colombiana. Es una manera de decir que este bocazas ya no dirá ni pío. ¿Te puedo decir una cosa?

Dani Santana no podía apartar los ojos de aquella escalofriante imagen. Eva Bosch la cogió y la puso encima de la cama del revés.

—Lo has reconocido enseguida.

—Sí, sí.

—Eso quiere decir que lo conocías bien.

—No, no. En absoluto. Qué va...

—Òscar, ¿qué más?

—No lo sé.

—¿Sólo lo viste un día y lo has reconocido enseguida?

—¿Tú no recordarías a alguien a quien le has dado dinero?

—¿Sabes lo que me ha costado a mí saber que esta cara la había visto junto a ti en el cajero?

—Si me estás acusando de algo, Eva, para el carro. Yo no le conozco de nada, no le deseaba ningún mal y tengo la coartada perfecta: he estado cien años encerrado aquí dentro y en algún lugar debe de constar que no he salido ni para...

Eva Bosch no se amilanaba ante la seguridad de Santana. De pie ante a él, parecía un fiscal —que si patatín, que si patatán— protagonizando la actuación de su vida, con ganas de impresionar al jurado popular.

—¿Te extorsionaba este chico?

—No.

—Repito, ¿Òscar te estaba extorsionando por algún asunto que...?

La cortó en seco.

—Que no, Eva, ya te lo dije hace días. Que no, que no me hacía chantaje.

Eva Bosch lo intentó de otra manera.

—Viendo las imágenes de la grabación del cajero, y si fuera mal pensada, diría que este chico te estaba atracando, pero entonces la respuesta sería desproporcionada. Nadie mata, en frío, a alguien que lo ha atracado. Y no te veo a ti, francamente, contratando a un sicario para que se cargue al chaval y le haga la corbata...

—Muy amable...

—Pero si fuera más mal pensada aún y creyera que este chico estaba haciéndole chantaje a alguien, tal vez sí que habría despertado los deseos de venganza de ese alguien que quizá es una persona que no tiene tus escrúpulos.

—No lo sé.

—Voy a repetírtelo, Dani: ¿te estaba haciendo algún tipo de chantaje?

—Que no, Eva, joder, ¿cómo quieres que te lo diga?

—El chaval era menor de edad, pero era muy espabilado. Hemos podido

saber que allí, cerca de Vic, que es de donde era, hacía... de gigoló.

—... —Intentó no parpadear.

—¡Con dieciséis años! Con sólo dieciséis se acostaba tanto con hombres como con mujeres. Por dinero...

—Pues, yo no me lo he tirado, si eso es lo que insinúas. —Santana se cabreó—. Que no, Eva, no me mires así.

Hay miradas que son acusaciones. El silencio, profundo, incomodó tanto a uno como a la otra.

—Yo... —Dudó en decirlo—. Él tenía una información y yo se la compré.

—¿Tú pagas por la información?

—¿Dónde pone que está prohibido?

La pregunta de Eva Bosch le sonó a *tu quoque*, Santana. Hacía rato que le dolía que dudara de él. Que dudara de él como persona, y que lo hiciera también como periodista. Una ofensa, en general.

—¿Información de qué? —Ninguna respuesta. Subió el tono—. ¿Información de qué?

—De un proyecto... De un negocio importante para el país...

—¿Qué información?

—Y una mierda. No te lo diré.

—¿De qué proyecto, pues?

—Nada. No tenía importancia. El chico creía que sabía algo sobre... ¿Te suena Historyland?

—Aquí. —Bingo, pensó—. Precisamente ahí quería llegar yo.

Dani Santana abrió los ojos de par en par escuchando la explicación de Eva Bosch, que, hasta aquel momento, se había guardado un as en la manga. Policías y periodistas se pirran por una misma cosa: los detalles.

A Óscar, de dieciséis años —de sólo dieciséis años, como había recalcado Eva Bosch—, lo habían matado casi con toda seguridad el viernes por la tarde. Debían de haberlo atacado por la espalda, de forma repentina, porque prácticamente no había podido ofrecer resistencia. El tajo en el cuello, según indica el forense, debió de ser probablemente definitivo. La tortura llegó después. Eva Bosch había vuelto a coger la fotografía y, mientras narraba la hipótesis del crimen, la tenía entre las manos y la miraba de vez en cuando, como si la ayudara a concentrarse en la explicación. Según el informe de la policía científica, el mismo viernes dos hombres arrastraron el cadáver del muchacho hasta un bosquecillo al lado de la carretera de

Cerdanyola. La lluvia del sábado podría haber dañado, o incluso borrado, algunas pruebas que habrían sido fundamentales para los peritos. Gracias a la triangulación entre las antenas de telefonía a las que se había conectado el terminal, la policía intuía que el asesinato se había cometido lejos de donde habían transportado el cadáver. Pero aún no podían precisar dónde.

—El cuerpo de Òscar lo encontró el domingo, a primera hora de la mañana, una chica que hacía *footing* y que se desvió del camino para hacer sus necesidades. Aún hay muchas cosas que están analizándose, huellas y pelos, pero en la ropa y en el cuerpo del chico parece que no encontraremos nada. Pero lo que sí encontramos fue su móvil. Lo llevaba dentro del calcetín y ya no tenía batería. Creíamos que quizá, por culpa de la lluvia, ya no lo podríamos recuperar. Pero nuestros técnicos son unos manitas de primera. Y aquí llegó la primera sorpresa. En la agenda de contactos de este chaval, que era un bala perdida, y entre un montón de teléfonos de amigos, familia y gente que no se sabe quién es, había dos números importantes, de los que nadie tiene: el de Bobby Faura, el magnate mexicano de la telefonía y hombre fuerte de Historyland, y el teléfono de Toni Mazorra, el marido de Maria Romero. Ahora, pese a que no ha trascendido públicamente, se han separado, pero para todo el mundo ella es la vicepresidenta, y él el secretario del Gobierno y el hombre que, según la prensa, está llevando las negociaciones con Faura. Estuvimos mirando si había algún mensaje entre ellos. Nada de nada. Ni en la memoria del teléfono ni en la memoria SIM. Si se habían mandado mensajes, Òscar los había borrado. Los había sabido borrar sin dejar ningún vestigio. Gracias a una orden judicial, lo que sí hemos podido ver, rebuscando en el registro de llamadas, es si desde el número de Òscar se había telefoneado a Bobby Faura y a Toni Mazorra. Y aquí, gracias al Call Detail Record, el registro de las operadoras, ha aparecido la segunda sorpresa. En la base de datos constan los registros CDR de tres llamadas de Mazorra a Òscar y dos más, en días distintos, del chico a Mazorra.

—¿Y a Faura? —preguntó atónito Santana, que seguía desorientado desde que Eva Bosch había sacado la foto de la carpeta y se la había puesto ante sus ojos.

—Ni una. Por lo menos desde el teléfono de Faura que Òscar tenía en la agenda, porque ese hombre debe de tener unos cuantos.

—Estoy flipando.

—No me extraña. ¿Qué me pagas, a mí, por esta información? —Por fin Eva se había permitido gastar una broma. Pero volvió enseguida a su papel

impertérrito—. ¿Cuál crees que pudo ser el vínculo entre Òscar y Mazorra y Faura?

—No tengo ni puta idea.

—¿Crees que la muerte de Òscar y todo este caso, la manera en que lo degollaron, agarrándolo por el cuello, por detrás, puede tener algo que ver con tu intento de asesinato?

—No, no... —Mintió—. Vaya, no lo creo. ¿Sabes si el asesino de Òscar llevaba barba?

—¿Quieres que te diga una cosa? —Eva Bosch no soportaba que le tomaran el pelo—. Hace días que creo que sabes más de lo que cuentas. No me gustaría pensar que estás haciendo investigaciones por tu cuenta. No colaborar con la justicia ya sabes que tiene un nombre.

—¿Diversión?

—Obstrucción.

Eva Bosch recogió la foto, la metió dentro de la carpeta y, sin despedirse, dio un paso para marcharse. Dani supo detenerla cuando ya había llegado a la puerta.

—Hey, Eva. Una cosa...

Ella se dio media vuelta, desafiante, sin intención de dar marcha atrás.

—Buen trabajo, Eva. De verdad.

Satisfecho de sí mismo, Santana estaba convencido de que poseía un don: el truco justo para tocar a las mujeres. Incluso a las lesbianas. A Eva Bosch, endurecida por su trabajo, acostumbrada a tratar con delincuentes de todas clases, aquellos comentarios no le daban ni frío ni calor. Al contrario, los creídos más bien le daban náuseas.

En cuanto Eva Bosch estuvo fuera de la habitación, Santana sacó el móvil del bolsillo de su chándal y llamó al Gratu.

—Deja lo que estés haciendo y ven corriendo. A mi habitación, sí. De acuerdo, sí, cuando digo corriendo quiero decir rápido. Y ahora tú también... No te ofendas, joder. Ven, que tengo un encargo que te gustará.

En un santiamén, esquivando los carritos con las bandejas de la cena, el Gratu llegó a la 208. Dani Santana, embalado como no lo habían visto nunca desde que había ingresado en el Instituto Stoner, le hizo un tráiler de la película que el Gratu se había perdido. Un chaval de dieciséis años —de sólo dieciséis años—, parece que gignó a horas perdidas, aparece asesinado en un

bosque. La policía encuentra su *smartphone* y, en su agenda de contactos, aparecen los números de dos personas muy importantes que ahora no vienen al caso pero que podrían ser claves para la investigación. Consta que con una de ellas se han llamado unas cinco veces. Los mensajes SMS o los correos electrónicos, si los había, han sido borrados. Sabemos que el chico se llamaba Òscar y que era de Vic, o de por ahí cerca. No tenemos mucho más.

—¿Ha salido la noticia en los periódicos?

—Quizá algún breve, pero sólo decía que se había hallado el cuerpo de un hombre y poca cosa más. Ni siquiera decían que se trataba de un menor. ¿Crees que puedes encontrar algo?

—Déjame intentarlo. El reto es guay.

—Hazme un favor, Gratu. No le digas nada a nadie y no entres en los ordenadores de la policía. ¿Entiendes?

—Eso son dos favores y tú has dicho uno.

—A la policía, por favor, déjala tranquila.

Los ojos del Gratu, chispeantes, demostraban que se había puesto en marcha. Incluyó el cuerpo hacia atrás y salió de la habitación de Santana levantando rueda, como Marc Márquez en la recta de meta.

El negocio del talento

HSC, un hombre delgado, soltero, de treinta y tres años, es visitador médico. Trabaja, desde hace dos años, como delegado comercial de XAK Farma. Desde que entró en contacto con esta multinacional farmacéutica, su vida y su trabajo van estrechamente ligados a un medicamento estrella: el Prodemax, el antidepresivo ético de última generación. La pastilla de la euforia hace tres años que se puede encontrar en las farmacias y, con un tratamiento inicial de veintiocho días, y por un poco más de sesenta euros la caja, tu estado de ánimo después de un mes seguro que mejora.

HSC es hijo de un vendedor de la Encyclopædia Britannica. No haber terminado la carrera de farmacia nunca ha supuesto impedimento alguno para que haya ido ascendiendo laboralmente y para tener un muy buen sueldo. Al contrario: haber pasado por la facultad le ha dado nociones, conocimientos y vocabulario. En este sentido, HSC tiene alguna ventaja para convencer a los médicos del país de las virtudes del Prodemax, respecto a sus cuarenta compañeros, delegados comerciales, que XAK Farma tiene repartidos por el territorio. Para llevar a cabo este trabajo no piden estudios superiores. Para dar a conocer las características del Prodemax a diestro y siniestro, dentro del ámbito médico, puedes llegar a ganar 70.000 euros fijos al año, más otros 30.000 de incentivos. Unos incentivos que, por poco bien que lo hagas y que convenzas a muchos médicos de que receten tu medicamento, se pueden doblar fácilmente. Que nadie se confunda: esta cantidad es su retribución; además, está el presupuesto que el laboratorio otorga a cada delegado comercial para poder untar a los médicos. El verbo «untar», ellos no lo utilizan. Nunca. Forma parte del secreto. Prefieren emplear «convencer». HSC, antes de trabajar para XAK Farma, lo hacía para uno de los cinco grandes laboratorios mundiales. El producto a colocar, en aquel momento, era un medicamento para regular la hipertensión. Para untar a los médicos tenía, él y cada uno de sus trescientos compañeros con el mismo trabajo y que trataban con el mismo medicamento, un presupuesto de 90.000 euros anuales. La manera fácil, y habitual, de convencer a un médico para que recetara ese medicamento, y no otro de la competencia, más allá de contarle sus virtudes terapéuticas, era darle un cheque al portador. Un talón de mil euros para conseguir que lo recetara a treinta pacientes distintos. Cada vez que tenía que regalar una pantalla de plasma, o un viaje, o invitar a cenar al Bulli a un médico y a su esposa, todo eso salía de una partida al margen de los 90.000. Invertir en médicos es la inversión más segura para los laboratorios farmacéuticos. Ellos saben que el médico tiene un gran poder: el de prescripción.

—Si pones HSC, que trabaja como visitador en XAK Farma, a los cinco segundos en la empresa todo el mundo sabrá quién es —se quejó el Gratu.

—Yo quería poner directamente su nombre, imagínate —replicó Agus Maldon. Cuando escribía, que no lo incordiaran mucho—. Lo primero que

hay que contar en un reportaje es el quién. Quién es el protagonista.

—Pero aquí se trata de denunciar una realidad oculta. No hace falta que maten a nadie.

—¿Nos llamamos sololoshechos.com y no podemos contar los hechos?

—Los hechos, sí. Pero si revelas la fuente... Este Hugo Serra está acabado. Picadillo.

—¿Qué?

—Que lo harán picadillo.

—¿Y es ése nuestro problema?

—Pero éste no es nuestro pacto con él. Yo fui el que habló con ese hombre, y sólo yo sé cómo quedamos. Nos ha dicho cómo funciona su trabajo con cifras y detalles. Y con ejemplos. Ahora no podemos llevarlo al matadero.

—Tú has hecho bien tu parte, Gratu, ahora déjame redactar a mí.

—Eso mismo, Agus. —Santana, paternal en el tono y en las formas, puso paz entre los dos gallos que ya volvían a acalorarse—. Tú escribe y, antes de colgarlo, ya lo decidiremos.

El kit de trabajo de un visitador médico consta de un maletín, un coche de empresa, un teléfono de empresa, un ordenador portátil de empresa y una Visa, de XAK Farma, para pagar todos los gastos necesarios derivados de su trabajo. Pero un visitador médico no trabaja en las oficinas de la empresa. No tiene un despachito, ni una mesa, ni una grapadora. El vínculo existe, pero hasta cierto punto. Las empresas prefieren pagar un coche, un Audi A3 como el de HSC, y que trabajen por su cuenta. ¿Y qué lleva en el maletín? Básicamente, mucha literatura médica para que el doctor se la lea cuando quiera —si le apetece—; también lleva muchos gadgets de Prodemax —libretas, bolígrafos, llaveros, lápices de memoria, pelotas de golf...— y, lo más importante de todo, un visual. El visual —elemento básico— es una carpeta de dos anillas con las páginas plastificadas que le sirve al visitador para explicar en diez minutos las ventajas del Prodemax. Se les muestra, pero nunca se les da a los médicos. Cuando se ha terminado la presentación exprés, se dobla el visual y se vuelve a guardar en el maletín hasta nueva ocasión.

Ningún visitador tiene a ningún médico en exclusiva. La selva entre los visitadores, la competencia entre ellos, no solamente entre medicamentos, ha servido para que muchos médicos se enriquezcan. Los bares de los hospitales son el paraíso de los visitadores. En ellos se reúnen todos los médicos y es un buen momento para el primer contacto o para mantener el calor de la relación. La clave es conseguir una visita privada en la consulta del médico. A HSC se le han abierto algunas puertas con un sencillo sistema: le ha bastado una caja de chokolatinas para las enfermeras de la consulta. Barato y efectivo.

La habitación de Santana, con tres ordenadores portátiles abiertos y el desorden de los cables y de las sillas cogidas de la sala de espera, parecía la redacción de los enviados especiales a una guerra. Agus Maldon tecleaba con

decisión, como si le hubieran dado cuerda, como si las ideas fluyeran a chorro, como si se acabara el mundo y él estuviese redactando su última crónica. Santana, navegando de aquí para allá, se entretenía clicando noticias de diferentes periódicos. El Gratu, con el Toshiba sobre las piernas, intentaba e intentaba e intentaba entrar en algún lugar que lo condujera a alguna pista sobre Òscar. Era un encargo secreto de Santana y, con su propio cuerpo, no dejaba ver la pantalla. Nadie debía ver en qué lugares inhóspitos osaba entrar. Pero el Gratu sabía jugar a dos bandas.

—¿Quién firmará el reportaje?

—Agus. ¿Te parece bien?

—Tendría más repercusión si lo firmaras tú. —El Gratu, después de arrojar la granada, miró a Santana.

Agus levantó los dedos del teclado y también buscó a Dani.

—En esto... —remarcó—, en esto estoy de acuerdo con el Gratu.

Raquel, que lo miraba todo desde la segunda fila —hay papeles que siempre parecen asignados a las mismas personas—, salió en auxilio de su jefe.

—Dani está fuera de circulación. Dejadlo en paz. Ya ha hecho suficiente poniendo en marcha la web y montando la plataforma digital. Él, lo que tiene que hacer, es curarse las cicatrices, volver a andar con normalidad y que la policía descubra quién quiso matarle, que ya está tardando mucho. Dani ya ha hecho suficiente. No le compliquemos más la vida.

Cuando Santana estaba a punto de dedicar unas palabras amables a Raquel, Èlia, que había terminado su jornada, entró en la habitación. Santana se tragó las palabras que estaba a punto decir y soltó otras distintas.

—Podría ir sin firma. Sería el reportaje, por fascículos, de sololoshechos.com, pero creo que un reportaje anónimo no es valiente, no tiene la misma fuerza ni la misma contundencia que si va firmado. Un anónimo pierde credibilidad, parece una venganza, un panfleto, no es periodismo. Y más si se trata de Agustí Maldonado que, querámoslo o no, es una firma.

Nadie se atrevió a hacer ningún comentario más. Era estrictamente cierto. Era una firma.

HSC, visitador médico de XAK Farma, ¿cómo puede saber que un médico determinado está recetando Prodemax? Tiene dos formas de hacerlo, pero ambas de una fiabilidad relativa. Una es mediante un pacto de fe con el farmacéutico de la zona. Nuestro protagonista le regala unas botellas de vino, de buen vino, y el farmacéutico le indica, con unas estadísticas de andar por casa, qué médicos están recetando su medicamento y,

más o menos, en qué cantidades. No son, ni mucho menos, cifras precisas, pero sí que permiten al visitador tener una orientación y hacerle el marcaje al psiquiatra de turno. HSC es un maestro en hacer la pelota a los farmacéuticos para que le pasen, con discreción sobrentendida, información sobre la conducta de sus médicos.

El segundo método, establecido en toda la industria farmacéutica, tampoco aporta cifras definitivas, pero es el sistema de medida que dan por bueno y que sirve para delimitar la influencia de los médicos en las farmacias de la zona cercana al centro sanitario, o a la consulta, donde tiene que recetarse el Prodemax. Son los bricks. Los visitadores están muy pendientes de si han salido los bricks del mes de abril. El brick — es el argot que todo el mundo utiliza— es la cantidad de cada medicamento que el laboratorio ha vendido en cada farmacia. A partir de ahí se calculan los incentivos de la parte variable del sueldo de cada visitador. Su comisión sale de esta extrapolación, que sigue siendo altamente imperfecta. Por más que cada laboratorio haya dividido cada una de las poblaciones en diferentes bricks (Mataró 1, Mataró 2, Mataró 3...), con unos cuantos médicos clientes dentro de cada zona, un visitador no sabrá cuál de los tres o cuatro médicos «clientes» es el que está tirando del carro. Y, segunda trampa, los grandes hospitales públicos de Barcelona visitan a mucha gente proveniente de distintos lugares del territorio y, lógicamente, es imposible seguir el rastro de si un médico de Sant Pau o del Clínic o de Bellvitge le ha recetado Prodemax a un paciente de Torelló, de Badalona o de Cambrils. Precisamente por ello, incentivos aparte, que son una parte muy jugosa de su sueldo, HSC prefiere darles coba a los farmacéuticos, conseguir su complicidad y sacarles información que delate si sus médicos se están portando bien a la hora de recetar las cajas de Prodemax pactadas.

—¿No queda demasiado técnico este capítulo de los bricks? —Raquel, que iba leyendo en la pantalla a medida que Agus escribía, también dio su opinión.

—Mujer, esto también hay que contarlo. —Èlia, vestida de calle, no dejaba de jugar con la oreja de Santana—. Si no, no se entendería por qué llegan a doblar su sueldo los visitadores y los médicos. Ni tampoco por qué nadie abandona este trabajo.

A Raquel le dolió que fuera Èlia quien le llevara la contraria. Le jodió aún más el hecho que lo dijera ella que la opinión en sí misma. ¿Por qué la fisioterapeuta tenía que estar allí, en la 208, acariciando a Santana como si estuvieran solos? ¿Era necesario? ¿Quién la había invitado a ese aquelarre? Y, encima, ráscate los ovarios, Dani le daba la razón:

—Lo de los bricks, Agus, que se entienda bien.

Agus Maldon, sin dejar de aporrear el teclado con dos dedos, como un águila, se ofendió ante tantas dudas.

—Claro que se entenderá. Se entenderá todo. Tenemos piezas cojonudas. La gente no tiene ni puta idea y se quedarán boquiabiertos cuando vean que montan un congreso en París, que invitan a los médicos, que van hasta allí y que, sin que sea necesario decirles gran cosa, dan por sentadas las

virtudes del medicamento. Tenemos el capítulo del médico que quiere ir de putas pero que prefiere que el visitador lo pague por adelantado. Tela. Tenemos el caso del pervertido doctor Lasorda, que únicamente se ha dejado seducir cuando ha conseguido la locomotora americana de coleccionista. Y ahora tendremos este sofisticado sistema de medida. Son cuatro historias cojonudas.

—Y reales. Y contadas por el mismo protagonista.

—Es lo que yo he dicho siempre. —Santana estaba a punto de caer en la bacanal de la autocita. Y cayó—. El periodismo es, en el fondo, el negocio del talento. Si tienes una buena historia, si la escribes bien, la forma de hacerla llegar al lector es lo de menos. La tecnología, o el papel, es sólo asunto de distribución.

Dani sentía que se hacía mayor cada vez que se le escapaba en voz alta una reflexión de gato viejo, más propia de Narcís Riera, su maestro, que estaba en Dubái y recordó de repente que aún no había contestado su mensaje.

—¿Tenéis un papel? —El Gratu, con tanto buscar y probar, buscar y probar, quizá había encontrado algo. Se volvió a su habitación y durante dos días no se le vio el pelo.

A todo o nada

Había peinado, en vano, todos los indicios que le conducían a Òscar. Horas y horas de búsqueda sin llegar a ninguna parte. Había pasado más de dos noches con el ordenador encendido. Y, al final, cuando el sueño y el desánimo ya le llevaban a pensar que había seguido una pista equivocada, llegó el premio. Y llamó a Santana, que, con el andar más compensado de los últimos días, cruzó el Stoner de un ala a la otra y se personó en la habitación del Gratu, que olía a orina y a humedad. Santana, sin pedir permiso, giró la manija de la ventana para ventilar. La primavera asomaba la nariz.

—Es Òscar. Estoy convencido de que es él, no hay margen de error. Creó una cuenta de Twitter. Mira.

Santana se sentó en el sillón de orejas y empotró sus ojos en la pantalla del portátil del Gratu.

—¿@Obladiolvidados?

—Por la canción de los Beatles, supongo. El avatar es una foto como de un museo de los Beatles...

—¿Seguro que es de Òscar?

—Que sí, hombre, espera, que ahora empieza el show. Fíjate en esto. Tuits? Cero. ¿Following? Cero. ¿Followers? Cero.

—Qué raro...

—¿Qué sentido tiene crear una cuenta de Twitter y no tener ningún seguidor, no seguir a nadie y no haber hecho jamás un tuit?

—¿Ni uno solo?

El Gratu había introducido la pelota en la melé para poder sacarla él mismo.

—Òscar buscaba la máxima privacidad. No pretendía que nadie le siguiera, al contrario. Cuando crea la cuenta lo hace, precisamente, para disponer de un espacio en el que, si le conviene, pueda escribir algo y dejarlo escrito para siempre.

—Pero no escribe nada. Y, si lo hubiera hecho, sería un tuit que no

leería nadie porque no tiene ningún seguidor. Y, además, tampoco ha hecho ningún tuit.

Santana intuía que la alegría del Gratu estaba fundamentada. Pero en aquel momento estaba muy lejos de adivinar cuál era el secreto. El joven, orgulloso de su descubrimiento, sonrió.

—Ése es precisamente el truco de Òscar. Que pensemos que no hizo ningún tuit cuando, en realidad, hizo tres. Tres mensajes directos. ¿Con qué destinatario?

—Joder, Gratu, ni idea...

—Él mismo. Tres mensajes directos, enviados a sí mismo y que sólo él podía leer. La jugada es buena. Los DM que te mandas a ti mismo no computan como tuits y, en cambio, los recibes. Por eso parece que él no ha escrito ningún tuit cuando, en realidad, ha escrito tres sólo para sí mismo. Cuando quieras puedes hacer la prueba. —El entusiasmo del Gratu iba a más. A mucho más—. Pero lo mejor, Dani, no te lo pierdas, éstos son los tres tuits que hizo Òscar. ¿Estás preparado? Empiezo por el último, que es como los he ido encontrando yo. ¿Preparado?

Le comunico a Mazorra que el encargo está ok. Hecho y filmado. Me pagará la segunda parte cuando nos reunamos en el mismo sitio. Le pasaré las imágenes.

Dani se estremeció

—Hostia, Gratu. —Volvía a leerlo y no podía creerlo—. Esto es la polla. Mazorra...

—*Wait and see*. El segundo tuit.

Follo en el hotel Avenida Palace de Barcelona con Roberto M. Faura. La M es de Marica. Me paga 2.000 euros. Trabajo hecho.

—La M de Marica, buenísimo. Dos mil euros por dejarse dar por el culo.

Santana, boquiabierto, estaba dentro de la pantalla.

—Y para mí, Dani, el definitivo es el primero de todos. El que vas a ver es el primero que escribió.

Reunión con Toni Mazorra. Nos encontramos en la tienda Nike del Camp Nou. Me da 3.000 euros en un sobre para un encargo. Tengo quince días para hacerlo.

—¿Todo esto, una trampa de Mazorra? No puedo creerlo. ¿Una trampa

para apretarle las clavijas a Faura? No puedo creerlo.

—Y qué tío, este Òscar. Cobraba de todos. Cobraba de Mazorra para que se tirara a Faura y cobraba de Faura por follar con él. Negocio redondo. Y con sólo dieciséis años, el hijo de puta.

Y cobraba también de Santana para venderle la filmación. Pero eso sólo lo sabía Santana. Y Òscar. Pero ahora Òscar ya no estaba y él se había quedado con el secreto, sólo para él, guardado en un lápiz de memoria en forma de un ridículo llavero precisamente dentro de una caja de seguridad de una cámara acorazada de una entidad bancaria. Y sólo Raquel, en el caso de que él —toquemos madera— muriera asesinado, podría ir a rescatar el vídeo, mirarlo y hacer la denuncia para poder señalar a su verdugo. Cómo puede llegar a enredarse la vida, en diez segundos, cuando menos te lo esperas.

—Que sepamos, cobraba de Faura y de Mazorra —subrayó el Gratu, sonriente—. Pero con este historial no podemos descartar que incluso le sacara más partido.

A Dani, el «que sepamos» le escamó un poco. ¿Insinuaba el Gratu algo? ¿Quizá el Gratu había visto otro mensaje directo de Òscar en el que explicaba a qué periodista le había vendido las imágenes? ¿Sabía el Gratu, en definitiva, que Santana le había pagado un dinero para tener el vídeo en que un menor de edad, ahora degollado, enculaba a uno de los hombres más ricos del mundo? Y, si Dani lo sabía y lo tenía, ¿por qué no mostraba las imágenes? Y, si Santana estaba enterado de toda la historia, ¿por qué no se lo contaba a la policía? ¿Por qué coño el Gratu había dicho el «que sepamos» con aquella entonación, como si lo dijera con segundas, como si él supiera algo más y sólo se atreviera a lanzar la indirecta?

Santana decidió jugársela a todo o nada. Y le hizo la pregunta:

—¿Seguro que no has encontrado nada más? ¿No hay ningún otro mensaje directo de Òscar?

—No.

—¿No existe un cuarto tuit?

—Nanay.

—¿Cómo puedes saber que no hay más mensajes directos que él mismo se enviara, por si acaso?

—Si yo no los he encontrado... —Se jactó, satisfecho de sí mismo y de sus deditos—. Pero, vaya, siempre hay una posibilidad. Twitter no ha dejado nunca del todo claro qué es lo que guarda en su base de datos interna. Lo que es verdad es que existe una brecha de seguridad en todo lo que respecta a

notificaciones por correo electrónico de los DM recibidos. Si no lo desactivas tú, explícitamente, Twitter te manda un mail, por defecto, por cada mensaje directo que recibes. ¿Qué hacía Òscar? Mandarse mensajes directos a sí mismo. Por tanto, su Twitter sólo podía leerlo él. Pero si alguien se le colaba en su buzón de gmail, y él no había eliminado aquellos mensajes, los correos habrían quedado registrados y, por tanto, a la vista del espía, del *hacker* o de quien coño fuera que le hubiera reventado el correo.

—¿Y? —Santana disimuló su espanto.

—Ni rastro. Nada de nada. El chaval era bueno, o sabía mucho o tomó todas las precauciones.

—¿Qué quieres decir?

—Que o bien él mismo había desactivado la función para ni siquiera recibir los correos de cada uno de los tuits que se autoenviaba desde @obladiolvidados, o bien se aseguró de que en su gmail no quedara ni un solo mensaje.

—¿Quieres decir que lo borró bien borrado de la papelera?

—Seguramente. —El Gratu iba pensando en alguna alternativa. Y hablaba lentamente mientras la esbozaba en voz alta, sin filtros—. O bien, ya que Bobby Faura es el crack de la telefonía mundial, seguro que tiene en su despacho a treinta ingenieros y a trescientos *hackers* que podrían hacer lo mismo que he hecho yo: entrar en la cuenta de gmail de Òscar, mirar todos sus correos y, de su bandeja de entrada, deducir qué tuits se mandaba a sí mismo para que nunca los encontrara nadie. Si yo he podido hacerlo en un «ataque de fuerza bruta», quizá ellos también han podido hacerlo. ¿Y qué encontraron? *Chi lo sa?*

A Santana, que siempre había dejado el tema de la tecnología —y tantas otras cosas sensibles— en manos de Raquel, había algo que no le acababa de cuadrar.

—Pero, a ver, Gratu, tú que puedes meterte en su mentalidad, ¿qué sentido tenía que Òscar se autoenviara unos mensajes tan comprometidos, a sí mismo, si nunca los podría leer nadie?

—Yo los he podido leer... —Meditó—. No lo sé. Pero me pongo en su piel. Si yo fuera él, ¿por qué lo habría hecho? Pues, tal vez por seguridad.

—Seguridad, poca, si se lo han acabado cargando.

—¿Por venganza? Yo qué sé. Para dejarlo escrito en algún sitio, quizá. Como un escudo de protección. Colgarlo en la nube con la esperanza, es una posibilidad, de que si le pasaba algo, alguien pudiera llegar a leerlo o a

descubrirlo.

Santana no aguantó más. Se peinó las cejas, con cuatro dedos, y decidió enfrentarse a la verdad.

—Hablemos claro, Gratu. ¿Has descubierto si Òscar dice algo de mí en algún sitio?

—¿De ti? —Le extrañó la pregunta. Y, todavía más, la cara pálida de Santana, como si estuviera a punto de trallar.

—Yo le compré una información a Òscar. Superconfidencial. Lo que te cuento no lo sabe nadie, ni tiene que saberlo nadie. Me vendió unas imágenes muy bestias. Has dicho que se tiraba a Roberto Manuel Faura y que lo escribió en Twitter. ¿Sí?

—Sí, sí. En un mensaje privado que sólo podía leer él. —El Gratu miró la pantalla y volvió a leer—. Follo en el hotel Avenida Pa...

—Pues ésa es la información que me pasó. No me la pasó. Me la vendió... Y yo se la compré.

—Hostia, Dani.

—¿Seguro que de todo esto no dice nada?

—No, no...

—Que fue a buscarme... Que le pagué...

—En los mensajes directos de esta cuenta de Twitter que he descubierto, no.

Dani Santana reclinó la espalda hacia atrás, aliviando su ansiedad sobre el respaldo de la butaca alta.

—Creo que Òscar lo hizo así a conciencia, estoy convencido de ello. Nada es casual. Y no tendría sentido que hubiera borrado precisamente ese tuit que habla de ti y que dejara los otros tres. O, si alguien lo hubiera borrado por él, tampoco tendría sentido que dejara tres mensajes muy comprometidos e hiciese desaparecer el que habla de ti. Eh, Dani, ¿a dónde vas?

Santana se había levantado de la butaca de la habitación del Gratu como si le hubieran prendido fuego.

—Tengo que hacer una llamada.

—Pásame las imágenes, que las colgaremos en YouTube...

—Y una mierda —gritó Dani mientras al salir cerraba, la puerta de la habitación del Gratu.

Por el pasillo, de camino al jardín terapéutico, sacó el móvil del bolsillo y llamó a la intendenta de la policía. Iba tan abstraído que ni siquiera le dio importancia a que Èlia y Raquel, de pie junto a la máquina del café,

estuvieran hablando de él. Tanto una como la otra parecían competir, con un vasito cogido con dos dedos e intentando no quemarse ni con el cortado ni con la conversación.

—Eva. Soy Santana. Sólo es una hipótesis, hace días que le doy vueltas, pero ahora, no me preguntes por qué, me parece que hay algo que empiezo a tener claro. Los que mataron a Òscar son los mismos que intentaron matarme a mí. Fíjate en que el sistema era el mismo. A los dos nos atacaron por la espalda, por sorpresa, a él le cortaron el cuello y conmigo lo intentaron. A él le hicieron la corbata colombiana y nos mandaron un mensaje claro. El bocazas que se calle, eso me lo explicaste tú. Que todos los que tengan el secreto, que se callen para siempre. ¿Y cuál es el secreto? Para que luego digas que no colaboro... Cuesta creerlo, Eva, te aviso. Pero estoy convencido de que detrás de todo esto se esconde un pez gordo. Bobby Faura. Faura y Òscar mantenían relaciones sexuales. Uno de los empresarios más forrados del mundo, con un chaval de dieciséis años, tiene cojones. Por eso tenía su teléfono y por eso te consta que habían hablado. Faura le pagaba al chico para tener sexo. ¿Es ésta la información que le compré al chaval? No exactamente. Pero quizá por algo que me dijo, he atado cabos. Y más sabiendo que el chico se dedicaba a lo que se dedicaba... ¿Que qué quiero decir? Que Faura se tiraba al chaval, que pensaron que Òscar era un bocazas que me lo había contado a mí y que nos han querido quitar a los dos de la circulación. Faura debía de querer saber quién era aquel menor de edad con el que se acostaba, le seguirían y verían que, un día, se reunió conmigo. ¿Por qué me atacaron primero a mí? Buena pregunta. También lo he pensado... Y tengo dos ideas, quizá poco elaboradas, lo reconozco. Una, porque Faura ha seguido tirándose al chico hasta que se ha hartado. Y dos, porque Òscar era un pardillo al que podían quitar de en medio con facilidad, como han acabado haciendo, y sería tan sólo un breve en el periódico. Y yo, en cambio, si sabía a lo que se dedicaba Faura, podía ser un peligro. Sabían que yo podía divulgarlo y podía cargarme la imagen de uno de los hombres más ricos del mundo. Su prestigio a tomar por culo y Historyland y el gran parque temático de los casinos también. Pero no lo sé, ya te digo que... ¿Y Mazorra? ¿Me preguntas qué papel juega él en todo esto? No lo sé. Buena pregunta. De momento no lo sé. No sé por qué Òscar tenía el teléfono del secretario del Gobierno en su agenda. Ni idea. Ni idea de por qué se escribían. Pero yo, si fuera tú, hablaría con él. Perfecto. Si ya lo habéis

hecho, perfecto. ¿Y qué dice? Que no conoce al chico de nada. ¿Y los mensajes? Lo niega todo. Claro, no tenéis los mensajes, pero tenéis la fecha y la hora y el registro exacto. Por lo tanto, tú sabes que te está mintiendo. ¿Y? Sí, ya sé quién es su esposa. Pero te digo una cosa, Eva, por lo que tengo entendido, Òscar y Mazorra sí que se vieron. Como mínimo una vez. No lo sé, igual te llevo a una vía muerta, pero creo que vale la pena explorarla. Por lo que he podido saber, se vieron por lo menos una vez. No, no, Mazorra no se lo follaba. Haz que tus hombres le pregunten al Barça, o a la tienda Nike del Camp Nou, si tienen cámaras de vigilancia. Estoy seguro de que sí, todo ese club está plagado de cámaras de seguridad, están obsesionados con la seguridad. Si buscáis en los dos últimos meses, tirando largo, creo que Òscar y Mazorra se reunieron un día en la tienda Nike. No tengo ninguna prueba de nada, es verdad. Y tú haces tu trabajo y yo el mío, también es verdad. Pero, escúchame, por los años que hace que nos conocemos, y porque a mí me ha ido la vida en esta historia, déjame que te diga —en realidad, te llamaba para esto— que me parece que ahora la prioridad es investigar en el entorno de Faura. Alquiler de sicarios. Asesinos a sueldo. Soldados chiflados que ofrecen servicios para hacer corbatas colombianas, seguro que tú tienes un Excel con todos los nombres de gente que por mil duros está dispuesta a llevar a cabo el encargo que les haga Faura. Y creo que ya tienes cartas suficientes para ir a por el empresario mexicano. ¿Perdona? Para taponar sus chanchullos, Faura ya tiene al imbécil de Cardelús. Me da igual que pasado mañana se coloque la primera piedra del parque temático. Me da igual que sea la gran apuesta económica del país. El Gobierno se ha vendido a un tío que se folla a menores, que quizá los mata y que no me ha eliminado a mí de milagro. ¿Qué quiere decir que ahora te dirán que te esperes dos días? ¿No puedes hacer tu trabajo como tú quieras? ¿Has de pedir permiso al consejero de Interior para detener a un asesino?

Los lobos han aullado toda la noche

Solo. Triste. Rabioso. Dolido. Abandonado. Desorientado. Humillado. Cabreado. Muerto. Y, sobre todo, completamente borracho. Desde que Aura se había largado sin dar la cara, acusándole como mínimo de maltratador con una carta cobarde, Antonio había convertido su madriguera de Sant Andreu en un zafarrancho de desorden y de sentimientos amargos. A la tercera noche, el pisito ya era un almacén de envases de cerveza. Botellas vacías, silencio espeso. Había envases por todas partes. Y ropa sucia, y calcetines desaparejados. Y un paquete de jamón en dulce que se había quedado abierto y no había tenido ánimos de volver a meter en la nevera. Y, por el suelo, trozos de la carta que, en un pronto, había roto en mil pedazos, con furia, mientras se cagaba en Aura, en Cardelús y en el fatídico día en que aquel pijo de la comunicación le había puesto la mano encima a su mujer. No la había releído. Simplemente la había destrozado. No quería volver a ofenderse, y a cabrearse, con unas acusaciones falsas, injustas y pasadas de rosca. No se levantó durante cuatro días. Se echaba, bebido, y cuando tenía que correr porque le acuciaban las ganas de mear, pensaba: los lobos han aullado toda la noche. Aquel sonido animal le acompañaba. Iba del sofá a la cama, de la cama al sofá, y seguía oyendo los aullidos e incubando una idea fija hasta que sonó el teléfono. El jefe de personal de la empresa de tornillos inoxidables — pelota con los superiores, déspota con los machacas— le advirtió que si no iba a la fábrica al día siguiente ya no hacía falta que se molestara en volver. Y volvió. Y regresó de Sant Adrià a Sant Andreu, en autobús, con la mirada perdida y el mono lleno de tornillos y de arandelas en todos los bolsillos hondos, los de guardar las herramientas. Al día siguiente tenía que ducharse, afeitarse y recomponerse para hacer de camarero en la fiesta de la colocación de la primera piedra de Historyland. Sería la ocasión de vérselas, cara a cara, con Cardelús.

Aquella noche sólo se tomó tres cervezas. Necesitaba tener la mente clara. Y dejarlo todo a punto para que, en la excursión a Malla, todo saliera

tal y como se lo había imaginado mientras los lobos aullaban en su cabeza.

La coartada perfecta

Los cuatro, callados y nerviosos en una habitación de hospital, parecían los padres que esperan que la comadrona salga de la sala de partos con el bebé en brazos, envuelto, para comunicarles que todo ha ido bien y para que vean, mostrando al bebé como trofeo, que no ha habido ninguna complicación. Pero ninguno de los cuatro había tenido hijos, y Santana, Agus, Raquel y el Gratu, reclusos en la 208, miraban la pantalla esperando que pasara algo. Aunque sólo fuera un pequeño suceso. Hacía tres horas que habían estrenado sololoshechos.com y, para empezar, habían colgado el reportaje sobre el Prodemax firmado por Agus Maldon.

Se trataba de esperar. Hacía falta que los lectores entraran, lo leyeran y, si la historia del visitador médico HSC —no citaron su nombre, pero sí sus iniciales, con lo cual estaba muerto— les cautivaba, la recomendasen y la reenviaran a sus amistades. Era necesario poner en marcha un movimiento viral y dejar que el círculo fuera haciéndose más grande. Pero, de momento, en su web sólo entraba alguien con cuentagotas y salía sin dejar comentarios. Raquel, en la silla donde se sentaba Santana para comer, se consoló en voz alta.

—En Internet prevalece lo que impacta por encima de lo que importa. Lo tengo comprobado.

—¿Y? —Santana abrió un ojo, desde el sillón de orejas.

—Tenemos que esperar. La gente hace más clics si hay un futbolista al que se la ha salido la chorra por debajo del pantalón que para leer cinco páginas sobre un antidepresivo de última generación y sobre cómo la industria...

—Esto es la selva. La selva informativa. Y hemos decidido meternos en ella. Ahora no podemos decir que queríamos ir al desierto... Dejemos que la gente explore, que nos encuentre y que nos lea. ¿No nos rendiremos tan rápido, supongo? —Y entonces el Gratu soltó su propia filípica—. El futuro será digital o no será. Quizá nos equivoquemos, quizá nos cueste arrancar, y

puede llegar a darse el caso, incluso, de que no despeguemos nunca porque nuestro proyecto sea equivocado, pero el negocio de la prensa en papel se ha terminado, la publicidad no volverá y nunca más se venderán tantos periódicos como se vendían.

Y, para matar el tiempo, se tomaban una Coca-Cola de lata y dejaban pasar veinte minutos más antes de volver a mirar el registro de entradas de sololoshechos.com.

Ninguna reacción. No lo linkaba ningún periódico. Parecía que nadie le hacía caso. Si hubiera firmado Santana... Si Santana hubiera llamado a Anaïs Motta, la directora de la televisión, para que se hiciera eco, o a su amigo Juan Dalmau, nuevo director del *Crònica*, para que les ayudara a poner el ventilador en marcha con un titular llamativo. Pero siempre quedaría tiempo para recurrir a los medios tradicionales. Admitirlo de entrada sería una derrota. Y Santana, de momento, no quería poner a nadie en un compromiso. Aunque nunca lo hubiera reconocido frente a su equipo, sabía que pedir que los otros medios, por amigos que fueran, publicaran una crítica tan directa a la industria farmacéutica era pedirles que se pegaran un tiro en el pie. Y era una cuestión de orgullo. Habían apostado por la vía digital, creían que eso era el presente, habían convertido a Agus Maldon en un lobo solitario y era necesario esperar y resistir.

A falta de reacciones y sin grandes pretensiones, pasaron el rato arreglando dos mundos en crisis: el periodismo y el sistema sanitario.

—Con toda la información que te proporcionan Twitter e Internet, si no eres tú quien ordena el caos, puedes perderte. ¿Cómo era aquello? Recibimos tanta información en un día como un hombre del Renacimiento en toda su vida. Tanta información acaba siendo desinformación. Eso tiene un nombre.

—Infoxicación. —Al Gratu, a quien todavía no se le había disipado la ilusión, aquellas reflexiones le parecían de mercería.

—Para hacer un poco de autocritica... —se arrancó Agus Maldon, que se sentaba sobre las sábanas planchadas y tirantes de la cama de Santana—. Creo que si queríamos que la historia enganchara, quizá deberíamos haberla narrado con menos puntos de vista. Más equilibrada, para que me entendáis.

—No es verdad. ¿Más equilibrada? —Saltó, metafóricamente, el Gratu—. No hemos escrito un guion de buenos y malos. Hemos contado los hechos. Que cada cual haga su interpretación. Sólo los hechos.

—Sólo UNOS hechos. —Agus enfatizó el artículo, tan indeterminado

como él mismo.

—Que te digo que no, Agus, hostia. Hemos dicho, y lo has escrito tú, que la industria farmacéutica, hace unos años, elaboró un código ético de buenas prácticas.

—Y lo presentaron en una convención en Río de Janeiro, sí, eso lo he escrito. Que se llevaron a los médicos a Brasil y, entre fiesta y fiesta, les dijeron «no compréis médicos». Sobre todo, «no compréis médicos».

—¿Fue así, o no?

Agus le dio la razón bajando los párpados. En el fondo, dale que dale, era hablar por hablar.

—¿Y lo hemos publicado, o no? Pues ya está... ¿Qué mal hay...?

El Gratu, harto del pesimismo de Agus, del pasotismo de Santana y de la ingenuidad de Raquel, se había embalado y no lo habría parado ni Jonah Lomu con un placaje.

—Sí, firmaron el código de buenas prácticas de cara a la galería y siguieron haciendo exactamente lo mismo. El sistema está corrompido y con el reportaje hemos demostrado que todo este montaje nos ha llevado a la miseria de hoy. No estaríamos como estamos si la industria no hubiera sobornado a médicos que han recetado medicamentos hasta mucho más allá de cualquier límite. Incitar a los médicos a recetar más, y productos más caros, como han hecho los grandes laboratorios, ha hundido el sistema público. Quien lea lo que hemos colgado, Agus, si es que lo llega a leer alguien, lo tendrá clarísimo: a cambio de doblar y triplicar su sueldo, muchos médicos han recetado más medicamentos de los que convenía y han recetado los más caros. No los genéricos, los caros. Y los pagábamos entre todos. Los pacientes y los familiares, que no están libres de culpa, también se han pasado ocho pueblos durante muchos años aprovechándose de las recetas de la Seguridad Social. Nadie lo veía como un escándalo. Todo el mundo pensaba pide, pide, que es gratis. Y éste, que es un tema delicado, también queda muy claro en el reportaje. Y aquí ha habido, entre todos, un pacto de silencio con el que se han cargado el sistema. Tú sales ahora a la calle a preguntarle a la gente, y el noventa y nueve por ciento cree que el sistema sanitario se ha hundido por culpa de la crisis. Nadie se imagina que se ha llegado hasta aquí, hasta la ruina de hoy en día, a causa de los abusos que se han sucedido durante veinte años. A la gente le han hecho creer una cosa y se la ha tragado. A más medicamentos, más salud. Esta idea la tiene asumida e interiorizada todo dios. Y en realidad es una máxima creada y

alimentada por la industria, que se ha ocupado solamente de sus beneficios. Es su negocio, ya lo entiendo, pero eso es lo que ha hundido a la sanidad.

—¿Sabes lo que pasa, Gratu? —Agus no podía reprimir el aire paternal, la suficiencia que gastan los veteranos cronistas de deportes cuando se encuentran en la penúltima curva de su carrera—. Que si la gente de la calle de verdad supiera qué criterio tienen muchos médicos a la hora de recetar, seguramente habría una revolución social. Si la gente supiera lo que se esconde tras el exceso generalizado de medicalización...

—O sea, que es mejor que la gente siga engañada, ¿no? —Raquel metió una baza racional—. En el fondo, todo el mundo tiene lo que quiere. ¿Qué busca el paciente? No sufrir. ¿Qué hace el médico? Diagnostica, receta y de paso se saca un sobresueldo. ¿A qué se dedica el farmacéutico? A vender lo que le piden. Cada vez es más un tendero y menos un consejero. ¿Y la industria? A vender tanto como puede porque dicen que necesitan muchos ingresos para invertir en investigación y desarrollo y para buscar nuevos medicamentos que curen el cáncer, el sida y el dolor de riñones. Visto de esta forma, es la jugada perfecta. Todo es normal y no hay delito por ningún sitio.

—Y el Estado arruinado y las arcas vacías. Todo el mundo sale ganando menos el Estado, que sale perdiendo. Que no, joder, que hemos llegado a un punto, ahora mismo, en que a algunos médicos les están limitando las recetas, incluso en tratamientos oncológicos porque no hay un duro. Y no hay un duro por culpa de toda esta orgía que nos ha llevado a la ruina.

Dani Santana, que parecía estar en la parra, adormilado, intervino por primera vez.

—¿Quién ha mencionado el pacto de silencio? El pacto de silencio es lo más interesante. Me sorprende que tantos médicos honrados que sabían a lo que se dedicaban algunos de sus compañeros siempre hayan callado como putas. ¿Por qué nadie se ha ido de la boca? ¿Ni los visitantes, ni nadie? ¿A quién le daba miedo salir de este engranaje todopoderoso?

—Si te sales de la rueda, quizá ya no puedas volver a entrar en ella. La gente, por naturaleza, siempre cae en la... Era demasiado apetitoso para todos.

—Todo el mundo salía ganando. —El Gratu, con gracia para redondear películas—. Y el Estado pagaba en nombre del bienestar de todos. La coartada perfecta.

Agus —formas toscas, espíritu conflictivo— hizo la pregunta que había ido madurando mientras oía como se desfogaba el Gratu.

—¿Y la política? ¿Y los políticos? Y los que gobernaban, que veían que

se disparaba el gasto farmacéutico, y que para preparar los presupuestos tenían que conocer a la fuerza todos los números, ¿por qué nunca hicieron nada para frenarlo?

—Tengo la lista de los políticos que forman parte de los consejos de administración de las empresas farmacéuticas. —El Gratu, cada día una sorpresa—. Los hay de todos los colores. Son personas clave a la hora de adjudicar el precio de un nuevo fármaco.

—¿Me estás diciendo que los meten en el consejo, y que cobran para que miren hacia otro lado?

—No sólo eso. Digamos que suelen hacer de puente entre la Administración y los laboratorios, porque a la hora de fijar el precio se juegan muchos millones y les conviene tener a alguien que les haga de intermediario.

—Ése ha de ser el próximo reportaje de sololoshechos.com. —Los dedos de Agus se iban automáticamente hacia el teclado.

—Siempre has de guardarte un as en la manga, sí, señor. —Santana, con más conchas que un galápago, se sabía todos los trucos—. Cuando crean que ya lo has publicado todo, siempre has de poder sacar otro as.

—¿Y si esto no tira?

El Gratu lo tenía claro.

—No podemos hacer nada más. Patada hacia delante y a seguir. Como en el rugby.

Como en la vida. No hay más remedio.

Justo cuando iban a dar el día por terminado y arrastraban la decepción de no haber meneado nada, de haber hecho mucho menos ruido del que creían que iban a hacer, XAK Farma respiró. La empresa mandó una nota a todos los medios de comunicación. Y la agencia EFE la rebotó a sus abonados para que todo el mundo —todos los que quisieran— se enterara. «Ante las informaciones aparecidas en las últimas horas sobre el medicamento Prodemax y sobre las malas prácticas atribuidas a nuestros laboratorios, negamos todos estos extremos, nos reservamos la posibilidad de emprender acciones legales contra quien lo difunda y convocamos a periódicos, radios y televisiones a la rueda de prensa que se celebrará próximamente en el auditorio de nuestras instalaciones.»

Leído el comunicado en voz alta, el primer aplauso fue de Raquel. Un

éxito. Un éxito, repetía sin parar. Y Agus Maldon daba saltos por la habitación con su andar gallofero. El Gratu, con la mirada combativa, buscó la felicitación de Santana.

No sé de qué me hablas

Mazorra cerró la ventanilla que separaba la parte delantera de la trasera. No quería que el chófer que los llevaba a Malla oyera la conversación entre él y Roberto M. Faura. Era el 19 de mayo, la tarde de la colocación de la primera piedra de Historyland y el secretario del Gobierno consideraba que había un tema, para él capital, que todavía no habían tratado. Cuando el Mercedes reluciente ya había atravesado las tiendas de muebles de la Garriga y enfilaba hacia Osona, Toni Mazorra se soltó. Bobby Faura, atónito, no se esperaba un ataque de última hora.

—No me pidas nada más, Mazorra. Hoy no. Ya lo he puesto todo. El dinero, la inversión, la gente, el ingenio. Pagaré todo lo que me habéis dicho que pague. La comisión que me habéis pedido para el partido, también. El tres por ciento de las obras sin protestar. Ahora no quiero más sorpresas.

—Es que no sé si me explico, señor Faura. Hay alguien de quien no hemos hablado hasta hoy...

—No te sigo.

—Hablo de mí. —Toni Mazorra, con una inmodestia estudiada, hizo el inventario—. Yo he conseguido que construyamos un parque de juego y ocio en medio del país y que todo el mundo diga amén. Hemos silenciado las protestas en la calle. Hemos comprado la crítica de los medios. Hemos conseguido que para su caso en concreto el Parlamento apruebe una reducción excepcional de impuestos. Es insólito que el juego pase de tributar el cincuenta a sólo el diez por ciento. Una rebaja espectacular a la medida de nuestro parque. Hemos conseguido licencias para urbanizar áreas que antes eran zona verde, zona agrícola y reserva natural. He expropiado terrenos muy por debajo del valor que tocaba. He logrado, y no ha sido nada fácil, se lo aseguro, que pudiera montar más de un casino. Además, he conseguido que se pudiera fumar en sus casinos y, desde hoy, hasta que se inaugure Historyland, hemos adoptado el compromiso de matar todos los cerdos de Osona para que no apeste nunca más. ¿Sabe quién ha conseguido todo eso?

—Era tu trabajo.

—No le diré que no. —Lo soltaba todo sin ningún decoro como si no se refiriera a sí mismo—. Pero lo considero mal pagado. Y creo, y me gustaría que coincidiéramos también en esto, que es justo que yo saque algo más de todo esto.

—¿De qué estamos hablando?

—Yo me he quemado mucho con este proyecto.

—¿Qué quieres?

—El uno por ciento de los beneficios.

—¿El uno por ciento? ¿Para ti? Estás chalado. Ya le pago lo suficiente, al partido...

—¿Un poco loco? Tal vez sí... —Mazorra, cínico, dejó caer la bomba como si tal cosa—. Pero a mí no me gustan los niños.

Antes de responder, Faura contó hasta cinco.

—No te entiendo.

—Sabe su santa esposa que usted... ¿cómo se llamaba aquel chaval de dieciséis años?

—No sigas por ese camino.

—Òscar. Òscar Sancho.

—Ni se te ocurra hacerme chantaje.

—¿Qué le ha pasado a Òscar?

—No sé quién es.

—No sabe quién es. ¿Se ha bebido hasta la última gota de su zumo y no lo recuerda?

—Te estás complicando la vida, Mazorra.

—De acuerdo. Digamos que no recuerda la escena. A lo mejor prefiere que recordemos a ese Òscar...

Mazorra sacó del bolsillo interior de la americana una foto del joven degollado y la dejó sobre las piernas de Faura. El empresario mexicano, terriblemente molesto, no hizo siquiera el gesto de mirarla.

—Yo no tengo nada que ver con todo esto.

—Nuestra policía cree que sí. De hecho, nuestro Departamento de Interior está convencido de que sí que tiene algo que ver. Y creen que podrían hallar pruebas suficientes contra usted para detenerlo, juzgarlo y meterlo en la cárcel. Tranquilo: ya lo he parado. —Aproveché para apartar la foto del muerto—. He pedido que, de momento, aparcáramos este expediente. Antes de la primera piedra, no... Sería una lástima, después de tanto remar, que

justamente ahora, antes de llegar a puerto, nos cargáramos este proyecto que a nosotros nos hace tanta falta y a usted tanta ilusión.

—Mazorra, estás acabado. Estoy acostumbrado a aguantar extorsiones de todo tipo. En México...

—El uno por ciento. Sólo el uno por ciento de los beneficios y aquí nadie sabrá nunca nada. Por el bien del país, claro. Me parece, señor Faura, que es un trato justo.

El paisaje, como si no existiera. Antonio miraba por la ventana, pero ni siquiera veía despuntar la primavera. Durante todo el viaje en autocar, desde el paseo de Sant Joan de Barcelona hasta Malla, no habló con nadie. En realidad, no conocía ninguna de las caras que se sentaban a su alrededor. Todos aquellos hombres, limpios, duchados y con las uñas en perfecto estado de limpieza, tal como les pedía la circular que les habían mandado, debían de ser camareros. U ocasionales con experiencia, como él mismo, que se habían apuntado para el trabajo de un día y a los que habían elegido para servir la merienda cena. Antonio, concentrado en su mundo, repasando mentalmente su venganza, sólo prestaba atención cuando, por el micrófono del autocar, un tipo que parecía el jefe del servicio de catering les contaba, con voz nasal, qué iba a pasar minuto a minuto cuando llegaran a su destino. Primero les distribuirían por espacios, luego harían un ensayo, después el chef Aldo Maristany les explicaría, platillo a platillo, en qué consistía el aperitivo para que pudieran comunicárselo a los invitados. Luego, cuando aún faltaran dos horas para que llegasen las autoridades, tendrían que pasar por los probadores a buscar una camisa blanca y el chaleco y los pantalones morados del uniforme que correspondiesen a su talla. Antonio escogió la talla más grande de cada una de las prendas. Y se encerró en el lavabo. Fue allí, con prisa para no levantar sospecha alguna, donde sacó, de la bolsa de deporte que llevaba, la faja que había estado preparando en casa. Con cuidado, se la ciñó a la cintura. No se notaba nada. Con la camiseta blanca, la camisa y el chaleco por encima, no se notaba nada de nada. Antes de salir a actuar, se miró tres veces en el espejo para asegurarse de nuevo. Ya en la carpa, Antonio Mallenco Grandes formó donde le dijeron, como uno más del ejército de camareros morados. Todo a punto. Señor, sí, señor.

Los aplausos más fuertes de la tarde se los llevaron el presidente y Roberto

M. Faura cuando se abrazaron. En ese momento, el *pool* de fotógrafos creía que estaban captando la fotografía que sería la portada de la mañana siguiente. Eran las siete y cuarto en punto de la tarde —el protocolo estaba cronometrado a la cojonésima— cuando la primera autoridad del país y el máximo inversor de Historyland hacían un rollo con tres periódicos del día y los metían dentro de un cilindro transparente en el interior de la que era bendecida como la primera piedra de la obra. Se trataba de un bloque blancuzco, rectangular, pulido, con una inscripción que nadie llegó a leer porque dos operarios, con una polea, lo bajaron enseguida hasta el hoyo que habían preparado para la ocasión.

—Que dios bendiga esta tierra. Que Historyland sea, para todos, sinónimo de trabajo, riqueza y buena suerte.

El discurso de Roberto M. Faura, por consejo de Javi Cardelús, había sido así de breve. Escuetto, pero claro. Habría querido decir: «¿Ustedes no notan el hedor de los purines?», pero lo dejó correr. El presidente del país, en cambio, se gustó mucho más, se colgó medallas —las que le correspondían y las que no— y no hizo ningún caso de sus asesores de comunicación, que le habían pedido, a causa del *timing* de las conexiones de televisión, que lo hiciera breve y que no improvisara. Pero ¿qué presidente deja la palabra cuando sabe que va a entrar en las casas con una buena noticia? ¿Los tres mil invitados al acto? Que escuchen y que esperen. ¿Las señoras a las que se les hunde el tacón de aguja en el barro? Ya lo sacarán. La cuestión es exhibir la mejor de las sonrisas, decir cosas positivas y apropiarse de la cámara. El discurso siempre es lo de menos.

Terminada la rigidez de la ceremonia, los trescientos camareros aparecieron con las bandejas llenas de copas de cava, en desfile marcial. Había para todos, tantas como quisieran. Para que no fuera a palo seco, enseguida empezaron a salir más bandejas y más camareros con las primeras exquisiteces. Pequeñas, sabrosas, elaboradas. Doña Elvira Herrero, que se había vestido con la paleta de colores de Frida Kahlo, había probado el cóctel de huevo de codorniz con mermelada de tomate mientras charlaba con la vicepresidenta Maria Romero. A su lado, obsesivamente cerca, Toni Mazorra. El secretario del Gobierno, demasiado cariñoso con su esposa, intentaba desmontar los rumores de las tertulias radiofónicas matinales que aseguraban que el matrimonio se había separado. El presidente, que no comía

para no engordar, se acercó al rincón de los periodistas acreditados para hacer un *off the record*. Para variar, aprovechó para destrozar al número dos del partido en la misma medida, poco más o menos, en que el número dos lo censuraba a él cada vez que se le presentaba la oportunidad.

Antonio servía a todo el mundo con la amabilidad requerida. Era tan fornido que tenía que agacharse un poco, y bajar los brazos, para que los invitados pudieran ver bien lo que cogían de las bandejas.

—¿Y esto?

—Butifarra rota en nido de coliflor.

Era tan alto que, mientras servía, podía sacar las antenas y mirar por dónde se movía Javi Cardelús. Hacía rato que estaba hablando, cerca de la banda de jazz, con Bobby Faura. En su siguiente aparición, aunque no se moviera exactamente por la zona que le habían asignado, pensaba acercarse a él. Entró en la cocina con la bandeja vacía, ya sin ningún nido de coliflor, y salió con otra repleta de pirámides de *foie*. Ahora o nunca, se dijo. Total...

Seguían en el mismo sitio. Por encima de todas las cabezas y algún sombrero de mujer, le era fácil distinguir a Bobby Faura, que era casi tan robusto como él. A su lado, siempre a su lado, seguía el hijo de puta de Cardelús. A medida que se acercaba a ellos, sentía que se le aceleraba el corazón, que volvía el aullido de los lobos en primer plano y que, en cambio, todo lo demás le llegaba como con sordina. Nervioso, sin la sonrisa de cortesía, se plantó delante de ellos. Entre él y Cardelús ya sólo había una bandeja de pequeñas pirámides que, por el camino, había quedado medio vacía. El dircom de Historyland abrió los ojos esperando información.

—Pirámide de *foie* al oporto. —El camarero quiso dar la explicación esperada.

—Pirámide de *foie* al oporto —le repitió Cardelús a Faura por si no lo había oído.

—Hay que comerlo de un bocado, como un bombón de licor —aclaró Antonio intentando no salirse de su papel.

Cardelús, educado, pelota hasta el último aliento, dejó que Bobby Faura se sirviera primero. Una pirámide de *foie* al oporto. Y entonces él cogió una, con una servilleta para limpiarse los dedos. Antonio seguía plantificado delante de ellos. Agarraba la bandeja con las manos fuertes. Los dedos huesudos, de pantocrátor románico, sudaban. También le sudaba la frente. Y todo él, inmóvil frente a Cardelús, transpirando el tormento que lo tenía abducido. Oía el aullido animal aún más cerca. Y fue en aquel momento,

cuando la celebración de la primera piedra estaba en el momento de máximo esplendor, que Antonio puso en marcha el plan que llevaba preparado. Todo fue muy rápido. Calculado. Era la única forma de hacerlo.

—Recuerdos de Aura Barrera.

—¿Perdón? —Cardelús no comprendía que un camarero se dirigiera a él.

—Las pajas te las haces tú solo, hijo de puta. —Sin levantar el tono de voz.

—No sé de qué me hablas.

—Me has destrozado la vida.

De la rabia que acumulaba, y de decir las palabras con los dientes demasiado apretados, se le habían escapado algunos salivazos que habían aterrizado sobre el succulento aperitivo. Había llegado el momento. Cuando Javi Cardelús iba a darle la espalda, el camarero de los ojos de fuego dejó caer la bandeja al suelo con un gran estrépito. Cuando las pirámides aún no le habían ensuciado los zapatos, Antonio metió la mano con gesto resolutivo dentro del chaleco abotonado. Buscó la anilla con los dedos y, sin pensárselo dos veces, tiró de ella para hacer explotar la munición que contenía la faja. A causa de la expansión de la deflagración, los cuerpos de Cardelús y de Faura volaron por los aires, descuartizados, un buen trecho lejos. Todo el mundo chillaba, todos corrían hacia no se sabía dónde. Los gritos eran más fuertes que el último aullido que había resonado en la cabeza de aquel hombre desesperado. Él no quería ser el único que lo perdiera todo en aquella historia. El pánico, el horror y la sangre se mezclaban con los zapatos de punta que perdían las señoras en la huida. Malla bramaba. Las televisiones, que habían emitido el acto en directo y que ya recogían los equipos, pusieron de nuevo las cámaras en marcha, las liberaron del trípode y echaron a correr para filmar los cuerpos muertos antes de que los de seguridad y la policía acordonasen la zona. No tardó en sonar el alarido de las ambulancias, que cada vez eran más y estaban cada vez más cerca. Los vivos, heridos, intentaban huir del epicentro del ataque. A algunos les faltaba un brazo; a otros, un pie. Los muertos —que de entrada parecía que eran una docena, pero que en el recuento final fueron nueve— constituían un paisaje macabro. La cabeza de Antonio, desintegrado, se había separado de su cuerpo. Javi Cardelús había quedado con los ojos abiertos, mirando al cielo, y con un hilillo de sangre y oporto que le salía de la boca. El *foie*, a medida que iba deshaciéndose, se convertía en una extraña espuma que le brotaba,

lentamente, de la garganta, como la lava de un volcán. Bobby Faura —que nunca habría apostado que moriría de una manera tan inimaginable—, en cambio, se quedó aplastado con la mandíbula en el suelo y los pantalones rasgados, de arriba abajo, recorriendo toda la pernera. Su esposa, doña Elvira Herrero, que se encontraba inmersa en una conversación de señoras a muchas mesas de distancia, se arrodilló sobre su marido e intentó voltearlo, pero no pudo, y le pasó la mano por la frente y por el flequillo y, con lágrimas en los ojos pero con una serenidad insólita, hizo el signo de la cruz como si con él le administrase la extremaunción. Demasiado tarde. Pero estaba convencida de que la plegaria le ayudaría en el viaje.

Los hombres de Eva Bosch —que tardaron veintisiete minutos en llegar a la zona cero— hallaron restos de tornillos y de arandelas de acero inoxidable, de tamaño pequeño, en cincuenta metros a la redonda. Hasta las nueve menos cuarto, segundo más o menos, aún hubo luz del día. Pero después de la puesta de sol sobre Osona, todo se hizo mucho más complicado. Las sirenas de las ambulancias no dejaron de sonar hasta bien entrada la noche.

Las televisiones, que habían alterado la programación prevista y establecían conexiones en directo con el lugar del atentado, buscaban testigos que hubieran conocido al camarero suicida que había asesinado a Roberto Manuel Faura, uno de los hombres más ricos del mundo. ¿Quién ha cometido el atentado de Historyland? Se lo preguntaban a otros compañeros, atónitos, que también habían sido camareros en la fiesta de la primera piedra.

—Hemos venido desde Barcelona hasta aquí con él, sí. En el autobús parecía muy normal.

—Se sentó solo, porque era grandote, pero prácticamente no dijo nada.

—Recuerdo que de vez en cuando estornudaba tres veces seguidas, pero no creo que eso tenga importancia...

—Yo iba sentado detrás de él. A ratos se tapaba las orejas, como si le dolieran.

—¿Si yo lo conocía? No, de nada. Sólo sé que se llamaba Antonio.

Dani Santana veía los programas especiales desde su habitación del Stoner. Èlia, antes de marcharse a casa y acabada la jornada del Instituto, había entrado para darle las buenas noches con un beso. Pero, atrapada por las

imágenes, se había quedado en el sofá de las visitas con las cejas levantadas. Santana estaba boquiabierto. Cambiaba de canal, veía que todos —como siempre— decían más o menos lo mismo y se le pasaban mil cosas por la cabeza. De repente, sacó el móvil del bolsillo y le escribió un mensaje a Raquel.

Mañana me dan el alta. No es necesario que vengas. Cambio de planes. Cogeré un taxi. Prefiero que a primera hora hagas otra cosa. Ve a buscar el lápiz de memoria que te di y te vas, directa, de la caja de seguridad a mi casa.

Raquel, que estaba en pijama remoloneando en el sofá, recibió el encargo de Santana mientras cenaba pan con queso, comida de pastor. Le sorprendió que no la necesitara para el traslado. Y, aún más, que hubiera cambiado de idea respecto al llavero del robot de Lego.

Quería decirle, no habíamos quedado en eso.

Quería preguntarle, ¿qué vas hacer?

Finalmente, acabó respondiéndole lo de siempre.

De acuerdo.

El efecto Barbra Streisand

Os habéis ido hoy y ya os echo de menos. El Gratu le mandó un correo electrónico a Santana, con copia a Agus Maldon y a Raquel. Les contaba una historia. Hubo un fotógrafo, Kenneth Adelman, que retrataba los grandes caserones de la costa de California desde el aire. Una de aquellas casas resultó ser la de Barbra Streisand. El fotógrafo, en el año 2003, colgó la foto en un portal que tenía muy pocas visitas. Prácticamente nadie había visto aquella imagen que había pasado absolutamente desapercibida. Sin embargo, la cantante creyó que se había atentado contra su derecho a la intimidad y les puso una demanda al fotógrafo y a la página web por haber mostrado su casa. A partir de aquel momento, la bola de nieve se fue haciendo cada vez más grande, los medios se hicieron eco de la noticia y, al final, toda América había visto la foto, a vuelo de pájaro, de la magnífica mansión de la Streisand junto a un acantilado de la costa del Pacífico. Con su intento de censurar la imagen, había conseguido exactamente el efecto contrario de lo que deseaba: una información que, al principio, era completamente intrascendente, acabó por tener una gran repercusión mediática. A este bumerán, a este resultado contraproducente, se le ha llamado efecto Streisand, y creo que XAK Farma ha caído en él. Nuestro reportaje sobre el Prodemax tenía un alcance muy limitado. Habíamos hecho poco ruido, la repercusión no era la deseada, y en cambio con la rueda de prensa se hará enorme.

No te hagas ilusiones, le respondió Santana también por mail, con copia a todos los demás. Esperemos a la rueda de prensa.

—¿Usted sabe por qué su marido se inmoló, ayer, en Malla?

Los reporteros de la televisión habían descubierto que Aura Barrera, doce años más joven que él, había sido la esposa de Antonio Mallenco. Habían descubierto dónde vivía e intentaban hacerle una entrevista a través del interfono. Por lo menos sacarle unas declaraciones y hacer unos totales.

Pero Aura, por más que le preguntaran, no respondía.

—¿Se siente culpable por haber abandonado a su marido?

—¿Admite que el ataque suicida de Antonio podía ser fruto de su separación?

—¿Le había contado su marido alguna vez sus intenciones?

—¿La había maltratado Antonio?

Aura, consolada por su madre, no hacía más que llorar y llorar mientras veía, por televisión, el portal de la casa de sus padres y los micrófonos de todos los colores que se acercaban al interfono para intentar sacarle algo. Cuando llegó Eva Bosch y subió al domicilio, Aura sí que se esforzó en responder, como pudo, a todas aquellas preguntas. Entre sollozos, intentó contarle a la policía que no creía que el objetivo de Antonio fuera Bobby Faura ni ninguna de las otras personas inocentes.

Doña Elvira Herrero, viuda de Faura, había cambiado los colorines mexicanos por el negro estricto. Enlutada de arriba abajo, se colocó tras el atril del aeropuerto de Barcelona y, con la entereza que da la resignación cristiana, se preparó para hacer una declaración. A su lado, como máximo representante del Gobierno, Toni Mazorra pedía a los fotógrafos que se apartaran, por respeto, y porque tapaban al grupo de cámaras de televisión que estaban a punto de emitir aquel comunicado en directo. En la sala, habilitada con prisas, había ciento veinte medios acreditados. Todas las radios y las televisiones se conectaron en directo. La expectación era absoluta. Cuando los flashes se detuvieron, una de las viudas más ricas del mundo emitió su veredicto. Veinte horas después de la tragedia, nadie sabía qué había decidido.

—Ayer, mi marido, un hombre bueno, un hombre fiel, un hombre que vivía para el trabajo y para sus proyectos, dijo dos cosas muy breves: «Que Dios bendiga esta tierra» y «que Historyland sea, para todos, sinónimo de trabajo, riqueza y suerte». Fueron sus últimas palabras. Y yo digo que Dios bendice esta y todas las tierras, pero Historyland no seguirá adelante. Después de la tragedia de ayer, y del asesinato de Roberto Manuel Faura y de ocho personas más, la Tinubu Corporation retira su proyecto. Por más que el Gobierno, a través del presidente y del señor Mazorra, haya intentado persuadirme en las últimas horas para que no me precipite en mi decisión, ésta es irrevocable. Volvemos a México para enterrar a mi marido. Y gracias

a todos por las condolencias que hemos recibido. Y ahora, si me disculpan...

A la misma hora, como si lo hubieran contraprogramado expresamente, el director de comunicación de XAK Farma se presentaba en el auditorio de la empresa, acompañado por el director general de la compañía. Les satisfizo ver que, ante a ellos, únicamente se sentaban tres periodistas encorbatados de economía. La lectura del comunicado fue rápida, de trámite.

—*XAK Farma niega todas las informaciones que sololoshechos.com publica sobre sus laboratorios y sobre uno de sus medicamentos, el Prodemax.*

»*XAK Farma niega que, entre sus trabajadores, haya ninguno que responda a las iniciales HSC. Si para empezar el nombre es falso, también lo serán las informaciones que les ha proporcionado esa fuente.*

»*XAK Farma puede asegurar que nunca ha comprado a ningún médico.* —Levantó los ojos del papel para mirar a los periodistas—. *Repito, nunca y a ninguno. Ni con dinero, ni en especies.*

»*XAK Farma no tiene constancia de que existan lo que en el pseudorreportaje llaman “médicos piratas”.*

»*XAK Farma firmó, en la convención de Río de Janeiro, el código de buenas prácticas, que cumplimos con orgullo desde el primer día.*

»*XAK Farma, como tantos otros laboratorios, para evitar tentaciones de este tipo que pudieran haber existido en el pasado, es decir, con anterioridad a la convención de Río, dispone de un departamento de compliance que asegura, en todos los casos, el cumplimiento de la normativa interna y externa en sentido amplio. Para que nos entendamos, si hemos de organizar un congreso para dar a conocer un medicamento a los profesionales de la medicina, lo hacemos siempre a través de este departamento de compliance que garantiza la máxima transparencia en las gestiones, en la organización y en la legalidad.*

»*También queremos decir que el Prodemax es un antidepresivo de última generación que hace tres años que está disponible en el mercado y que está logrando unos efectos muy buenos en los pacientes que lo toman. De hecho, estamos obteniendo los resultados que se esperaban cuando la Agencia Mundial del Medicamento le dio el visto bueno.*

»*Tampoco nos consta que esté recetándose más Prodemax de la cuenta. Gracias a sus buenos resultados, los médicos lo prescriben en la medida que*

consideran que el diagnóstico de un paciente lo requiere.

»El precio del Prodemax está pactado y es ajustado. Naturalmente, para llegar a poner un medicamento como éste en el mercado ha habido muchos años de investigación y desarrollo. Atrás quedan muchas pruebas, muchos ensayos y muchos científicos de primer nivel y todo ello tiene un coste.

»XAK Farma, nunca está de más recordarlo, tiene como objetivo mejorar la calidad de vida de la gente a través de sus medicamentos.

»XAK Farma reitera, como ya lo ha hecho en otras ocasiones, que muchos medicamentos de última generación no podrían descubrirse ni ponerse en el mercado sin la acción de la industria y la apuesta decidida por una investigación que es, por definición, muy costosa.

»XAK Farma, finalmente, anuncia que se reserva el derecho de emprender acciones legales contra el periodista Agustí Maldonado, que firma el reportaje con el pseudónimo de Agus Maldon, y contra la página web que ha difundido todas estas afirmaciones sin fundamento, www.sololoshechos.com.

Un periodista, que ni siquiera había abierto su libreta, pidió hacer una pregunta.

—Una sola, por favor, que el director general tiene que volar a Suiza.

—¿Se esperaba que la cotización de XAK Farma en bolsa estuviera en este punto, justo antes del verano?

Al Gratu, cuando se lo contaron, no podía creerse que sólo hubiera tres periodistas, que no hubieran preguntado nada sobre el reportaje y que al día siguiente no se hiciera eco de ello ni un solo periódico, ni una maldita línea de su denuncia del funcionamiento del sistema sanitario a través del ejemplo del Prodemax. A cagar... Habían sacado a la luz mucha mierda y todavía quedaba mucha más por sacar.

Agus, un nostálgico del Watergate por generación, se echó dos dedos de whisky en el único vaso limpio que encontró en casa. Creía que podía cambiar el mundo, pero no cambió nada. Encendió la tele y se conformó con un partido de baloncesto femenino. Ya le iba bien.

Raquel llegó al ático de Dani en Sant Cugat cuando él ya llevaba dos horas allí. Le dio un beso y, enseguida, le devolvió el llavero del robot verde de

Lego que se convertía en lápiz de memoria.

—¿Te ha costado mucho?

—No. El tiempo de mostrar el DNI, bajar hasta la cámara blindada y abrir nuestra cajita de seguridad.

—Pues me parece que has tardado mucho.

—Oye, tú, he llegado tan rápido como he...

Santana, mientras tanto, había preparado un ceremonial completo. Encima de la mesa de la terraza que daba al Parc Central había colocado un ladrillo hueco de los que tenía para sostener las macetas. Encima, situado estratégicamente en el centro, dejó el pequeño robot verde boca abajo.

—¿Qué vas hacer?

—Sólo tengo dos opciones.

De la caja de herramientas, ordenada cuidadosamente, sacó el martillo con el mango de madera y lo puso paralelo al ladrillo.

—Pareces un mago preparando un truco... Con tanto cuidado y con tanto orden.

—Sí. Igualito. Desaparecer o no, ésa es la cuestión.

Raquel se imaginó que cogería el martillo y golpearía el pendrive hasta destrozarlo. Sí, ésa era una de las opciones.

—Si lo destruyes, nunca sabrás lo que contenía.

—Dos muertos. Cuando estaban vivos. Y un culo afeitado en forma de diana.

—¿Lo has visto? —Raquel, con sorpresa.

—Claro...

—Me engañaste. —Con decepción.

Dani soltó el aire por la nariz, como si hubiera tomado una decisión sin estar completamente convencido. Con resignación. Cogió el lápiz de memoria de encima del ladrillo y se lo tendió a Raquel.

—Regálale el llavero al Gratu. Dile que aquí dentro hay una buena historia. Que se entienda con Agus, que no se peleen y que lo cuenten bien. Detalles y crónica. Periodismo. Sólo los hechos. Y que no empiecen por el principio. Que hagan lo que quieran, pero un buen inicio podría ser el intento de asesinato que sufrí.

—¿Y tú?

—Desaparezco. Me marchó. —No parecía un pronto—. De momento, ya tengo bastante.

—¿No me dirás que te han asustado?

—Mantendré el despacho abierto. A ti no te faltará de nada. Pero tengo que recuperarme.

—¿Puedo preguntarte —con la garganta seca, nerviosa— si te vas con Èlia?

Santana, acostumbrado a buscar la verdad, a contar realidades ocultas y a mostrarse seguro y convencido en todos los ámbitos, en el fondo sabía una cosa: que necesitaba recuperar la confianza en sí mismo. Su estancia en la clínica, fuera de la circulación y con sus prioridades cambiadas a la fuerza, le había servido para decidir que era el momento, ahora o nunca, de intentar que la imagen que todo el mundo tenía de él no estuviera a años luz de la forma en que se sentía consigo mismo. Aparcar a Santana y reencontrarse con Dani. Lo necesitaba para respirar. Se iría solo. Lejos. De momento. Para tranquilizar a Raquel, respondió sin mostrar debilidad alguna:

—Por más que lo intenten, no nos asustarán. Seguiremos destapando las miserias que demasiada gente querría tener ocultas para siempre jamás. La vida es tan absurda, Raquel, y la actualidad tan frágil, que una pequeña historia personal ha impulsado a un trabajador de una fábrica de tornillos de acero inoxidable a ser el protagonista de una noticia de impacto mundial. Historyland no sólo ya nunca se construirá en nuestro país, sino que deja unos cuantos muertos por el camino y el asesinato de uno de los hombres más ricos de la lista *Forbes*. ¿Y por qué? Por una venganza que tenía que ser irrisoria, y que se ha convertido en obsesiva, desesperada, y que ha acabado convulsionando el mundo. Como siempre, el motor de todas las cosas: las pasiones.

Agradecimientos

A Sònia Carol, Albert Cuesta, Magalí Maymó, Franco Minotto y Marc Riera por confiarme sus conocimientos.

A Pedro Madueño por disparar, siempre, en el instante oportuno. A Mirta, del Cafè, por los zumos de frutas de cada tarde. Pausa y vitaminas.

A Josep Lluch y a Ester Pujol, por su apoyo de siempre, por sus ideas y por sus consejos.

A Mònica Planas, Romà Bosch y Francesc Garriga, imprescindibles en la ficción y en la no ficción.

Y un reconocimiento muy especial para una persona que ha sido una fuente fiel, constante y precisa, para explicarme cómo funciona el mundo de los visitantes médicos, un oficio que él decidió abandonar después de doce años y del episodio, de una tarde, en un burdel.

Para su tranquilidad, y para su seguridad, no me permito revelar siquiera sus iniciales, ni su edad, ni su club de fútbol.

El testimonio de este valiente, que seguirá siendo anónimo, ha sido clave para conocer otra realidad oculta. Y para escribir esta novela, de ficción real.

Euforia
Xavier Bosch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Eufòria*

Diseño de la cubierta, Booket / Área Editorial Grupo Planeta

© Fotografía de la cubierta, Nuno Monteiro / Fotolia

© Xavier Bosch, 2014
Licencia otorgada por Raval Edicions, S. L. U.
www.grup62.cat

© de la traducción del catalán, Ricard Vela Pàmies, 2017

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-233-5295-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

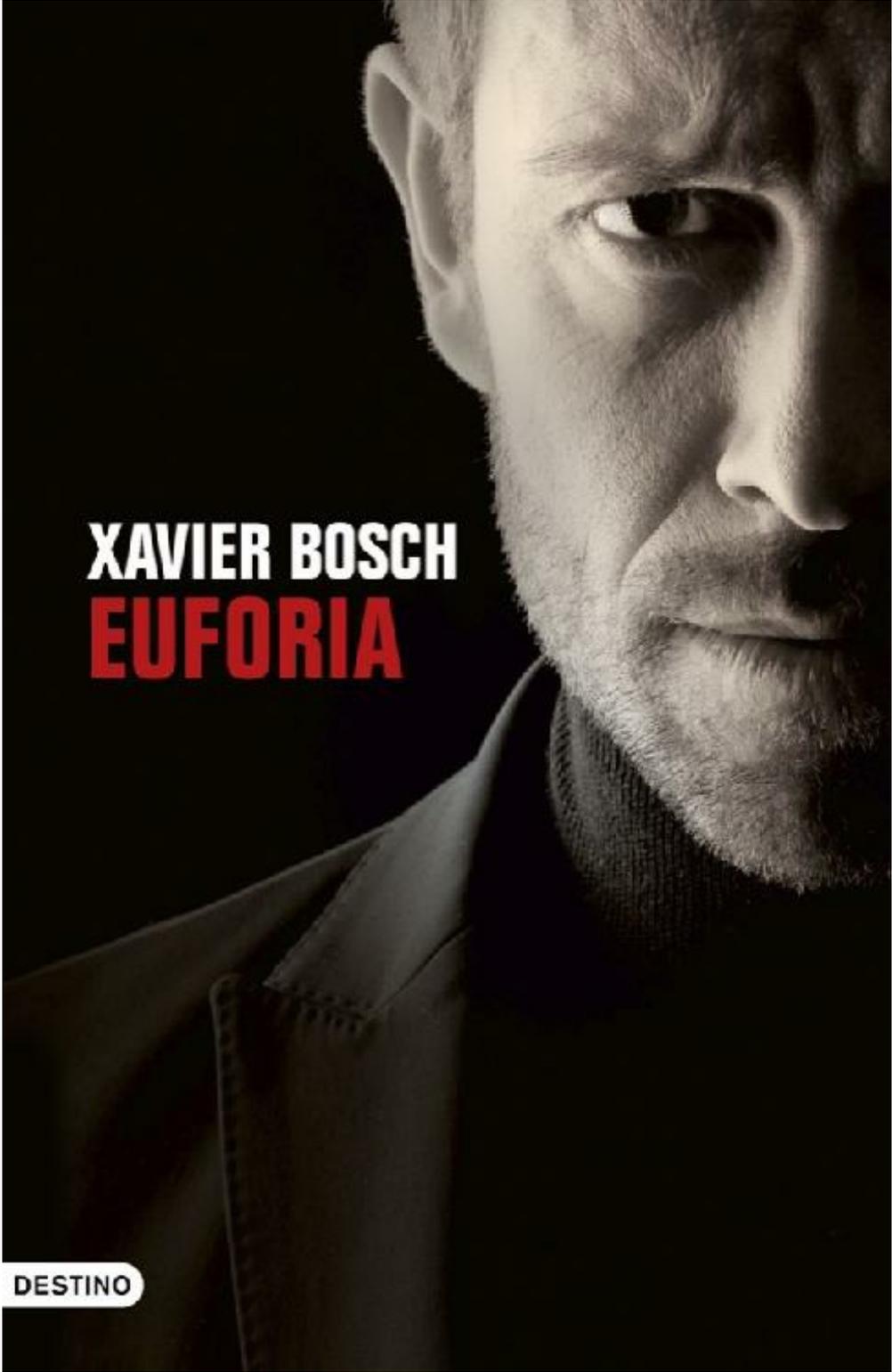
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!





XAVIER BOSCH
EUFORIA

DESTINO